Sherlock Holmes ha muerto.

Pero su némesis sigue vivo.

EL REGRESO DE MORIARTY



JACK ANDERSON

ESPASA

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Mapa

Meiringen, Suiza
Del diario del doctor Francisco Castillo

Berna, Suiza
Declaración del señor Elias Schultz

Innsbruck, Austria-Hungría
La última carta de Helga Linse

Kaltental, Baviera
Del diario de la señorita Clara Mendel
Las investigaciones de Anneliese Hauser
Del diario de la señorita Clara Mendel
Informe del jefe de estación
Del diario de la señorita Clara Mendel
Memorando urgente
Del diario de la señorita Clara Mendel
Una carta de los jardines
Del diario de la señorita Clara Mendel
La carta del luchador
Del diario de la señorita Clara Mendel
La carta del detective

Del diario de la señorita Clara Mendel
Estación telegráfica
Del diario de la señorita Clara Mendel
Las investigaciones de Anneliese Hauser
Del diario de la señorita Clara Mendel
Una carta de los jardines
Del diario de la señorita Clara Mendel

Copenhague, Dinamarca
Del diario de la señorita Clara Mendel
Queridísima madre

Agradecimientos

Créditos

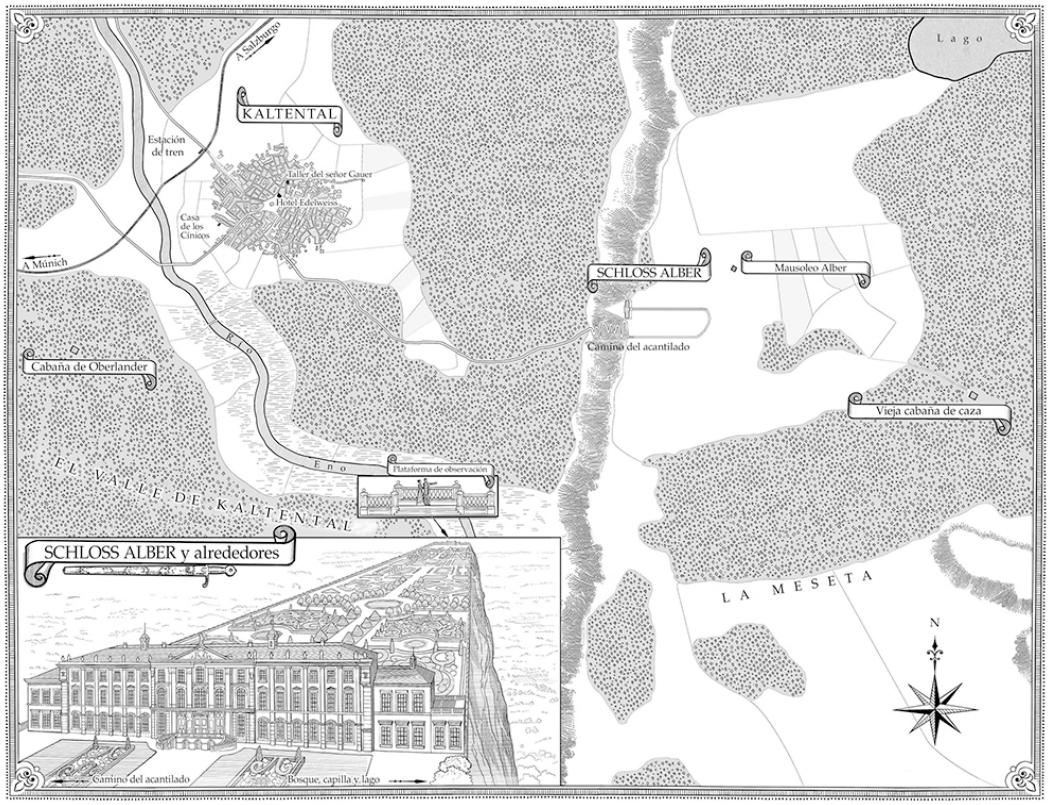
El regreso de Moriarty

Jack Anderson

Traducción de Aleix Montoto



A mi madre, Sharon, que me dio a conocer a Poirot, Marple y Holmes.
Este es el primer misterio que he resuelto antes que tú, y eso se debe en gran medida a que lo he escrito yo.


A Salzburgo
KALTENTAL
Estación de tren
Taller del señor Gauer
Hotel Edelweiss
Casa de los Cínicos
A Múnich
Río
SCHLOSS ALBER
Mausoleo Alber
Camino del acantilado
Cabaña de Oberlander
Vieja cabaña de caza
Plataforma de observación
EL VALLE DE KALTENTAL
LA MESETA
Lago
N
SCHLOSS ALBER y alrededores
Camino del acantilado
Bosque, capilla y lago

MEIRINGEN, SUIZA

A 16 kilómetros de las cataratas de Reichenbach

—

A 412 kilómetros del Schloss Alber

Del diario del doctor Francisco Castillo

5 de mayo de 1891

Hay momentos en la vida de todo hombre en los que uno no tiene más remedio que esperar.

La duración de estos periodos de tiempo en el purgatorio puede variar mucho. Algunos son cuestión de segundos; un breve lapso de embriagadora inercia mientras una bola de marfil da vueltas alrededor de una ruleta.

Otros duran mucho más; horas esperando con impotencia las primeras palabras de tu esposa cuando regresas de la mesa de la ruleta con los bolsillos vacíos por cuarta noche consecutiva.

No hace falta ser un genio para darse cuenta de que mis ejemplos no solo están relacionados, sino que son personales. De hecho, ha sido la trayectoria de esos acontecimientos lo que me ha conducido a una cabaña de tres habitaciones en medio de Chaltenbrunnen (el lugar en el que estoy esperando, a solas, desde hace seis largos días).

Cuando llegué, me pareció bastante pintoresca. Troncos sobre troncos alzándose para formar las paredes de la única planta y un tejado de tejas de pizarra con un alero considerable, como si la cabaña estuviera escondiendo sus ojos bajo una visera baja. La simetría de la estructura se veía rota únicamente por una robusta chimenea de madera que se elevaba en el lado izquierdo.

El interior no tenía nada de extraordinario. En el espacio central había una cocina rudimentaria con una despensa y una mesa con sillas. Un carcomido sillón colocado frente a la chimenea era el elemento más lujoso del salón.

Examiné detenidamente los dos dormitorios y probé sus colchones. Ambos me hicieron echar en falta el sillón.

Al menos hacía buen tiempo, alguien había llenado la despensa y las sábanas estaban limpias. Como llegué sin nada salvo una pequeña bolsa de cuero con lo necesario para lo que yo pensaba que sería una excursión de dos días, también me satisfizo encontrar prendas suplementarias colgadas en el armario del dormitorio más pequeño.

A pesar de su retraso, mi empleador parece poseer una gran capacidad para planear.

Lo único que me desagrada es el escaso contenido del buró. ¡No hay ni una hoja de papel ni una gota de tinta! Es únicamente gracias a mis suministros cada vez más escasos como puedo poner por escrito mis pensamientos.

Un chasquido. Un crujido. Un movimiento fuera. Alzo la pluma de la página y aguzo el oído como un perro de caza. No hay ningún sendero que conduzca hasta una cabaña tan remota, lo cual me dificultó enormemente la llegada, pero, del mismo modo, me ofrece la seguridad de que nadie pueda acercarse sin hacer ruido.

Permanezco alerta, conteniendo el aliento. «Por favor —pienso—, que se trate de las personas que me han convocado aquí. Terminemos de una vez con este extraño asunto».

Pero ya no oigo nada más. Nadie llama a la puerta. Retomo la escritura de mi diario y me trago mi impaciencia, cada vez más amarga.

Antes de esta excursión no había estado nunca en Suiza. Nunca había querido visitar este país. Mientras la mayoría de mis contemporáneos buscaban fortuna y aventuras más allá de Valencia, yo nunca cuestioné que viviría, practicaría mi profesión y, finalmente, moriría a tiro de piedra de la catedral de Santa María.

Cuando mi esposa me preguntó una vez por qué no había seguido a mis colegas al extranjero, le expliqué que un hombre puede oír mil melodías pero que, tal vez sin saberlo siquiera él mismo, en realidad está buscando una única canción de la que nunca pueda llegar a cansarse. Así, mientras mis amigos se marcharon en busca de su

hogar espiritual, yo me regocijaba en haber encontrado el mío al nacer.

Solía enorgullecerme por el hecho de sentirme ya satisfecho y compadecer a aquellos que yo consideraba que tenían un vacío en su espíritu. Mi arrogancia se veía avivada por los elogios de mis vecinos. «Un doctor con semejante inteligencia que opta por asentarse aquí en vez de largarse a las Américas. ¡Qué emocionante! ¡Supone una auténtica muestra de integridad que un hombre cuyos horizontes son infinitos decida establecerse entre nosotros!».

Y entonces, en los albores de mi vigésimo noveno año, una tarde de agosto me encontré a mí mismo en una tertulia. Los bailes ya habían terminado, dejándonos las mejillas encendidas y animando nuestra conversación. Al separarme de la vera de mi esposa para preguntarle a un joven arquitecto por sus planes para la ciudad, los dos inversores que participaban en el proyecto le rodearon los hombros con sus brazos y me ofrecieron sus enérgicas opiniones sobre el trabajo del joven.

Cual pájaro planeando en una corriente térmica, disfruté entonces de la elevadora presencia de tres conversadores inteligentes y fervorosos como yo. Nuestra charla fluyó de la literatura a la ópera, al programa veraniego del Teatre Principal y, finalmente, a los posibles destinos sociales a los que acudir esa noche.

Con esa asombrosa capacidad que algunos turistas poseen para descubrir locales que ni siquiera los residentes conocen, me hablaron de un club de caballeros algo bohemio situado en lo más profundo del centro de la ciudad. Dejándome llevar por lo divertida que estaba siendo la velada, conduje a mi esposa y sus amigas a una tartana y pagué al conductor para que las llevara a casa.

Fue esa la noche en la que jugué por primera vez a la ruleta y caí de cabeza en el agujero de mi corazón.

Había jugado en alguna fiesta a las cartas y otros juegos que dependían de la habilidad de los jugadores, apostando tanto como cualquier hombre con una sana afición por la distracción. Aun así, hasta las competiciones más emocionantes me dejaban exhausto y no sentía el menor reparo en levantarme de la mesa.

Tal y como aprendí esa noche, los juegos de puro azar, en cambio, se abrían camino de un modo inexorable a través de mi constitución y me fascinaban más allá de lo que nunca hubiera podido imaginar. Había sido testigo de otras formas de adicción como, por ejemplo, hombres sometidos a la botella o la jeringa que se comportaban de maneras que su buen juicio no debería haber permitido.

Los había juzgado con excesiva dureza.

Ahora, sin embargo, como ardiente defensor del evolucionismo, tengo claro que existe una sombra animal en el interior de la psique más compuesta. En ella perdura un ansia básica que desea y exige a gritos y anhela. A pesar de no hacer uso de una sola sílaba, tal impulso posee un poder más persuasivo que una biblioteca de retórica.

Esa noche, mientras la bola caía en el veinticuatro negro y un rastrillo retiraba mi dinero de la mesa, me sentí embargado por la dolorosa posibilidad de que podía recuperarlo, e incluso ganar más dinero todavía.

Mi esposa no simpatizó con mi argumento darwiniano. A lo mejor fue porque no había leído *El origen de las especies*, tal vez porque las mujeres no poseen las mismas necesidades y anhelos sórdidos, o quizá porque en cuestión de días había perdido los ingresos de todo un mes.

En cualquier caso, por primera vez en mi dichosa vida, sentí el sabor de la desesperanza, y semejante desesperanza solo tenía un destino.

Pedí préstamos, me privé de sueño, me vacié por completo mientras trataba de mantener la fachada cada vez más endeble de mi reputación. Mi esposa se aferraba a mí como si estuviera hundiéndose en un lago atada a una pesada piedra. Vi cómo su desesperación crecía hasta adoptar la forma de una cansina aceptación, lo cual me dolía aún más que su ira.

Finalmente, pedí prestado dinero de gente sin ninguna reputación que proteger y mi fachada se vino abajo del todo.

Toc, toc.

Vuelvo la mirada hacia la puerta de la cabaña con el aliento contenido en la garganta.

El crujido de las paredes de la cabaña, el chasquido de una ramita, alguna criatura nocturna pasando por entre la maleza... Todas estas cosas me han puesto de pie en algún momento de la pasada semana, creyendo que mi patrono había llegado finalmente.

Esta vez no se trata de ninguna ilusión. Es un ruido con una intencionalidad distintivamente humana.

Guardo el diario en el buró, cojo mi bastón y me pongo de pie, apoyándome en mi pierna buena. Un trío de característicos ruidos se eleva de los tablones del suelo al recorrer la sala, renqueante. Un golpecito, un paso, el otro pie arrastrándose. El calor que emite la chimenea parece crecer acorde al pánico que siento por lo que voy a decir.

No se habló de apretones de manos ni de frases específicas, solo que había una serie de reglas para mi salva inicial y sería mejor que me ciñera a ellas. Formulé una oración adecuada dos días atrás, pero, ahora que me acerco a la puerta de roble, helado por el frío que se cuela por las rendijas, apenas puedo recordar una sola palabra.

Le echo un vistazo al maletín médico de cuero blanco con adornos de plata y un mango de madera pulida. Estaba aquí cuando llegué, junto con una nota indicándome que lo tuviera a mano para la llegada de mi invitado. Está provisto de los más recientes instrumentos y tinturas. Me concentro en mi deber, un deber para el cual me formé años atrás, y la calma de practicante de medicina se afianza en mi mente.

Repaso las palabras, extiendo un brazo para agarrar el tirador de la puerta con mano firme y la abro.

—¿Puedo ayudar a un cansado viajero...? —digo en inglés antes de callarme de golpe.

El pequeño porche de madera está completamente desierto, y el ruido de unos pasos alejándose apenas puede distinguirse del rumor de las hojas de los pinos que el viento empuja de un lado a otro. Siento el frío aire en la piel y lo inspiro por la nariz al tiempo que mi estómago se anuda con la inquietud de un hombre que se encuentra sin compañía pero que tampoco está completamente solo.

Aferrándome con fuerza al bastón para dar media vuelta, bajo brevemente la mirada y me detengo al ver un gran sobre de papel marrón. No está dirigido a nadie ni tampoco tiene ningún sello. Parece mirarme fijamente y casi con altivez por haberme cogido desprevenido.

Echo una última mirada superficial a mi alrededor antes de agarrarme con las dos manos al bastón y, con mucho cuidado, doblar una rodilla. Tras coger el sobre, vuelvo a ponerme de pie y me apresuro a entrar en la cabaña cerrando la puerta tras de mí.

El sillón me llama desde su lugar al lado de la chimenea, mi único aliado incuestionable.

Me quedo mirando fijamente el sobre. Sin duda, lo han dejado allí hace apenas un momento: sigue seco a pesar de haber sido depositado sobre la húmeda madera exterior. Un diablo en el hombro me susurra que debería abrirlo, pero mi curiosidad se ve atenuada por el instinto de supervivencia.

Estoy aquí por dos razones. En primer lugar, porque soy un consumado médico. En segundo, porque mis vicios me han llevado a la desesperación. Me pagan bien por mi discreción y, si un sobre llega a la puerta de mi patrono, no se me ocurre peor idea que abrirlo.

Abro el buró y echo el sobre dentro. Antes de volver a cerrar la tapa, sin embargo, sucede algo curioso. Al deslizarse por el tablero, el sobre se divide en dos. Mi mente tarda un segundo en comprender qué estoy viendo. Lo que pensaba que era una única carta en realidad son dos, una encima de la otra.

Menudas dotes de observación las mías.

El segundo sobre me llama rápidamente la atención. En este sí figura una dirección o, mejor dicho, está dirigido a alguien, pero el primero no me deja ver a quién. Tras extender una mano y cogerlo, tres palabras escritas en inglés aparecen lentamente.

Para el doctor.

Esas palabras poseen un aire inquietante. La carta está dirigida a mí, pero no va a mi nombre. Es como si el remitente no me conociera personalmente, pero estuviera al tanto de la situación en la que me encuentro. Comienzo a tener la sensación de que soy una pieza en un tablero de ajedrez, completamente sujeto a las intenciones de otros.

Toc. Toc. Toc.

La sorpresa hace que se me caiga la tapa del buró, que casi me aplasta los dedos. Inexplicablemente, después de seis días esperando, recibo dos visitas en otros tantos minutos.

Permanezco brevemente junto al buró. No me llevaría más que unos pocos segundos abrir el sobre y leer su contenido, pero, teniendo en cuenta que las cortinas de la cabaña están descorridas, el impaciente visitante podría pillarme haciéndolo.

Toc. Toc. Toc. Toc. Toc.

Y, efectivamente, es impaciente. Recorro el salón en dirección a la puerta. Golpecito. Paso. Pie arrastrándose. Golpecito. Paso. Pie arrastrándose.

Abro la puerta y conozco al fin a los invitados que han de acompañarme: un hombre con los ojos más oscuros que haya visto nunca y otro cerca de la muerte.

Como uno podría imaginar, el hecho de que esperara la llegada de esa pareja no hace que su aparición me resulte menos alarmante.

Ante mí se alza una amenazante figura de casi un metro ochenta de altura y cuyos antebrazos desnudos dejan entrever una constitución ágil de músculos prietos. Lleva una gorra militar de color gris sobre una revuelta melena de pelo negro. Junto a unas cejas increíblemente gruesas y una hirsuta y desaliñada barba negra, sus pequeños y redondos ojos castaños parecen mirarme desde un espeso matorral, como si fuera un hombre ocultándose en la maleza de su propia cara.

Mientras permanece de pie en la entrada respirando pesadamente, percibo una profunda frustración en sus ojos, y también desesperación.

Una gran bolsa de cuero cuelga de su hombro izquierdo y un anillo de sello reluce en el dedo meñique de la mano que se aferra a la correa. En el hombro derecho, sostiene al otro hombre, que no se encuentra en condiciones de caminar por sí mismo.

Si bien ambos son de similar altura, la figura herida desmerece en comparación con la eficiente musculatura de su compañero. Lleva la cabeza cubierta por un pequeño saco de arpillera negro y tiene la ropa mojada. Sus delgadas extremidades tiemblan y en su camiseta blanca interior se aprecian algunas manchas de sangre. Cada porción visible de piel está cubierta por enrojecidas quemaduras del hielo o magulladuras púrpuras.

El mero hecho de que esté de pie ya resulta sorprendente.

Me recuerdo a mí mismo lo que debo decir.

—¿Puedo ayudar a un cansado viajero... y curarle sus heridas? —tartamudeo con un inesperado temblor en la voz.

El hombre velludo me observa atentamente cual bárbaro considerando si comerme.

—Listos e impacientes por recibir tratamiento médico inmediato, señor —gruñe con una voz de acento escocés. Está claro que le molesta la formalidad de nuestro código.

Paralizado momentáneamente por la visión de su maltrecho colega, recobro la compostura y, haciéndome a un lado, les indico a los dos hombres que se dirijan a uno de los dormitorios. El hombre se apresura a cruzar el salón principal, arrastrando las puntas de los zapatos del tipo de quien está a cargo.

Cierro de un portazo la puerta de entrada y rápidamente voy detrás de ellos. Cuando llego a la habitación, el hombre herido ya está tendido en la cama.

—Quítele la ropa con cuidado —ordeno, feliz de percibir un dejo de autoridad en mi tono de voz.

El hombre desaliñado me obedece de inmediato con más brusquedad de la que me habría gustado, pero con la celeridad debida.

El paciente desvestido es un tapiz de oscuras magulladuras y cortes recientes que todavía sangran. En una muñeca tiene una fractura y le asoma el hueso. Con un mero vistazo, me doy cuenta de que el hecho de que viva o muera es algo que depende tanto del destino como de mí.

Y yo que pretendía evitar los juegos de azar.

—Necesito verle la cabeza —observo, señalando con un gesto el saco oscuro que cubre su cabeza mientras comienzo a atender sus heridas abiertas.

El hombre desaliñado me fulmina con la mirada sin moverse lo más mínimo.

—La bolsa se queda —dice, lacónico.

—Bueno, en ese caso, cuando se la ha cubierto, ¿tenía alguna herida en ella? ¿Estaban dilatadas las pupilas? —pregunto, sorprendido por la firmeza de mi voz—. ¿Estaba obstruida su respiración?

El hombre desaliñado se me queda mirando desdeñosamente, como si mis intentos de salvar a su compañero hubieran cruzado una línea prohibida. Enhebro el hilo de sutura en una aguja curvada y le devuelvo la mirada agraviada.

—¿Está protegiendo su anonimato? —pregunto con brusquedad—. En ese caso, deje la bolsa. En su lápida no figurará nombre alguno y usted habrá hecho su trabajo.

Después de un momento de resentidos cálculos, el hombre desaliñado se vuelve y, con mucho cuidado, retira el saco de la cabeza del paciente.

El hombre malherido está increíblemente pálido y su cuidada mata de pelo gris está apelmazada por su propia sangre. Tiene los párpados fuertemente cerrados y las cuencas ligeramente hundidas, o quizá solo lo parece en comparación con una frente algo pronunciada.

Tanto en el rostro como en la cabeza hay múltiples contusiones y las heridas sangran de forma abundante, lo cual justifica de inmediato mi deseo de que se le retirara la bolsa. No puedo evitar sentir cierto engreimiento.

En ese momento, el hombre malherido comienza a sufrir convulsiones, arquea los hombros y respira con dificultad. La cabeza tendrá que esperar. Tragándome ese orgullo momentáneo, cojo el estetoscopio y se lo coloco en el pecho. El costado derecho del cuerpo respira con normalidad, evidenciando aún más la dificultad con la que lo hace el izquierdo.

La angustiosa respiración sibilante que oigo bajo la superficie de su piel me indica que dispongo de apenas unos minutos para salvarle la vida.

Extiendo una mano para coger el maletín, saco de su interior una larga aguja y la alzo sobre el abdomen del hombre mientras con la otra mano busco un hueco entre sus costillas.

Cuando trato de clavarle la aguja, siento que me agarran la muñeca con firmeza.

—¡¿Qué diantre está haciendo?! —exclama el hombre desaliñado.

La indignación eclipsa el miedo que siento y me vuelvo hacia el tipo que está impidiéndome hacer mi trabajo.

Él no dice nada y se limita a mirarme con una mueca de troglodita en el rostro. Me doy cuenta de que se trata de alguien que contempla el mundo del modo más básico e inculto posible. Un objeto punzante sobre el cuerpo de su señor no puede ser otra cosa que un ataque, pues su falta de formación médica lo ciega inevitablemente.

—¡¿Acaso es usted estúpido?! —le pregunto alzando la voz—. ¡Este hombre sufre un neumotórax a tensión...! ¡Tiene aire entre los pulmones y estos no podrán expandirse a no ser que lo drene!

El hombre sigue sujetándome con fuerza. En sus ojos percibo la enojada ignorancia que tan a menudo reduce a palos la razón con su fuerza bruta. Mientras el paciente sigue respirando dificultosamente, hago una última imploración.

—Si muere, supongo que usted me matará por no haberlo salvado. ¿Acaso cree que tengo intención de morir hoy?

Una mueca le contrae el rostro, como si el acto de reordenar sus pensamientos requiriera un enorme esfuerzo. Con gran renuencia y un leve temblor en los dedos, afloja su presa y yo hundo por fin la aguja en el pecho del débil paciente.

Este exhala una larga bocanada de aire, fluida y limpia. La presión remite y mi asistente regresa a su papel de espectador, demasiado orgulloso para admitir su error, pero tal vez dispuesto ahora a aceptar mi autoridad en la materia.

Pasan más horas sin mayor excitación. Suturo, comprimo y vendo la muñeca izquierda, la pierna derecha, el abdomen y toda la cabeza del paciente. A partir de aquí, hay poco más que pueda hacer salvo encomendarlo a la gracia de Dios.

Observando su rostro mortalmente pálido, bajo la mirada a mi maletín médico y mis ojos se posan en un tubo con agujas en sus extremos.

—Ha perdido mucha sangre. Es posible que requiera una transfusión. Es algo que supone un tremendo riesgo, pero, si tenemos suerte, lo fortalecerá. Una infección en su estado se propagaría como un incendio en un granero de heno.

Mi asistente, cual perro de ataque leal que parece ser, se ha acostumbrado lentamente a mi presencia y cada vez respeta más mi preocupación por el estado de su señor.

—¿Tan arriesgado es? —gruñe, exigiendo que elabore mi explicación.

—Sí, pero solo lo haremos si es necesario.

Él considera mis palabras antes de asentir.

—Solo si es necesario —confirma sombríamente. En su consentimiento percibo un dejo de amenazadora advertencia.

Para cuando he terminado y me retiro al salón la noche ya ha caído. El hombre desaliñado me sigue de cerca, lo cual encuentro absolutamente frustrante. Si bien las cuestiones médicas han ocupado casi todos mis pensamientos en las últimas horas, una parte de mi mente sigue obsesionada con el sobre que descansa en el buró. Un sobre que, por imposible que parezca, está dirigido a mí.

Deseo leer su contenido con una impaciencia casi crispante, pero ignoro cómo podría reaccionar mi acompañante, y él parece determinado a no perderme de vista allá donde vaya.

—¿Se irá a dormir pronto? —pregunto, consultando la hora en mi reloj antes de volverlo a guardar en el bolsillo.

El hombre suelta un gruñido y con un movimiento de cabeza señala el sillón que estoy ocupando en ese momento.

—Entiendo —contesto desanimado, consciente de lo que eso supone—. Sé que solo hay dos camas, pero ¡no puede decirme que tiene intención de dormir en el sillón después del día que ha tenido! Use la cama, yo dormiré aquí.

El hombre se me queda mirando y, por un momento, temo que pueda leer mis intenciones, pero me doy cuenta de que no es más que su mirada básica de vigilancia y sospecha. Esta noche dormirá en el sillón. El salón sirve de punto de conexión entre mi dormitorio y el del paciente. Si alguien hace el menor movimiento, sea en la dirección que sea, él se enterará de inmediato.

—De acuerdo, pues. No diga que no se lo he ofrecido —sonrío, calculando con creciente frustración cómo diantre puedo llevar la carta al dormitorio.

Esta es la primera actualización del diario en dos días, y las cosas son más graves de lo que había imaginado al principio.

En primer lugar, está la salud del paciente.

Sigue comatoso. Anoche se le abrió la herida y tuvo suerte de que yo estuviera despierto porque no podía dormir. En mitad de la noche, crucé la cocina con la intención de ir a ver cómo se encontraba el paciente y, de paso, tratar de observar los hábitos de sueño del hombre desaliñado.

Medio crujido de un tablón del suelo hizo que la figura de este se removiera en el sillón. Con gran pesar, concluí que la carta condenadamente intrigante tendría que seguir en el buró hasta que él ya no estuviera a su lado o, idealmente, se hubiera marchado del salón.

Con su aire de sospecha por defecto, se puso de pie y me siguió a la habitación del paciente.

A ambos nos alarmó la cantidad de sangre que estaba perdiendo. Rápidamente, me puse a trabajar y, en cuanto hube contenido la hemorragia, se me ocurrió una idea tan simple que solo puedo culpar a mi fatiga por el hecho de que no se me hubiera ocurrido antes.

—Presione aquí —le ordené al hombre desaliñado, y luego observé con satisfacción cómo cumplía mis directrices—. Necesitará una transfusión. No hay otro remedio. Iré a coger mi maletín.

Se debió más a la suerte que a la previsión que hubiera dejado el maletín médico en mi dormitorio. Él me miró a mí y luego a su señor como si calculara las opciones de las que disponía. También podía, claro está, ordenarme que mantuviera yo la presión mientras él iba a buscar el maletín. Pero estaba claro que, a pesar de mi clara dedicación a la salud del paciente, él seguía considerando peligroso dejarme a solas con su señor.

—Rápido.

—Por supuesto —sonreí afablemente.

Mis movimientos fueron tan hábiles y sigilosos como cabía esperar de un hombre renqueante. Me acerqué al buró, cogí la carta dirigida a mí y, tras entrar rápidamente en mi dormitorio, abrí el sobre.

Al estimado practicante de medicina:
A continuación, le detallo detenidamente tres conjeturas...

—¡Vuelva de una vez! —exclamó una voz áspera desde la habitación del paciente. Debo reconocerle una cosa. Si su cometido consiste en vigilarme, no me ha dado ni un respiro. Frustrado, guardé la carta debajo del colchón y regresé junto a mi paciente.

Detuve la hemorragia y retoqué el trabajo hecho en las suturas. A continuación, saqué de la bolsa una jeringa y la llené con una considerable dosis de un lechoso líquido blanco.

En cuanto la aguja se acercó a la piel del paciente, el hombre desaliñado me detuvo agarrándome de nuevo de la muñeca.

—Nada de drogas —me ordenó con un gruñido que sonó como un trueno.

—Esto es morfina —le expliqué—. El paciente está a punto de entrar en shock.

A modo de desconcertante respuesta a mi explicación, el hombre sacó un trozo de papel del bolsillo de su chaqueta. Apenas atisbé algunas palabras mecanografiadas cuando él se acercó el papel a los ojos y, con unas extrañas gafas que sostenía con la otra mano, comenzaba a leer lo que ponía.

Durante un divertido momento, casi tuve la sensación de que se trataba de una persona estudiosa.

—Blanco lechoso. —Le echó un vistazo a la jeringa—. Veinte miligramos. Ni uno más.

Fruncí el ceño. En la jeringa había exactamente veinte miligramos, él mismo podía verlo y, sin embargo, una fuerza exterior le había indicado exactamente qué era lo que debía verificar.

—¿Y quién, si puede saberse, está controlando tan detenidamente las dosis que administro?

El hombre desaliñado señaló con un movimiento de cabeza al paciente mismo y, entonces, llegué a varias conclusiones a la vez. Quienquiera que estuviera en ese momento tendido en la cama ante mí debía de poseer una gran capacidad de planificación, además de una aguda inteligencia. También debía de ser intensamente paranoico.

Había muchas tinturas en el maletín médico que me habían proporcionado. En dosis altas, algunas podían servir de potentes venenos. Ese hombre no solo había sospechado que se encontraría incapacitado, sino que había planeado su propia recuperación y había tomado medidas para protegerse del posible intento de saboteo por parte de algún doctor.

Y todavía más desconcertante que los extraordinarios esfuerzos que ese tipo había realizado para evitar su destino era la pregunta primordial que yo me hacía: «¿Por qué temía ese hombre que su propio médico pudiera volverse en su contra?».

Le inyecté la morfina y luego le coloqué el tubo de transfusión en la misma vena e introduje el otro extremo en mi propio brazo. Al ver cómo mi savia vital iba a parar a ese hombre, no pude evitar preguntarme a quién debía de estar salvando.

A medida que yo me iba poniendo cada vez más pálido, el rostro del hombre fue recobrando infinitesimalmente su color. En todo momento, sin embargo, mantuve con firmeza un pensamiento en la mente: a la menor oportunidad leería esa carta.

No surgió esa oportunidad hasta pasado algún tiempo, y estoy escribiendo estas líneas justo después de haberlo hecho. Ahora sé qué era lo que temía mi paciente y, con gran pavor, he comenzado a entender mi lugar en todo este extraño asunto.

He incluido la carta, y la transcribo aquí abajo.

Al estimado practicante de medicina:

A continuación, le detallo detenidamente tres conjeturas.

Primera conjetura: no conoce al paciente que está esperando y para el que no hace mucho tiempo que trabaja.

Es improbable que su empleador haya seleccionado a alguien con el que colabora desde hace tiempo, pues yo podría conocerlo y, entonces, ya estaría comprometido. En ese caso, si fuera usted un leal secuaz de este hombre, le entregaría esta carta sin leer una línea más.

Por lo tanto, si está leyendo esta frase, puedo imaginar que estoy en lo cierto.

Segunda conjetura: una situación económica difícil le ha permitido a su empleador hacerse con sus servicios.

No creo que su empleador le haya amenazado a usted o a sus seres queridos, puesto que eso lo volvería a usted impredecible si se encontrara en sus manos. No, ha intentado comprar la buena fe de un hombre desesperado: un deudor o un adicto.

Puesto que el opio o la bebida pueden causar temblores en las manos y eso reduciría su eficacia a ojos de ese hombre, podemos asumir que han sido unas malas inversiones o tal vez unas pérdidas en el juego las que lo colocaron en su punto de mira.

Tercera conjetura: esta carta ha llegado, Dios así lo quiera, antes de que él llegue adonde usted se encuentra.

Lamentablemente, esta es mi suposición menos firme. Con la máxima celeridad, he enviado las mismas cartas a todos los refugios próximos a las cataratas de Reichenbach. Si está usted solo, debe huir de inmediato sin ni siquiera pensar en lo que él haya podido prometerle.

Si ya se encuentra usted en su presencia —acompañado, supongo, por al menos uno de los pocos esbirros leales con los que todavía cuenta—, me temo que le será bastante difícil salir con vida de ese lugar.

Por favor, lea las siguientes palabras con mucha atención.

*El hombre que le ha empleado para que lo trate se llama ********** y es un villano de la máxima categoría. Un hombre de considerable intelecto que ha concentrado todas sus facultades mentales en la comisión de crímenes, maldades y atrocidades.*

Su crueldad, sin embargo, no ha pasado desapercibida.

En el último año de mi vida, he procurado sacar de las sombras a este hombre y a su organización.

Mientras lee usted estas palabras, agentes de Scotland Yard y diversas autoridades en todo el continente están desarticulando por entero su oscuro imperio gracias a la información que les he proporcionado.

Él, mientras tanto, se ha dado a la fuga y ya no tiene posibilidad alguna de regresar a la vida que tuvo antaño, lo cual lo pone a usted en grave peligro.

Si ha sobrevivido a mi último intento de llevarlo a la justicia, es posible que busque una nueva identidad, y necesitará que esa transformación sea completa e irrefutable. Por desgracia, el trabajo que haga usted para curarlo supondrá inevitablemente que sea testigo de su antigua vida y, por lo tanto, una amenaza para la nueva.

Es mi mayor deseo que todo el peso de la ley caiga sobre ese hombre. Sin embargo, si está usted leyendo esta carta, es probable que yo ya no esté vivo para verlo cumplido.

Lo que suceda a continuación depende únicamente de usted.

Si escoge huir corriendo, notifique cuanto antes el paradero de este hombre a las autoridades. Dígales también a qué nombre responde y explíqueles que deben movilizar todas sus fuerzas.

Si elige matarlo antes de que él lo liquide a usted, solo puedo desearle la mayor de las suertes.

Fielmente suyo,
****

P. D.: El segundo sobre no es más que una medida de contingencia y está dirigido únicamente a él. Por favor, sea tan amable de no abrirlo.

Las manos me temblaban cuando dejé las hojas a mi lado sobre la cama.

He oído hablar del autor de la carta. Se trata de un detective conocido en todo el continente. Un profesional singular cuyas hazañas prácticamente desafían toda comprensión. Si bien no he

seguido de cerca su carrera, sí sé lo suficiente como para llegar a una inquietante conclusión:

No puedo evitar que todo aquello que parece estar preocupándolo de un modo semejante me cause asimismo una gran inquietud a mí. ¿Y si es cierto lo de que está escribiéndome desde la tumba? Apenas puedo concebir la idea.

Yazco tendido en la cama con los ojos abiertos de par en par mientras oigo el canto de los pájaros al otro lado de la ventana y la luz del amanecer se filtra a través de los árboles. El detective tiene razón en muchas de sus conjeturas, pero, claro está, no puede saber que dos años atrás unos cobradores de deudas me destrozaron una pierna.

No huiré corriendo, pues. No hay posibilidad alguna de que pueda escapar por el denso bosque mientras me da caza un adversario mucho más atlético y violento que yo.

Siento un extraño vacío en mi interior, como si estuviera más cerca de la membrana que separa la vida de la muerte de lo que he estado nunca.

—¡Salga! —exclama una voz con un gruñido procedente del salón y, a pesar de la fatiga que me provoca la falta de sueño, me sorprendo a mí mismo levantándome de la cama de un salto.

Tras coger mi bastón, salgo del dormitorio y el corazón me da un vuelco.

—¿Qué es esto? —me pregunta el hombre desaliñado, blandiendo el sobre sin señas con una mano alzada mientras el anillo de sello que lleva en la otra repiquetea rápida y rítmicamente contra la tapa del buró.

Mi corazón comienza a latir a su compás.

—P-pues... —balbuceo— una carta.

El hombre me escruta con la mirada, determinado a arrancarme una explicación de las profundidades del alma.

—La entregaron antes de que llegaran —digo apresuradamente—. Supuse que era para su empleador.

—¡¿Y la escondió?! —El hombre esboza una mueca de absoluto desprecio que deja a la vista sus dientes amarillentos.

Es un tipo con poca paciencia cuya corta mecha puede desencadenar una reacción explosiva. Imagino que su enjuto rostro ha sido la última y repulsiva visión de muchos inocentes. Y, si bien abandoné mi inocencia mucho tiempo atrás, no siento ningún deseo de unirme a las filas de esos desgraciados.

—¿Esconder una carta? ¿En un buró? —contesto agitadamente en un tono de voz alto y con un dejo de pánico—. ¡Siempre guardo las cartas en un buró! Esta cabaña es un lugar secreto, ¿no? ¡Supuse que si alguien sabía que estábamos aquí debía ser conocido suyo! ¡Alguien a quien esperaban! ¡No sabía que hubiera nada que ocultar!

Dejo que el tipo sienta mi miedo. Es consciente de que lo temo, de modo que una confesión que evidencie pánico es posible que le parezca sincera.

Él se limita a gruñir y se marcha con la carta a la habitación del paciente. Le echo un vistazo a la puerta de entrada y al mundo que hay al otro lado, dolorosamente consciente del tormento sordo y crónico que me inutiliza la pierna.

Entro en la habitación del paciente cuando el hombre desaliñado llega junto a la cama de su empleador y observo cómo hinca una rodilla en el suelo y le tiende a este la carta sellada.

El hombre tendido extiende una mano y la coge.

«¡Dios mío! —pienso—. ¡Está despierto!».

El paciente intenta abrir el sobre, pero se encuentra demasiado débil y, finalmente, se lo devuelve a su secuaz. En cuanto este extrae las páginas que contiene, el paciente las coge y comienza a leer.

No se vislumbra ninguna expresión bajo las vendas que se entrecruzan sobre su rostro. Aun así, mientras sus pálidos dedos colocan la primera página detrás de las otras y comienza a leer la segunda, un leve gruñido gutural empieza a emanar de la base de su garganta. A pesar incluso de su debilidad, una palpable rabia está comenzando a tomar forma.

Lanza la página a un lado y comienza a leer la última. Cual junta que revienta, el hombre malherido deja escapar un rugido de ira repleta de bilis, que surge de lo más hondo de su ser, y arroja los papeles al suelo.

El hombre desaliñado se agacha para recogerlos, reducido a insignificante sirviente ante la cólera de su señor.

El paciente le indica que se acerque, le susurra algo al oído y luego lo aparta.

El secuaz se vuelve hacia mí y grita:

—¡A su habitación! ¡Ahora!

Me marcho tan rápidamente como me permite el bastón y, con mucho gusto, me encierro en mi dormitorio. Presa de un repentino pánico, cojo la carta dirigida a mí y la escondo en un hueco que hay entre dos tablones del suelo.

Desconozco el contenido de la carta de mi empleador y también qué están discutiendo él y su sirviente en mi ausencia.

Durante esta cautividad extraña e improvisada, me paso horas mirando la ventana de mi habitación y preguntándome si, al caer la noche, no podría escaparme por ella y escabullirme renqueando por el bosque. Lamentablemente, como ambos dormitorios dan a la parte trasera de la casa, cualquier intento de huida sería visible desde la ventana del paciente.

Poco a poco, comienzo a preguntarme otra cosa: si, después de haberme dedicado a salvar vidas durante tantos años, estoy preparado para acabar con una. ¿Estaría dispuesto a asesinar a las personas que me retienen en este lugar dejado de la mano de Dios?

O, teniendo en cuenta lo que ha llegado a mi conocimiento acerca de estos dos hombres, ¿sería capaz de ello?

Han pasado dos días más y, Dios así lo quiera, el paciente pronto estará muerto.

Hoy, en torno a las dos de la tarde, el hombre desaliñado ha abierto finalmente la puerta de mi habitación.

Al principio he supuesto que venía a llevarse el bol después de que, menos de dos horas antes, me hubiera traído unas pocas gachas tibias.

En vez de eso se ha quedado en la entrada, aparentemente contrito y con la mirada al suelo.

—Hay un problema —ha gruñido—. Pero no es culpa suya.

Me he preguntado si su empleador le habría ordenado que me tratara con amabilidad. Durante mi repentino aislamiento, he permanecido callado y he evitado armar ningún escándalo, pero no conviene enojar al médico que te está tratando. El hombre ya me ha aterrorizado suficiente. Si quiere que trabaje diligentemente, quizá ha deducido que eran necesarias algunas formalidades.

—¿Cómo se encuentra? —he preguntado, permitiendo que la preocupación tiñera mi voz.

—No se mueve —ha dicho él con solemnidad, haciéndose lentamente a un lado para que yo pasara.

Yo he asentido.

—Deje que me vista. Lo curaremos, se lo prometo.

Gracias a Dios, el hombre desaliñado ha esperado fuera mientras yo me vestía. Luego he cogido mi maletín médico y me he dirigido a la habitación del paciente.

En mi ausencia, el sirviente había hecho lo que había podido, cambiándole las vendas y vistiendo a su señor. El pecho de este subía y bajaba con alentadora regularidad.

—¿Cuánto hace que se encuentra inconsciente? —he preguntado, secándole el sudor de la frente.

—Desde anoche —ha contestado el hombre, mirando con preocupación a su señor.

—Está bien, escuchemos a ver —he dicho, esbozando una fugaz sonrisa.

Me he acercado a la cama del paciente y me he arrodillado a su lado. Al darle el bastón al hombre desaliñado, este lo ha aceptado obedientemente y he oído el ruido que ha hecho el anillo de sello al golpear con la caoba lacada. Con calma profesional, he cogido mi estetoscopio y he recorrido con él el pecho de mi paciente hasta llegar a la altura de su corazón.

Las noticias han sido positivas. Los días de descanso y recuperación le habían hecho bien y los latidos de su corazón eran todo lo fuertes que cabía esperar en esas circunstancias. Probablemente, su inconsciencia no era nada más que un profundo y restaurador sueño.

—¡Oh, no! —he dicho entonces con una mueca, negando con la cabeza—. Me temo que la cosa no va nada bien. Está muy mal, su corazón se encuentra muy débil. Si pudiera administrarle un leve anticoagulante, tal vez podría...

He extendido una mano hacia mi bolsa, pero el hombre desaliñado, aferrado a mi bastón como si fuera un garrote, ha hundido una mano en uno de sus bolsillos y, tras consultar el ya familiar trozo de papel, ha mirado la tintura que yo había cogido y ha negado con la cabeza.

Nada es nunca tan fácil como debería ser.

—Bueno —he razonado—, aparte de una transfusión de sangre, no hay nada más que podamos hacer.

El hombre desaliñado se me ha quedado mirando, luego se ha vuelto hacia su empleador y, tras echarle otro vistazo a la lista, finalmente ha levantado la mirada de nuevo hacia mí.

—Está bien —ha ladrado.

Yo he asentido apreciativamente y he metido una mano en la bolsa para coger el tubo.

Este procedimiento todavía no es muy seguro. Aunque pareció ayudar a mi paciente cuando lo llevé a cabo cuatro días atrás, se considera que las transfusiones tienen tantas posibilidades de perjudicar a un paciente como de ayudarlo.

Un estudio médico reciente que leí antes de marcharme de Valencia ofrecía cierto consuelo en este sentido. El autor teorizaba que, si la sangre de un donante ya ha beneficiado a un paciente en una ocasión, puede considerarse que es segura.

Entre ambas hay algún tipo de compatibilidad.

Sabiendo lo que sé sobre este individuo, me entristece que nuestra sangre pueda ser compatible. Pero supongo que tiene sentido. ¿Qué me llevó a traicionar la confianza de mi esposa, nuestro futuro, a mis pacientes, a mi comunidad? Se debió, como he dicho antes, a un vacío espiritual. No puedo imaginar que un hombre completo, un hombre como es debido, decida vivir como lo he hecho yo.

Los hombres de gran intelecto que poseemos el don divino de suturar, auxiliar y curar pero solo traemos desgracias a los demás y a nosotros mismos, compartimos una debilidad de la sangre, no hay nada más que decir.

Aunque su sangre, por el momento, es más débil que la mía.

Cuando le he pedido al hombre desaliñado que me diera un momento para vestirme, he aprovechado la oportunidad de actuar basándome en una teoría que había desarrollado. Había supuesto que él estaría observándome mientras atendía al paciente y que no me permitiría administrarle ninguna droga que no fuera morfina (la cual se decoloraría con la adición de cualquier toxina secreta).

Así pues, los últimos dos días los había pasado diseñando un cóctel venenoso y, justo antes de salir del dormitorio, me lo he inyectado en mis propias venas con una jeringa.

No se trata de una cantidad letal para mí (aunque me proporcionará una noche de incontrolables sudores y malestares).

Pero, en el caso de un hombre en proceso de recuperación y cuya constitución se ha visto debilitada previamente por graves heridas, la exigua dosis que corre por mi torrente sanguíneo será suficiente para que su corazón se detenga lentamente.

Es extraño. Desde que comencé a desperdiciar mi vida con el juego, no ha dejado de atormentarme una sombría contradicción. Me formé durante muchos años para ayudar al mundo y, sin embargo, terminé envenenando a aquellos más cercanos a mí.

Ahora, mi propia sangre supondrá el fin de un hombre y, con ello, sospecho que estaré ayudando al mundo más de lo que he hecho jamás.

He retirado el tubo y he apretado brevemente en el punto en el que se lo había inyectado. Tras ayudarme a ponerme de nuevo en pie, el hombre desaliñado me ha devuelto el bastón y me ha acompañado al salón.

El veneno se llevará por delante al paciente con la llegada de la noche. He preparado una tintura similar para el secuaz, pero, si no se me presenta la oportunidad de usarla, podré descansar en paz sabiendo que el mal mayor ha sido neutralizado.

Luego he regresado a mi dormitorio y he comenzado a escribir esta entrada.

Confío en que el paciente fallezca sin levantar demasiadas sospechas.

Confío en que se me presente la oportunidad para escapar de vuelta a Valencia.

Confío.

Hasta entonces... hay momentos en la vida de todo hombre en los que uno no tiene más remedio que esperar.

BERNA, SUIZA

A 88 kilómetros de las cataratas de Reichenbach

—

A 430 kilómetros del Schloss Alber

DECLARACIÓN DEL SEÑOR ELIAS SCHULTZ
Detenido por la Policía Cantonal de Berna

—¿Es que está tratando de convertirme en un pollo?

El señor Schultz se toma un momento para reírse de su propia broma, pero sigue mostrándose claramente agraviado.

—¡Hablo en serio, querido amigo! ¡Con esos garabatos esotéricos parece que esté echándome una maldición! Se supone que debe usted tomarme declaración.

Por el bien de la coherencia del texto, informo al señor Schultz de que solo estoy usando la taquigrafía para transcribir su declaración. Él no lo ve con buenos ojos.

—Me huele a chamusquina. Si es usted una especie de iletrado, tendré que solicitar que se encargue de la tarea otro agente.

Le garantizo al señor Schultz que la taquigrafía policial es una técnica de documentación moderna muy exhaustiva que me permite no solo tomar nota de la esencia de la declaración, sino de las palabras exactas con las que la realiza.

—¡Ah, bueno! ¡Más le vale! ¡Quiero que le quede muy muy claro todo lo que estoy diciéndole!

El señor Schultz intenta gesticular, pero su intención se ve inmediatamente frustrada por las restricciones que le imponen sus esposas. Vuelve a recostar la espalda, se calma y prosigue con su declaración.

—Como iba diciendo, soy un proveedor independiente de juegos. Mi parada en Kramgasse, en particular, es un estimado destino recreativo para la gente de bien de nuestra ciudad.

La parada a la que se refiere el señor Schultz consiste en una vieja caja de manzanas que usa para desafiar a los viandantes al juego de

las tres cartas. Se trata de un conocido timo en el que al jugador se le muestran tres cartas, una de las cuales es de una figura (normalmente la reina). Luego el repartidor las coloca bocabajo formando una hilera y comienza a moverlas, intercambiando sus posiciones. El jugador debe tratar de seguir el movimiento de la reina y, si al final acierta en qué posición está, gana el doble del dinero que ha apostado. Gracias a las malas artes del señor Schultz, el jugador nunca lo hace.

—La del sábado fue una buena noche: ambiente primaveral y mucha gente por la calle. Es cierto que un par de sus colegas consideraron conveniente hostigarme un poco y que algunos clientes no parecieron estar de acuerdo con el resultado del juego, pero, en general, estaba obteniendo unos beneficios razonables... ¡Antes de descontar los impuestos, claro está!

Tratando de mostrarse encantador, el señor Schultz sonríe.

—Fue entonces cuando lo vi caminando a trompicones por la calle. Sin duda, llevaba una trompa de campeonato: tenía las mejillas sonrojadas, y sus movimientos estaban penosamente descoordinados. A los borrachos suele gustarles sacar a bailar un par de veces a la reina, así que lo llamé para que se acercara.

Le pido una descripción más detallada del hombre en cuestión. El señor Schultz no tiene ningún inconveniente en ofrecérmela.

—Diría que nacido en una familia pudiente, aunque todo indicaba que esa época había quedado atrás. Tanto su chaleco rojo como su americana negra de lana habían visto mejores días. Llevaba un sombrero panamá con una toquilla roja y que estaba ya algo raído. Dudo que tuviera esposa, pues nadie lo dejaría salir con semejante facha. En cualquier caso, estoy desviándome del tema.

El señor Schultz se inclina hacia delante como si quisiera asegurarse de que tomo nota de cada sílaba de sus próximas palabras. Yo opto por no recordarle que eso es exactamente lo que he estado haciendo los dos últimos minutos.

—El hombre llevaba un rollo de billetes en las manos y andaba por ahí en busca de algún lugar en el que gastárselo. No es que yo sea un hombre demasiado interesado en cuestiones materiales, pero, a juzgar por el diámetro de ese rollo, ¡diría que deambulaba por las

calles con al menos cien francos! La cuestión es que se acercó a trompicones a mi parada y yo lo puse al corriente de los entresijos del juego.

Le pregunto si considera ético reclutar a un viandante borracho para un juego que requiere una aguda percepción. El señor Schultz le resta importancia a mi observación con un movimiento de una de sus manos esposadas, haciéndose de nuevo el ofendido.

—Él se mostró reticente, qué duda cabe. Cuando le expliqué las reglas, casi se marcha, obligándome a redoblar mis esfuerzos para atraerlo. Él me dijo que no sentía deseos de separarse de su dinero, y le sugerí que apostara una cantidad pequeña para que se familiarizara con el funcionamiento del juego. Él vaciló un momento antes de sacar cinco francos del rollo.

El señor Schultz parece olvidarse momentáneamente de que está detenido y recuerda con cierta nostalgia esa primera apuesta.

—Moví las cartas a una velocidad realmente acomodaticia y, gracias a ello, ¡encontró la reina! Cobró los cinco francos que había apostado y los otros cinco que había ganado. Se trataba de una considerable parte de mis ganancias de la noche, pero pude notar que él se sentía orgulloso de sí mismo, además de entusiasmado. ¡Estaba comenzando a considerar mi parada como una oportunidad de inversión!

Un rictus de consternación desdibuja el rostro del señor Schultz, que parece revivir cada momento de esa historia como si estuviera sucediéndole en ese mismo instante.

—Me dijo entonces que los cien francos que llevaba encima eran todo lo que tenía y que los había ahorrado trabajando en una oficina de la que lo habían despedido. Por orden de su hermano, con ese dinero debía pagar urgentemente algunas deudas. Yo lo presioné un poco más y le sugerí que apostara lo que acababa de ganar para comprobar si realmente se le daba bien.

Con su limitada movilidad, el señor Schultz coloca tres cartas imaginarias sobre una mesa y, a continuación, le da la vuelta a una y extiende ambas manos con las palmas hacia arriba como si estuviera concediendo un regalo del cielo.

—Volvió a ganar. ¡Los cinco francos originales que previamente había convertido en diez pasaron a ser veinte! Llegados a este punto, el tipo ese se sentía plenamente confiado de sus capacidades y arrojó con entusiasmo el rollo entero de billetes sobre la parada. Lamentablemente, en esa tercera ocasión no consiguió localizar a la reina. Atisbé entonces algo extraño en él, una suerte de entumecimiento o conmoción inexpresiva. Y, sin decir una sola palabra más, se alejó calle abajo mientras yo contaba mis ganancias.

Una sombra oscurece fugazmente los ojos del señor Schultz al tiempo que su rostro esboza una mueca de arrepentimiento.

—Los billetes resultaron ser falsos. Todos, supongo, salvo los primeros cinco francos que había apostado. ¡Ese malnacido me había engañado! ¡Me había timado quince francos! Salí en su busca justo cuando dos de sus agentes doblaban la esquina y, tras arrestarme, me trajeron aquí bajo una acusación ridícula.

Le recuerdo al señor Schultz que nuestros agentes estaban siguiendo el soplo de un ciudadano y que, según este, él se hallaba implicado en una operación de falsificación recientemente desmantelada. También que, cuando lo detuvieron, llevaba encima algunos billetes falsos procedentes de dicha operación.

—¡Me los habían dado momentos antes de que me arrestaran! ¡Ese tipo lo había planeado todo! ¡En mi opinión, él debe de ser el verdadero cerebro detrás de esa operación de falsificación que desarticularon! ¡Y luego me usó para financiar su huida... y envió a esos agentes detrás de mí para encubrir su escapada!

El señor Schultz se lleva las manos a la cabeza como si finalmente entendiese en qué situación se encuentra.

—Nos ha engañado a todos —asegura—. Yo soy un ladrón y un timador, lo admito, pero ¡nunca podría urdir un plan tan ambicioso! ¿Es que no se da cuenta, detective, de que el hombre al que buscan sigue libre?

Informo al señor Schultz de que sus cuentos fantásticos no tienen nada que hacer frente a nuestro moderno e ilustrado cuerpo de policía. Por otro lado, además, ese fantasma, fuera real o no, tenía ahora veinte francos en su bolsillo, dinero suficiente para llegar a cualquier rincón del continente.

Si tenía un destino, no hay modo de saber cuál era.

INNSBRUCK, AUSTRIA-HUNGRÍA

A 428 kilómetros de las cataratas de Reichenbach

—

A 109 kilómetros del Schloss Alber

La última carta de Helga Linse

A quien corresponda:

Mi nombre es Helga Annabel Linse. Escribo esta carta en las que tal vez son las últimas horas de mi vida con la intención de, en lo posible, prestar ayuda para resolver mi propio asesinato.

Por razones que terminarán siendo claras, he vivido los últimos días abrumada por la culpa. Anoche, incapaz de seguir soportando más el peso de mi conciencia, me apresuré a acudir a casa de mi señor en busca de su indulgencia.

No lo encontré y no la obtuve. Su estudio estaba desierto y las velas ya se habían consumido. La espantosa grabación (que deberían encontrar adjunta a esta carta) seguía dando vueltas, un descuido que mi señor nunca habría permitido.

Con la sensación de que algo malo estaba sucediendo y que había alguien más en la casa que no era mi señor, extraje la grabación del artilugio y la guardé.

Tiempo atrás, mi señor diseñó un instrumento que pudiera grabar las conversaciones. Era uno de mis principales cometidos, transcribirlas como medida de contingencia ante la degradación del sonido.

He hecho lo mismo en este caso.

Sin embargo, los insto a mantener a salvo la grabación original y a realizar una copia permanente tan pronto como les sea posible. Mi transcripción cubrirá los detalles básicos, pero, en caso de que yo no consiga llegar sana y salva ante las autoridades, es probable que la grabación que tienen delante contenga la voz de mi asesino.

Lo dejo en las manos de Dios. Espero que me perdone.

TRANSCRIPCIÓN: Mi señor, Hugo Strahm, en conversación telefónica con un desconocido. 26 de mayo de 1891.

Al comienzo de la grabación, oirán hablar en primer lugar a mi señor. El alto volumen de su voz indica que se encuentra de pie junto a su invención.

—... como norteamericano, habrá visto artilugios similares como los nickelodeones. Estas usan cilindros que únicamente contienen dos minutos cada uno. Fundamentalmente, este disco opera del mismo modo: al hablar cerca de un receptor, las vibraciones de nuestras voces viajan a través de la aguja y graban nuestras palabras en el material.

—Ciertamente fascinante.

—Creo que mi invención está veinte o treinta años adelantada a cualquier producto que haya en el mercado. Durante el proceso de grabación, la superficie de goma laca se trata con una fórmula química desarrollada por mí que fortalece extremadamente el producto final, y el micrófono, que puede ver aquí, es capaz de capturar el sonido de cualquier lugar de la estancia.

—Mis conocimientos son limitados, pero sin duda esto revolucionaría la industria.

—¡Me alegro de que lo piense! —Mi señor cruza la habitación en dirección al mueble bar y el volumen de su voz disminuye. Se oye cómo retiran el tapón de un decantador y luego el brindis de dos vasos, lo cual indica que están bebiendo whisky.

Al mismo tiempo, podemos oír al visitante cruzando la habitación en dirección a uno de los dos sillones.

—¿Puedo preguntarle por qué no ha patentado este producto? ¿Acaso no tiene planes para su comercialización? —pregunta el visitante, con un marcado acento norteamericano. Es posible que ustedes puedan reconocer de dónde procede; su voz tiene un dejo parecido al de un tejano que pasó por nuestra ciudad hace unos pocos años.

—A su debido tiempo. —Mi señor cruza la estancia y toma asiento en el segundo sillón—. Por mis propias razones, valoro la privacidad por encima de todo, de forma que me aventuraré al mundo solo con el mayor de los cuidados.

—En ese caso, me siento honrado de que me haya atendido en su casa.

—Bueno, esta es una ciudad pequeña. Las conversaciones inteligentes se agotaron hace tiempo —responde mi señor, aparentemente entusiasmado por la compañía del visitante.

—Yo también me he sentido falto de estímulos —se lamenta el desconocido en un tono de voz extrañamente plano—. Mis viajes no me han proporcionado demasiada..., de modo que lo de esta noche ha sido algo parecido a un alivio.

Mi señor le da un trago a su whisky. Su costumbre de agitar el vaso para remover los cubitos de hielo puede oírse perfectamente.

—Bueno, en ese caso espero estar a la altura de sus expectativas.

Soy incapaz de oír si en ese momento dicen algo más. El crujido que se oye en la grabación es, o bien electricidad estática, o bien el chisporroteo del fuego

de la chimenea, y los dos hombres parecen permanecer sentados en silencio durante unos buenos cinco segundos.

—¿Le gustaría disfrutar de una especie de rompecabezas? —pregunta el visitante, y a continuación parece oírse el ruido de las dos hebillas de una cartera abriéndose.

—¡Querido mío, los rompecabezas son tal vez mi mayor afición!

Puedo visualizar a mi señor sonriendo. Es cierto: la biblioteca de la casa es tanto un catálogo de obras de misterio como de ciencia acústica. Ir a buscar libros de ese género cuando el vendedor nos avisa de la llegada de nuevas ediciones es uno de mis cometidos más elogiados en la casa.

—A ver qué le parece esto, entonces.

Se escucha el roce de unos papeles. Unas cuantas hojas cambian de manos. El leve chasquido que se oye lo hace mi señor al coger sus gafas de la cajita de nácar que tiene al lado.

—Veamos qué tenemos aquí. «Del diario del doctor Francisco Castillo, 5 de mayo de 1891». —Mi señor parece estar recitando el título de un documento—. Interesante. Entiendo que se trata de una obra de ficción.

—Efectivamente.

—¡Señor, a pesar de tratarse de un desconocido, me trae usted regalos en perfecta sintonía con mi naturaleza! —Mi señor alza la voz, aparentemente entusiasmado—. ¿Le importa que lo lea en silencio?

—Claro que no. No tengo ninguna prisa.

Fiel a su palabra, mi señor dedica los siguientes minutos a leer. Puede oírse como pasa lentamente las páginas.

—Este doctor se encuentra en un auténtico aprieto —comenta en un momento dado—. Acláreme una cosa. En esa carta, la que está dirigida a él, los nombres del paciente y el remitente han sido censurados y, sin embargo, el doctor no parece tener ningún problema para leerlos. ¿Son estas líneas negras una especie de truco para mantener sus identidades ocultas al lector?

—Así es. Entenderá por qué más adelante.

—Bueno, si usted lo dice.

Pasan unos pocos minutos más sin que se oiga nada salvo el repiqueteo de los cubitos de hielo y el roce de los papeles por encima del ruido de la electricidad estática.

—Pero ¡bueno! ¡Envenenamiento de la sangre! ¡Una especie de... asesinato intravenoso! —Mi señor se ríe y se oye el ruido que hace al depositar el conjunto de hojas sobre la mesa—. Me parece francamente entretenido. Desde un punto de vista intelectual, claro está. ¡Dudo que un hombre corriente pudiera sospechar que el veneno ha sido introducido en las venas del mismo asesino!

—Ciertamente. Me alegro de que le haya gustado. —El visitante parece quizá decepcionado.

—Pero esto no es todo, ¿verdad? —dice mi señor con un dejo de orgullo—. Sospecho que el buen doctor no saldrá vivo de la cabaña. ¡Han sido más listos

que él!

—¿Por qué dice eso? —Ese comentario claramente despierta el interés del visitante.

—Mera observación y razonamiento —explica mi señor—. ¿Le importa que me ponga de pie y camine por la habitación?

El visitante debe de darle permiso, pues a continuación se oyen los pasos de mi señor deambulando de un lado a otro de la estancia, y su voz sube y baja de volumen al desplazarse entre la zona en la que están los sillones y el mueble bar que hay junto a la ventana.

—El doctor se encuentra en una situación difícil. Eso está claro. Sus dos acompañantes, el villano enfermo y el leal lacayo de este, desean asesinarlo. Pero ¡el malvado paciente se encuentra en una situación igualmente precaria! La carta dirigida al doctor especifica la intención por parte del paciente de comenzar una nueva vida y matar a aquellos que tengan conocimiento de la antigua. Necesita, pues, que sus dos empleados mueran y, por más que esté recuperándose increíblemente bien, en su estado se encontraría en desventaja respecto incluso al más corriente de los hombres.

Mi señor se detiene junto al mueble bar y se sirve otro whisky mientras el visitante parece removerse en su sillón. Los cubitos de hielo repiquetean en el vaso. Mi señor parece excitado.

—Creo que el villano contaba con la traición del doctor, o al menos la presagiaba. En consecuencia, tramó un plan que, retrospectivamente, solo puede discernirse prestando especial atención a los detalles.

—Debo decir que me siento intrigado por saber a qué detalles se refiere —responde el desconocido.

—Sí. Sí. Claro. —Mi señor debe de haber regresado junto a los sillones, pues se oye cómo coge los papeles del escritorio y pasa las páginas a gran velocidad —. ¡Aquí! En esta página se indica que el secuaz del villano lleva un anillo de sello en la mano izquierda. En la penúltima entrada del diario, sin embargo, cuando descubre el sobre sin señas escondido en el buró, lo sostiene en alto mientras, frustrado, repiquetea con el anillo en el tablero. Si partimos de la base de que lo más probable es que sostenga las cosas importantes con la mano dominante, podemos deducir que es diestro. Al día siguiente, sin embargo, se nos dice que repiquetea con el mismo anillo en el bastón del doctor cuando este se lo da un momento. ¡¿Por qué razón el hombre desaliñado sostiene de repente las cosas con la mano izquierda?!

Silencio.

—Podría tratarse de una coincidencia —razona el visitante. Su tono anima a mi señor a continuar.

—Pero ¡esa no es la única inconsistencia! —prosigue—. El secuaz tiene una lista de todas las tinturas del doctor como defensa por si este trata de envenenar a su empleador. La primera vez que la consulta, el doctor describe claramente que lo hace usando unas gafas de lectura sin patillas que debe

sostener ante sus ojos. —Mi señor parece arrojar los papeles de nuevo sobre el escritorio—. El día del subterfugio del doctor, sin embargo, ¡el hombre desaliñado lee la lista mientras sostiene su bastón! ¡Tiene ambas manos ocupadas y no se mencionan ningunas gafas! ¡Y aun así puede leer! ¿Debemos inferir acaso que su vista ha mejorado por sí sola desde que consultó la lista por primera vez?

—Parece usted haber llegado a una conclusión —lo anima el visitante.

—¿No es obvio? ¡El paciente y el secuaz intercambiaron sus papeles! El primero debió de decirle que quería observar por sí mismo al doctor y, en cuanto el cuerpo y la cabeza del hombre desaliñado estuvieron envueltas con vendas, al villano le resultó fácil administrarle cloroformo o algo parecido a través de ellas. A continuación, el paciente se vistió como él poniéndose una barba falsa, usando su ropa, etcétera.

»Cuando los dos hombres llegaron a la cabaña, el doctor reparó en que la altura de ambos era similar. Es probable que el empleador eligiera a un lacayo de poblada barba precisamente para que así fuera más fácil hacerse pasar por él en caso de que necesitara hacerlo. Podría ser que, originalmente, esta contingencia hubiera sido planeada para poder observar al doctor pero que al final fuera empleada para un propósito más oscuro.

»El doctor sabe que sufrirá unos horribles efectos secundarios a causa de su intento de asesinato, pero lo acepta porque cree que de este modo está liquidando a un gran villano. En realidad, sin embargo, lo que hace es envenenarse a sí mismo y, sin querer, al secuaz. ¡Ahora ambos están suficientemente débiles como para que un hombre enfermo pueda matarlos a los dos!

Mi señor se deja caer en el sillón y junta las manos de golpe.

—Vaya. —El visitante parece impresionado—. Ha demostrado poseer usted un encomiable don narrativo. Algo especulativo, quizá, pero se trata de una especulación basada en hechos y, en este caso..., está usted en lo cierto.

—¡Oh, gracias a Dios! ¡No he dejado de dudar de mí mismo todo el rato! —exclama mi señor con un suspiro de alivio—. ¡Menudo duelo de intelectos! Lamento que no vayamos a saber más del doctor Castillo. Ahora bien, hay una duda que me reconcome: ¿qué había en la segunda carta, la que no llegó a abrirse? Se indica que se trataba de una suerte de medida de contingencia.

—La tengo conmigo, si desea leerla.

—¡Nada me gustaría más! ¡Todo esto resulta muy estimulante! —dice mi señor, alzando de nuevo la voz.

—Como desee. —El visitante coge otra cosa de su cartera—. Y, si bien en la anterior carta he omitido los nombres de ciertas personas para que pudiera usted concentrarse debidamente en ella, le aseguro que esta no ha sido para nada censurada.

Un nuevo juego de hojas cambia de manos y a continuación se oye cómo comienzan a pasarlas lentamente.

—«A mi enemigo mortal...» —lee mi señor, que parece encantado—. Dios mío, diría que esto es verdaderamente mordaz, aunque apenas lo comprendo.

Termina la página que está leyendo y la deposita suavemente sobre la mesa.

—De modo que es un desafío. Una especie de... apuesta intelectual —concluye—. Fascinante. Conozco la casa a la que dirige al villano, Schloss Alber. Es un lugar real en Baviera, al este de Múnich, aunque dudo que la familia que vive allí tenga interés en acoger a...

Mi señor se queda callado y, al cabo de un brevísimo momento, puede oírse cómo la última página cae de sus manos a la alfombra.

Durante casi diez segundos no se oye nada y ninguno de los dos hombres parece moverse. Cuando mi señor finalmente rompe el silencio, en su voz detecto un pavor que nunca antes le había oído.

—Es usted.

—Efectivamente —responde el visitante.

—No lo entiendo, profesor —dice mi señor con voz trémula, como si le faltara el aliento—. Se dijo que había muerto usted con el detective y, en cualquier caso..., ¿qué le trae a mi puerta? ¿Acaso no he cumplido con los términos de nuestro acuerdo?

—Lo ha hecho. —Su acento norteamericano ha desaparecido y ahora habla con un inconfundible tono inglés—. Como cliente, fue usted ejemplar. Durante mi tiempo en Londres, muchos deudores me pidieron que les consiguiera nuevas identidades y les buscara un sitio donde vivir en el continente. Todos ellos terminaron cayendo de nuevo en la pobreza o murieron a causa de sus vicios, pero usted, en cambio..., ha prosperado. Qué irónico. Si no lo hubiera hecho, yo no estaría aquí.

Mi señor exhala un sombrío suspiro antes de conjeturar los motivos de la visita.

—El gran detective, el que aparece en los papeles, posibilitó que la policía pudiera desarticular toda su operación, cancelando todas las cuentas y deteniendo a todos los asociados. Para entonces, sin embargo, ya había diseminado usted a muchas personas por toda Europa, creándoles nuevas identidades para que, si alguna vez usted mismo se veía obligado a huir, pudiera meterse en la piel de alguna de ellas. Por eso está aquí. Soy una medida de contingencia. Una máscara viviente que ha cultivado para ponérsela cuando lo necesitara.

—Así es.

Mi señor se pone de pie, pero permanece inmóvil unos segundos. Luego coge su vaso y se oye como repiquetean los cubitos que hay dentro. Sus pasos lo llevan al mueble bar, donde se sirve un tercer whisky.

—Nunca llegamos a conocernos en Londres —comienza a decir mi señor. Su trémulo tono de voz ha dado paso a un dejo más iracundo—. Y tengo la sensación de que todavía no lo he hecho.

El visitante no responde.

—Considerando que el diario del doctor no es ficción, puede verse como un tapiz de sus errores. No recordó usted la mano dominante de su secuaz, ni tampoco que necesitaba gafas para leer.

—Solo estaba jugando con...

—No, no estaba haciéndolo —lo interrumpe enérgicamente mi señor—. Erró usted. Algo muy impropio del hombre cuya leyenda corría entre susurros por las calles de Londres. Ese detective lo desenmascaró, destruyó su imperio y, cuando ya creía usted que se había deshecho de él, se encuentra con este... insulto póstumo... ¡entregado a mano en su mismísimo escondite! En cierto modo resulta hilarante. Usted lo mató, pero él sigue estando un paso por delante.

—Meras especulaciones. —El visitante mantiene su tono de voz uniforme, pero un gruñido de resentimiento se le escapa de la garganta.

—Especulaciones basadas en hechos. —Se oye el leve repiqueteo de unas botellas mientras mi señor parece buscar una en concreto—. Le ha afectado, ¿verdad? Este guante arrojado desde la tumba lo ha sacudido hasta lo más hondo. Ha perdido usted su ventaja, y ni siquiera es capaz de admitir...

De golpe mi señor se calla y deja de oírse el repiqueteo de las botellas. Poco después, se escucha cómo el visitante abre las hebillas de su cartera y saca lentamente un objeto.

—¿Está usted buscando el revólver del ejército suizo con el mango de nácar que guardaba en el estante inferior del mueble bar? —dice el visitante con una calma pasmosa—. Me temo que yo lo he cogido antes.

—U-usted..., p-pero... —tartamudea mi señor—. P-pero ¡si ni siquiera ha cruzado a este lado de la habitación!

—No, pero su criada, fräulein Linse, tiene dificultades para pagar las medicinas que su hermano necesita. La conocí un par de días atrás en la ciudad mientras me hacía pasar por un respetable mercader de armas de fuego. Me resultó fácil lograr que creyera que la idea de robar el revólver era suya. Supongo que pensaba que no lo echaría usted de menos.

Un momento después, mi señor coge su vaso de whisky y se oyen sus pasos de vuelta al sillón.

—Bueno..., al menos sigue siendo usted más listo que yo. —Se deja caer en el asiento.

Un silencio definitivo y funesto se hace entre ambos. Incluso la electricidad estática parece disminuir su volumen.

—Qué absurdo morir al servicio de un imperio en ruinas —lamenta mi señor —. Antes usted tenía una estatura mucho mayor, profesor. Morir a sus manos suponía ser asesinado por el mejor. ¿Ahora? ¡Ja! Se dirige usted a un lugar en ruinas como el Schloss Alber en la piel de un hombre muerto, y obsesionado por las provocaciones de otro hombre muerto. ¿Qué espera hallar en esa casa?

—Ventaja —responde el visitante—. ¿Qué otra cosa podría ser?

El visitante amartilla el arma, se oye el repiqueteo de los cubitos y mi señor da su último trago.

—Veneno en sus venas. —Mi señor suelta una risa ahogada y deja a un lado el vaso—. Un problema inédito.

KALTENTAL, BAVIERA

A 502 kilómetros de las cataratas de Reichenbach

—

A 19 kilómetros del Schloss Alber

Del diario de la señorita Clara Mendel

18 de julio de 1891



A menudo me sorprende lo sutil que puede ser la ruina.

Al decir esa palabra en voz alta lo que suele venir a la mente son incendios descontrolados, tierras arrasadas o visigodos saqueando los templos de Roma. La ruina, sin embargo, ha ido adueñándose de Kaltental de un modo tan paulatino que, mientras el traqueteante carruaje de color negro fúnebre recorre la calle mayor, empapada a causa de la lluvia, me cuesta recordar cuáles fueron las primeras señales.

Puede que en sus adoquines antaño impecables apareciera de repente una pequeña grieta más fácil de esquivar que de arreglar.

Puede que una teja suelta cayera de uno de los resplandecientes edificios de la ciudad y, al comprobar que no había goteras, los residentes concluyeran que tampoco debía de ser tan importante.

Con el paso de los días, es posible que nada pareciera cambiar, pues esa es a menudo la naturaleza de la ruina. Un baile de entropía y complacencia que dura décadas y es demasiado gradual para que el ojo humano pueda llegar a detectarlo.

Ahora, al ver el lugar por primera vez en seis años, el declive de Kaltental me resulta penosamente claro.

—Desolador. Absolutamente desolador.

Al parecer, mi acompañante también se ha dado cuenta.

Ambos miramos por la ventanilla del carruaje mientras un chaparrón impropio de la estación cae sobre los combados tejados de pizarra, las fachadas agrietadas y las farolas rotas.

Antiguamente era una ciudad minera, pero en los últimos cincuenta años sus vetas se habían ido agotando. Cuando, en un último intento de expansión agresiva, se decidió abrir un túnel debajo del río, el techo de una gran sección de la mina se desplomó y las galerías se inundaron.

El coste de recuperar la mina y la incerteza de si tal cosa reactivaría la economía provocaron que la industria de la ciudad permaneciera inactiva durante décadas. El viejo castillete de extracción se convirtió en un monumento a la indecisión ejecutiva.

La última vez que estuve aquí, oí que un borracho comparaba Kaltental a unos escombros, como si la ciudad hubiera caído desde la casa solariega que había en lo alto de la colina y se hubiera despeñado valle abajo.

Como suele sucederles a los pesimistas cuando ha transcurrido un periodo de tiempo suficientemente largo, la realidad había terminado dándole la razón.

—Este lugar está podrido. Propongo prenderle fuego y construirlo de nuevo.

Hablando de pesimistas, el hombre que masculla a mi lado también ha visto mejores días. No deja de refunfuñar para sí mientras mira desdeñosamente los escaparates cerrados. En mi infancia, su rostro era un círculo perfecto, pero los costados comenzaron a caérsele hasta convertirse en unos impresionantes carrillos colgantes. Cuando niega con la cabeza ante el mundo que hay fuera, sus mejillas se detienen uno o dos segundos después de que lo haya hecho su cabeza.

Estoy siendo innecesariamente dura. En mi defensa, ha sido un largo viaje.

Salí de Copenhague el 16 de julio en un buque a vapor que partió de Toldboden y llegó a Lubeca a las seis de la mañana del día siguiente.

Cambiando a trompicones de un tren a otro, llegué a la estación de Venloer de Hamburgo con el tiempo justo para tomar otro ferrocarril y viajar diez horas más hasta Frankfurt. Ahí, cogí un tren nocturno en dirección a Múnich, adonde he llegado a las ocho de esta mañana.

No había descansado bien en los últimos días y, al embarcar en el último tren a las diez y media en la estación central de Múnich, la enésima noche durmiendo mal ha terminado pasándome factura en el momento más inoportuno. Kaltental está a medio camino de la ruta ferroviaria entre Múnich y Salzburgo (la primera ciudad se encuentra a cincuenta kilómetros al noroeste y la segunda a sesenta y cinco al este). Esta vía férrea, que se suponía que sería una arteria vital para el municipio, provocó en cambio una hemorragia de trabajadores capaces hacia las fábricas de las ciudades vecinas.

La estación de Kaltental se ha convertido rápidamente en una estación de cuarta en la que los trenes no se detienen durante mucho tiempo. De hecho, el tren ya había comenzado a arrancar de nuevo cuando me he despertado en el asiento. Presa del pánico, me he visto obligada a recorrer a toda velocidad el pasillo cargando con mi equipaje y a saltar finalmente al andén momentos antes de que dejara la estación atrás.

Para cuando me he dado cuenta de que estaba cayendo un chaparrón torrencial, ya tenía la ropa completamente empapada. Sin ayuda y viéndome obligada a recorrer el resbaladizo andén a trompicones cual cervatillo recién nacido, mi aspecto al encontrarme con el señor Detler había comenzado a parecer el de un monstruo del río Eno.

Estoy segura de que también mascullará algunas palabras críticas sobre mí cuando nos hayamos separado. «Está podrida. Que le prendan fuego».

—Dormirá en el ala este —dice Detler sin volverse hacia mí.

—¿No puedo hacerlo en casa de mi madre? —pregunto. Mi tono evidencia una clara preferencia.

Detler me contempla con amargura. Es el devoto mayordomo de la familia Alber y, como tal, se encarga de cumplir orgullosamente con cada una de sus peticiones. Y, si bien técnicamente formo parte de la familia que lo emplea, Detler concluyó hace tiempo que no trabajaba para mí.

—Su Señoría prefiere que se aloje usted en la casa principal —responde él—. Quiere cerrar filas.

Yo asiento y Detler se vuelve de nuevo hacia el deteriorado pueblo.

Pasan otros veinte minutos en los que recorremos más de un kilómetro de bosque. Me deslizo por el maltrecho asiento de cuero hacia el lado izquierdo del traqueteante Landau de cuatro ruedas y, apoyando la cabeza contra la ventanilla, oigo como repiquetean en ella las gotas de lluvia.

Mis pensamientos vuelven a Copenhague, donde, imagino, mis amigos estarán disfrutando de una tarde de sábado de tiempo clemente en la terraza de alguna cafetería.

Me pregunto si ellos también piensan en mí. Seguro que me consideran una amiga, pero no dudo que, en todos los casos, hay otra persona con quien su relación es más estrecha que conmigo. Podría decirse que poseo cierta relevancia en mi entorno, pero desde luego no soy ningún pilar de mi círculo social, algo que encuentro más liberador de lo que debería.

El largo corredor de altos pinos finalmente llega a su fin y, con ello, también mis pensamientos acerca de mi impermanencia social. La menguante espesura del bosque me deja atisbar por primera vez el Schloss Alber.

Levanto la mirada hacia los noventa metros de auténtica roca gris que tengo ante mí. Un gran acantilado se eleva a un lado del paisaje como una cortina, separando el valle de la meseta: dos llanuras prácticamente idénticas.

Casi todo el acantilado es recto como una pared y se extiende a lo largo de kilómetros en ambas direcciones. Una de las pocas excepciones es un gran saliente que se proyecta del punto más alto y que ofrece vistas al pueblo. Es en esta sección donde se encuentra la casa ancestral de los Alber y desde donde contempla sus viejos dominios con majestuosidad y severidad.

Desde donde estoy es visible la balaustrada de mármol del patio trasero. Mientras que los jardines frontales dan a la meseta y cuentan con el espacio adecuado para presentar un aspecto cuidado y rectangular, los traseros se asoman de un modo algo drástico al borde del saliente. Al recorrer el sendero que sale de la puerta trasera del *schloss* en dirección al precipicio, los bordes del

acantilado van acercándose cada vez más entre sí a medida que el patio se estrecha de camino a la punta del saliente.

En ese lugar hay una encantadora plataforma de observación desde la cual pueden verse kilómetros de bosque del valle que hay debajo. De niña, prefería con diferencia el patio trasero, con sus jardines encantadoramente asimétricos extendiéndose bajo el cielo abierto.

Hoy en día, apenas soy capaz de mirar dicho patio, y ya no digamos de plantearme siquiera visitarlo.

Con una repentina sacudida, el carruaje se detiene en la base del acantilado. No parece planeado. Es como si los caballos simplemente se sintieran intimidados por el empinado sendero que tenemos delante. Si ese fuera el caso, sin embargo, Detler estaría gruñendo con impaciencia.

En vez de eso, mi acompañante permanece callado mientras el conductor desciende y se dirige hacia la parte trasera del vehículo. Un momento después, vuelvo a verlo cargando con dos sacos postales bajo la lluvia.

Observo cómo el hombre se acerca a la linde de los árboles. Su destino está claro: una pequeña plataforma de madera situada entre los árboles y el punto en el que el saliente emerge de la pared del acantilado. Sobre los tablones hay un gran cesto atado a una cuerda que asciende hasta la misma casa.

Mientras el conductor deposita su carga en el cesto, mi mirada sigue la cuerda hasta la lejana casa, en la que una habitación en voladizo con una gran trampilla espera para recibir el cargamento.

El conductor tira entonces de un extremo de la cuerda y, con un lejano rumor mecánico, comienza a moverse. El cesto cargado se alza al tiempo que un segundo cesto vacío desciende para reemplazarlo.

La polea fue instalada antes de que yo naciera con la intención de aliviar a los carruajes de las cargas más pesadas antes de emprender el ascenso por el acantilado.

Comprendo la lógica. Incluso para nuestro carruaje relativamente liviano, el camino tiene un aspecto traicionero.

A lo largo de media hora desasosegante, el vehículo asciende penosamente a través de túneles de roca y rozando las ramas colgantes de los árboles. El sendero es una combinación de ascensos tan empinados que es imposible no sentir lástima de los caballos, rápidos descensos repentinos y tramos a lo largo de la pared tan estrechos que debo volver la mirada al interior del carruaje.

En un momento dado, mis ojos se posan en el periódico enrollado que descansa sobre el asiento vacío que hay junto a Detler. No alcanzo a ver toda la portada, pero unas pocas palabras son discernibles: «ULTIMÁTUM». «QUINCENA». *«AHNENSÄBEL»*.

—Un asunto lamentable lo del primo Friedrich. —Señalo con un gesto en dirección al titular, tratando de hacer algo de conversación.

—¡No es más que un despreciable y ruin ladrón de tumbas! —Detler expele el insulto como si hubiera estado conteniendo el aliento—. ¡El derecho de primogenitura del difunto Alexander, ambicionado por un hombre que no le llega a la suela del zapato a Su Señoría! ¡Habrase visto!

Lamento haber dicho nada. Está claro que este tema solivianta a Detler.

—Vendrá a principios del próximo mes —masculla entonces, como si el primo Friedrich fuera un frente particularmente funesto—. Su Señoría espera negociar con él. En mi opinión, no hay nada que tratar con comadrejas.

—Sí, desde luego...

Con una última sacudida que me revuelve el estómago, llegamos a lo alto del acantilado y nos encontramos finalmente en la extensa y plana llanura. Los árboles que había a lo largo de un kilómetro a la redonda fueron talados y ahora una pradera verde se extiende hasta la linde del bosque. A lo lejos, puede atisbarse un considerable lago donde en verano los Alber solían jugar con maquetas de barcos.

Si bien el paisaje aquí recuerda al de la base del acantilado, lo cierto es que este lugar parece un mundo completamente nuevo. Más tranquilo, más abierto, más pacífico. Incluso la lluvia ha aflojado ligeramente como en deferencia a nuestro nuevo entorno.

Es una sensación que a los ancestros de los Alber sin duda les complacía, pienso para mí mientras giramos hacia el borde del

acantilado. Elevación, aislamiento y aire enrarecido para gente enrarecida.

Como la ventanilla frontal está cerrada, no puedo ver la casa misma. Lo que sí aparece por una ventanilla lateral, en cambio, es la enorme verja de hierro del Schloss Alber, que se extiende lateralmente a lo largo del saliente y cuya apariencia es sin duda impresionante. Además de ser mucho más alta de lo habitual, está protegida por una hilera de afiladas puntas.

Esa era la gran ventaja de la casa en tiempos de guerra. La casa y sus jardines forman, en términos simples, un triángulo isósceles. Su corta base está protegida por esa barrera de hierro y, sus largos lados laterales, por el acantilado natural.

Cuando se cerraba la puerta de la verja, lo cual sucedía cada noche en la época en que yo vivía ahí, el lugar era, desde cualquier punto de vista, inexpugnable.

Ahora, sin embargo, está abierta y, tras cruzarla, enfilamos un ancho corredor bordeado de topiaria.

Algunos huecos en la vegetación permiten ver los impresionantes jardines frontales: amplias extensiones de césped, estanques artificiales con sus cristalinas superficies aguijoneadas por el aguacero, o esculturas de los ancestros de la familia Alber posando sobre erosionados pedestales mientras la lluvia resbala por sus manos extendidas.

Por un breve momento, algo emerge entre los arbustos: una sobria casita de campo con los postigos azules y cubierta de hiedra. Se encuentra cerca de la verja, como queriendo mantenerse a una respetuosa distancia de la mansión.

Pego el rostro a la ventana, deseosa de poder ver durante el mayor tiempo posible esa modesta morada, ese sencillo santuario de mi primera infancia en el que vivimos mi madre y yo antes de ser tragadas por la inexorable gravedad del Schloss Alber.

Como si se hubiera percatado de lo que estaba pensando, lamentablemente la casita de campo desaparece detrás de los arbustos.

Minutos después, el carruaje realiza el último giro al rodear parcialmente una gran fuente central y las ventanillas quedan al fin

de cara a la mansión misma.

Es tan impresionante como la primera vez que la vi de niña.

Tres orgullosos pisos de piedra encalada se elevan ante mí, bloqueando por completo la visión del saliente que hay detrás y dominando el cielo gris que los rodea.

Hileras y columnas de altas ventanas con adornos dorados resaltan con orgullo la miríada de habitaciones y cámaras de la mansión. Del inclinado tejado de tejas naranjas emergen torres cual secuoyas alzándose por encima del dosel forestal.

Construido en el siglo XVI por la misma familia que la ocupa hoy en día, el Schloss Alber se eleva orgulloso y firme por encima de todo aquello que lo rodea.

Aun así, por impactante que sea lo que estoy viendo ante mí, tres extrañas anomalías llaman mi atención, cada una de las cuales más sorprendente que la anterior.

La primera es relativa a la casa misma. En el enlucido hay más grietas de las que se habrían tolerado antiguamente, en algunas persianas de las ventanas faltan tablillas y los escalones de mármol están cubiertos de hojas.

A pesar de los esfuerzos de la imponente verja de hierro, parece que la ruina también ha alcanzado el *schloss* mismo.

Mi segunda observación, realizada cuando mi mirada asciende por los curvados escalones que conducen a la entrada principal, está relacionada con la propia familia Alber. Bajo la red de paraguas negros sostenidos en alto por una legión de sirvientes, el barón permanece de pie junto a sus hijos adultos, Dorothea, Margarethe y Klaus, todos ellos mirándome con expresión de callada anticipación.

Teniendo en cuenta que apenas se percataron de mi marcha seis años atrás, nunca habría esperado que formaran todos juntos para mi llegada.

Cuando el carruaje se detiene y los pasos del conductor lo llevan hasta mi puerta, hago mi última observación y reparo en que hay una figura más de lo esperado. Esbozando una inofensiva sonrisa y situado junto a la familia como si fuera un primo lejano, un caballero ataviado con un atuendo moderno y elegante me observa con atención.

Se trata de un hombre de pelo entrecano y ojos ligeramente hundidos que no reconozco para nada.



Considerando mis problemas en el andén de la estación de Kaltental y la dificultad con la que subo por los mojados escalones del Schloss Alber, llego a la lamentable conclusión de que necesito mejores zapatos.

Es solo gracias a la mano que me ofrece el conductor mientras con la otra sostiene mi baúl como consigo sobrevivir al ascenso con la dignidad intacta.

El conductor se marcha tras poner mi baúl en el suelo y dejarme debajo del paraguas de Detler. Nadie hace el menor amago de darme la bienvenida y comienzo a sentir una sensación de camaradería con mi equipaje. Ambos hemos sido depositados sin mayor ceremonia ante la entrada de la casa y nadie parece decidirse a asumir la responsabilidad de llevarnos al interior.

Tal y como habría podido esperar, Dorothea es la primera que se dirige a mí.

—¡Dios mío, Clara! ¡Estás muy distinta! —exclama con los ojos abiertos de par en par, como si el incómodo silencio se hubiera debido únicamente a la sorpresa.

Ligera como el aire, se acerca a mí con un saltito y me rodea los hombros con los brazos. Mientras recibo su afecto permanezco rígida como una estatua y, sintiéndome algo arisca, rápidamente trato de corresponderle debidamente. Su ropa está mojada al tacto y huele a lluvia, pero su sonrisa irradia una relajada alegría que brilla a través del aguacero.

—¡No he cambiado tanto como tú, Dorothea! ¡Cómo has crecido! —sonrío mientras la joven, que ahora debe de tener diecinueve años, me contempla con una amplia sonrisa—. Estás muy guapa.

—¡Tengo un aspecto espantoso! No me ha dado tiempo de cambiarme —dice Dorothea, señalando la ropa de montar y las botas embarradas—. Tienes que contármelo todo sobre Copenhague. No dejo de hablarles a mis amigos sobre ello, pero en realidad apenas sé nada... ¿Cómo están tus...?

—Dorothea —la interrumpe Klaus Alber, reprendiendo amablemente a su hermana pequeña.

Esta me suelta las manos y regresa junto a su familia. Es como si mi única aliada desertara.

—Bienvenida, Clara. Me alegro de verte —me dice entonces Klaus saludándome caballerosamente con un sobrio movimiento de cabeza.

Margarethe, en marcado contraste, no hace ni dice nada.

Siempre se me olvida que Klaus y Margarethe son gemelos. Ese útero que compartieron, sin embargo, es lo único que tienen en común.

Margarethe es la más pálida de todos nosotros, y se desenvuelve con una elegante prestancia que al parecer le fue conferida al nacer. Toda ella exuda una solemnidad social natural y deambula por corredores, banquetes y bailes con la tranquila autoridad de un gran felino.

Cuando habla contigo es imposible evitar la sensación de que tiene algo que ganar con ello, o no estaría haciéndolo.

Klaus, por otro lado, es un responsable hombre de números. Tranquilo, estudioso y poseedor de cierto atractivo a pesar de su nervioso porte. Nunca ha necesitado trabajar, pero siempre viste como si lo hiciera, con un elegante y formal traje negro.

Es, con diferencia, el más alto de todos los presentes, pero por alguna razón nunca lo ha parecido.

No puedo evitar sentir cierta simpatía por él. Yo no estaba presente en la época que siguió a la muerte de su hermano, Alexander Alber, la cual supuso una sombría promoción para él. Después de haber sido ignorado durante sus primeros dieciocho años, toda la presión que conllevaba ser el hijo varón de mayor edad cayó de golpe sobre sus hombros.

Desde entonces, todas las cartas suyas que he recibido han tratado únicamente de cuestiones del patrimonio familiar y han sido escritas con la urgencia de un hombre que se siente obligado a demostrar su valía.

—Me alegro de verte, Klaus. Me alegro de veros a todos. Ha pasado mucho tiempo. —Miro afectuosamente el surtido de

expresiones que tengo ante mí: entusiasmo, indiferencia, resentimiento. Mis ojos se detienen brevemente en el curioso desconocido antes de proseguir hasta el barón—. Muchas gracias por darme la bienvenida en su casa, milord. Lamento mucho lo de lady Sophie.

El espeso mostacho gris de lord Alber se mueve ligeramente a modo de reconocimiento.

—Bueno, entremos de una vez, ¿no? —responde—. Como nos quedemos aquí terminaremos pillando una pulmonía.

Detler le hace una señal a un criado que se encuentra cerca y este se aproxima para coger mi equipaje mientras el grupo se dispone a entrar en la casa.

—Disculpe, lord Alber.

Todos los miembros de la familia se detienen de golpe y vuelven la cabeza hacia el desconocido que va detrás de ellos. Acaba de dirigirse al barón en perfecto alemán, aunque por debajo también es perceptible el dejo de otro acento.

—Creo que la buena dama sigue en desventaja. ¿Me permite?

—¡Oh, cielos! ¡Tiene usted razón! —Lord Alber le indica al hombre con un gesto que puede presentarse a sí mismo—. Clara, este es nuestro estimado invitado.

Con la venia de lord Alber, el hombre se abre paso entre el grupo y me toma con delicadeza la mano. Me mira como si yo perteneciera a esta casa, aunque tal vez simplemente desconoce mi historia.

—Hugo Strahm a su servicio, mi señora.

—Clara Mendel. Es un placer conocerlo.

—Lady Dorothea me ha informado de que es usted médica —comenta él. En su voz percibo un tono de genuino interés que me resulta inevitablemente grato.

—Todavía no —respondo—. Estoy cursando el tercer año en la Facultad de Ciencias Médicas.

Reparo en que Margarethe pone los ojos en blanco, y sospecho que pretendía que me diera cuenta.

—¡Qué maravilla! Y lady Dorothea también ha mencionado que tiene usted solo veinticuatro años —me elogia afectuosamente el

señor Strahm—. En ese caso, cuando se gradúe será usted la doctora más joven salida de la Universidad de Copenhague.

—Eso creo.

—¡Me parece increíble que esté usted al tanto de datos tan recónditos, señor Strahm! —comenta lord Alber. Es obvio que siente un gran afecto por su nuevo conocido—. La facilidad de este hombre con los hechos y los números es incomparable, Clara. Si al señor Strahm no le importa, claro está, durante la cena tiene que ofrecerte una muestra de sus proezas matemáticas.

—Si usted no está cansado de ello, yo tampoco, milord —dice el señor Strahm con una risa ahogada.

Dos criados abren las dos hojas de la gran puerta de entrada, y no puedo evitar sentirme sorprendida por el bullicio que hay en el vestíbulo. Siendo como es la gran arteria a través de la cual fluye toda la casa, la cámara bulle de actividad.

Varias chicas del servicio van de un lado a otro con la mirada puesta en las paredes blancas con detalles dorados, desde donde las contemplan varias generaciones de Alber fallecidos tiempo atrás. Una majestuosa escalera de dieciséis escalones de piedra conduce al rellano del primer piso, lugar en el que se bifurca en dos escaleras de otros tantos escalones que conducen a los pasillos del segundo piso.

Desde el techo pintado, el resplandor dorado que emite el refulgente candelabro central deviene un refugio del cielo nublado exterior.

El aire huele a haya, flores secas y clavo, una cálida y rica fragancia que enmascara siglos de almizcle y humedad.

El lugar no ha cambiado lo más mínimo o, al menos, se esfuerza tercamente en no hacerlo.

—Han subido el correo con la polea, milord —anuncia Detler cuando entramos—. Me parece haber visto una respuesta del abogado.

—Ah, gracias, Detler. —A lord Alber se le encienden los ojos al oír la noticia—. Ven conmigo, Klaus.

Lord Alber y Klaus se disculpan y Detler va tras ellos. En cuanto ya no se requiere su presencia, Margarethe también desaparece, en

este caso en dirección al salón de la planta baja. Únicamente Dorothea y el recién presentado señor Strahm se quedan conmigo; la primera tirando de mí con uno de sus brazos entrelazado a uno de los míos y el segundo tratando de no quedarse atrás.

—El señor Strahm ha sido un regalo del cielo, Clara —me informa Dorothea, entusiasmada. Siempre me ha gustado lo animado que puede llegar a ser su rostro—. Un auténtico héroe, en palabras de padre. ¿No es así, señor Strahm?

—Lady Dorothea es excesivamente generosa —me asegura el señor Strahm, tratando de quitarle importancia al cumplido.

—¡Tonterías! —dice Dorothea, y luego baja el tono de voz como si fuera a compartir conmigo un dramático secreto—. El señor Strahm iba en el tren de Salzburgo con papá. ¿Sabes que los Silberfeld celebran esas cacerías en su finca?

—Sí, claro.

—Bueno, pues sigue siendo un gran acontecimiento, aunque ahora solo tienen lugar una vez al año. La cosa es que padre estaba de vuelta a casa cuando, en medio de la nada, un maldito bandido o algo así subió a bordo y trató de robar a los pasajeros del vagón. —Con los ojos abiertos de par en par, Dorothea hace una pausa como si aguardara mi reacción.

—¡Dios mío! —Me vuelvo hacia el señor Strahm, que parece ligeramente avergonzado por todo el asunto—. Pensaba que semejantes actos de bandolerismo ya no se producían.

—¡Y yo también! —prosigue Dorothea—. La cosa es que, aunque papá llevaba encima su rifle, lo tenía guardado en un estuche. Sin embargo, cuando ya estaban a punto de quitarle el reloj, el señor Strahm se enfrentó al malhechor sin la menor consideración por su propia seguridad y salvó a papá. Ese saqueador iba armado con un revólver y, aun así, el señor Strahm simplemente...

Dorothea niega con la cabeza, incrédula.

—¡Increíble! —exclamo, pese a que el señor Strahm parece quitarle importancia a lo sucedido.

—El tambor del revólver estaba claramente atascado. No había peligro alguno —explica él—. En cualquier caso, lady Dorothea parece olvidar que también estaba salvándome a mí mismo.

Llegamos al pie de la escalera y nos quedamos un momento ahí conversando animadamente. De pronto, sin embargo, recuerdo el lamentable estado de mi vestido, empapado a causa de la lluvia. Cuando anuncio que debo marcharme cuanto antes para cambiarme de ropa, Dorothea decide hacer lo mismo.

El señor Strahm se retira, y también Dorothea. Antes de alejarse, no obstante, se vuelve un momento hacia mí con las cejas enarcadas y una sonrisa en la comisura de los labios. Está claro que se siente tan impresionada por ese tipo como lord Alber.

Espero que no olvide que el señor Strahm le dobla la edad.

Asciendo hasta el corredor del ala este de la segunda planta. Usado principalmente para acomodar invitados, el corredor está decorado con algunas muestras del linaje de los Alber, como armaduras góticas de placas de acero o enormes tapices que sirven para informar a los invitados del ilustre pasado de sus huéspedes.

Entro en la habitación que me han asignado, de paredes verdes y acogedora. En ella hay un armario de roble, un tocador con un gran espejo y una amplia cama con dosel. Los sirvientes ya han venido antes para traer mi equipaje y deshacerlo con total eficiencia.

—¿Lady Clara?

Me sobresalto, tal y como sucede cuando una habitación vacía decide hablar.

Antes de tener la oportunidad de volverme, oigo unos rápidos pasos y alguien se abalanza sobre mí, casi tirándome al suelo.



Apenas puedo sostenerme en pie a causa del impacto de un pequeño cuerpo contra el mío. Acto seguido, noto que un par de brazos me envuelven con fuerza la cintura.

—¡Anneliese! —exclama una voz familiar—. ¡Compórtate!

Al bajar la mirada, veo a una niña aferrada a mi tronco. Sus grandes ojos azules se encuentran con los míos y se abren todavía más al oír la voz de su madre. Está claro que ha actuado por instinto, olvidándose de los límites del protocolo que normalmente nos habrían mantenido separadas.

Antes de que yo pueda reaccionar, ella regresa junto a su madre.

—Anneliese, Inga —digo mientras una irreprimible sonrisa se extiende en mi rostro—. Me alegro de veros.

Inga Hauser es una mujer fornida y de rostro rubicundo, y rebosa una compasión tan innata en ella que hace que casi parezca una segunda madre para todo aquel que la conoce. Anneliese ha crecido en mi ausencia —debió de cumplir doce años el mes pasado—, pero sigue siendo una chiquilla menuda.

—¡Oh, es una auténtica alegría tenerla aquí, lady Clara! —dice Inga, usando orgullosamente un título para el cual nunca he llegado a cumplir los requisitos—. En cuanto nos enteramos de que venía, le pedimos a herr Detler si podíamos esperarla aquí. ¡Debería haber visto cómo agobiamos al hombre! ¿Es ese todo su equipaje?

—Sí, eso es todo.

—Bueno, antes de que pille una pulmonía —prosigue Inga—, ¿la ayudamos a escoger un vestido?

Negándose a oír cualquier protesta, las dos cierran la puerta y se ponen a trabajar, preparándome un vestido de té de raso de color azul que compré en Strøget unos meses atrás.

Inga se detiene al ver que el corpiño se ata por delante y cae en la cuenta de que toda mi ropa está diseñada para que su portadora se vista sin ayuda. Desde ese momento, adoptamos un tácito acuerdo. Ninguna de las dos dirá nada de la nula necesidad de su

asistencia y nos limitaremos a disfrutar del tiempo que pasemos juntas.

—No ha sido lo mismo desde que se marchó —se lamenta Inga.

Después de escuchar amablemente un sucinto relato de mi vida en Copenhague, madre e hija abordan asuntos más domésticos.

—Klaus parece estar a punto de explotar la mayoría de los días. Dorothea ha comenzado a montar a caballo y sale con su yegua día sí, día también. Puedo asegurarle que está muy contenta de tener al señor Strahm en casa. Han ido al lago juntos unas pocas veces. ¡Con un acompañante, claro está! ¿Se ha enterado de que el señor Strahm salvó a Su Señoría?

—Me lo han contado —le confirmo—. Todo el mundo parece estar encantado con él.

—Es muy educado con el servicio. Les cae bien a todos ellos. —Inga se encoge de hombros—. Parece que se trata de alguien bastante brillante, con conocimientos legales y buen ojo para las inversiones. Por el modo en que Su Señoría se refiere a él, se diría que el cielo mismo lo ha enviado para arreglarlo todo. ¡Está a punto de pedirle ayuda en el asunto ese del *ahnensäbel*!

—De lord Friedrich es de lo único que habla todo el mundo, ¿verdad, Ma? —dice entonces Anneliese.

—¡Oh, Dios mío! ¡Ya estoy más que harta! —protesta Inga—. Klaus apenas sale del estudio estos días, e incluso ha eclipsado por completo el compromiso de Margarethe.

—¿El compromiso de Margarethe? —Las palabras salen de mi boca como un desconcertado acto reflejo. Inga vacila un instante, igualmente extrañada por el hecho de que no me hayan informado al respecto.

—¡Oh, ya está prácticamente asegurado! A Su Señoría lo colma de felicidad. Es una vuelta a la gloria de antaño, dice.

—¿No es un conde del este o algo así, Ma? —dice Anneliese.

—A estas alturas, me sorprende que no sepáis cuál es el tabaco que prefiere —digo con una risa ahogada—. Margarethe confía más en vosotras dos que en su propia familia.

Mis palabras no pretendían resultar ofensivas y, sin embargo, de inmediato la actitud de mis acompañantes cambia por completo.

Madre e hija me tratan repentinamente de un modo más formal y se concentran en los cierres de mi vestido, unos cierres que sé que podrían abrochar con los ojos cerrados.

En esta extraña nueva atmósfera, reexamino nuestra conversación en busca de algún comentario que haya podido pasar por alto.

—Cuando te has referido al servicio —digo lentamente con un dejo de preocupación en la voz—, has dicho «ellos».

—¡Ah..., no es nada! —Inga le quita importancia a mi preocupación con un gesto—. Ahora nosotras estamos en la cocina.

—Detler nos obligó —la interrumpe de golpe Anneliese—. Dijo que no podía fiarse de nosotras desde que mi hermano...

—¡Anneliese! —exclama Inga con inusual contundencia, haciendo que la niña se enfurruñe. Al darse cuenta de que ha hablado con excesiva dureza, Inga sonríe ampliamente y trata de retomar la conversación—. Lady Clara no quiere volver a oír hablar de todo eso. Herr Detler no es alguien que guarde rencores. Tan solo pensó que podíamos ser más útiles en otro lugar.

Yo sonrío educadamente ante la afirmación de Inga, pues ambas sabemos que es falsa.

Me enfurece que las Hauser todavía estén siendo castigadas. Tiempo atrás, ellas dos eran las doncellas favoritas de las mujeres de la familia Alber, y la difunta lady Sophie las adoraba. Ahora, sin embargo, desconfían de ellas y las han relegado a realizar penosas tareas de cocina.

Detler les ha permitido que me esperaran, pero no lo ha hecho por clemencia. A sus ojos, mi estatus es el mismo que el de ellas y también yo merezco su escasa consideración.

Sin saber cómo contestar, me acerco al gran ventanal con vistas a los jardines frontales y los extensos terrenos pertenecientes a la finca que hay tras ellos.

Desde aquí puedo ver la casa en la que vivía con mi madre, el robusto edificio destinado a la institutriz de los Alber. Parece estar muy lejos, a más de media hectárea de cuidados jardines.

Levantando la mirada más allá de la verja, mis ojos se posan primero en el lejano lago y el cobertizo para los botes, luego en el extenso bosque y el claro donde antes se hallaba la vieja cabaña de

caza y, finalmente, en un pequeño conjunto de antiguos edificios de piedra que hay en el centro de una planicie cubierta de hierba.

Ahí se encuentra la capilla con los mausoleos de piedra gris y las lápidas de la familia Alber. Fue renovada por lady Sophie, devota católica, y ahí es donde ella misma reside ahora tras el episodio de gripe que sufrió dos años atrás.

En el centro del recinto cercado, y con más prominencia que cualquier otra tumba, se encuentra el mausoleo de Alexander Alber, el hijo mayor de lord y lady Alber.

Mi padrastro.

Exhalo un suspiro con la vista puesta en sus muros de mármol. Es la tumba del hombre que nos trajo a mí y a mi madre a esta casa y que se enfrentó a todos para casarse con ella cuando casi toda la familia la despreciaba por su sangre plebeya.

Resulta extraño pensar que, dentro de esas paredes, entre los huesos y la ropa podrida, descansa un objeto de inmenso valor. Dentro de unas pocas semanas, el ataúd de piedra será abierto, y el objeto, requisado. Con ese acto final terminará una larga y amarga disputa familiar.

«¡Hasta nunca!», pienso yo.



A lo largo de las siguientes dos horas, me dedico a documentar en mi habitación los detalles de mi llegada al *schloss* mientras la lluvia da paso a una llovizna. A pesar de que disfruto enormemente de la compañía de las Hauser, obtengo un innegable placer en este primer momento de soledad.

De hecho, estoy tan absorta en la transcripción del viaje realizado, mi llegada y el curioso estado de la casa misma que no oigo ni el primer ni el segundo timbre avisando de que la cena está lista.

Rápidamente, desciendo los dos tramos de escalera hasta llegar a la puerta de doble hoja que conduce al salón principal.

Respiro hondo mientras trato de recordar varios tomos de protocolo y entro en el comedor antes de saber si lo he conseguido.

—... es decir, ¿de qué sirve una educación universitaria si me proporciona la misma respuesta que ya me han dado esos malditos picapleitos? —Lord Alber, reclinado en su silla de respaldo alto, se ríe con incredulidad ante la idea expuesta y, sin embargo, su acusación posee una innegable acritud.

No sé de quién habla, pero una rápida mirada hacia la expresión contrita de Klaus confirma mi primera suposición.

—¿El *ahnensäbel* no se mencionaba en el testamento de su padre? —pregunta el señor Strahm, que está sentado a su derecha. Soy incapaz de determinar si está genuinamente interesado o si tan solo desea complacer a su anfitrión. En cualquier caso, el barón no desaprovecha la oportunidad de hablar sobre el asunto.

—¡Oh, lo hacía con absoluta claridad! ¡Y me lo legaba explícitamente a mí! —Lord Alber frunce los labios, arrugando con ello el mostacho—. El argumento del idiota de mi primo, sin embargo, es que el sable no pertenecía a mi padre y que, por lo tanto, no podía dárselo a nadie. ¡Ah, Clara! Estábamos esperándote.

Pido disculpas y me siento a la larga mesa de caoba. Con cierta impaciencia, Detler coloca unos platos pequeños delante de todos los comensales.

La mesa ha sido decorada con elegancia, como si hubiera invitados. Reparo en que los platos, los cubiertos y las copas son todos de plata, antigüedades recibidas como regalo siglos atrás. Todas han sido pulidas y brillan como si fueran nuevas. Imagino que a Detler debió de enfurecerle que se hiciera semejante esfuerzo por mí.

El primer plato consiste en un pastel de forma abovedada cuyo exceso de masa ha moldeado unas hojas doradas por el horno que se elevan en espiral. Una cuidadosa incisión con el cuchillo a través de la corteza revela un humeante interior de beicon y paté de ganso.

Poco después, Detler nos sirve a cada uno de nosotros un bol de plata con salsa de bayas. Dorothea señala la conserva de color rojo oscuro en cuanto aparece.

—Hoy el señor Strahm y yo hemos salido a montar a caballo —anuncia orgullosamente al grupo—. Antes de que comenzara a llover hemos ido a buscar grosellas a ese matorral que hay junto al lago. Le he pedido a Detler si podía preparárnoslas de algún modo.

—Buena iniciativa, querida —murmura lord Alber, sirviéndose una cucharada en su plato y mezclándola con el pastel antes de volverse otra vez hacia el señor Strahm.

—El sable lo recibe en herencia el varón primogénito. Mi padre fue su heredero, y luego yo, claro está. Como sabe, ahora descansa junto a mi hijo mayor. ¡Y ahí debería quedarse, maldita sea!

—Desde luego —se muestra de acuerdo el señor Strahm mientras Detler rellena su copa con vino espumoso Sekt.

—Hoy en día todo el mundo habla de dinero, pero el primo Friedrich solo lo quiere para... —A lord Alber se le ocurre entonces una idea—. Usted es un hombre de números, señor Strahm. ¿No tendrá alguna idea de lo que podría valer el *ahnensäbel*?

—Me temo que no soy ningún tasador.

—Pero ¡sin duda conocerá usted los mercados de oro, plata y de piedras preciosas! —insiste excitadamente lord Alber—. El sable está hecho con cuatro kilogramos de oro puro y puedo recitar las gemas de su empuñadura por corte, quilates y origen. Hace poco obtuve una tasación, pero me encantaría compararla con la estimación de alguien con sus conocimientos.

—Oh... No sé si podría... —El señor Strahm hace un gesto para descartar la idea.

—Estoy segura de que Clara ha encargado una tasación.

La estancia se queda en silencio. Yo levanto la mirada y descubro ante mí una sonrisa de callada satisfacción. Margarethe ha pronunciado mi nombre por primera vez y toda la familia Alber se tensa de golpe al oír sus palabras.

—¡Maggie! —la reprende Dorothea, escandalizada.

Por un momento, considero la posibilidad de defenderme, pero finalmente prevalece el buen juicio y me trago la fría piedra de la indignación. Sin saber bien cómo actuar, sonrío como si fuera boba y no hubiera comprendido bien su observación.

—Margarethe —la amonesta Klaus—. Creo que eso ha estado fuera de lugar.

Ella se limita a poner los ojos en blanco.

—¡Venga ya! —prosigue Margarethe—. Seis años en Dinamarca y apenas hemos recibido una carta, pero atraviesa tierra y mar para llegar aquí justo cuando el mausoleo va a ser abierto.

—P-pero qué... —tartamudea Klaus, temblando de indignación—. ¡Esa no es la cuestión!

—Esa es precisamente la cuestión. —Margarethe le da un sorbo a su Sekt, feliz de explayarse—. Alex, que Dios lo tenga en su gloria, se gastó una buena cantidad de nuestro dinero en su supuesta «educación». Hasta donde sabemos, es posible que dejara un trozo de papel prometiendo el *ahnensäbel* a...

—¡Él jamás habría hecho algo semejante!

El rugido de lord Alber resuena por toda la mesa. Margarethe se encoge, consciente de que ha cruzado una delicada línea.

Sentándose lentamente en su silla y enderezando la espalda, lord Alber se convierte de pronto en alguien que transmite una férrea autoridad. Se trata de un hombre que sabe, sin la menor duda, que los salones de esta casa le pertenecen y que no hay una sola miga en la mesa ni un hilo en la ropa de sus hijos que no hayan sido provistos unilateralmente por él.

—No hablaréis de Alexander de ese modo —ordena—. Era un gran hombre. Un hombre leal a esta familia. No es ninguna coincidencia

que todo sentido del deber abandonara esta casa cuando lo hizo él.

Observo cómo esa afirmación cae como un martillo sobre Margarethe. Sus repercusiones alcanzan incluso a Klaus y a Dorothea, quienes bajan ambos la mirada.

—Clara está aquí porque la he invitado yo —concluye lord Alber bajando el tono de su retumbante voz mientras hunde el tenedor en la comida—. Insultarla a ella es insultar también mi buen juicio. No volveremos a hablar de esto.

El arrebato ha terminado, pero la nube que se ha formado tras él se niega a disiparse. Mientras oímos el ruido que hace el barón al masticar, los demás nos quedamos mirando nuestros platos preguntándonos cómo podemos siquiera alzar nuestros cubiertos bajo el peso de lo que acaba de suceder.

El señor Strahm, igualmente afectado por la plúmbea atmósfera, parece haberse quedado pensando en qué hacer para disiparla. Con la vista puesta en su copa, ahora vacía, remueve los cubitos de hielo que hay dentro durante unos buenos diez segundos mientras considera cuáles deben ser sus siguientes palabras.

—Bueno, como he dicho, no soy ningún tasador, pero... —aventura finalmente, interviniendo en la discusión—. Milord, ha sugerido usted antes que la señorita Mendel tal vez apreciaría una demostración de mis otros talentos.

Lord Alber se vuelve hacia el señor Strahm sopesando si eso también lo complacería a él.

—Sí —decide al fin, olvidando lentamente su mal humor—. ¡Sí! ¡Clara, te asombrará ver lo que es capaz de hacer este hombre! Desde luego, a mí me dejó estupefacto. ¡Detler! ¡Traiga la pizarra y la tiza!

Detler se marcha del comedor de inmediato y los demás seguimos comiendo. Lord Alber, que ya casi se había terminado el entrante antes de que se iniciara la discusión, vuelve a centrar su atención en el señor Strahm.

—¿Ha sabido algo de esos colegas suyos emprendedores, señor Strahm? Dijo que pronto recibiría noticias de sus inversiones.

—Todavía no, Su Señoría —lamenta Strahm—. Pero están bastante lejos de la civilización.

—Claro, claro... —La voz de lord Alber se va apagando.

Detler regresa al comedor con una gran pizarra y un trozo de tiza. Entusiasmado, lord Alber da una palmada sobre la mesa cuando Detler tiende ambas cosas al señor Strahm.

—¡Estás a punto de ver algo sorprendente, Clara! —dice Dorothea muy animada.

—Ciertamente —asegura Klaus con cautela, deseoso de que la velada continúe sin más incidentes.

Apoyando la pizarra en la cintura y sosteniéndola con la mano derecha, el señor Strahm dibuja cinco líneas verticales y cinco horizontales. Al mostrarles la pizarra a los presentes, me sorprendo a mí misma mirando una cuadrícula de cuatro por cuatro, sorprendentemente uniforme en su composición.

—Puede que naciera sin grandes aptitudes para las matemáticas, pero sí con un gran amor por ellas —comienza a decir el señor Strahm—. Incluso hoy en día, creo que es el método supremo mediante el que podemos comprender nuestro universo. A lo largo de toda mi vida, he estudiado aritmética y técnicas de cálculo, y gracias a ello he adquirido la habilidad que ahora voy a demostrar.

Las palabras del señor Strahm recuerdan vagamente a las del maestro de ceremonias de un circo que trata de atraer a la gente a un espectáculo. A diferencia de este, sin embargo, el señor Strahm habla con gran sencillez, como si no deseara que pensáramos que está haciendo algún tipo de número.

—Como invitada de honor, señorita Mendel, ¿podría decirme un número? A ser posible entre el veinte y el cincuenta —dice, señalándome deferentemente con un movimiento de cabeza.

—De acuerdo... Treinta y seis —digo, recordando la puerta de entrada de mi residencia de estudiantes en Copenhague.

—Gracias. ¿Me permite el reloj, Su Señoría?

—¡Sí, claro! —Lord Alber, rebosante de entusiasmo, saca un reloj del bolsillo de su chaleco y se lo tiende.

—Permítanme quince segundos —dice a continuación el señor Strahm al tiempo que vuelve la pizarra hacia él.

Todos permanecemos sentados presa de una creciente excitación. El señor Strahm trabaja con rapidez y no se oye nada salvo el tictac

del reloj y los nítidos e intermitentes trazos de la tiza sobre la pizarra. Se detiene un momento con el ceño fruncido para comprobar sus progresos antes de realizar unos últimos toques.

—Ya he terminado —anuncia, con mucho tiempo sobrante.

Lord Alber vuelve a guardarse el reloj. Su mirada va del señor Strahm a mí y luego otra vez hacia este. Sin más dilación, el señor Strahm gira la pizarra y veo una serie de números escritos rápidamente en las celdas de la cuadrícula.

16	1	12	7
11	8	15	2
5	10	3	18
4	17	6	9

Me quedo mirando un momento la pizarra con estupefacción, preguntándome si se supone que debo comprender qué diantre estoy viendo.

—Me temo que no pillo el truco —admito, y el señor Strahm sonríe.

—No hay ningún truco, mi señora. Es solo una prueba de habilidades matemáticas —explica—. Usted me ha dicho un número. ¿Recuerda cuál era?

—Treinta y seis —respondo, todavía perpleja. Al mirar en derredor a los Alber, está claro que se sienten todos impresionados. Dorothea y lord Alber estudian la pizarra atentamente.

—Así es, y creo haber tenido en cuenta su sugerencia. —Señala con la tiza la celda superior de la primera columna—. Dieciséis, once, cinco y cuatro. ¿Sería tan amable de sumar estas cantidades por mí?

Tardo un poco más de lo que desearía admitir. La presión de los demás, a la espera de mi respuesta, es notable.

—Treinta y seis —respondo.

—¿Y la segunda columna? —sigue diciendo el señor Strahm, moviendo la tiza al lado.

—Suman... treinta y seis.

—Y también las siguientes. Doce, quince, tres y seis. Treinta y seis. Siete, dos, dieciocho y nueve. Treinta y seis. —El señor Strahm sonríe con cierta gallardía. Todos los miembros de la familia Alber parecen asombrados. Es un truco que han visto antes, pero que todavía no han procesado del todo.

—¡Haga el resto! —le suplica lord Alber con un entusiasmo casi infantil.

—Advertirá, señorita Mendel, que cada hilera también suma...

—Treinta y seis —digo casi sin pretenderlo. No tengo claro cómo ha podido calcular con semejante rapidez una serie de números que suman la cifra correcta tanto vertical como horizontalmente. Para mi sorpresa, toda la familia parece haberse entregado al entusiasmo general. Capitaneados por lord Alber, sus voces dicen conmigo el número en voz alta.

Al menos el señor Strahm parece haber tenido un impacto positivo en el humor de sus huéspedes.

—¿Y las diagonales? —dice entonces el señor Strahm, y no puedo evitar sentirme maravillada.

—¡Treinta y seis! —exclama todo el mundo a coro.

—¿Y las cuatro celdas del centro?

—¡Treinta y seis!

—¿Y las de las cuatro esquinas?

—¡Treinta y seis!

—¿Y la suma de cada uno de los cuatro cuadrantes? —pregunta el señor Strahm para finalizar de forma apoteósica una actuación realmente impresionante.

—¡Treinta y seis! —declaramos triunfalmente todos los que estamos a la mesa. Todos salvo lord Alber.

Me vuelvo para examinar a Su Señoría, que en ese momento luce una extraña expresión en el rostro. Está ligeramente encorvado y con la mirada perdida, como si lo hubiese asaltado una sensación desconocida.

Uno a uno, sus hijos, todavía sonriendo ante la exhibición del señor Strahm, vuelven las cabezas hacia su padre.

A medida que lo hacen, la alegría que reinaba en la estancia se desvanece.

—¿Papá?

El barón permanece con los ojos abiertos de par en par y la boca entreabierta, aunque sin decir nada. El sudor cubre su rostro, que reluce bajo la luz de las lámparas mientras emite un gruñido de dolor.

—¿Se encuentra bien, Su Señoría?

Lord Alber se inclina hacia delante aferrándose a su estómago. Los ojos parecen salírsele de las órbitas y un espasmo le hace caer de lado al suelo con el rostro enrojecido y empapado de sudor. Klaus se pone de pie de un salto y suelta un grito mientras Dorothea corre a atender a su padre.

—¡¿Papá?! ¡¿Papá?! —grita, tomando una trémula mano de lord Alber entre las suyas mientras el cuerpo de este comienza a sufrir convulsiones.

—¡Q-quema...! —tartamudea débilmente lord Alber, presa de un espasmódico ataque de dolor y desconcierto.

Volviendo de golpe en mí, me levanto de repente, echando la silla hacia atrás.

—¡Detler! —exclamo—. ¡Vaya a buscar mi maletín médico a mi habitación! ¡Es verde y con el mango de latón! ¡Rápido!

Con una expresión de niño asustado, el leal mayordomo sale corriendo en dirección al vestíbulo de entrada y luego sube de tres en tres los escalones de la escalera.

—Permaneced en calma y haced el favor de apartaros —digo, conteniendo el temblor en mi voz.



Mientras rodeo la mesa con paso decidido, cada uno de sus ocupantes reacciona de un modo distinto a la orden que acabo de darles.

Klaus aparta la silla del barón y empuja la enorme mesa a un lado para hacer más espacio alrededor de su padre. Dorothea sigue junto a este, mirándome de un modo suplicante mientras permanece petrificada en el lugar más inoportuno. El señor Strahm, por su parte, también se ha quedado inmóvil, aunque él al menos no estorba.

La reacción más singular es la de Margarethe, quien, con un hábil juego de pies, me intercepta antes de que pueda llegar junto a mi paciente.

—¡Margarethe! —exclama Klaus—. ¿Se puede saber qué estás haciendo?

Ella me mira directamente a los ojos.

Es extraño, pero a pesar de que no se mueve puedo percibir cierta vacilación. Sus motivos son nebulosos, instintivos. Ve una figura en la que no confía y una enfermedad sin explicación. En su mente, son los cabos sueltos de una oscura conspiración. No lo comprende, pero tampoco necesita hacerlo. Su único cometido consiste en evitar que esa conspiración vaya a más hasta que todo termine cobrando sentido.

—¿Qué pasa, Margarethe? —pregunto, sosteniéndole la mirada—. ¿Qué crees que he hecho?

Klaus rodea la mesa para apartar por la fuerza a su hermana gemela. Ella se mantiene firme, preparándose para resistir.

—¡Ha sido culpa mía, Margarethe!

Esta aparta finalmente la mirada y se vuelve hacia su hermana pequeña. Incluso Klaus se detiene al oír las palabras de Dorothea, que mira con expresión suplicante al grupo que tiene delante.

—Cuando estábamos recogiendo bayas hemos visto un arbusto junto al lago que estaba lleno de ellas —comienza a decir la joven—.

El señor Strahm me ha advertido de que no se trataba de un grosellero y ha añadido que esas bayas le parecían venenosas. Yo he discrepado. ¡Eran idénticas a las grosellas! Finalmente, el señor Strahm ha decidido fiarse de mi palabra, pero yo debo de haber... ¡Lo siento! ¡Lo siento!

Margarethe permanece en silencio, como si recalculara sus sospechas. A pesar de que no sea culpa mía, sigue existiendo la posibilidad de que no me permita intervenir de todos modos. Debo actuar mientras todavía está distraída.

—Has hecho lo correcto contándonoslo, Dorothea —tranquilizo a la más joven de los Alber, mientras paso junto a Margarethe—. La diagnosis es la mitad de la batalla. Señor Strahm, ¿sabe qué bayas ha cogido?

—Lamentablemente no —responde él—. Solo me ha venido a la cabeza un recuerdo de infancia en el que me aconsejaban que me mantuviera alejado de una planta parecida. No deberían culpar a lady Dorothea, eran prácticamente idénticas a las grosellas.

Me arrodillo junto a lord Alber y este me mira suplicante con los ojos totalmente abiertos. Justo en ese momento, los pasos de alguien corriendo anuncian la vuelta de Detler. Con el rostro enrojecido y la respiración jadeante, el mayordomo entra en el comedor con mi maletín en la mano.

—Lo siento —dice Dorothea, desesperada—. Lo siento. ¡Lo siento!

—Ve a buscar un paño y un bol con agua fría, Dorothea —le indico con serenidad—. Empapa el paño y colócaselo sobre la frente a tu padre.

Es un procedimiento innecesario, pero con él espero mantener ocupada la mente de la joven. Dorothea sale corriendo del comedor y yo me apresuro a abrir mi maletín.

—¿Puede mostrarme la lengua, Su Señoría? —le digo, presionándole al mismo tiempo las mejillas con los dedos para ayudarle a abrir la mandíbula.

El barón abre la boca y emite otro gruñido de dolor. Tiene la lengua de un profundo color púrpura y escocida a causa de la agresión de alguna toxina natural.

—Le arde el estómago, ¿no es así? ¿Los pulmones no? No tiene las vías respiratorias obstruidas, ¿verdad? ¿Puede respirar con normalidad? —pregunto a lord Alber, en rápida sucesión, y él se las arregla para asentir entre arcadas.

En cuanto me contesta a la última consulta, el barón pone los ojos en blanco y comienza a convulsionar de forma incontrolable.

—¡Señor Strahm! —exclamo. El invitado corre inmediatamente en mi ayuda y, sin que haga falta que se lo indique, le sujeta las extremidades a Su Señoría.

Lord Alber grita a causa del ardor que siente en el estómago. Su cuerpo se niega a expulsar el veneno que en estos momentos está desgarrándole el abdomen. No deja de agitar los brazos, pero por fortuna el señor Strahm consigue sostenérselos y yo puedo así sacar del maletín una tintura de color amarillo pálido.

—Manténgale la boca abierta —ordeno mientras Klaus, Margarethe y Detler me observan atentamente.

El señor Strahm asiente y, con movimientos expertos, hunde el pulgar y el índice en las mejillas de lord Alber, evitando dolorosa pero eficazmente que la mandíbula se cierre.

Unos pocos segundos es todo lo que necesito, y vierto la tintura directamente en la garganta del barón.

Lord Alber tose y escupe mientras yo lo animo a tragar. A pesar del abrumador dolor que siente, un fulgor en sus ojos me indica lo mucho que le desagrada la tintura.

—Acabo de darle un emético. Más pronto que tarde tendrá que vomitar el veneno. Puedo tratar las convulsiones con bromuro, pero los efectos no serán inmediatos. —Cojo una jeringa y una segunda tintura de mi maletín y me dispongo a inyectarle la solución—. Si vomita el veneno mientras sufre convulsiones podría aspirarlo. Ahora bien, como no lo expulse a tiempo... Bueno, debemos mantener la esperanza.

El señor Strahm le arremanga una manga a lord Alber para dejarle desnuda la muñeca y yo le administro la solución de bromuro por vía intravenosa.

Unos pocos minutos después, las convulsiones comienzan a remitir. Y otros pocos minutos después de eso, el emético surte

efecto y el barón, de costado y sujetado por el señor Strahm, vomita un líquido de color púrpura oscuro sobre la alfombra del comedor.

Dorothea se acerca y, arrodillándose a un lado, coloca el paño húmedo sobre la cabeza de su padre desvanecido. Imagino que eso proporciona cierto alivio al hombre, que está por completo empapado en sudor.

Lord Alber se ha quedado en silencio y la estancia sigue su ejemplo, como si hablar supusiera tentar el destino mismo y renovar el caos acaecido minutos atrás. Los ojos de todos los presentes permanecen sobre la figura inconsciente del barón, concentrados en el leve movimiento ascendente y descendente de su pecho, y conteniendo el aliento para poder oír el suyo.

Pasa un rato hasta que alguien se atreve a hablar.

—¿Se pondrá bien? —susurra Klaus después de cinco minutos de observación silenciosa.

—No lo sé —contesto en voz baja—. Pasaré con él la noche. Por la mañana sabremos si...

No hace falta que termine la frase.

Margarethe, cuyo desprecio se divide ahora por igual entre Dorothea y mi persona, permanece decididamente taciturna. Klaus se apoya en el respaldo de una silla, como si le flaquearan las piernas. En cuanto a la hermana pequeña, llora abiertamente, incapaz de apartar la mirada de su padre.

Retirándose al refugio que para él son sus funciones como sirviente, Detler recoge los platos y los cubiertos de la mesa y se los lleva por el pasillo del servicio.

Únicamente el señor Strahm parece mantener por completo la compostura y no está mirando a lord Alber, sino a mí. Sus ojos comunican una firme camaradería, la certeza de que permanecerá cerca pase lo que pase a continuación.

He de decir que, por poco que sepa sobre él, me alivia contar con un hombre semejante a mi lado.

Las investigaciones de Anneliese Hauser
Noche 7

He comenzado a cerrar las persianas por la noche.

Deberías haber visto lo mucho que eso sorprendió a Ma.

—¿Después de todos estos años suplicándome que las dejara abiertas?

Tú solías decir que tenía la cabeza en las estrellas. Todo el mundo en la cocina se ríe de que tenga mis propios nombres para las constelaciones, y también de que por las noches permanezca despierta señalando todos los océanos de la luna.

Ma sabe que nunca dejaría de mirar el cielo nocturno sin una razón. Al principio, claro, pensó que estaba tramando algo.

Al final le dije:

—Ma, es solo que estos días estoy cansada hasta la médula. No quiero que la luz de la luna me mantenga despierta.

Eso lo comprendió, ella también está cansada hasta la médula.

Es extraño. Siempre había pensado que le molestaba que entrara la luz cuando estaba tratando de dormir. Pero cuando cerró las persianas y echó el pestillo, se quedó muy triste. Era como si le apenara profundamente que yo perdiera mi pasión.

Me gustaría decirle que todavía me importan tanto como siempre, que no he renunciado al cielo nocturno.

Odio mentirle.

Pero no me queda otra opción. Ella tenía razón, claro, es cierto que estoy tramando algo, y si le contara la verdad, dudo que pudiera dormir en absoluto.

Verás, la oscuridad facilita que pueda escuchar. Es como si las orejas se me abrieran más cuando mis ojos no están ocupados. Me

ayuda a seguir la pista de todo. Los pasos a través de la casa al caer la noche, las puertas abriéndose y cerrándose, la gente deambulando por ahí cuando no debería hacerlo.

Sucede con más frecuencia de la que podrías imaginar.

Pero la oscuridad no solo me ayuda a oír. Cuando mis ojos se ajustan a ella, puedo ver un buen trecho sin ninguna lámpara o vela.

Lo llamo «visión nocturna». Con ella, y cuando estoy segura de que Ma ya se ha dormido, puedo hacer más cosas que simplemente escuchar a la gente por los pasillos.

Puedo ir en su busca.

Este mes me he escapado de mi habitación tres veces, siempre detrás de lo mismo. Un ruido que resuena desde lo más profundo de la casa y que continuamente parece eludirme.

¿Sabes qué es lo que me resulta más exasperante? Sé exactamente de qué habitación procede. El chirrido, el vaivén, el roce de las cuerdas al pasar a través de las poleas... Lo he oído cientos de veces de día, cuando la máquina alza ese cesto de mimbre con el correo y los suministros.

Ahí es adonde me dirijo esta noche, aunque todavía no he oído siquiera un susurro. He decidido que llegaría antes que nadie y que, escondida, permanecería a la espera de que alguien apareciese.

Esta vez no se me iba a escapar nada.

Ma lloraría si me encontrara aquí, acurrucada en un rincón del cuarto de la polea. Para cualquiera sería malo que lo pillaran husmeando, pero ¿a una Hauser? Más deshonra para la familia.

Incluso ella lo diría.

Es la única cosa en la que no nos ponemos de acuerdo. Cuando tú huiste, pasaste a ser culpable a ojos de Ma.

—Si la verdad estaba de su lado, Su Señoría lo habría escuchado —dice.

Pero he comprobado cómo a muchos de los nuestros los culpan y, luego, los hacen callar cuando tratan de alzar la voz.

Yo también habría huido.

Ahora ella trabaja hasta la extenuación como si estuviera cumpliendo tu sentencia y yo me dedico a husmear por los pasillos

como una rata en un túnel, en busca de una verdad a la que no tengan más remedio que hacer caso.

Esto es todo lo que sé hasta el momento: alguien ha estado usando la polea por las noches, no sé si para traer cosas o para enviarlas al valle.

Creo que hay un ladrón en el Schloss Alber. Si eso es cierto, es posible que también fuera el ladrón entonces. A lo mejor todo aquello de lo que te acusaron fue obra de otra persona, alguien a quien tal vez puedo descubrir con las manos en la masa y llevarlo ante el barón mismo.

Hablando de Su Señoría, supongo que nadie va a usar la polea esta noche. Demasiado jaleo por lo que le ha pasado en la cena. Es casi la una de la madrugada. Los cestos y las cuerdas están guardados en esta estancia. La trampilla está cerrada, y el viejo Detler es quien tiene la única llave.

Otra noche perdida en una habitación sin ventanas.

O, al menos, eso es lo que pensaba.

Porque entonces, justo cuando estoy poniéndome de pie, un estrépito de mil demonios procedente del gran salón rompe el silencio.

Con el corazón en la boca salgo al pasillo y cruzo a toda velocidad el ala oeste en dirección al vestíbulo de entrada.

Alguien ya está tratando de salir de allí, seguramente alarmado por el ruido que ha hecho. Sus pasos se dirigen a un pasillo del primer piso.

Son pisadas ruidosas y huidizas, fáciles de seguir.

A diferencia de las mías. Yo me he pasado toda la vida aprendiendo a ser silenciosa.

Subo la escalera sin hacer el menor ruido y me asomo a la entrada del corredor. Veo una figura oscura moviéndose en dirección al despacho de Su Señoría. A un lado lleva una pesada bolsa de tela en cuyo interior puede oírse un apagado repiqueteo metálico y distingo asimismo que unos objetos pequeños se marcan en la tela. La bolsa parece pesada, pero la figura la lleva con solo una mano cuando se mete en el estudio.

¿Es esta la misma persona que ha estado usando la polea? ¿Está recorriendo la casa y llenando la bolsa de cosas valiosas? ¿Lo he pillado antes de que haya tenido tiempo de sacarlas de la casa?

Todas mis teorías saltan por la ventana cuando la figura vuelve a salir de la habitación. El oscuro pasillo no me permite ver su rostro, pero tengo un aliado en la luz de la luna, que ilumina la bolsa de tela.

La tela ahora cuelga floja. Está vacía, dentro ya no hay nada.

Mi supuesto ladrón no se ha colado en el estudio del barón para robar nada, sino para dejar algo dentro.

Eso no tiene ningún sentido.

De pronto, la figura oscura se vuelve hacia mí y yo me encojo, pegándome a la pared. Para cuando vuelvo a mirar, ya he perdido la oportunidad.

La figura ha huido corredor abajo, hundiéndose más profundamente en una oscuridad en la que ya no puedo ver nada.



Es posible que nunca encuentre un aliado más leal que mi lámpara de lectura portátil A. C. Kellermann.

Construida mediante un juego de componentes anidados (una pantalla de cristal de formas curvas, un depósito de queroseno hecho de latón y un mango plegable), es capaz de proporcionarme la única iluminación necesaria para mis largas tardes en la biblioteca de la universidad. En el coche cama que cogí en Frankfurt, cuya incomodidad me impidió pegar ojo, salvó mi cordura al suministrarme la luz suficiente para leer.

Ahora vuelve a acudir a mi rescate al permitirme escribir mi relato de la desdichada cena mientras lord Alber duerme a poca distancia de mí envuelto en una muy conveniente oscuridad.

En las primeras horas de su sufrimiento, cuando su pulso todavía era débil y sus extremidades seguían sufriendo violentas convulsiones, la idea de subirlo a su dormitorio parecía imprudente. En vez de eso, pues, Su Señoría descansa ahora en una gran *chaise longue* del salón de la planta baja, el lugar más cómodo que hemos encontrado cerca del comedor.

Su prognosis ha mejorado notablemente. Desde que lo hemos acostado, solo ha tenido dos ataques y han sido mucho menos violentos. Su vómito, además, se ha aclarado y ya no posee ese tóxico tono púrpura, si bien en su lengua todavía son visibles algunas manchas oscuras.

Ha permanecido tranquilo y placenteramente sedado gracias al efecto combinado de la solución de bromuro y de su propio y comprensible agotamiento.

Sus hijos querían pasar la noche con él, pero, haciendo un acopio de fuerzas, Su Señoría les ha pedido con unas pocas palabras que lo dejaran solo y ha insistido en que no debían preocuparse, reacio ante la idea de que lo vieran en semejante estado de debilidad.

Yo he decidido desoír esa solicitud, y también el señor Strahm, que ha realizado visitas periódicas y me ha asegurado que se

encargará de velar a lord Alber si necesito un momento para dormir.

La luna llena brilla en el cielo y las estrellas centellean agradablemente sobre los extensos terrenos de la finca.

Me vuelvo hacia mi inesperado paciente. El robusto y fornido cuerpo de lord Franz Alber ha quedado muy debilitado, y me fijo en cómo su pecho sube y baja debajo de las sábanas de color blanco perla.

De pronto, comienza a moverse.

—Alexander —murmura, medio despierto—. ¿Alexander?

—Soy Clara, Su Señoría —digo en voz baja, consciente de que mi respuesta le supondrá una gran decepción.

Efectivamente, le oigo exhalar un suspiro ante nuestro breve intercambio de palabras. Luego vuelve la cabeza hacia mí y veo cómo su mostacho esboza un ligero mohín antes de decir:

—Clara. Sí, magnífico. —Se recoloca en la *chaise longue*, tratando de recobrar la compostura—. Diría que hice bien al pedirte que vinieras.

—Eso parece, Su Señoría.

—A Detler casi le da un ataque cuando le hice enviar la carta. —El barón deja escapar una leve risa—. Pero luego le expliqué lo que ganaríamos contando con tu presencia y... lo cierto es que no me has defraudado.

—Me alegro de poder ayudarle, Su Señoría.

Lord Alber se me queda mirando, examinándome bajo la luz de la lámpara como si estuviera buscando algo en los rincones más recónditos de mi alma.

No tengo ni idea de si lo encuentra.

—Él vio algo en vosotras —dice pensativamente, casi sorprendido —. Mi Alexander vio algo en tu madre, en tu familia. El cielo sabe que luchó muy duro para obtener su mano.

—Era un romántico, Su Señoría.

—Sí que lo era —rememora lord Alber—. Y también un pragmático, un erudito, un atleta, un líder...

Lord Alber parece genuinamente ensimismado en la magnitud de los logros de mi padrastro. Su Señoría venera a los grandes

generales y líderes de la Antigüedad, un arquetipo que Alexander encapsulaba.

Su hijo mayor fue un hombre fuerte, diligente, carismático e inspirador y, si bien su intelecto no estaba a la altura del de Klaus, se consideraba que sería el hombre que llevaría a la Casa Alber al siglo XX.

En comparación, Klaus parecía un inútil ratón de biblioteca, un hombre que recopilaba datos, pero que carecía de la capacidad para ponerlos en práctica.

Cuando me enteré de que el *ahnensäbel* había sido enterrado junto a mi padrastro, no me sorprendió demasiado. Para lord Alber, la posibilidad de contar con un auténtico heredero murió con su hijo mayor.

—Ahora lo comprendo, mucho más que cuando decidí invitarte. —Lord Alber sonríe ante su propio buen juicio—. Después de la muerte de tu madre, no sabíamos bien qué hacer contigo y nos preguntamos si tu interés en estudiar Medicina era genuino. Yo estaba en contra de establecer un fideicomiso educativo, por más que Alexander me asegurara lo aplicada que eras en tus estudios. Sin embargo, has demostrado que él tenía razón. Te lo tomaste como una inversión y la has devuelto. Has aprendido una profesión... Es más de lo que puedo decir del resto de mis hijos.

Lord Alber me indica que me incline hacia delante y, en un tono de voz cómplice, prosigue:

—El primo Friedrich quiere arrancar el *ahnensäbel* de las manos de Alexander —me advierte—. Los abogados no sirven para nada. Klaus lee bien pero no sabe maniobrar, Margarethe tiene sus propias preocupaciones matrimoniales y Dorothea... Dorothea se pasa los días revoloteando por el campo.

Lord Alber extiende una mano y yo la tomo. Me agarra con fuerza suficiente como para volver blancos mis dedos.

—Te necesito a mi lado, Clara. Debemos hacer todo lo que esté en nuestro poder para proteger el derecho de primogenitura de Alexander. —Y, con los ojos ligeramente humedecidos, baja el tono de voz y añade—: Sé que tú y Margarethe tenéis vuestras peleas, y que quizá no hay mucho que te retenga aquí estando vacía la casa

de la institutriz..., pero Alexander luchó por tu madre, luchó por la vida que estás disfrutando, y ahora yo necesito a alguien como tú para luchar del mismo modo por él.

Me siento algo sorprendida por la sinceridad del barón, pero, aun así, me las arreglo para sonreír a ese hombre postrado en cama.

—Haré lo que pueda... mañana. Lo primero es lo primero, y ahora usted necesita descansar.

Transcurre prácticamente una hora en la que lord Alber permanece consciente pero taciturno. Paso un rato a su lado, escribiendo, hasta que, de repente, descubro que llevo horas muriéndome de hambre.

Cojo mi lámpara portátil y, tras salir al pasillo, ahora completamente a oscuras, comienzo a recorrerlo en dirección a la cocina con la intención de asaltar la despensa (mientras evito a Detler).

Los tablones de madera crujen bajo mis pies, y el frío aire del viejo y cavernoso edificio me cubre como una manta. Mi lámpara ilumina los severos rostros que me miran desde los marcos dorados. Fuera, un oscuro bosque susurra a lo lejos.

—¿Y acaso ese orden no surge a partir del caos? —oigo que dice alguien de repente.

La pregunta, medio susurrada con dejo cercano a la furia, procede de la puerta cerrada de una habitación cercana.

Me detengo y aguzo mis sentidos para tratar de discernir la otra parte de la conversación, pero vuelvo a oír la misma voz.

—¿Y con las fuerzas del orden a tu lado? ¿Cuánto te has esforzado, cuánto...?

Es raro. El enojado hablante parece haber sido interrumpido. Su diatriba ha terminado de golpe, pero no he oído que nadie lo cortara.

Me vuelvo hacia la puerta que conduce a la biblioteca. Preguntándome cómo puede ser que no haya podido oír la segunda mitad de la conversación, me acerco lentamente hacia el origen del ruido y pego una oreja a la puerta.

—Eso lo reconozco, pero entonces la cuestión pasa a ser otra —argumenta el mismo hombre con frustración—. Sin nuestros aliados,

¿qué éramos?

La pregunta del hablante queda sin respuesta y, finalmente, la curiosidad me puede. Tras apagar la lámpara, coloco una mano sobre la manilla y abro la puerta procurando no hacer ruido. A pesar de que ya es noche cerrada, la biblioteca está bien iluminada y un haz de luz invade el pasillo.

Al asomar la cabeza por el marco de la puerta, veo al señor Strahm.

Está sentado en el rincón más cercano de la estancia, de espaldas a mí y con la mirada puesta en un ornamentado pedestal sobre el que hay un tablero de ajedrez.

Está jugando una partida. Las piezas blancas que tiene delante se hallan enfrascadas en una compleja batalla por el centro del tablero. A pesar de la intensidad del juego, sin embargo, no parece estar jugando contra nadie.

Durante unos segundos considera qué jugada hacer a continuación y, finalmente, decide mover el alfil blanco a mitad del tablero. Luego, tras dejar pasar un lapso de tiempo similar, mueve una torre negra hacia sí mismo y retira un caballo blanco del tablero.

—Parece que he sido un poco indiscreto —dice de repente el señor Strahm sin apartar los ojos de la partida—. ¿Piensa entrar, señorita Mendel?

Yo me sobresalto y, sin querer, empujo suficientemente la puerta como para provocar un nítido chirrido de los goznes.

Tras haberme delatado de un modo tan indigno, trato de recobrar la compostura entrando en la biblioteca con paso seguro.

—Pensaba que estaba siendo sigilosa.

—He notado una corriente de aire —explica con tranquilidad el señor Strahm—. Tómese algo conmigo, por favor.

Aceptando la sugerencia, cruzo la estancia en dirección al carrito de las bebidas con mangos de latón que está aparcado junto a las ascuas casi extintas de la chimenea. Tras seleccionar un decantador de coñac y servirme una copa, me dirijo al rincón en el que se encuentra el señor Strahm.

Aunque no debería haber ningún inconveniente en que me sentara en la silla que tiene enfrente, por alguna razón me da la impresión

de que está ocupada y escojo en cambio un canapé rojo intenso.

—Un asunto feo el de hoy. —El señor Strahm prosigue su partida, dirigiéndose a mí con los ojos puestos en el tablero—. Lord Alber ha tenido suerte de que cerca de él hubiera alguien con sus conocimientos médicos.

—Usted se ha desenvuelto más que aceptablemente —respondo —. ¿Posee usted...?

—No, carezco de formación médica —contesta mi pregunta antes de que yo haya tenido la oportunidad de articularla—. Había oído insistir a lady Margarethe en que usted estaba falsificando sus credenciales. Lord Klaus y lord Alber no estaban tan seguros. Me alegro de haber confirmado que el escepticismo de Margarethe era inmerecido. Dígame, cuando se gradúe, ¿cuál será su especialidad?

La inocente pregunta del hombre me coge desprevenida y me resulta casi indignante. Sin saberlo, ha metido el dedo en la llaga abordando una cuestión sobre la que detesto hablar.

En mi apreciada facultad de la Universidad de Copenhague, mi elección de disciplina médica parece ser un asunto de creciente interés. Mis compañeros de clase tomaron su decisión meses atrás, y ahora voy tan atrasada que cualquier mención del tema me suena a reprimenda.

Tras dejar atrás a mi madre, la universidad me proporcionó estructura, distracción y una sensación de progreso gradual con independencia de cómo me sintiera un día concreto.

Poco a poco, comencé a depender de ello.

Ahora, la idea de que pronto terminaré mis estudios me inquieta enormemente. Y la cuestión de qué haré a continuación, el doble.

—Envenenamientos accidentales, tal vez. —Sonrío con la esperanza de que no insista en el tema.

Él suelta una leve risa ahogada y prosigue con su partida.

—¿Se recuperará Su Señoría?

—Eso creo, aunque ha ingerido una cantidad considerable —respondo—. Supongo que la franqueza de Margarethe nos ha salvado a los demás. La atmósfera era tan tensa que apenas he probado bocado. ¿Está usted jugando contra sí mismo?

Él levanta la vista hacia mí y luego sigue mi mirada hasta el tablero.

—He estado llevando a cabo una serie de partidas contra un colega ausente.

—¿Y es con él con quien estaba hablando?

El señor Strahm arruga ligeramente el rostro. Podría confundirse con una mirada de concentración, pero percibo un claro aire de molestia en él. En cualquier caso, esa expresión no parece estar dirigida a mí. En vez de eso, diría que está reprendiéndose internamente a sí mismo por haber permitido que lo pillaran entregado a una práctica tan extraña.

—Sí —admite—. Además de la partida de ajedrez, estamos enfrascados en una prolongada discusión. Trato de intuir cuáles serían sus respuestas.

—¿Para cuando vuelvan a verse?

El señor Strahm no contesta, y decido no añadir nada más al respecto.

—Bueno... —digo finalmente, mirando el indescifrable tablero—, ¿está ganando esta campaña?

—En un total de veintiséis partidas, he empatado en veintiséis ocasiones.

—¡Dios mío! —digo, soltando una leve risa. Imagino que, jugando solo, un empate es el único resultado posible—. Debe de resultar frustrante.

Se hace un incómodo silencio y me doy cuenta de que he interrumpido la soledad de este hombre sin nada en particular sobre lo que hablar. Por otro lado, levantarme y marcharme tan pronto después de haber llegado resultaría igualmente embarazoso.

Me tomo un momento para mirar alrededor de la estancia: altas estanterías de roble, un balcón corrido superior con la barandilla de latón pulido, cientos de tomos de siglos pasados encuadernados en piel, y un escritorio en el que puedo imaginar a Detler transcribiendo a regañadientes mi invitación al Schloss Alber.

No puedo decir que la imagen no me divierta un poco.

—¿Me permite hacerle otra pregunta? —dice de repente el señor Strahm mientras desliza la reina blanca a lo largo de una larga

diagonal.

—Claro.

—¿Cómo murió el hijo mayor del barón?

Estupefacta, me vuelvo hacia el señor Strahm. Él levanta la mirada de la partida, inmediatamente contrito.

—No tiene por qué explicármelo, claro está —dice en tono tranquilizador—. Su padrastro parece ser una figura preponderante en esta casa y, sin embargo, muchos aspectos de su historia apenas se mencionan.

—No, no pasa nada —le aseguro—. Yo solo sé lo que me contaron por carta. Me había ido a estudiar a Copenhague unos meses antes. Mi padrastro se encontraba en su cabaña de caza del bosque. Era un tirador experto y le encantaba fundir su propia munición. Una tarde, Klaus estaba mirando en esa dirección y vio humo. Cuando fue a ver qué sucedía, descubrió que un incendio había consumido toda la cabaña. Mi padrastro se había quemado vivo.

—Menuda tragedia. Mis condolencias.

—Gracias. A mí me afectó menos que a mi madre —prosigo—. Mi padrastro había hecho un gran esfuerzo para transferir parte de su fortuna a mi madre y a mí antes de su fallecimiento. Ella vivió bajo la sospecha constante de haber estado implicada en el accidente, a pesar de que cuando tuvo lugar el incendio se encontraba en Kaltental.

—¿Su madre no se mudó después?

—No. —Nada más pronunciar la sílaba, noto cómo los ojos se me humedecen repentinamente—. No, ella... no sabía vivir sin mi padre. Eran almas gemelas. Entre la pena que la consumía y las sospechas de la gente... murió con el corazón roto unos pocos años después.

—Lamento oír eso —dice el señor Strahm—. Lord Klaus parece estar convencido de que las culpas deberían recaer sobre un joven llamado Ruben Haus...

De pronto, no me siento tanto una pareja de conversación como una fuente de información, así que lo interrumpo.

—Parece estar usted muy interesado en esta familia, señor Strahm. No puedo evitar preguntarme cuál es el auténtico motivo de que esté aquí.

Inmediatamente lamento la acusación que acabo de hacer. Aunque haya sido de un modo vago, he sugerido de manera inequívoca que la presencia en esta casa del señor Strahm se debe a un motivo oculto. Ahora bien, si lo he ofendido, él desde luego no lo demuestra. En vez de eso, mantiene la vista puesta en el tablero y, como si realmente estuviera interesado en mi opinión, me pregunta:

—¿Por qué cree usted que estoy aquí?

Sorprendida por el hecho de que le haya dado la vuelta a mi pregunta, comienzo a examinar sus posibles motivos. Existen, claro está, varias posibilidades. Puede que simplemente sea un historiador de la aristocracia, o quizá un viudo que pretende cortejar a alguna de las hijas de lord Alber. En cualquier caso, si tuviera que poner la mano en el fuego, diría que se trata de un hombre con menos recursos de los que aparenta y que intenta congraciarse con lord Alber para llenarse los bolsillos.

—No ando en busca de ningún beneficio económico —aclara él como si me hubiera leído los pensamientos—. Le garantizo que mi posición es más que desahogada. Además, como seguro que habrá advertido, sospecho que el Schloss Alber no ofrece ninguna fortuna que merezca la pena pretender.

—¿Qué le hace decir eso? —pregunto.

—Estoy seguro de que no le ha pasado por alto el mal estado de la finca. —El señor Strahm comienza a mover de nuevo una de sus piezas mientras expone los hechos sin emitir juicio alguno—. Además, durante mi estancia aquí, he compartido unas pocas anécdotas relativas a las inversiones que algunos de mis amigos han hecho en el transporte de caña de azúcar a Sudamérica.

—¿Por qué diantre querría nadie transportar caña de azúcar a Sudamérica?

—Una buena pregunta que a lord Alber no se le ocurrió hacerme. En vez de eso, inquirió por la posibilidad de invertir él mismo.

Me desconcierta tanto esa afirmación que no puedo evitar reírme.

Hay algo ciertamente fascinante en el señor Strahm. Tiene el aire de un hombre que se ha entregado por completo a aquello que le interesa y, en consecuencia, ha terminado convirtiéndose en alguien interesante. En cualquier caso, parece ser tan consciente de la

pésima situación financiera de los Alber que difícilmente podría acusársele de poseer algún incentivo económico secreto.

—¿Podría volver a hacer ese truco matemático? —le pido.

Mi petición parece coger al señor Strahm por sorpresa, de modo que me siento obligada a ofrecerle una explicación.

—Antes me habría gustado averiguar cómo lo había hecho, pero nos hemos visto interrumpidos, claro.

El señor Strahm me observa atentamente como si tratara de discernir algún motivo oculto en mi petición. Al cabo de un momento, la curiosidad lo puede y, tras levantarse, cruza la estancia para coger un pequeño cuaderno de un armario lleno de material para pintar.

De regreso, pasa junto al tablero y se detiene un instante para coger la silla. La coloca delante de mí, se sienta y comienza a dibujar la ya familiar cuadrícula en el cuaderno.

—¿Podría decirme un número? A ser posible entre el veinte y el cincuenta.

—¿Entonces tiene que tratarse siempre de un número entre esos dos?

El señor Strahm me mira con ojos inexpresivos, como si mi banal observación no le resultara particularmente excitante.

—Cuarenta y siete.

El señor Strahm asiente y alza el cuaderno, impidiéndome ver la página mientras comienza a escribir los números. Sin saber bien qué me lleva a hacerlo, coloco los dedos extendidos sobre el borde superior del cuaderno y se lo hago bajar.

Él me mira con una expresión de reticente respeto y permite que ambos podamos ver la página.

La pluma de Strahm se desliza con rapidez por la cuadrícula, de derecha a izquierda, de arriba abajo, calculando cada número al instante y colocándolo con precisión. Es imposible que predijera mi número, y la idea de que tenga en la cabeza treinta cuadrículas completas parece igualmente imposible.

Cuando termina, me quedo mirando fijamente la cuadrícula que acaba de completar.

27	1	12	7
11	8	26	2
5	10	3	29
4	28	6	9

Como he hecho en la cena, solo que con mejor idea de qué es lo que estoy mirando, repaso la página. Efectivamente, en menos de diez segundos, el señor Strahm se las ha arreglado para que cada columna, hilera, diagonal, cuadrante y esquina sumen cuarenta y siete.

Me resulta increíble que un hombre corriente pueda calcular un problema de semejante complejidad, y más todavía que...

—Un momento —susurro.

Creo que mis ojos han captado algo y, a pesar del cansancio que me nubla la mente, trato de dilucidar de qué se trata exactamente.

—¿Qué sucede? —pregunta Strahm, regresando a su partida.

—Algunos de estos números son los mismos —digo sin estar del todo segura de si tengo razón.

Strahm me dedica una mirada que, por primera vez, revela un interés genuino. Comienzo a sospechar que, hasta el momento, para él yo no había sido más que una agradable distracción. Entretenida, sí, pero que no le ofrecía nada especial.

—La primera columna —sigo diciendo—. Once, cinco y cuatro. Esa secuencia ya estaba presente la última vez. Y también uno, doce y siete.

Sintiendo que estoy al borde de la revelación, me apresuro a coger mi diario.

Después de que Su Señoría se hubiera estabilizado y yo hubiera terminado de escribir el relato completo de mi velada, he regresado un momento al comedor para tomar nota de los números escritos en la pizarra abandonada.

—¡Doce de estas dieciséis celdas son las mismas! —Levanto la mirada hacia el señor Strahm, que me mira con una sonrisa de satisfacción.

—Querida señorita Mendel —dice, reprimiendo una carcajada—. He de decir que su presencia aquí resulta de lo más estimulante.

—¿Entonces solo ha calculado cuatro celdas?

—Sí —me confirma el señor Strahm—, y usando una fórmula muy sencilla. No es nada más que una intrigante construcción matemática que uso para entretener inofensivamente a mis anfitriones.

Exhalo un suspiro, algo decepcionada por la verdad. Luego bajo la mirada hacia el papel que tengo delante.

—Entonces no es nada más que un truco de ilusionismo. ¡Y yo que pensaba que era usted sobrehumano!

—Lamento si le he dado una imagen equivocada de mí mismo. —El señor Strahm sonríe afablemente—. Supongo que el verdadero truco consiste en convencer a los demás de que uno no es un ilusionista.

Antes de que pueda pensar en las palabras del señor Strahm, un fuerte repiqueteo metálico resuena por los pasillos del *schloss*, haciendo que ambos nos volvamos de golpe hacia la puerta. Suena como si incontables objetos metálicos estuvieran cayendo por la escalera principal.

Los objetos parecen rodar y golpetear repetidamente los escalones hasta que se detienen, dejando tras de sí un resonante silencio. A continuación, se oye una serie de ruidos más amortiguados. Es como si alguien estuviera recogiendo rápidamente lo que se le ha caído al suelo de piedra. Lo último que se percibe son los cuatro pasos rápidos del desconocido en las escaleras antes de desaparecer en el primer piso.

—¿Qué ha sido eso? —pregunto, aunque una rápida mirada del señor Strahm me confirma que está tan confuso como yo.

El estruendo ha interrumpido nuestro agradable interludio, recordándome mis obligaciones.

—Debería volver con Su Señoría —afirmo, terminándome mi bebida y poniéndome de pie.

—Si necesita cualquier cosa, avíseme, por favor —ofrece con magnanimidad el señor Strahm—. Acudiré de inmediato.

Yo sonrío a modo de respuesta y me despido. Cuando ya he abierto la puerta y estoy saliendo al pasillo, un impulso repentino me obliga a darme la vuelta.

—¿Es usted amigo de ese colega con el que hablaba? —inquiero, casi sorprendida al oír mi pregunta.

—¿Por qué le interesa mi relación con él? —pregunta a su vez Strahm mientras empieza a recoger el tablero.

—La discusión entre ambos... —razono—. Sus respuestas parecían poseer... cierta rabia.

El señor Strahm se me queda mirando como si le hiciera gracia esa observación y luego esboza una sonrisa de humildad.

—Mera frustración —me explica—. Otro empate.

Tras conseguir una ración de pan y mantequilla de la cocina, regreso junto a lord Alber.

El barón parece estar prácticamente recuperado. Aunque un dolor sordo lo mantiene despierto, después de humedecerle la frente con un paño mojado permanece tranquilo.

Retomo mi diario hasta que casi he llegado al momento presente. Reparando en la degradación de mi sintaxis y escritura, concluyo que estoy demasiado cansada para seguir escribiendo. En cuanto dejo la pluma a un lado, noto que los ojos comienzan a cerrárseme.

Calculo que tardo menos de cinco minutos en quedarme profundamente dormida. Los doloridos pies que me han traído aquí desde Múnich por fin descansan. Mi mente, agotada por el tremendo esfuerzo social realizado desde mi llegada, consigue relajarse.

Curiosamente, la última persona en la que pienso es esa figura enigmática e intrigante, el señor Strahm. A pesar de las extrañas circunstancias de su presencia aquí y de la inquietante naturaleza de sus conversaciones nocturnas, me sorprendo a mí misma disfrutando más de su compañía que de la de los verdaderos residentes de la casa.

Antes de darme cuenta siquiera de que me he quedado dormida, la voz de Detler me despierta.

—¡Milord! ¡Por favor, despierte! ¡Milord!

Abro los ojos con un parpadeo y descubro la luz matutina de una nueva mañana filtrándose por las ventanas del salón.

Lord Alber se incorpora lentamente en respuesta a los gritos de Detler. El mayordomo permanece fuera de sí en la entrada, con la respiración jadeante y el rostro blanco como el alabastro. Sus botas están cubiertas de barro y ha dejado un rastro de pisadas en la alfombra que jamás habría tolerado si no estuviese tan alterado.

—¿Detler? —dice lord Alber mientras se despabila poco a poco. Su tono de voz suena más enérgico después de haber dormido toda la noche—. ¡Detler! ¿Se puede saber qué sucede?

El mayordomo procura recobrar el aliento y me echa un rápido vistazo antes de posar de nuevo los ojos sobre su empleador.

—¡El señor Alexander! ¡Han abierto su tumba! —exclama Detler—. ¡El *ahnensäbel* ha desaparecido, milord!



Lord Alber no comprende inmediatamente el significado de las palabras.

Pasan cinco segundos, y luego otros cinco segundos más.

Entonces veo cómo los músculos del rostro del barón se tensan y su faz palidece. Parece como si se retrajera hacia dentro cual marea oceánica retrocediendo ante la gravedad de las noticias de Detler.

El propio mayordomo se mueve nerviosamente en la entrada, mirando con gesto compungido a su señor como si el mero hecho de haberle comunicado el mensaje fuera una ofensa punible.

Con la sensación de que debería esfumarme, y la seguridad de que Su Señoría estaría de acuerdo, me pongo de pie y salgo de allí.

Los hermanos Alber permanecen fuera del salón. Dorothea parece asustada, Klaus malhumorado. Como tal vez cabría esperar, Margarethe me examina con intenso recelo.

Unos pocos momentos después, al fondo del pasillo veo que el señor Strahm aparece por detrás de una esquina.

—¡¿Entonces dónde diantre está?! —La retumbante voz de lord Alber resuena a nuestro alrededor. Dorothea se sobresalta. Klaus baja la mirada a sus zapatos.

Detler habla demasiado bajo para que podamos oír sus atribuladas explicaciones, pero su tono de voz es una octava más alto de lo habitual.

—¿Se puede saber qué sucede? —pregunta el señor Strahm cuando finalmente llega a nuestro lado.

—¡Señor Strahm! —Dorothea está casi temblando—. ¡Detler dice que alguien... ha robado en la tumba de Alexander!

Nada más decir eso, Dorothea se derrumba sobre el costado de Klaus y este la rodea con un brazo.

—¡Dios mío! —susurra el señor Strahm en shock—. ¿Se sabe cuándo ha sucedido?

—Debió de ser anoche —calcula en voz baja Klaus—. Yo me acosté hacia las doce. Cuando miré por la ventana, el mausoleo

estaba cerrado como siempre. En cambio, esta mañana, la puerta estaba completamente abierta.

—¡Ahora, Detler! ¡Tráeme de inmediato mi bastón! —le ruge el barón a su mayordomo desde el salón, y Detler se aleja rápidamente por el pasillo para cumplir con sus nuevas órdenes.

No creo que lord Alber deba levantarse y caminar cuando apenas han pasado unas pocas horas del envenenamiento, pero, del mismo modo, dudo que ni siquiera las fuerzas de Napoleón pudieran impedir que vaya a la tumba de su hijo. Así pues, consciente de que todavía llevo la misma ropa del día anterior, decido ir un momento a mi habitación con la intención de coger mi abrigo y ponerme las botas antes de que el barón se haya alejado demasiado.

Menos de cinco minutos después, una suave brisa me recibe en la escalinata de entrada de la casa.

El mal tiempo del día anterior se ha disipado del todo, si bien habría sido más apropiado esta mañana. El cielo azul pálido que se extiende sobre nuestras cabezas posee cierto aire de indiferencia.

Recorremos el sendero de piedra caliza en dirección a la puerta de la verja mientras una multitud de jardineros recorta cuidadosamente la topiaria. Lord Alber camina con dificultad y tiene que apoyar el peso de su cuerpo en un bastón con el mango de marfil mientras Klaus lo sujeta a un lado para ayudarle a avanzar.

Los demás nos mantenemos a cierta distancia respetuosa.

Me vuelvo hacia el señor Strahm, que se ha unido a nosotros sin ninguna objeción de la familia. En un momento dado, él me mira como si se disculpara por esta intrusión y yo le contesto con una leve sonrisa.

Detler abre la puerta de la verja con un juego de pesadas llaves de hierro y salimos del recinto.

En efecto, después de haber recorrido aproximadamente un kilómetro de hierba plana y cubierta de rocío rumbo a la capilla ya no hay la menor duda de que el mausoleo de Alexander Alber ha sido profanado. La enorme puerta de hierro está abierta y la luz del día se filtra en el interior de mármol.

Cruzamos la puerta del ancestral cementerio y descubrimos en el sendero las inconfundibles huellas que han dejado unas botas

cuando el barro todavía estaba húmedo y que luego el sol matutino ha secado. Esas huellas conducen directamente al mausoleo abierto y luego regresan por el mismo camino.

—Mirad aquí —susurra Dorothea—. Pisadas. Diría que la talla cuarenta y cuatro.

En lo que a cazar y rastrear se refiere, la chica estaba a la altura de mi padrastro.

—Cierto —razona el señor Strahm—. Parece haberse retirado en dirección a Kaltental.

—¿A qué otro sitio habría podido ir si no? —pregunta Dorothea, provocando un leve resoplido de burla por parte de Margarethe.

Lord Alber se detiene en el pálido umbral del mausoleo y observa la placa de bronce que hay junto a la puerta abierta.

El arrebato de furia que nos ha traído hasta el cementerio termina de golpe.

Aquí yace Alexander Alber
1849-1885
Hijo devoto. Hermano querido. Marido amantísimo.
Nunca volverá a haber nadie igual.

De pronto, lord Alber parece tener el mismo aspecto que seis años atrás, cuando regresé de Copenhague para asistir al funeral de mi padrastro. En sus ojos puede percibirse una reverencia vidriosa y distante, como si las ruinas de un gran imperio descansaran dentro de estos muros y los mejores años de su vida hubieran sido sepultados junto a su hijo mayor.

Una brisa sopla por el cementerio, haciendo susurrar la hierba y empujando algunos mechones sueltos de pelo sobre mi cara. Lord Alber recobra la compostura lentamente.

Enderezando la espalda, sigue adelante como un estoico rompehielos y cruza el umbral de la tumba.

Los demás nos quedamos en la entrada. La luz del sol proyecta nuestras sombras conjuntas sobre un gran sarcófago de piedra. Este

se encuentra en medio del espacioso mausoleo, y su mármol blanco se eleva por encima del suelo de piedra gris.

Está adornado con intrincados grabados centrados en el escudo de armas de la familia Alber: un oso sobre dos patas y con los dientes clavados en el cuello de un ciervo sin vida.

La tapa de piedra ha sido retirada por la fuerza y ahora yace en el suelo del mausoleo en dos mitades fracturadas. Aunque el interior del sarcófago es demasiado profundo para que su contenido pueda verse desde la entrada, creo distinguir levemente el perfil de una calavera.

Lord Alber permanece junto al féretro abierto con aspecto derrotado y mirando hacia abajo. Abriéndose paso entre el grupo como si quisiera avergonzarnos por nuestra pasividad, Margarethe entra en el mausoleo y se coloca al lado de su padre.

Con el característico estoicismo de la familia Alber, vuelve la mirada hacia su hermano.

—De modo que es cierto —dice en voz baja.

A continuación, frunce el ceño y abre los ojos de par en par. No es solo el shock que le supone ver el cadáver de su hermano, pues sabía con lo que iba a encontrarse.

Otra cosa la preocupa. Lo suficiente como para extender un brazo hacia delante y meter con delicadeza una mano en las profundidades del féretro. Con los dedos índice y pulgar, alza el lado de la camisa del cadáver hasta que podemos observar el envés de los botones.

—¿C-cuándo...? —comienza a preguntar con voz vacilante—. ¿Cuándo dispararon a Alexander?

Sus palabras resultan tan estremecedoras que rompen el reverente trance en el que estaban sumidos Dorothea y Klaus. Los dos hermanos entran a trompicones en el mausoleo.

—Pero ¡¿qué diantre estás diciendo, Margarethe?! —exclama Dorothea.

Cuando llega junto a su hermano, Klaus se tapa la boca con un pañuelo. Dorothea no puede evitar apartar la mirada antes de obligarse a sí misma a bajarla. Los ojos de Margarethe, en cambio,

no flaquean y en ningún momento mira a otro lado ni suelta la camisa de Alexander Alber.

Extrañamente, lord Alber no reacciona.

—¡Dios mío! —exclama Klaus—. No lo comprendo. ¿Alexander fue... asesinado? ¿Fue...?

Entro también en el mausoleo, dejando a Detler y al señor Strahm en el umbral. Tras unirme a los hermanos Alber, sigo su mirada.

Los restos esqueléticos de mi padrastro están ataviados con elegantes ropas negras. La columna vertebral se extiende más allá del cuello del traje y la calavera descansa a su lado con la mandíbula suelta y las cuencas de los ojos mirando hacia un punto lejano en el espacio.

El lugar en el que descansaba el *ahnensäbel*, ese sable ceremonial hecho de oro sólido y con joyas incrustadas, está perceptiblemente vacío.

La atención de los hermanos Alber, sin embargo, se centra en la tercera costilla de Alexander, donde una suerte de nudo óseo se ha fusionado alrededor del inconfundible contorno de una bala. El plomo asoma por debajo de la retorcida prisión de materia ósea, y puede apreciarse perfectamente que el impacto del proyectil dejó algunas fisuras en la misma costilla.

—Esa bala no lo mató —comento, haciendo que el grupo se vuelva hacia mí alarmado.

—Las fracturas en la costilla se curaron —sigo diciendo con la vista puesta en el trozo de metralla—. El hueso creció a su alrededor, un proceso que lleva años. Le dispararon, sí, pero mucho antes de morir. Y se curó sin ningún problema.

Margarethe se me queda mirando como si mis observaciones fueran de mal gusto. Klaus, en cambio, asiente al oír mis palabras, agradecido de que hayan acallado las mil conspiraciones que su mente había comenzado a fabricar.

—Los Silberfeld —murmura lord Alber sin apartar la mirada de su hijo—. Diez años atrás, Alexander recibió el impacto de una bala perdida. Le trataron la herida en la casa y decidimos no contárselo a tu madre para no preocuparla.

De inmediato, Margarethe lanza un reproche a su padre. Su temperamento excede su sentido del decoro.

—¿Alex recibió un disparo en el pecho y lo mantuvisteis en secreto?

—No fue culpa de nadie —responde lord Alber con indiferencia—. Como he dicho, se trató únicamente de una bala perdida. A los Silberfeld les supo fatal y se mostraron muy atentos.

—Por eso alargasteis vuestra estancia... —susurra Klaus, sorprendido por la revelación—. Recuerdo esa primavera. Dijisteis que pasaríais ahí el resto de la estación.

—¡No puedo comprender por qué diantre os preocupa semejante trivialidad en un momento como este! —exclama entonces lord Alber, endureciendo rápidamente su tono de voz—. ¿Es que no veis lo que nos han hecho?

Las retumbantes palabras de reproche del barón reverberan entre las paredes del mausoleo y sus hijos permanecen callados.

—¡El *ahnensäbel* ha desaparecido! ¡Han profanado la tumba de Alexander! —brama lord Alber—. ¡Que alguien se haya atrevido a hacer algo así lo dice todo acerca del estado de esta casa, y también de todos vosotros! ¡Han mancillado nuestro nombre!

He pasado seis años fuera, pero, en ese momento, puedo deducir las condiciones exactas en las que los hermanos Alber han estado viviendo. Me queda claro que, incluso si los tres combinaran sus mejores cualidades, Su Señoría consideraría el resultado una pálida imitación de Alexander Alber.

Aunque dudo que suela declararlo tan explícitamente como acaba de hacerlo, no creo que haya pasado un solo día sin que se lo haya recordado a sus hijos de un modo u otro.

—Esto no puede salir de aquí. —Lord Alber está hablando ahora para sí, con la cabeza anegada en un mar de implicaciones—. ¿Qué dirá la gente? Y lord Friedrich... ¡Dios mío, nos culpará de esto! No, este asunto ha de permanecer en secreto. Aunque, en ese caso, ¿cómo diantre...?

—¿Este candado es del pueblo?

Lord Alber se vuelve, y los demás con él, cuando una tranquila voz interrumpe las divagaciones de Su Señoría.

El señor Strahm se encuentra en la entrada del mausoleo con un pesado candado circular en una mano. Tiene una cubierta de latón con intrincadas filigranas y una abertura irregular. El arco de hierro está abierto. No parece haber sido forzado ni tampoco está roto.

Hasta esa noche, ese candado había protegido el mausoleo. Solo había dos llaves, una en posesión del barón y otra que mi madre me había legado a mí.

—Sí, señor Strahm —confirma lord Alber—. Es obra de un cerrajero muy talentoso de Kaltental.

—¿Me permitiría que le hiciera una visita a ese hombre? —pregunta Strahm—. Hay huellas que conducen a la puerta del mausoleo, pero nada que indique que el ladrón hincara rodilla en el suelo o se pusiera de cuclillas. Los tipos que fuerzan cerraduras suelen situarse a la altura de la cerradura. Además, tampoco hay marcas en el candado. Forzarlo a oscuras habría supuesto múltiples intentos y habrían quedado señales. O bien el ladrón era un hombre de una pericia increíble, o practicó con un candado idéntico a este. En el segundo caso, el cerrajero que vende este modelo puede que sea capaz de identificar al tipo en cuestión.

Un intenso fuego vuelve a encenderse en los ojos de lord Alber. Observa al señor Strahm con la misma admiración que dedicaba a mi padrastro, inspirado por ver a un hombre de acción, un hombre con iniciativa en medio de un mar de capitulaciones.

El señor Strahm insiste.

—Usted me ha acogido en su casa y me ha tratado como a un invitado de honor. Si me lo permite, pues, me gustaría realizar algunas pesquisas en su nombre con la intención de recuperar el legado de su hijo.

Lord Alber comienza a asentir. Luego, como si realizara un juramento privado, echa un último y rotundo vistazo al cadáver de su hijo antes de volverse hacia la entrada.

—Tiene usted razón, señor Strahm —dice—. Una investigación discreta es exactamente lo que necesitamos. Le diré a Detler que informe del robo a nuestros hombres de más confianza en la gendarmería, pero su intelecto, señor Strahm, será más que bienvenido en este asunto.

—Padre.

Klaus habla con un tono de advertencia. Lord Alber percibe el reproche de su hijo y responde del mismo modo.

—¿Sí, Klaus?

El intercambio entre ambos apenas ha consistido en tres palabras, pero ha sido toda una conversación. Aun condicionado por el decoro, es obvio que Klaus está poniendo en cuestión el buen juicio de su padre. No tiene claro que, después de haber perdido una reliquia familiar de incalculable valor, sea sensato permitir que un desconocido —y potencial sospechoso— abandone la hacienda.

Es una objeción razonable, pero, a juzgar por la malhumorada respuesta del barón, este no la ha recibido muy bien. El señor Strahm le ha ofrecido a lord Alber la posibilidad de encomendarse al optimismo. La propensión del barón a desdeñar la lógica cuando esta amenaza su estado de ánimo es tal vez su rasgo más peligroso.

Klaus vuelve a hablar, esta vez tan cuidadosamente como le es posible.

—Al primo Friedrich no le hará ninguna gracia que este robo permanezca en secreto, ni tampoco que la investigación no se realice de la manera más transparente posible —razona con tacto—. ¿No deberían las autoridades encargarse de esto de un modo más oficial?

—No es momento para andarse con medias tintas —lo reprende lord Alber—. Mientras tú sugieres quitarte de encima el problema, el señor Strahm está dispuesto a hacer algo al respecto personalmente. Esperaba que a estas alturas ya hubieras aprendido la diferencia entre una cosa y la otra.

Y, a continuación, lord Alber vuelve a prestarle atención a su invitado.

—Detler se encargará de prepararle un carruaje, señor Strahm. Puede partir de inmediato.

Al oír las palabras de Su Señoría, una extraña sensación me sobreviene.

En medio del aire estancado de esa tumba de mármol, y atrapada entre veladas hostilidades y un sarcófago abierto, no puedo evitar sentirme atraída hacia la figura del señor Strahm. Él permanece al

aire libre, bañado por la luz diurna y bajo una brisa fresca, más libre que cualquiera de nosotros antes incluso de que se le haya concedido permiso para marcharse.

Una parte de mí siente celos y desea escapar asimismo de la amarga atmósfera del Schloss Alber. Y otra está intrigada por el hombre que tengo delante.

Admito que nuestro encuentro nocturno ha provocado que sienta por él una afinidad que rara vez he encontrado en Copenhague por más que la haya buscado.

—Si me lo permite, señor Strahm, me gustaría acompañarlo —me atrevo a decir.

—Ni hablar.

Sin vacilación, Margarethe se acerca a grandes zancadas a su padre, decidida a triunfar ahí donde su hermano ha fracasado.

—Clara ya tiene su papel, ¿no? —argumenta—. La has convocado aquí por una razón.

Lord Alber ladea la cabeza, sopesando las palabras de su hija, y termina por asentir ligeramente. Esta ha jugado sus cartas a la perfección. Al citar los planes que Su Señoría tiene para mí, el barón no considerará que la decisión de impedirme marchar sea idea de ella, sino suya propia.

—Margarethe tiene razón, Clara. Aprecio tu iniciativa, pero no debemos ralentizar las pesquisas del señor Strahm —dice lord Alber —. Además, me gustaría que te ocuparas de una cuestión de gran importancia que, estoy seguro, encontrarás igualmente intrigante.

INFORME DEL JEFE DE ESTACIÓN
Kaltental: 19 de julio de 1891

7.30

Ninguna novedad.

El primer tren ha llegado de Salzburgo. Todos los pasajeros salvo dos han permanecido a bordo para continuar con su viaje hasta Múnich. El cartero ha recogido el correo a tiempo como siempre.

9.30

Ninguna novedad. Siete personas han subido al tren de Múnich.

No había ninguna carta relacionada con mi posible traslado a la estación de Múnich. No pierdo la esperanza.

10.50

Un caballero anciano ha denunciado que había perdido el equipaje. El pobre apenas parecía saber en qué estación se encontraba. Me ha pedido que buscara un baúl forrado con tela gris. Supongo que tampoco tengo nada mejor que hacer.

11.00

He divisado el baúl perdido en las vías, a unos cien metros de la estación. Es posible que haya caído del tren.

Curiosamente, al comprobar la etiqueta del equipaje he visto un nombre de mujer y, al regresar al andén, el caballero anciano había desaparecido.

11.15

Ninguna buena acción queda impune.

Mientras he ido a recuperar el baúl perdido, han forzado la cerradura de la taquilla. El lugar ha sido registrado con gran pericia. Informaría a los gendarmes, salvo por el hecho de que no falta nada de dinero en el cajón. Lo que se han llevado, en cambio, es el cubo en el que tiramos los billetes viejos.

Por qué alguien querría hacer algo así, no lo sé. Los billetes viejos están perforados y fechados, de modo que no pueden usarse para viajar ni tampoco se pueden vender. No consigo imaginar qué uso querrán darles.

Más allá de ese incidente, como es habitual no hay ninguna novedad.



Cuando la tercera pila de documentos amarillentos llega al escritorio, pienso que es muy posible que lord Alber y yo tengamos ideas muy distintas de lo que significa la palabra «intrigante».

Mientras el señor Strahm desciende a Kaltental, donde iniciará sus pesquisas para recuperar el *ahnensäbel*, a mí me han traído al despacho del barón, me han sentado en una silla bastante incómoda y me han enterrado en una montaña de documentos legales.

Margarethe es quien me supervisa, y distingo un atisbo de satisfacción en su mirada cuando saca otra pila más de papeles de la caja fuerte de la pared. Los estantes vacíos dejan a la vista unos pocos collares con joyas y varias columnas de monedas de oro antiguas.

Esos relucientes objetos de valor, que antaño ocupaban un lugar central en la caja, han sido relegados de nuevo al fondo para acomodar la cruzada legal de lord Alber.

—¿No podrías indicarme qué es lo que debo buscar? —pregunto, considerando la colosal tarea que tengo ante mí. La cuestión habría podido sonar sarcástica si no me sintiera tan desesperadamente necesitada de su ayuda.

—Todos hemos revisado estos papeles, incluso Dorothea. Klaus se sabe cada página de memoria —responde Margarethe—. Dudo que puedas encontrar nada que él no haya visto ya.

Dejo otra hoja más a un lado y comienzo a leer un detallado informe. Aunque contiene poca información, supone un auténtico alivio respecto a las incontables páginas repletas de árido texto, pues está dominado por un intrincado dibujo a tinta del *ahnensäbel*.

Incluso en blanco y negro resulta imponente. Una joya adorna el pomo y tres más la empuñadura, hecha de acero envuelto con un cordón de oro. La guarda decorativa se curva elegantemente hacia atrás para rodear la mano de la persona que empuña el sable.

Aunque el valor mineral se encuentra en esa empuñadura, la hoja misma está hecha de un bloque sólido de oro puro que, según el

informe, pesa tres kilogramos. Su única decoración consiste en un texto grabado: una oración latina sobre las virtudes del vasallaje.

Incluso la funda, hecha de madera noble con bordados de terciopelo, es espléndida. La boquilla y la contera —los embellecimientos metálicos en la base y en la punta— también son de oro: las notas finales en una sinfonía de indulgencia.

Parece absurdo que a alguien se le ocurriera siquiera sepultar un objeto semejante. Puedo mostrarme algo comprensiva con lord Alber a causa del dolor que sentía, pero, incluso así, creo que esa decisión del cabeza de familia delata cierto sentimentalismo imprudente.

—¿Qué estás haciendo aquí, Clara? —me pregunta secamente Margarethe sin dejar de mirar por la ventana el retirado mausoleo.

Yo levanto los ojos y, volviéndose hacia mí, ella me mira fijamente.

Si bien en ningún momento ha ocultado lo que piensa acerca de mi presencia en la casa, hasta ahora todo intento de verbalizar sus sentimientos se había encontrado con una rápida reprimenda. Sospecho que esperaba con ganas un momento como este en el que ambas estuviéramos solas y libres del educado escrutinio de los demás.

—Lord Alber me ha convocado —respondo con un tono igualmente seco—. Mi único objetivo es regresar a mis estudios lo antes posible y sin mayores incidentes, cosa que estoy segura que te alegrará oír.

—¿Y sin embargo te invitas a ti misma a unirte a la investigación del señor Strahm? —dice Margarethe, cuestionando mi explicación y ejerciendo una silenciosa presión sobre mí—. Para alguien que desea marcharse de este lugar, pareces extrañamente dispuesta a implicarte en sus asuntos.

—Al contrario —contesto, ignorando el hecho de que no deja de tener cierta razón—. Si este crimen puede retrasar mi regreso a Copenhague, poseo un particular interés en su resolución.

Aunque Margarethe suelta una desdeñosa carcajada ante mi respuesta, percibo un entusiasta antagonismo en su tono. Ya de niña, disfrutaba de las discusiones y le importaba muy poco si su oponente también lo hacía.

—Aun así —insiste—, podría interpretarse fácilmente tu interés como...

—Podría interpretarse que, con tu actitud amenazante, estás obstaculizando una investigación —la interrumpo yo en un tono algo más brusco de lo que pretendía—. Te has salido con la tuya. Ambas estamos confinadas en esta casa. ¿Debemos complementar nuestra ociosidad con especulaciones igualmente ociosas?

—Tengo derecho a mis propias sospechas —contesta Margarethe, alzando la voz y con las ventanas de la nariz dilatadas—. Llegas a casa después de seis años y esa misma noche mi padre cae enfermo. Y luego, unas pocas horas después, roban en la tumba de Alexander. Creo que puedo disculparme a mí misma por especular un poco si eso significa...

—Me he pasado toda la noche al lado de tu padre, ayudándole a recuperarse —replico con creciente impaciencia—. Si no recuerdo mal, tus sospechas hicieron que te interpusieras cuando él estaba sufriendo terriblemente. ¿Eso también puedes disculpártelo?

El fuego perceptible en los ojos de Margarethe parece titilar y su enojo se ve atenuado por un recuerdo que esperaba haber olvidado.

—Eso fue... —comienza a decir, perdiendo repentinamente la fe en su defensa.

De nuevo, Margarethe vuelve a mirar por la ventana mientras cae en un extraño e introspectivo silencio. Es como si se hubiera marchado del estudio y estuviera deambulando por el jardín, planteándose su respuesta.

—Aprecio... lo que hiciste —admite finalmente, si bien le duela en el orgullo decirlo—. Y tienes razón, estamos confinadas en esta casa. Aunque a lo mejor eso es algo bueno.

Puedo ver que está a punto de culminar su argumentación.

—Lo que quiero decir es que... es padre quien se encargará de supervisar esta investigación. Sus hombres de la gendarmería y el señor Strahm serán sus agentes. Hay gente más que suficiente para recuperar el *ahnensäbel* —dice con mucha cautela—. Yo he de preparar una boda y tú tienes trabajo pendiente aquí en el estudio. Sugiero que nos dediquemos cada una a lo suyo. Tú te abstienes de

implicarte en el asunto y yo... de realizar especulaciones ociosas. ¿Qué te parece?

No tengo claro si se trata de una amenaza o una tregua, es difícil de saber con Margarethe. Aun así, tengo la sensación de que alguien que rara vez incurre en un comportamiento semejante me está ofreciendo un cese de hostilidades o una rama de olivo.

—Todavía no te he felicitado por tu compromiso —digo entonces tan sinceramente como me resulta posible.

—No hace falta. —Se encoge de hombros con un amago de sonrisa—. No fue demasiado difícil.

Hablamos un poco más acerca de la casa y de las lecturas de Margarethe. Después de diez incómodos minutos en los que ella permanece ahí de pie y yo sentada detrás de la pila de papeles, decidimos olvidarnos un momento de nuestros deberes.

En vez de eso, nos disponemos a realizar una rápida visita a la despensa. Con cada palabra que intercambiamos, dejamos más atrás el disgusto que ha provocado mi regreso. Al principio de forma consciente, luego ya sin advertirlo. Resulta edificante y, en cierto modo, quizá incluso conmovedor.

Aun así, no puedo evitar darle vueltas a un único e irreprimible pensamiento.

Me pregunto qué estará haciendo el señor Strahm.

MEMORANDO URGENTE:
De la recepción del hotel Edelweiss

Oscar, necesito que te ocupes de la recepción.

Que Dios me ampare, pero voy a ir a hablar con el mismo Bertrand.

No acerca de la cuota por su protección —hemos pagado a su hombre, Becker, y estamos cubiertos hasta final de mes—. Algo que está ocurriendo en nuestras instalaciones amenaza con llamar su atención, y no podemos permitir que se entere por nadie más.

Lee mis palabras con mucha atención.

Si atiende a mis explicaciones y está de un razonable buen humor, puede que envíe a sus agentes habituales a investigar mis sospechas.

No les niegues nada, no les hagas preguntas y, si se interesan por los detalles, los hechos pertinentes son los siguientes:

El hombre que buscan se llama Hans Gottel. Pelo cano, con bigote y de unos sesenta años. Tanto su porte, erguido y atlético, como su vestimenta denotan clase alta.

Ha llegado hoy. No tenía reserva y ha pagado dos días a pensión completa.

Es bien sabido que disponemos de habitaciones libres.

Cuando ha llegado llevaba una maleta consigo. Dos muchachos de la calle iban detrás, cargando con dificultad una pesada caja fuerte de hierro —un auténtico monstruo— que han subido a la habitación con considerable esfuerzo.

Después de pagar, ha solicitado una factura para su empleador, un mercader de antigüedades de Berlín para quien este tal Gottel adquiere diversos objetos de calidad superior.

No le he dado importancia. Después de todo, ¿qué artículo de esas características iba a encontrar en Kaltental?

Luego han llegado las noticias de lo alto del acantilado.

Alguien había robado el *ahnensäbel*.

Ha comenzado como un mero cotilleo, un rumor que corría entre el personal de los Alber y los mayoristas del mercado. Para cuando Ida nos ha traído las provisiones para el almuerzo, ya se había confirmado.

Y eso es lo extraño, claro. El personal de los Alber no está demasiado contento con sus empleadores, y el cotilleo procedente de la casa viaja con rapidez. Ahora bien, a pesar de la velocidad con la que han llegado los rumores, herr Gottel se ha anticipado a todos.

Cuando ha pagado la cuenta, he visto en su cartera un billete del tren que salía de Múnich a las 9.30.

¡De algún modo, este hombre procedente de Berlín ya tenía conocimiento previo del robo del sable!

Sé lo que estás pensando. Puede que la razón por la que ha venido aquí no sea el *ahnensäbel*.

Lamentablemente, nuestro nuevo invitado ha disipado todas las dudas que pudiéramos tener. Ha visitado el bar decidido a apurar su cuenta de gastos y ha hablado con al menos una docena de clientes vanagloriándose del trabajo realizado. Con la lengua floja a causa del alcohol, lo único que no ha llegado a hacer es mencionar el objeto mismo.

No parece un criminal. Puede que no supiera que estaba adquiriendo una propiedad robada, pero, teniendo en cuenta lo mucho que se ha jactado del negocio que ha hecho, solo es una cuestión de tiempo que llegue a oídos de Bertrand.

Cuando tal cosa suceda, solo hay dos posibilidades.

Si el propio Bertrand ha encargado el robo, entonces el comprador está siendo indiscreto. Eso no es deseable, claro está, pero no supone ningún desastre y puede contar con nuestro silencio.

Ahora bien, si Gottel ha llevado a cabo el crimen sin su consentimiento, excluyéndolo del beneficio y usando nuestro establecimiento como cuartel general...

Bueno, solo diré que debo visitar la Casa de los Cínicos antes de que me lleven por la fuerza.

He entretenido a herr Gottel tanto como he podido con algunas bebidas cortesía de la casa y haciéndole un descuento en la comida. Luego ha desaparecido en dirección al Distrito Este en busca de mayores placeres.

Si aparecen los hombres de Bertrand, dales una llave de la habitación y deja que hagan lo que tengan que hacer.

Si este tal Gottel es inocente y no tiene nada que ocultar, estoy seguro de que ni se dará cuenta de que han estado ahí.

Si no, imagino que Bertrand se encargará de él.



El sol ya prácticamente se ha puesto y Margarethe hace mucho que se ha marchado, pero al fin estoy terminando de revisar la última serie de documentos.

En las últimas horas he navegado a través de las largas ramas del árbol genealógico de la familia Alber, rebuscando en un perverso lodazal de terminología legal cada vez más esotérica. Fechas, patrimonios y transacciones de tierras han llevado al límite mi capacidad de comprensión. Sin embargo, tal y como incontables abogados y toda la familia Alber antes que yo parecen haber aceptado, solo hay una conclusión posible.

Desde mi profano punto de vista, lord Alber no posee ningún derecho legal sobre el *ahnensäbel*.

El abuelo del barón, Johan, tuvo dos hijos y varias hijas. El que sería su padre, Heinrich, era el favorito. Este era quien se hacía cargo de los asuntos de la hacienda y fue el principal beneficiario del testamento de Johan, heredando la gobernanza de la ancestral residencia.

Aun así, Heinrich era en realidad el más joven de los hijos varones de Johan. Y, a pesar de que heredó gran parte de las posesiones de su padre, la provisión hecha respecto al *ahnensäbel* afirma que este debe ser legado «al heredero que dicta la tradición», sin mención alguna al padre de lord Alber.

La documentación adicional proporcionada estos últimos dos años por el primo de lord Alber, Friedrich, deja bien claro que, según esa tradición, el *ahnensäbel* debería haberlo recibido en herencia el hijo varón de mayor edad, con independencia de quien se encargara de la gobernanza de la casa.

Por vilipendiado que haya sido el primo Friedrich en esta familia, y por drástico que sea exigir una exhumación, este tiene todo el derecho a solicitar que se haga. Las protestas de lord Alber, obligando a sus hijos a escudriñar montones de documentos y

convocándome a mí para que formulara su defensa..., no son más que un gesto de desesperación ante lo inevitable.

Lo cual significa que, por más que deteste admitirlo, he malgastado todo el día.

Salgo del estudio de lord Alber y, ya sin apenas energía en el cuerpo, recorro el pasillo y cruzo el vestíbulo de entrada.

Al subir por la escalera, cuento los dieciséis escalones que hay entre el primer y el segundo piso y casi pierdo el equilibrio. El ajetreo de anoche y el agotador día que he tenido están pasándome factura. Enfilo el oscuro pasillo del segundo piso sin otra intención que darme un baño caliente y luego hundirme en el colchón tan profundamente que solo Dios pueda hacerme volver en mí.

Ya casi he llegado a mi habitación cuando mis ojos atisban una pequeña llama que parpadea detrás de una puerta medio abierta y que desaparece en la cámara a oscuras con la misma rapidez con que ha surgido.

Me doy cuenta de que he dejado de caminar.

Tras recomponerme, sigo recorriendo en silencio el pasillo hasta que llego a la altura de esa habitación.

Es un dormitorio para invitados, tres puertas más allá del mío. Solo cabe suponer que se trata del aposento del señor Strahm.

Ahora bien, ¿si este hubiera vuelto de Kaltental no me habría enterado?

Extendiendo una mano con indecisión, cojo la manilla, abro más la puerta y me quedo mirando la oscuridad.

Alguien ha estado registrando la habitación con prisas y escasa pericia. La ropa del señor Strahm está desparramada por todo el suelo. Los cajones de la cómoda están abiertos y han sido parcialmente vaciados.

Antes de que pueda preguntar por la identidad del intruso, oigo los pasos de unos pies descalzos en un rincón. El danzante resplandor ámbar de una lámpara de aceite ilumina entonces la figura de Klaus Alber, que cruza la alfombra y se detiene a escasa distancia de mí. La mitad de su rostro todavía está a oscuras.

El hijo varón más joven de la familia examina la habitación, claramente en la fase inicial de una búsqueda intensiva.

Lo que descubre, sin embargo, es la puerta abierta y mi presencia.

Tras el shock inicial, Klaus se tranquiliza al reconocerme. Veo cómo su pecho sube y baja mientras la luz de la lámpara parpadea.

Me dispongo a decir algo, pero él lo hace primero.

—Bueno, no te quedes ahí —susurra—. ¿Vas a ayudarme o no?



La única explicación es que los estremecedores acontecimientos del día deben de haber alterado drásticamente la personalidad de Klaus.

Su pregunta es tan descarada y se comporta de un modo tan seguro de sí mismo que, por un momento, no sé qué decir. Por primera vez, el porte de Klaus Alber parece estar a la altura de su estatura. Su mirada, tan a menudo gacha, ahora se posa con decisión sobre mí y percibo cierto aire desafiante en sus profundos ojos castaños.

Mientras me planteo qué responderle, sin embargo, tomo conciencia de unos pocos detalles. Si bien esta nueva presencia de Klaus resulta imponente, noto asimismo que todo él vibra a causa de la tensión que siente, como si un mero toque fuera a resquebrajarlo. Y su firmeza está teñida de miedo. Toda la valentía que aparenta depende únicamente de no ser el primero que aparte la mirada.

Lo han pillado y, en lugar de tratar de excusarse, ha decidido jugar ingeniosamente con mi curiosidad, ofreciéndome que sea su cómplice y compartamos la intriga a cambio de repartir el secreto entre ambos.

—Cuando llegó el señor Strahm, padre ya le tenía gran estima. Yo recelaba de la influencia de ese hombre, de modo que insistí a padre para que realizara algunas pesquisas sobre él —me explica Klaus, cuyo nerviosismo está saliendo de nuevo a la luz—. Mi consejo tuvo el efecto opuesto al que pretendía. Llegaron noticias de que se trataba de un ingeniero solitario pero adinerado cuya hacienda en Austria-Hungría era perfectamente respetable. Desde entonces, padre lo respeta aún más, pero ahora que han robado el *ahnensäbel* es imperativo que... ¿Es que acaso a ti no te intriga qué está haciendo aquí este hombre, Clara?

Yo aparto la mirada y examino la habitación preguntándome qué diantre puede estar buscando Klaus. La mayor parte de la estancia todavía no ha sido registrada, pero hay ropa tirada por el suelo y las maletas están abiertas. La obvia falta de método del registro de

Klaus resulta doblemente problemática. Así es más improbable que encuentre nada, y también más probable que lo descubran.

Quizá, cuando menos, puedo tratar de evitar que se meta en un serio problema.

Hablo con rapidez.

—Baja las persianas. Es mejor encender las luces que moverse a trompicones en medio de la oscuridad.

Entro en la habitación y, tras cerrar la puerta detrás de mí, oigo cómo Klaus exhala un sonoro suspiro de alivio.

Las lámparas que sobresalen de las paredes en unos apliques de latón pulido se encienden lentamente y al fin puedo ver por primera vez el dormitorio completo.

Está claro que el señor Strahm es un tipo ordenado. Su equipaje está apilado junto al armario. Su ropa, exceptuando la que Klaus ha tirado al suelo, está doblada en la cómoda o colgada del armario. Su papel de carta y sus sobres personalizados, que ha depositado sobre el escritorio, están dispuestos cuidadosamente y con precisión.

—De acuerdo —digo, considerando la miríada de opciones que tengo ante mí—. Actuemos con rapidez.

Los primeros lugares donde buscamos no deparan nada interesante. Después de tomar nota mental de la posición exacta del papel y los sobres, los hago a un lado y abro el escritorio. No encuentro nada salvo un pequeño frasco de tinta y unas pocas hojas de un cuaderno.

Cojo estas hojas y las acerco a la luz con la esperanza de ver las marcas de lo que el señor Strahm haya podido escribir en la página superior, pero no hay nada.

Mientras Klaus registra el armario, hinco una rodilla junto a la cama y, metiendo una mano por debajo, encuentro una serie de cajas.

Una se abre con un suave clic y en su interior descubro un par de zapatos *brogue* de piel marrón que descansan sobre unos papeles de periódico arrugados.

Unos pocos artículos ocupan esas páginas. Uno trata acerca de un timador callejero sentenciado por dirigir la operación de falsificación más grande de Berna. Otro es el obituario de una tal Helga Linse:

«Nos ha dejado demasiado pronto. La ha seguido a las puertas del cielo su hermano, enfermo desde hacía mucho y a quien ella cuidó hasta el final».

Aparto los arrugados papeles, pero no veo nada debajo.

—¿Qué es esto? —pregunta Klaus.

Me pongo de pie y veo a mi compañero de conspiración de espaldas a mí, arrodillado junto a la pila de equipaje.

Al cruzar la habitación, compruebo que uno de los baúles del señor Strahm está abierto. Dentro, unos cuantos *blazers* doblados envuelven un libro sobre acústica y un tubo de cartón de unos veinte centímetros de largo y la mitad de diámetro.

Tímidamente, Klaus abre la tapa del tubo y extrae un cilindro de cera de color marrón oscuro. Unos extraños grabados recorren lateralmente su superficie. Parece una especie de texto enoquiano.

—¿Un cilindro de fonógrafo? —conjeturo.

Klaus asiente.

—No tenemos ningún fonógrafo para reproducirlo —dice, molesto —. Y no hay ninguna etiqueta en el estuche.

—Bueno, tampoco es que se trate de nada incriminatorio, Klaus —argumento.

—No, supongo que no —contesta él con un suspiro—. Y es lo único que he encontrado que sea mínimamente curioso. ¿Es realmente posible que se trate de un mero bohemio de viaje que va allá donde quiere y se aloja allá donde lo acogen, sin ningún motivo ulterior?

Por el modo en que lo dice, casi podría pensarse que Klaus siente celos. A lo mejor, la decisión de investigar al señor Strahm no se debe a sus sospechas, sino a la fascinación por un estilo de vida más libre que el suyo.

Klaus apenas se da cuenta de que le cojo el cilindro de las manos y vuelvo a guardarlo en su caja y cierro el baúl.

—Un momento —mascullo casi involuntariamente.

Distingo una serie de manchas apenas perceptibles en el borde metálico y los cierres de la tapa. Al examinarlas más atentamente, descubro que son huellas dactilares. Cuatro o cinco sobre una leve capa de polvos blancos.

—No, Klaus, creo que, en efecto, el señor Strahm esconde algo —susurro—. Si fuera tan despreocupado como dice ser, ¿por qué espolvorearía talco en su baúl?

Le muestro las huellas dactilares a Klaus, y veo cómo palidece.

—No te preocupes —sigo diciendo—. Seguro que hay más talco en la habitación, ya volveremos a espolvorear el baúl cuando hayamos terminado. Mientras tanto, te sugiero que lo examines con más atención.

Me pongo de pie y me dirijo hacia el tocador mientras Klaus vuelve a abrir el baúl a mi espalda.

Para cuando encuentro los polvos de talco en un gran frasco verde con la tapa perforada, oigo que Klaus ya está hojeando las páginas del libro del señor Strahm.

—¡Tenías razón, Clara! —exclama Klaus, olvidándose de la necesidad de no hacer ruido.

Llevo el talco conmigo y veo que Klaus coge una nota manuscrita que hay entre las páginas del libro.

—Oh, qué pena —lamenta al leer la nota—. A Dorothea se le romperá el corazón.

—¿Dorothea?

—Esperaba que el señor Strahm acabara siendo su pretendiente —me explica Klaus.

—¿Por qué iba lord Alber a permitir que su hija considerase un pretendiente sin título nobiliario? —Bajo la mirada y cojo la nota de las manos de Klaus.

—¿Quieres decir que no sabes lo de Mohnfeld...? —me pregunta Klaus—. Ella...

Sin advertencia previa, se oyen una serie de ruidos dispares. Las puertas de entrada del Schloss Alber se abren con un crujido y, a continuación, unos pasos recorren el suelo de piedra del vestíbulo de entrada. Al lejano saludo de lord Alber le contesta en tono afable Hugo Strahm.

Oigo que Klaus se sobresalta y se pone de pie de un salto al oír que su presa se acerca.

Pero yo no me uno a él.

Se me ha formado un nudo en la garganta a causa de la nota que tengo en las manos. Es una página suelta de una carta mucho más larga que conlleva muchas implicaciones y plantea muchas preguntas.

Una cosa está clara, su presencia en el baúl de este hombre imposibilita del todo cualquier pretensión de inocencia.

Oigo que Klaus me llama desesperadamente. Aun así, incluso cuando oigo que los pasos del señor Strahm comienzan su rítmica marcha por los escalones de la escalera central sin que haya ninguna duda de cuál es su destino, soy incapaz de moverme.



... se espera que sea un ciudadano respetable, pero también que mienta.

Se espera que conduzca a mi familia al futuro y, sin embargo, soy esclavo de lo arcaico.

Se espera que mantenga el legado de mi padre y que no le cause a su nombre una deshonra mayor, pero el legado de mis ancestros es la valentía, la honestidad y la búsqueda de la grandeza personal.

Tu influencia y tu ejemplo es lo que me ha conferido grandeza, y lucharé por tu mano con un ardor sin paralelo.

No hay ninguna duda de que te amaré hasta que las estrellas del cielo se consuman y las montañas se hundan en el mar. Pero no viviré lo suficiente para ver esas cosas. Solo puedo usar el breve tiempo que se me ha concedido. Si mi familia no acepta mi decisión, al infierno con las expectativas, yo...

—Clara —dice Klaus entre dientes—, ¿se puede saber qué diantre estás haciendo?

Sus palabras finalmente me obligan a apartar los ojos de la carta y a prestar atención a los pasos que se aproximan y que en esos momentos están cruzando el rellano del primer piso.

—Sí, el señor Gauer es un tipo curioso —dice lord Alber, riéndose por lo bajo. Su voz se oye cada vez más cerca—, pero es un consumado inventor y ha registrado numerosas patentes. Somos afortunados de tenerlo aquí en el pueblo.

Vuelvo a guardar la carta entre las páginas del libro, lo dejo en el baúl y cierro la tapa.

—Las luces, rápido —le ordeno a Klaus, y este cruza a toda velocidad la habitación.

Usando mi pañuelo, limpio el baúl para borrar las huellas dactilares de Klaus. A continuación, vierto unos pocos polvos de talco sobre el borde metálico de la tapa y uso el mismo pañuelo para

eliminar el exceso y dejar únicamente una leve capa casi indiscernible.

—Sí, bueno, ciertamente ha arrojado algo de luz sobre el funcionamiento del mecanismo del candado. Solo habría deseado que mantuviera sus registros más actualizados —responde el señor Strahm en un tono afable mientras la pareja termina de subir la escalera y enfilan en el pasillo.

Klaus se me queda mirando con una desesperación que, imagino, yo también comparto.

En el pasillo no hay nada detrás de lo que nos podamos ocultar, nada que obstruya el campo de visión del señor Strahm y lord Alber. Si salimos ahora, verán cómo se abre la puerta y, a continuación, a dos figuras culpables apareciendo ante ellos. Además, si bien tal vez hay espacio suficiente en la habitación para que se esconda una persona, que lo hagan dos es imposible.

Nos podemos salir y no nos podemos quedar.

—Sostén la puerta. Impide que se abra —le susurro entonces a Klaus, considerando una idea que en circunstancias normales habría desestimado sin pensarlo dos veces.

Las voces del pasillo se acercan de forma inexorable mientras yo me quito los zapatos y comienzo a bajarme la media izquierda. Lo hago con torpeza y me cuesta un poco pasar la lana arrebujada por el tobillo. Finalmente, consigo quitármela y, con renovada habilidad, acto seguido me pongo con la derecha.

Luego corro descalza hacia la repisa de la chimenea. De camino, echo un vistazo a Klaus, que mantiene el cuerpo pegado a la puerta y tiene la mirada extrañamente vuelta hacia el techo.

En otras circunstancias, su inseguridad habría resultado divertida.

—Volveré a visitarlo mañana. Si Dios quiere, para el miércoles ya dispondremos de respuestas sólidas.

—Al oírle decir eso, señor Strahm, tengo la sensación de que el *ahnensäbel* ya casi está en nuestras manos.

Los pasos se detienen. Cojo un candelero de latón que parece pesado y lo meto en una de mis medias. Luego ato ambas para formar un único cable que cuelga como una especie de plomada extraña por encima del suelo alfombrado.

La manilla gira, pero el hombro de Klaus impide que la puerta se abra.

—¿Está usted bien, buen hombre? —se oye que dice un desconcertado lord Alber al otro lado de la puerta.

La manilla vuelve a girar y el señor Strahm empuja con más fuerza. Klaus cumple con su parte, manteniendo con tal firmeza la puerta en el marco que esta apenas se mueve. Es admirable. Si cediera un poco, resultaría obvio que alguien está bloqueándola.

—A lo mejor el señor Detler la ha cerrado con llave en mi ausencia —propone el señor Strahm.

Mientras tanto, yo aprovecho para abrir ligeramente las persianas y, tras alzar la hoja inferior de la ventana, me asomo a la fresca noche. Con una mano en el marco, me inclino precariamente desde el segundo piso sosteniendo la cuerda que he improvisado y que mide casi un metro y medio de largo.

—¡Tonterías! ¡Déjeme probar a mí! —dice lord Alber riéndose entre dientes, y el señor Strahm se hace a un lado para dejar espacio a su acompañante, físicamente más imponente.

Puedo oír como el barón retrocede un paso para tomar carrerilla.

Respirando aceleradamente con los dientes apretados, arrojo hacia fuera el extremo lastrado de la cuerda, sosteniéndola con fuerza cuando se tensa y, cual péndulo, describe un arco descendente.

Como otras de la misma época, las altas ventanas del Schloss Alber cuentan con un alféizar a la altura de la cintura y un panel de cristal que llega prácticamente hasta el techo. Como resultado, hay muy poco espacio entre las ventanas de un piso y otro. Si la cuerda que he improvisado es suficientemente larga para cubrir esa distancia es algo que no sabré hasta que...

¡Crash!

El ruido del cristal rompiéndose resuena con fuerza cuando el péndulo improvisado atraviesa el panel del piso inferior.

—¡¿Qué diantre ha sido eso?! —pregunta lord Alber, haciendo una pausa en su intento de abrir la puerta.

—No estoy seguro —responde el señor Strahm.

Miro a Klaus, que tiene una expresión de alarma absoluta en el rostro mientras sigue sosteniendo la puerta con todas sus fuerzas. Nuestras miradas se cruzan y él asiente enfáticamente.

Vuelvo a alzar el candelero e, ignorando las carreras que se han formado en las medias, y con la esperanza que aguanten un segundo intento, vuelvo a tirarlo fuera.

¡Crash!

—¡Alguien está rompiendo nuestras ventanas! ¿Puede que sean los ladrones? ¿Han regresado...?

—No sé si...

—¡Bueno, no se quede ahí, buen hombre! —exclama lord Alber—. ¡Vamos, rápido!

El ruido que se oye a continuación es néctar para mis oídos: los pasos de los dos hombres alejándose a toda velocidad por el pasillo y luego descendiendo la escalera en dirección al piso de abajo.

Cuando alzo el pesado candelero, compruebo que a su alrededor la tela de las medias está rasgada. Vuelvo a dejarlo en la repisa de la chimenea mientras Klaus cierra la puerta detrás de mí. Compartiendo con él una mirada de desconcierto, y con la sensación de que nos hemos salvado más por suerte que por astucia, meto las medias raídas en una manga, vuelvo a calzarme y ambos bajamos corriendo la escalera.

—¿Qué demonios ha sido eso? —pregunto yo cuando llegamos al salón matutino, que se encuentra justo debajo de la habitación del señor Strahm.

—Quién sabe. Ahí dentro no hay nada —observa lord Alber, como si ya hubiera dado por zanjado el asunto—. Seguramente no ha sido más que un pájaro grande o algo así. Debe de haber entrado rompiendo el cristal y luego ha vuelto a salir.

—Posiblemente —dice el señor Strahm—. Aunque en ese caso cabría esperar ver restos de sangre en el cristal.

—¡Así son los pájaros de por aquí! —dice el barón, riéndose entre dientes—. ¡En mis buenos tiempos disparé a más de uno que luego salió volando como si nada!

El resto de la velada se desarrolla tal y como había planeado. Me doy un baño caliente y luego me entrego a una larga sesión de

escritura en la que documento la visita al mausoleo, el estado de la cruzada legal de lord Alber y el desafortunado registro del dormitorio.

Con cada trazo, advierto que me siento cada vez más dividida entre el registro objetivo de los acontecimientos y mi inquietud personal con relación al señor Strahm.

He tenido ya varias oportunidades de atisbar detrás de la amistosa fachada de ese hombre, pero apenas he obtenido una leve impresión de lo que realmente se esconde ahí. Inteligencia, sin duda. Ambición, posiblemente. ¿Malevolencia? Vuelvo a pensar en la carta cuidadosamente guardada en su equipaje.

Al final, esa única hoja comienza a consumir por completo todos mis pensamientos y advierto que mi inquietud se ve reemplazada por otra cosa: una clara y preocupante ira.

Al sentir esa oleada de irritación decido dejar el diario a un lado, cojo mi lámpara de lectura y salgo con ella al oscuro pasillo. Debo decir que no esperaba que fuera a resultarme tan útil.

Al poco, veo la resplandeciente luz que se filtra a través de la puerta de la biblioteca. Al asomarme, encuentro al señor Strahm ante su tablero de ajedrez, de camino, estoy segura, a otras tablas.

—Ha entrado usted sin permiso en la casa de mi madre —digo desde la entrada.

Hugo Strahm termina de mover una ficha y se vuelve hacia mí con serenidad.

—Y usted en mi dormitorio —responde.

Nos miramos mutuamente con absoluta franqueza, quizá por primera vez. Por un momento, parece como si fuéramos los únicos habitantes de esta gran casa.

—Mi padrastro le escribió esas cartas a mi madre. Eran importantes para ella —sigo diciendo. La rabia que siento tiñe mi tono de voz—. No solo entró donde no debía, sino que ha robado usted una página. ¿Con qué propósito usted...?

En cuanto veo su expresión, lamento mis palabras. Acepta mis acusaciones con tranquila seguridad. Entonces me doy cuenta de que he caído completamente en sus redes.

—Usted esperaba que yo lo admitiera y se lo echara en cara —comprendo de pronto, enojada conmigo misma—. Unas huellas en una tapa espolvoreada pueden ser prueba de la existencia de un intruso, pero no de su identidad. Puso el talco solo para que luego yo me delatara a mí misma en caso de que se me ocurriera registrar su habitación.

Strahm no necesita decir nada.

Me ha ganado la partida, obligándome a revelar mi interés en sus asuntos. Aunque también me doy cuenta de que, al urdir una estratagema tan elaborada con el único propósito de hacerme caer en una trampa, está revelando al mismo tiempo igual interés por su parte.

Supongo que hemos hecho tablas.

—¿Por qué motivo está aquí, señor Strahm? —pregunto con más seguridad de la que lo habría hecho tan solo un par de horas atrás.

—Ya lo discutiremos mañana —responde el señor Strahm con la más leve de las sonrisas—. De camino a Kaltental.



En sus palabras es perceptible una confiada presunción, lo cual resulta al mismo tiempo ofensivo e intrigante.

El señor Strahm parece estar bastante seguro de que aceptaré su invitación y, quizá por esa razón, me sorprendo a mí misma tratando de encontrar alguna excusa para rechazarla. Aun así, sin embargo, no puedo negar que siento cierta excitación ante la oportunidad.

—¿Piensa volver a Kaltental? —pregunto—. ¿Es que no ha concluido hoy sus pesquisas?

—En la excursión de hoy no he hecho más que sembrar unas semillas cuyos frutos podré recolectar mañana —responde el señor Strahm—. Si todo va como debe ir, mañana al anochecer conoceré la identidad del ladrón de tumbas. Y espero contar con su ayuda, señorita Mendel.

—No lo dirá en serio —digo con un resoplido de incredulidad.

Se me queda mirando fijamente, a la espera de mi respuesta.

A los demás residentes del *schloss* puede que el señor Strahm les parezca sereno como un lago, pero yo he comenzado a notar por su parte un leve deseo de guiarme paso a paso hasta las profundidades de su identidad.

No puedo mentir. Lo que he atisbado hasta el momento me resulta fascinante. Parece alguien muy comedido, pero hay breves momentos en los que he notado en él una tumultuosa inestabilidad. Lo que está claro es que ese lago parece ser más profundo de lo que nadie podría imaginar, y tengo la sensación de que algo acecha en sus profundidades.

La decisión de ayudarle depende de una cuestión: ¿lo que hay en esas aguas oscuras es un hombre ahogándose o una fiera bestia de río que me arrastrará con ella?

—Muy bien, señor Strahm —digo al fin—. Lo acompañaré.

Le deseo buenas noches y regreso a mi habitación.

Me parece injusto. Cuando estaba dirigiéndome de vuelta a mi dormitorio, justo antes de descubrir a Klaus, me sentía realmente

exhausta y me habría dormido con gran facilidad. Ahora es mucho más tarde, quizá incluso pasada la medianoche, pero estoy completamente despierta.

No dejo de darles vueltas a los extraños planes del señor Strahm en Kaltental, preguntándome en qué y cómo podré ayudarle, si es que realmente cree que podré hacerlo.

Pero hay una cosa que tengo bien clara. En algún momento de nuestra excursión, pienso acudir al local de Osman Gauer.

Lord Alber lo ha mencionado brevemente unas horas antes. Se trata del hombre poseedor de tantas patentes y que fabricó el candado del mausoleo de mi padrastro. Como inventor, reparador y coleccionista de tecnología, el excéntrico señor Gauer ha ostentado desde mi infancia el papel de futurista del pueblo.

Si alguien aquí posee un fonógrafo, es él. Y si el cilindro que el señor Strahm guarda en su equipaje puede arrojar algo de luz sobre este hombre, estoy realmente interesada en oírlo.

El sueño sigue eludiéndome. Es como si estuviera tendida en una cama de clavos formada por preguntas sin respuesta, sospechas medio confirmadas y variables exasperantes.

Esperando que me venza de una vez la somnolencia, actualizo el diario hasta llegar al momento presente.

Cuando he terminado, lo guardo debajo de la almohada. Si bien este documento me ayuda a ordenar los pensamientos, estoy cada vez más convencida de que no debe verlo nadie.

UNA CARTA DE LOS JARDINES

19 de julio de 1891

Queridísima Inga:

Como siempre, agradezco tu respuesta.

Cuando el mozo de cuadras me ha traído el sobre y me ha enseñado las palabras «una carta de la casa» que había escritas en él, no estaba preparado para la sonrisa que se ha formado en el rostro de este viejo cascarrabias.

Nuestra humilde correspondencia es lo que me ha sustentado estos últimos años. Anhelo recibir tus noticias y enterarme de los cotilleos que circulan entre el personal de la casa, de las travesuras de Anneliese o incluso de tu día a día en la cocina.

Es una tradición que valoro mucho.

Por ello he reservado su lectura hasta este momento, cuando todas las herramientas ya han sido guardadas y las culatas de los rifles ya están lubricadas con aceite de linaza. Es ahora cuando puedo sentarme en mi banco de trabajo, servirme un vaso de schnapps *y leer entera tu carta.*

Debo decir que mi sonrisa no ha durado mucho.

He hecho las paces con muchas cosas.

La disminución del personal con el que contaba en el jardín o mi mísero salario, por ejemplo. He aceptado incluso que esta tradición nuestra, antaño semanal, se haya reducido a unas pocas cartas al año, agobiados como estamos por las necesidades de esta decadente casa.

Pero no puedo tolerar que sigas excusándolos, Inga. Se trata de una familia que le falta al respeto a las contribuciones que hacéis

tú y tu hija y que os desprecia a ambas por cuestiones acaecidas hace ya mucho tiempo.

Sé que te consuela pensar que es posible que dicho trato se remedie o que, al menos, no empeore. Piensas que es mejor soportar lo que tenemos que aventurarse a pastos desconocidos.

Pero si he aprendido una lección a lo largo de los años que he pasado aquí, es la siguiente: no hay nada tan violento como la negligencia.

Con los años, todo en esos jardines se ha deteriorado enormemente. Una horca torcida por una piedra subterránea. Una vara de un carruaje pateada por un caballo rebelde.

Una vez, en los jardines traseros, ¡se me cayó por el acantilado mi podadera favorita!

En cada una de esas ocasiones, con mucho cuidado y la debida atención, lo he arreglado todo, sacándoles hasta diez años más a algunas de esas cosas.

Aun así, cuando veo una herramienta que se ha oxidado por dejadez y en la que el agua de lluvia se ha filtrado en el mango y cuyo tornillo está atascado y rígido...

Sé que ya no hay posibilidad de arreglo.

Lo de esta casa es el peor caso que he visto nunca.

Mientras nosotros vamos apurados de un lado a otro, manteniéndolo todo podado y pulido, la vasta maquinaria del Schloss Alber chirría en el borde del acantilado.

El tiempo de arreglar las cosas hace mucho que ha pasado y, cuando este lugar se venga inevitablemente abajo, caerá sobre la gente como nosotros.

Te suplico de nuevo que nos marchemos de aquí, que nos apoyemos mutuamente y, mediante esa cooperación, busquemos mejores puestos para nosotros y Anneliese.

Hay casas en las que nuestra experiencia sería valorada, donde el rencor de hombres como Detler no impediría que mejoraras tu posición.

Sé que te prometí que dejaría estar el asunto. Solo retomo esta conversación aparcada porque puedo notar la presencia de buitres volando sobre nuestras cabezas.

De hecho, creo que esta noche he conocido a uno.

Parece que, al fin y al cabo, sí tengo un pequeño cotilleo que compartir.

Ha venido hace apenas una hora. Se ha acercado tan silenciosamente que, cuando ha llamado con los nudillos a la puerta, ¡me he puesto de pie de un salto! No tenía ni idea de quién podía ser a esas horas, de modo que he guardado mi schnapps *y tu carta aún cerrada antes de entreabrir la puerta.*

—¿Hola? —he dicho, mirando al hombre desconocido que aguardaba.

—Buenas noches —ha respondido con gran cordialidad—. Es usted Walter Fischer, el encargado de mantenimiento, ¿no es así?

—Así es, señor —he dicho yo.

Había visto al hombre hacía poco, pero no lo bastante de cerca como para reconocer sus rasgos. Alto, pelo gris, mirada ensombrecida. Es el hombre del que hablabas en tu carta, adorado por los Alber y predilecto del personal.

Sé que, como al parecer todo el mundo en esta casa, tú también estás encantada con él.

Pero debo decir que hay algo en ese hombre que no me gusta. Puede que se debiera a lo tarde que era, o quizá a esa sonrisa vacía que esbozaba.

Apenas he abierto la puerta un par de centímetros, pero ya me ha parecido demasiado.

Si ya tenía recelos sobre este incómodo visitante, se han visto redoblados por lo rematadamente extraño de su petición.

—Me llamo Hugo Strahm —me ha dicho—. Le pido disculpas por la hora de esta visita, pero la cuestión que me trae aquí simplemente no puede demorarse. Esperaba que pudiera usted prestarme su podadora.



Me despierto al amanecer con la sensación de no haber descansado prácticamente nada.

Al poco, Anneliese e Inga aparecen ante mi puerta. Después de informarles de mi intención de visitar el pueblo, me ayudan a ponerme un vestido de día azul y un sombrero a juego.

—¡Será la envidia del valle! —exclama Inga, ante lo que no puedo evitar reír.

Luego pasa una hora que ocupo con poco más que una lectura ligera, interrumpida finalmente por la campanilla anunciando el desayuno.

Todos los miembros de la familia se presentan y Detler sirve un espléndido festín de huevos, panes, queso y *kassler*. Los Alber comen con triste resolución, convencidos de que, si el mundo no da muestras de dejar de girar, también ellos seguirán adelante.

Más de una vez, advierto los ojos de Margarethe posándose sobre mí.

Con todas las intrigas vividas la noche anterior, no he tenido en cuenta la tregua informal que habíamos alcanzado. Ella se abstendría de escudriñarme siempre y cuando yo no interviniera en la investigación en curso.

Ahora, mientras ella le da vueltas a su tenedor en el plato con la vista puesta en el atuendo que he elegido, comprendo de repente que no puedo ir al pueblo sin divulgar la verdad.

—El señor Strahm me ha invitado a ir a Kaltental —anuncio con tono inocente.

La expresión de Margarethe se oscurece de inmediato y, volviéndose hacia su padre, le lanza una mirada de protesta.

Lord Alber ni siquiera se da cuenta.

—Bueno, si el señor Strahm lo considera prudente... —razona el barón, dándole un sorbo a su café y volviendo a su periódico.

Yo termino con rapidez mi desayuno y, evitando a Margarethe, me retiro a mi dormitorio. Al cabo de quince minutos, oigo al señor

Strahm en el pasillo. Abre la puerta de su habitación, rebusca en su armario una chaqueta, y luego sus pasos se alejan otra vez por donde ha venido.

En cuanto estoy segura de que ya se ha marchado, voy a su habitación y, tras sacar el cilindro de cera de su tubo de cartón, lo envuelvo en un pañuelo de repuesto y me lo guardo en el bolso.

—Señorita Mendel, justo estaba a punto de ir a llamarla —dice el señor Strahm poco después, al verme bajar la escalera del patio delantero.

—Le pido disculpas —contesto con una sonrisa mientras cruzo la gravilla de piedra caliza y Detler abre la puerta del carruaje—. Pero hay que darles tiempo a las mujeres para que se preparen.

El Landau comienza a recorrer el largo y recto sendero que se extiende en paralelo a la majestuosa verja que bordea el acantilado. Finalmente, el carruaje gira hacia la derecha, en dirección a la carretera de la montaña, y entonces podemos ver el camino que acabamos de recorrer y, a lo lejos, la mansión.

—¿Qué opina del escudo de armas? —me pregunta distraídamente el señor Strahm con la mirada puesta en la insignia de hierro forjado que hay sobre la puerta de la verja.

Yo la observo. Se trata de un símbolo que he visto tan a menudo que apenas ya casi reparo en él.

En su mayor parte, tanto el sello como el intrincado lambrequín, la guirnalda o los adornos no son muy distintos de los de otros mil emblemas de casas nobles. Mi opinión acerca del escudo de armas de la Casa Alber, pues, se basa fundamentalmente en su decoración central, el oso rampante y el ciervo muerto en sus fauces.

—Entre nosotros, la verdad es que siempre me ha dado un poco igual —admito—. Para lord Alber es un reflejo de sí mismo, claro está, y considera el oso el símbolo de fuerza definitivo.

—¿Y usted no?

—No lo sé —rumio—. Ser un oso no parece requerir nada especial, ¿no cree? Básicamente, es un animal que nace grande y se pasa los días cazando animales inferiores. Ser un ciervo, en cambio, exige ingenio, observación e inteligencia.

—Y supone una vida de miedo y constante vigilancia —contraargumenta el señor Strahm.

—Supongo que tiene razón. —Me encojo de hombros—. Pero siempre que miro los ojos del oso veo... No lo sé.

El señor Strahm espera con paciencia y aparentemente divertido por el hilo de mis pensamientos.

—¿Qué es lo que ve? —insiste.

—Nunca antes lo había puesto en palabras —respondo—. Supongo que... la podredumbre de la complacencia.

Extrañamente, me fijo en que la expresión del señor Strahm titubea un poco, como si mi respuesta lo hubiera cogido desprevenido. Por un brevísimo momento, sus ojos se apartan de mí y se posan en el asiento desocupado que hay a mi lado.

—Deberíamos comenzar —dice entonces.

El señor Strahm mete la mano debajo del banco y saca un pequeño maletín de piel. Lo deja a su lado y, abriéndolo, revela su contenido.

En el interior de la tapa hay un espejo. La mitad inferior está repleta de polveras y potes de cremas, así como un bote de pegamento y un pequeño cepillo. Lo más extraño, sin embargo, es el intrincado bigote, presumiblemente de pelo de caballo, que descansa sobre un soporte en un rincón del maletín junto a un peluquín a juego y unas gafas.

Me vuelvo hacia el señor Strahm con las cejas enarcadas. Él me mira directamente a los ojos y, sin la menor explicación, abre uno de los botes de polvos y, con una pequeña esponja, comienza a aplicarse un poco de color en las mejillas.

—Me preguntaba si podríamos discutir el caso —comienza a decir.



Cuando contesto, no puedo evitar tartamudear a causa de la sorpresa que me provoca la lenta transformación que está teniendo lugar ante mí.

—Y-yo..., sí..., claro. ¿Qué cuestiones quiere tratar?

—Hay unos pocos elementos discrepantes —dice Strahm al tiempo que añade una tonalidad rubicunda a su cutis grisáceo—. Nos convendría a ambos estar al corriente, ¿no le parece?

—Ciertamente.

—Perfecto. —Strahm prosigue su trabajo—. ¿Por dónde comenzamos? El *ahnensäbel* fue robado...

—¿Desde cuándo posee usted un kit para disfrazarse?

Strahm me mira severamente. Cuando responde, lo hace con la brusquedad de un hombre que se ve obligado a contestar una trivialidad.

—Me hice con lo necesario ayer en Kaltental —me explica—. Me resulta muy incómodo adornar mi rostro con pelo de caballo, polvos y cremas. No obtengo ningún placer en ello. Lamentablemente, la necesidad me obliga.

Aunque parece sinceramente molesto con el proceso, me ha mentido respecto al tiempo que hace que tiene la maleta y también acerca del lugar en el que la obtuvo. El exterior de esta se encuentra ligeramente gastado a causa de numerosos viajes, el idioma de la etiqueta del pote de pomada es húngaro y el cepillo de pega, si bien limpio, todavía tiene unas pocas cerdas pegadas de la última vez que lo usó.

Es posible que sea consciente de que su engaño resulta muy obvio, pero, en ese caso, desde luego no parece importarle.

—El *ahnensäbel* fue robado en algún momento entre la medianoche y, aproximadamente, las seis de la madrugada. —El señor Strahm retoma su explicación ahí donde la había dejado—. Probablemente alrededor de las dos o las tres. Abrieron el candado

forzando su mecanismo o mediante el uso de una llave. Hay dos, ¿no es así?

—Sí —respondo yo, incorporándome finalmente a la discusión—. Una se la dieron a mi madre, que me la legó a mí y actualmente está en Copenhague. La otra se encuentra en la caja fuerte de la familia Alber.

—¿Y quién tiene acceso a esa caja fuerte?

—Imagino que lord Alber y Klaus. Y posiblemente también Detler. ¿Cree que alguien salió a hurtadillas del *schloss*?

—Bueno, la escena que vimos en el mausoleo no parece indicar eso —razona el señor Strahm—. Las huellas eran de la talla cuarenta y cuatro, que nadie en la casa usa, y se retiraban hacia Kaltental. Ayer las seguí hasta donde pude, y descienden en dirección al pueblo. Dudo que ningún Alber sea capaz de crear un rastro falso tan convincente.

—Andamos detrás de un criminal solitario, pues —concluyo yo—. Y sabemos que usó una ganzúa o una llave. Esta segunda hipótesis implicaría asimismo a algún miembro de la familia. ¿Cómo podemos determinar el método de entrada?

—Eso lo averiguaremos en breve —responde tranquilamente el señor Strahm—. Por supuesto, si este ladrón de tumbas contaba con una llave, eso solo puede indicar que uno de los Alber está implicado, pero no nos ayuda a determinar cuál.

—Me alegra saber que todavía merezco sus sospechas —digo con una sonrisa de complicidad.

—Sería una tontería no sospechar también de usted —responde completamente en serio—. Aunque lo cierto es que es usted la única de la familia con un futuro estable económicamente. Requeriría una avaricia poco común dedicarse a robar tumbas después de haberse esforzado tanto en asegurarse una carrera.

—¿Entonces qué motivos propone? —pregunto, genuinamente interesada.

Strahm coge el bigote del maletín y el bote de pega. Comienza a aplicar la pasta adhesiva sobre el labio superior. Usa una buena cantidad, y no puedo evitar hacer una mueca al imaginármelo quitándose luego el bigote.

—Su Señoría es quien tiene una razón más evidente. —Strahm ladea la cabeza de un lado a otro—. Si bien el robo del *ahnensäbel* es algo que debilita la imagen de la Casa Alber, también mantiene la reliquia familiar alejada de las manos del hijo de su hermano. Detler posee el mismo motivo, igual que Klaus, aunque en el caso de este también hay que añadir el objetivo de satisfacer a su padre.

—¿Y Dorothea?

—Indeterminado. —Strahm niega con la cabeza—. Se le da muy bien seguir huellas. Si alguien puede crear un falso rastro es ella. Pero no me la imagino haciendo algo así. Y Margarethe igual, aunque...

Strahm se pega con firmeza el bigote. Cuando aparta la mano, su aspecto resulta sorprendentemente convincente.

—En los últimos días, parecía muy interesada en calificarla a usted como ladrona —prosigue—. Que el verdadero culpable trate de echar la culpa a otro suele ser una estrategia habitual.

—Lamentablemente, ese comportamiento no es nuevo —digo con una risa ahogada—. Margarethe hace mucho que me considera una villana. Creo que necesita que lo sea.

Mi afirmación despierta el interés del señor Strahm y se me queda mirando sin decir nada.

Me pregunto cómo abordar el tema mientras el carruaje comienza a descender las colinas de la hacienda e iniciamos el viaje hacia la base de ese acantilado de noventa metros.

—Cuando mi padrastro murió... —comienzo a decir—, hubo otra línea de investigación aparte de la muerte accidental.

—Ruben Hauser. —El señor Strahm aprovecha la oportunidad de conjeturar correctamente a qué me refiero antes de que yo tenga la ocasión de decirlo.

—Sí —admito—. Un mozo de cuadras de la casa. Él y Margarethe eran amigos de infancia. Era una pareja extraña, pero ella siempre ha tenido un humor muy cáustico que él era capaz de corresponder. Se tenían mucho cariño. De hecho, lord Alber casi se deshace de sus servicios por miedo a alguna impropiedad.

—¿Y qué le pasó? —Strahm interrumpe un momento su caracterización y se me queda mirando fijamente.

—Seis años atrás, huyó del Schloss Alber en mitad de la noche. Detler registró su habitación y encontró una colección de tesoros familiares, pero en la casa faltaban más cosas que nunca llegaron a recuperarse. Supuestamente, Ruben había cogido lo que había podido y había escapado. Para todo el mundo salvo Margarethe, ese crimen se vio rápidamente eclipsado por...

—La muerte de su padrastro.

Yo asiento.

—La noche de su huida fue la del incendio de la cabaña de caza. En esta había algunos objetos de valor como rifles antiguos. Hay quien pensó que tal vez Ruben había pasado por ahí y que, al ser sorprendido por la presencia de mi padrastro, se había producido una pelea. —Niego con la cabeza—. No había ninguna prueba de que algo así sucediese. Aunque Margarethe se quedó consternada por lo de su hermano, fueron las acusaciones contra Ruben lo que realmente la destrozaron. Le tenía gran estima.

—De modo que el Schloss Alber ya ha sufrido robos con anterioridad y el ladrón sigue libre —señala el señor Strahm.

—Pero no hay ninguna razón para que Ruben Hauser vuelva al *schloss*. Se arriesgaría a que lo arrestaran.

El señor Strahm se queda pensativo, aunque, sean cuales sean sus deducciones, no parece tener ninguna prisa por compartirlas conmigo.

—¿Por qué estaba lady Margarethe enojada con usted después de lo ocurrido? ¿No se encontraba usted ya en Copenhague?

—Así es, pero mi madre se había quedado aquí. —Exhalo un suspiro—. Se había casado con mi padrastro. Como el rango social de ambos era desigual, ella no podía contar con heredar nada de los Alber. Alexander, sin embargo, hizo un gran esfuerzo para establecer fideicomisos para ambas. Cuando incriminaron a Ruben Hauser, Margarethe buscó otro culpable... desesperadamente.

—Tú y tu madre.

—Yo recibí una buena parte de las culpas, pero con la distancia las acusaciones pierden fuerza. A mi madre, en cambio, Margarethe la hostigó hasta...

Un sutil escozor en los ojos hace que me detenga un momento. Reprimo las lágrimas antes de que asomen mientras miro por la ventanilla del carruaje los extensos bosques y el gran valle que hay debajo del acantilado.

—He oído que su madre murió —dice el señor Strahm, absolviéndome de cualquier necesidad de hablar de ello.

—Entonces ya sabe por qué Margarethe actúa como lo hace —afirmo—. Si mi madre y yo éramos unas villanas, ella tenía razón en acusarnos y hacía bien en confiar en Ruben. Si éramos inocentes, en cambio, su mejor amigo era un ladrón y ella había llevado a una mujer a la muerte a base de acosarla. ¿Qué preferiría creer usted?

Mientras el señor Strahm considera sus palabras, lo único que se oye es el rítmico traqueteo del carruaje. Encuentro consuelo en la regularidad de ese ruido y también, inesperadamente, en la compañía del señor Strahm, con quien parece que puedo hablar abiertamente de muchas cosas.

Casi me siento culpable cuando pienso en el cilindro de fonógrafo que descansa en mi bolso.

Casi.

Me paso el resto del viaje en un estado de creciente asombro mientras el señor Strahm se pinta sobre la piel una nueva identidad. Para cuando los edificios apiñados y los tejados torcidos de Kaltental comienzan a rodearnos, debo admitir que parece una persona completamente nueva.

El carruaje dobla una esquina y enfila una calle relativamente desierta. De repente, el señor Strahm abre la puerta y me doy cuenta de que piensa descender sin avisar al conductor.

—Debo atender un asunto. ¿Nos vemos en la cafetería Alpine dentro de, digamos, dos horas?

—¿La cafetería Alpine? —repito nerviosamente—. ¿No podríamos vernos en otro sitio, tal vez en una zona más plácida del pueblo?

—Estamos buscando a un ladrón de tumbas, señorita Mendel —señala el señor Strahm—. No lo encontraremos en la calle mayor.

Y, sin decir otra palabra, y con una habilidad digna de elogio, salta del carruaje.

Diez minutos después, cuando el conductor me ayuda a descender en la plaza mayor de Kaltental me mira como si yo hubiera hecho desaparecer por arte de magia al señor Strahm. Trato de tranquilizarlo con unas pocas palabras, pero finalmente me marcho antes de que pretenda llevarme a juicio por bruja.

Al recorrer las calles del pueblo, reparo en unas cuantas miradas reprobatorias.

Me doy cuenta rápidamente de que voy ataviada de un modo demasiado elegante. Mi vestido azul, si bien perfectamente adecuado para la cosmopolita Copenhague, parece casi burlonamente ostentoso en este pueblo en lenta decadencia.

Este es el lugar en el que mi madre y yo comenzamos a vivir; la viuda de Blumenau cuyo marido murió el día del alto el fuego y su hija pequeña, que nació seis meses después. La escuela le proporcionó a mi madre un empleo fijo y cierto sentimiento de comunidad entre los trabajadores pobres.

Cuando corrió la voz de su sobrecualificación y fue requerida como institutriz de la Casa Alber, todo el mundo a nuestro alrededor coincidió en que nuestra vida mejoraría. Aun así, no pude evitar tener la innegable sensación de estar dejando atrás algo importante.

Hoy en día, no tengo claro con cuál de esos dos mundos me siento más identificada, y lo cierto es que no me siento bienvenida del todo en ninguno de ellos.

Esos pensamientos se desvanecen rápidamente cuando me acerco al letrero que cuelga en la fachada del taller de reparaciones de Gauer.

Debo decir que me siento muy agradecida al señor Strahm. Tanto si es consciente de ello como si no, su ausencia me proporciona cierto margen de maniobra para dedicar unas horas a mis propios intereses. Intereses que, sin duda, él desaprobaría.

Aunque también me doy cuenta de que es posible que él esté pensando exactamente lo mismo.



—¡Señorita Mendel! ¡Santo cielo!

Osman Gauer, el reparador de Kaltental, me sonríe desde el mostrador cuando la campanilla que hay sobre la puerta tintinea alegremente.

Se trata de un hombre de corta estatura, bajo y fornido, y de un entusiasmo que me recuerda a un muelle. Su complexión es oscura gracias a un padre mercante procedente del Imperio otomano. Su madre era una flautista alemana. Que yo sepa, ha vivido en Kaltental toda su vida.

Su rostro, en el cual se extiende una sonrisa, es rotundo y amable. Tiene la cabeza completamente calva salvo por un par de cejas entrecanas, que parecen trabajar el doble para compensar.

En general, es uno de los hombres más agradables que he conocido nunca.

—Señor Gauer, es un placer volver a verlo.

—¡El placer es todo mío, señorita Mendel! —Me toma una mano con las suyas y la estrecha con un vigor capaz de quebrantar huesos —. Justo ayer vino un hombre procedente de la mansión de los Alber. Le pregunté por usted.

Me devuelve la mano y no puedo evitar sonreír a pesar de tener que masajearme los dedos.

—Sí, el señor Strahm —asiento—. Ha causado una gran impresión entre los Alber.

—Un hombre inteligente. Puso realmente a prueba mis conocimientos. Aunque todo eso carece de importancia. ¡Háblеme de Copenhague!

De un modo que soy incapaz de comprender, el señor Gauer me convence para que tome con él el almuerzo y una taza de té y, tras cerrar la tienda, me conduce a su taller. Entre fragmentos de máquinas rotas, herramientas y bancos, lo entretengo con historias de mis estudios de Medicina como las espeluznantes autopsias y los

excéntricos profesores. A cambio, él me habla de sus inventos y de la situación de Kaltental, que parece ser peor de lo que pensaba.

—Ya debería haberme marchado —admite el señor Gauer con una risa cansada—. Ha pasado ya mucho tiempo desde que el barón invirtió por última vez en el pueblo, y este ha caído en manos de gente de la peor calaña. Me han roto las ventanas de la tienda dos veces en otros tantos años y las autoridades no han hecho nada.

Le doy un sorbo a mi té mientras observo su momentánea melancolía.

—¿Y por qué se queda? —pregunto.

—Porque la gente me necesita. —El señor Gauer se encoge de hombros—. Hay lugares con mayores oportunidades a los que podría haber ido, pero no habría hecho ni la mitad del bien que he hecho aquí. Estoy seguro de que usted comprende un impulso semejante, al fin y al cabo, dentro de poco será doctora.

Yo sonrío, tal vez con escasa convicción.

Osman Gauer es un hombre decente. De hecho, su virtuosismo es tan natural que, en su presencia, me siento una especie de agujero negro moral.

Cuando pienso en mi grado de Medicina, me hincho de orgullo por lo lejos que he conseguido llegar, lo independiente que me he vuelto o lo pionera que soy. Por otro lado, sin embargo, también me siento algo avergonzada por lo poco que he pensado en aquellos a los que podría ayudar.

Considero a regañadientes si en realidad no será ese el obstáculo que me impide escoger una especialidad, cosa que incluso mis compañeros de clase más holgazanes han hecho ya. Puede que, simplemente, ellos se vean sirviendo a sus pacientes de un modo en el que yo soy incapaz.

—Está haciéndose tarde, ¿no? —digo al tiempo que me inclino hacia delante y cojo el objeto envuelto que llevo en el bolso—. Me temo que no puedo posponer más el asunto que me ha traído hasta su taller.

—¡Aaah! —El señor Gauer junta las manos dando una palmada—. ¿Qué es lo que tenemos aquí?

Retira delicadamente el cilindro de la caja y lo examina.

—Cera endurecida. Es realmente fascinante —dice mientras da la vuelta al cilindro en las manos—. ¿De dónde lo ha sacado?

—Confieso que no debería tenerlo. —Me encojo de hombros—. Esperaba que tuviera usted un fonógrafo.

El señor Gauer me mira de reojo, sonríe con complicidad y va a buscar la máquina.

—A este cilindro le han añadido cera nueva —dice mientras lo introduce en el brazo mecánico—. Fuera lo que fuese lo que contuviera originalmente, alguien le ha aplicado una nueva capa y ha grabado algo encima.

—Bueno, esperemos que el mensaje antiguo no fuera importante.

Delicadamente, el señor Gauer coloca la aguja sobre el cilindro y comienza a girar la manivela.

En cuanto el primer ruido crepitante comienza a sonar a través del altavoz, me sorprendo a mí misma inclinándome hacia delante en la silla. Espero un atisbo, un susurro, un mero detalle que arroje algo de luz sobre el señor Strahm.

Después de lo que parece una eternidad, se escucha algo. Manteniendo los oídos y la mente abiertos, dejo que el sonido me inunde antes de, finalmente, reclinarme de nuevo en la silla.

—Esto es...

—*Barcarola* —confirma el señor Gauer mientras sigue girando la manivela—, de Jacques Offenbach.

Escucho la pieza completa y luego, cuando ya ha terminado, vuelvo a escucharla de nuevo. Haciendo a un lado al señor Gauer, me hago cargo personalmente del fonógrafo y reproduzco una y otra vez el cilindro para tratar de discernir algo inusual en la música. Lo único que oigo, sin embargo, es esa rítmica melodía. Nada sospechoso, nada destacable.

Después de casi veinte minutos, suelto la manivela y el fonógrafo se detiene y deja de sonar. En mis oídos solo queda una vacía frustración que resuena más alto que la melodía.

El señor Gauer permanece inmóvil, tal vez preguntándose si inquirir o no acerca de este extraño asunto. Al advertir cómo se me derrumban los hombros y se me ensombrece la mirada, sin

embargo, abandona su curiosidad y se limita a ofrecerme algunas palabras de consuelo.

—Lamento que no sea lo que estaba buscando.

—No se preocupe, señor Gauer. Gracias por su tiempo.

Salgo a la calle y oigo el tintineo de la campanilla cuando el señor Gauer cierra la puerta de la tienda tras de mí.

Me tomo un momento para recobrar la compostura y, aprovechando para colocarme bien el sombrero en una ventana cercana, le echo un largo vistazo a mi propio reflejo.

Confirmada su inutilidad, el voluminoso cilindro de cera que llevo en el bolso pesa ahora como un trozo de carbón. No me había dado cuenta de lo optimista que había sido al pensar que ese objeto podría contener respuestas.

Mis pensamientos se ven interrumpidos por el lejano repiqueteo de las campanas del ayuntamiento.

Ya son las dos en punto.

Rescatada de ese lapso de autocompasión quizá algo indulgente, me concentro en el siguiente capítulo del día. Si bien es cierto que mi intento de descubrir algo ha resultado infructuoso y que el resto del tiempo en Kaltental deberé pasarlo en los términos del señor Strahm, tampoco debo desesperar.

Ahora cuento con la oportunidad perfecta de observarlo y fijarme en sus movimientos, en cómo piensa, en sus argucias.

Sería un auténtico pecado desaprovecharlo.



Me apresuro a regresar a la calle mayor de Kaltental.

Cual marineros náufragos aferrándose a sus trozos de madera, los últimos establecimientos de categoría se encuentran en este tramo de la calle. Al pasar por delante de sus escaparates, echo un vistazo y consigo atisbar una galería de gente variopinta disfrutando de tardes más pacíficas que la mía.

No puedo evitar sentirme algo celosa de la gente que veo: el par de ancianas dándose un capricho en una cafetería, la excitable jovencita corriendo por los pasillos de una librería, los otros compradores que pasean ociosamente... Estos últimos días he disfrutado de una buena dosis de intriga, pero no he tenido ni una sola oportunidad para recobrar el aliento.

Como queriendo ilustrar eso, la esquina por la que he de girar llega con más rapidez de lo que esperaba.

Los ruidos de la calle principal disminuyen cuando me deslizo entre dos edificios y me adentro en una red de serpenteantes callejones.

No tardo en ver grietas que se extienden por las paredes, hierbas que nacen entre los adoquines rotos o farolas que han desaparecido por completo, como si las calles hubieran sido cedidas deliberadamente a las sombras.

Cuando era pequeña, me advirtieron que me mantuviera alejada del Distrito Este de Kaltental. Esta zona industrial era la sede de la mina y estaba llena de fábricas y almacenes donde se cargaban enormes envíos para Múnich o Salzburgo. El padre de lord Alber lo consideraba un lugar de baja estofa y un nido de delincuencia, de modo que optó por centrar su atención en otras zonas del pueblo.

Algunos decían que el fallecido lord Heinrich Alber tenía razón al desdeñar un vecindario condenado como este, mientras que otros consideraban que precisamente era Su Señoría quien lo había condenado con su desdén. En cualquier caso, con los años el Distrito Este fue cayendo en el abandono. Aprovechando el desinterés del

barón, prosperaron los bares y los antros de apuestas, y arraigaron numerosos elementos criminales.

De vez en cuando, alguien sale de este barrio con los bolsillos vacíos, las rótulas rotas o las venas repletas de opio. Otros, sin embargo, han regresado indemnes y elogian el distrito por lo increíblemente bien que uno se lo pasa ahí.

A qué grupo terminaré uniéndome puede que sea una cuestión de suerte más que de juicio.

Diez minutos después de haber dejado la calle mayor, diviso la cafetería Alpine.

La plaza, que tiene un aire informal, está dominada por una terraza exterior rodeada por una cerca de madera. El olor a *dampfnudel*, bollos dulces hervidos en miel y mantequilla, se filtra por la puerta abierta de la cafetería e inunda la zona.

Trabajadores de fábricas, albañiles y artesanos con los monos cubiertos de hollín y polvo de ladrillo se vuelven hacia mí cuando cruzo la puerta y comienzo a buscar a mi acompañante. Mi sofisticada vestimenta resulta especialmente conspicua en este local, pero pierden el interés más rápido de lo que habría imaginado y pronto vuelven a prestar atención a sus jarras de cerveza.

—¡Señorita Mendel!

Una mano me coge suavemente de la manga. A pesar de estar alerta por si veía al hombre en el que se había convertido el señor Strahm, he pasado a su lado sin darme cuenta. Al oír cómo me llama en voz baja, me vuelvo y veo a ese tipo rubicundo y bigotudo sentado solo a una mesa con dos tazas de humeante café delante.

—¿Sabe cómo tomo el café? —pregunto al advertir la diferencia entre nuestras tazas.

El hombre permanece en silencio, como si cosas semejantes no debieran impresionarme. Tomo asiento y compruebo lo caliente que está la bebida.

—Bueno... —comienzo a decir, dándole un sorbo—. ¿Qué tal han ido sus investigaciones?

—Aceptablemente —responde el señor Strahm—. ¿Qué sabe de un hombre llamado Bertrand?

—¿Bertrand Bartel? —respondo, escudriñando en mi memoria—. Puede que lord Alber lo haya mencionado una o dos veces. Nunca ha dicho nada bueno de él. Dirige un club aquí en el Distrito Este, ¿no?

—Más de uno —dice el señor Strahm—. La escasa comunidad criminal que hay en Kaltental la supervisa él. Apuestas ilícitas, opio, deportes sangrientos... Ejerce incluso cierta influencia en las autoridades... dentro de un límite.

—¿Ha averiguado todo eso en los últimos dos días?

El señor Strahm asiente y le da un sorbo a su café. Yo insisto más.

—¿Cree que es él quien ha robado el *ahnensäbel*?

—No —contesta sin rodeos el señor Strahm—. Pero nos conducirá al culpable.

—Eso si podemos encontrarlo —comento, tomando más café—. Esta es una zona pequeña, pero en ella hay todo tipo de establecimientos. ¿Está seguro de que podrá dar con él?

—Bastante.

—¿Ah, sí? —Suelto una risa ahogada ante la bravuconería del señor Strahm—. ¿Qué le hace sentirse tan seguro?

—Pues que hemos quedado con él esta noche.

No puedo evitar atragantarme con el café que estaba tomando. Me aclaro la garganta y me quedo mirando al señor Strahm un momento como si fuera una criatura de otro mundo.

—Mi querido señor Strahm, ¿se puede saber qué se trae entre manos?

Él no sonríe al oír eso, pero noto que le gustaría hacerlo. Percibo un brillo apagado en sus ojos, como si le hubiera pedido a un maestro de ajedrez que relatara jugada a jugada su última victoria.

—Ayer, después de ponerme este irritante disfraz en la cara —comienza a decir—, visité al señor Osman Gauer, quien me aseguró que el candado que había en el mausoleo de su padrastro no podía forzarse. Por supuesto, uno no puede contar con que el inventor del candado sea objetivo, de modo que adquirí un prototipo idéntico, así como una robusta caja fuerte, y luego me registré en el hotel Edelweiss.

Fascinada por las habilidades de este hombre, lo escucho completamente absorta mientras sostengo mi taza de café con ambas manos.

—El nombre ficticio con el que me registré en el hotel fue Hans Gottel, agente de un rico mercante de antigüedades radicado en Berlín —continúa diciendo el señor Strahm—. Expliqué que mi jefe había recibido un comunicado acerca de un valioso artefacto y que me había enviado para que me reuniera con el vendedor.

—¿El *ahnensäbel*?

—Esa era la clara implicación, sí —confirma el señor Strahm—. La presteza de mi investigación me proporcionaba ventaja. La noticia del robo apenas se conocía en Kaltental y, sin embargo, aparentemente yo había llegado de Berlín preguntando al respecto. Me aseguré de que aquellos con vínculos en el mundo del crimen se enteraran de mis planes y supusieran que estaba al tanto del robo de antemano.

—Entonces usted se ha presentado a sí mismo como un comprador... —comencé a decir mientras trataba de encontrarle un sentido a todo lo que me estaba explicando—. ¿Por qué razón? ¿Con la esperanza de que el tal Bertrand le venda el *ahnensäbel*?

—No exactamente —responde con voz queda el señor Strahm—. Después de regresar ayer al *schloss*, alguien entró por la fuerza en mi habitación de hotel. Los ladrones encontraron algunas cartas en las que mi supuesto empleador y el ladrón del sable discutían las condiciones. Está claro que anoche tal historia llegó a oídos de Bertrand, porque esta mañana tenía un mensaje suyo en el hotel diciéndome que quería hablar de negocios.

—No lo entiendo. —Frunzo el ceño—. ¿Bertrand desea quedar con usted a pesar de no haber sido él quien ha organizado la venta?

—¿Y a qué cree usted que puede deberse? —me inquiere el señor Strahm con el tono de un profesor de escuela paciente que quiere saber si he comprendido la lección.

—Precisamente a que no es él quien la ha organizado —concluyo —. En su mente, alguien de su organización está intentando vender el *ahnensäbel* ante sus propias narices. Y quiere usarlo a usted para identificar al culpable, lo cual significa...

—Que reunirá a los sospechosos más probables y nos los traerá directamente. —El señor Strahm asiente y le da un largo trago a su café.

No puedo negar que me siento verdaderamente impresionada. En menos de cuarenta y ocho horas, el señor Strahm se ha infiltrado entre los miembros de la fraternidad criminal de Kaltental y, sin que se den cuenta, los ha puesto a trabajar para él.

Y, sin embargo, no puedo evitar sentir una punzada de preocupación. El plan del señor Strahm parece contar con que podremos manipular sin problemas a un notorio criminal y, luego, salir indemnes. No tengo claro si estoy uniendo mi destino al de un hombre increíblemente hábil o, simplemente, al de uno con una soberbia sin igual.

—¿Y cuál es mi papel en todo esto? —pregunto.

—Mantenga los ojos bien abiertos —contesta el señor Strahm—. Ayúdeme a identificar al culpable cuando aparezca.

Asiento. Supongo que eso tiene sentido.

—¿Y qué hay de la caja fuerte y el candado? —pregunto—. ¿Cuál es su propósito?

—Ya lo han cumplido —responde—. La habitación de hotel fue registrada a fondo, pero la caja fuerte no pudieron abrirla a pesar de que, a juzgar por las numerosas rozaduras que tiene, trataron de forzar repetidamente el candado. Nuestro ladrón de tumbas accedió al mausoleo de su padrastro sin problemas, pero las fuerzas combinadas de la comunidad criminal de Kaltental han sido incapaces de forzar un candado idéntico. La explicación más simple, pues, es que el del mausoleo nunca fue forzado y que lo abrieron con una llave.

—¿Y no es posible que abrieran la caja fuerte y que luego volvieran a colocar el candado cerrado?

—Créame, señorita Mendel —responde el señor Strahm—, si lo hubieran abierto, lo sabríamos.

Decido ignorar el tono más bien amenazante de esa afirmación.

—De modo que, después de todo, es probable que alguien del *schloss* esté implicado —me aventuro a decir—. La llave se encuentra en la caja fuerte de la mansión, a la que únicamente la

familia Alber y Detler tienen acceso. ¿No hay modo de acotarlo un poco más?

—Todavía no —confirma el señor Strahm—. Pero si encontramos al ladrón, estoy bastante seguro de que también encontraremos a quienquiera que lo haya animado a cometer el robo.

Me quedo mirando al hombre que tengo delante y no puedo evitar admirar tanto su intelecto como la discreta seguridad que tiene en sí mismo. Debo admitir que resulta halagador que me haya invitado a participar en una investigación semejante, y también que comparta conmigo una operación tan compleja y me pida que sea sus ojos.

Me termino el café.

—Adentrarnos en una guarida de delincuentes y, a base de mentiras descaradas, hacerle frente a un ladrón de tumbas. —Considero el plan que ha esbozado el señor Strahm y, señalando mi taza de café vacía, añado—: Si nuestra velada va a consistir en eso, señor Strahm, voy a necesitar algo más fuerte.



La tarde pasa con rapidez. Mientras el señor Strahm me pone al tanto de los detalles de nuestra incursión, me tomo un plato de *dampfnudels* y un vaso de *weissbier*.

Si bien su propia coartada ha sido maravillosamente elaborada —sobre todo teniendo en cuenta el poco tiempo con el que ha contado para hacerlo—, mi participación en los acontecimientos de esta noche no está tan clara.

Inventar una razón para que yo frecuente el Distrito Este y, especialmente, un antro de apuestas repleto de criminales, requiere que nos estrujemos un poco los sesos, y las opciones, a veces, bordean en lo insultante.

—A lo mejor simplemente quiere disfrutar usted un poco el ambiente de los bajos fondos. ¿Frecuenta algún local de apuestas en Copenhague?

—No.

—¿Algún tugurio nocturno que se encuentre en un barrio marginal?

—No particularmente.

—Entiendo. ¿Y vive ahí desde hace seis años?

Después de sugerir, pues, que he malgastado mi juventud, decidimos que simplemente me haré pasar por una invitada del tal Hans Gottel y que mi presencia se debe solo al hecho de que me ha traído con él.

Aunque salir por ahí de este modo con un auténtico desconocido es algo decididamente inapropiado, lo cierto es que no me importa. El local al que iremos no es demasiado ilustre que digamos y, tal y como ha evidenciado la indiferencia de lord Alber cuando esta mañana me he marchado con el señor Strahm, mis perspectivas no le preocupan mucho a nadie.

Además, a pesar de todas las demás consideraciones, me niego a estar en algún otro lugar cuando mi acompañante ejecute su plan.

El sol desciende poco a poco y se pierde detrás de las estrechas callejuelas del Distrito Este. Me termino el valor holandés que me queda en el vaso y me pongo de pie.

—¿Está muy lejos? —pregunto.

—No demasiado.

Mientras recorremos el barrio, numerosas propuestas de diversión comienzan a resonar por las oscuras calles.

El Distrito Este está despertándose a nuestro alrededor: los silbatos de las fábricas anuncian la salida de los trabajadores y de sus puertas recién abiertas surge una luz cálida que se vierte sobre los adoquines. Durante un buen rato no vemos a nadie, pero el creciente bullicio va a más como si fuera la banda de música de un circo; oímos pasos en vez de tambores, risas en lugar de instrumentos de cuerda y el rítmico flautín de las conversaciones en bares y salones de baile cercanos.

Para mi sorpresa, me doy cuenta de que, al mismo tiempo, yo también voy despertándome. Siento un cosquilleo en la piel, mis ojos se vuelven impacientes y curiosos y noto cómo se me acelera la respiración a medida que la excitación va apoderándose de mí.

Resulta irónico. Siempre que me he entregado a la vida nocturna de Copenhague, la despreocupada diversión que mis compañeros de clase parecen obtener a mí siempre me elude. De hecho, el acto de fingir desenfado suele exigirme una gran concentración.

Y, sin embargo, esta noche, a pesar de actuar bajo falsos pretextos, tengo la sensación de que soy verdaderamente yo misma. Puede que eso se deba al señor Strahm, que camina a mi lado enfrascado en sus pensamientos. Pese a todas sus rarezas, en su presencia no siento la necesidad de ser otra persona.

Cruzamos casi todo el Distrito Este y, tras doblar una última esquina a la izquierda, llegamos a un callejón oscuro sin salida.

Un único farol de gas cuelga de la pared que hay al fondo. Su débil luz ilumina el marco de una puerta, un letrero de madera y el hombro de un imponente portero.

De pronto, noto cómo me domina la ansiedad.

—Contenga sus nervios —susurra el señor Strahm—. Siga mis instrucciones y saldremos de aquí sin el menor problema.

Cuando nos acercamos, los alegres ruidos del anochecer se ven rápidamente reemplazados por algo mucho más bronco. A medida que nos adentramos paso a paso en el oscuro callejón, comienzo a oír gritos y abucheos.

El alto guarda nos mira desapasionadamente y noto que el *alter ego* del señor Strahm entra en acción. Parece ganar un centímetro de altura y sus pasos se vuelven más ligeros al adoptar la liviana disposición de un alegre granuja.

—¡Dios mío, señor! ¡Es usted realmente inmenso! —dice con jovialidad el señor Strahm al acercarse al portero—. Me llamo Hans Ernest Gottel. He venido a tratar un asunto con alguien que, si no me equivoco, debe de ser su jefe.

El portero lo mira de arriba abajo y luego se vuelve hacia mí. Yo evito el contacto visual y poso mis ojos en el letrero de la puerta, de madera lacada y con las letras grabadas y pintadas de color negro.

«La Casa de los Cínicos».

—Herr Bertrand está esperándolos —confirma el portero con una voz profunda y monótona al tiempo que llama dos veces con los nudillos en el marco de la puerta—. Su despacho privado está al otro lado de la sala principal.

En cuanto se abre la puerta, una estruendosa descarga de ruido emerge del interior del local. Encogiéndome un poco a causa del estrépito, dejo que Strahm me conduzca a través del portal y nos adentramos en el lugar más caótico que he visto nunca.

Un hedor a sudor humano colma la atmósfera sofocante y espesa del lugar, y nubes de una suerte de esmog translúcido —compuesto por tabaco y polvo de tiza— cubren la sala. En medio de este miasma puede distinguirse la débil luz de una serie de lámparas, pero a duras penas consiguen iluminar las paredes pintadas de negro de un espacio en forma de L.

Justo frente a nosotros hay seis mesas de billar, cada una de las cuales está situada debajo de una lámpara baja con pantalla de vitral, y a lo largo de las paredes se suceden los reservados: compartimentos con bancos acolchados, mesas individuales y pesadas cortinas para mayor privacidad.

Los pocos clientes que se encuentran en esta sección permanecen alrededor de las mesas de billar con tacos en las manos o fumándose un cigarrillo mientras planean su siguiente golpe. El bullicio y el ruido infernal, sin embargo, están concentrados en el fondo de la sala, al otro lado de la esquina de noventa grados.

La multitud ruge. Entre los ensordecedores gritos, oigo unos pies moviéndose por la tarima de madera, gruñidos y el golpe sordo que hace la carne al chocar con la carne. Cada nuevo impacto provoca una nueva erupción de vítores.

—Por aquí. —Un tipo adusto nos conduce al otro lado de la sala, pero seguimos sin poder ver el origen del bullicio.

—¿Qué estoy buscando? —pregunto con disimulo.

—¿Cómo dice? —responde el señor Strahm con la atención puesta en la puerta doble hacia la que nos dirigimos.

—Soy sus ojos, ¿no? —le aclaro—. ¿Qué es lo que estoy buscando?

—Ya llegaremos a eso —contesta con cierto desdén, eludiendo mi pregunta—. Mientras tanto, debo advertirle de algo más. Puede que parezca sencillo, pero he de insistirle en que lo cumpla.

Yo frunzo el ceño.

—¿En qué consiste?

—No se vaya sin mí. No importa lo que suceda. No importa quién venga a buscarla.

Antes de que pueda comprender siquiera lo extraño de esa directriz, la puerta de doble hoja se abre y de inmediato Strahm retoma su papel.

—¡Ah, mi querida señorita Mendel, me temo que debo atender unos asuntos! —Sonríe y, tras deslizar unas pocas monedas en una mano del guarda, se dirige directamente a él y añade—: ¿Podría asegurarse de que la dama sea debidamente atendida y le sirvan lo que pida, por favor?

Esbozo una sonrisa de callada aceptación y dejo que se me lleven cuando las puertas se cierran detrás del señor Strahm.

La barra, bien surtida, se encuentra en la esquina de la sala con forma de L, con lo que desde esa posición pueden verse bien ambos lados.

Para conducirme a ella, el guarda rodea la esquina y al fin puedo ver el origen del bullicio.

Un enorme círculo de cuerpos estrechamente apiñados no deja de subir y bajar. Es un frenético coliseo humano que se arrastra, se empuja y se alza a sí mismo. En el centro, en medio de cuellos estirados y puños en alto, atisbo dos luchadores sin camisa dando vueltas uno alrededor del otro. El primero es un hombre calvo de mediana edad y aspecto curtido, con el torso repleto de cicatrices y moratones púrpura. El segundo apenas debe de tener dieciocho años y se trata de un adonis de músculos esculpidos y el gozo de la pelea dibujado en el rostro.

Pido mi bebida con una serie de gestos y, en cuanto un vaso de *kräuterlikör* se desliza hacia mí por la barra, me vuelvo hacia la pelea.

Los reservados que rodean esta sección de la sala están llenos. Hombres y mujeres, parejas y grupos de amigos animan desde sus asientos. Un corredor de apuestas con una bandeja suspendida de los hombros gracias a unas robustas correas pasea alrededor del círculo aceptando apuestas y dando cambio.

Otro golpe, otro clamor. El luchador joven se tambalea hacia atrás y la muchedumbre lo sostiene, le sacude los hombros y lo empuja de vuelta al ring. Él agita la cabeza para despabilarse y, con una amplia sonrisa extendiéndose en su rostro, retoma la pelea.

Cuando la muchedumbre se alza y, de nuevo, me impide ver a los contrincantes, le doy un sorbo a mi bebida y me vuelvo a un lado y a otro para mirar ambos extremos de la sala.

Al cabo de diez minutos, algo extraño me llama la atención.

Algunos de los reservados tienen las cortinas corridas, lo cual no es particularmente curioso, aunque cuesta imaginar que lo que esté pasando detrás de la gruesa tela verde pueda ser más interesante que la pelea que está celebrándose.

En una mesa lejana, la cortina verde está ligeramente entreabierta, como si alguien mirase desde la oscuridad.

Y, a juzgar por el ángulo en el que está entreabierta, esa persona no parece estar mirando la pelea.

En cuanto lo advierto, la cortina se cierra de golpe.

No estoy segura de si se ha tratado de una mera coincidencia o si alguien estaba observándome.

Algo intranquila, me termino la bebida, coloco el vaso a un lado y extiendo una mano para dejar mi pago sobre la barra.

De repente, una mano me agarra de la muñeca, inmovilizándome el brazo en el aire.

Sobresaltada, todos mis sentidos se ponen alerta y, todavía sentada en el taburete, me vuelvo a un lado.

Un hombre se cierne ante mí. Apenas nos separa medio metro. Su boca forma una macabra sonrisa que deja a la vista sus dientes, tiene el rostro cubierto por un grasiento lustre y un brillo en los ojos que le confiere una apariencia casi voraz.

Me aturullo, repelida por la peste a tabaco de su aliento y la húmeda y pegajosa calidez de su mano sobre mi piel.

Él sonríe juguetonamente.

—Oh, no, querida. Mientras esté yo aquí no pienso permitir que pague.

Con un escalofrío, aprovecho que afloja la mano para liberar la muñeca y dejar las monedas en la barra.

—Vamos, mujer —me regaña alegremente, encaramándose en el taburete contiguo—. No está bien rechazar la generosidad de los demás.

Después de dejar caer perezosamente una mano sobre la barra, desliza mis monedas de nuevo hacia mí. Al mismo tiempo, mete los dedos de la otra mano en un bolsillo en busca de algo de cambio y saca un puñado de monedas propias, unas pocas bolas de papel arrugado y un papelito que, de momento, todavía está liso.

Coloca las monedas que ha dejado en la barra delante de él y comienza a revisarlas lentamente.

Yo me vuelvo hacia la puerta de doble hoja por la que ha desaparecido el señor Strahm y compruebo que el portero todavía está delante, vigilándola. Una oleada de indignación y malestar me recorre el cuerpo. Me embarqué en este viaje imaginando una relación de respeto mutuo, pero ahora me encuentro sola, completamente en la inopia y sintiéndome, cada vez más, un mero apéndice del plan de otra persona.

Tragándome la bola candente de mi disgusto, me vuelvo hacia mi poco grato acompañante, que en ese momento está cogiendo algunas de sus monedas de la barra y colocándoselas en la palma abierta de la otra mano.

Luego desliza por la barra el papelito para volver a guardárselo en el bolsillo de la chaqueta y veo que en él hay escritos algunos detalles: un número, un nombre y una serie de probabilidades garabateadas. Es el resguardo de una apuesta y, considerando su estado actual (no está rasgado ni tampoco arrugado, al menos en comparación con los demás papeles que lleva en el bolsillo), es de la pelea que está teniendo lugar en esos momentos.

Miro un momento hacia delante para recobrar un poco la compostura en medio de ese bullicio de furiosos abucheos y, a continuación, adopto una amigable sonrisa.

—Bueno, me siento agradecida de haber encontrado un caballero en este establecimiento —digo, volviéndome hacia el hombre que tengo al lado—. Tomaré otra vez lo mismo, por favor. Y algo para usted, claro.



La sonrisa del hombre se ensancha.

—Una buena elección, señora mía —dice en un tono melodioso—. Y, si me permite decirlo, resulta particularmente...

—¿Por quién ha apostado? —digo con algo de impaciencia, señalando la muchedumbre enardecida.

El hombre vuelve la cabeza hacia la pelea y yo aprovecho para deslizar una mano en el bolsillo de la chaqueta que ha dejado expuesto. Tengo la suerte de encontrar de inmediato el resguardo de la apuesta y se lo quito con facilidad.

—Los jóvenes tienen más hambre de victoria —declara, volviéndose hacia mí justo cuando escondo el tique en la palma de mi mano.

—Parece lógico.

Mi segundo vaso del licor de hierbas llega y, tras darle un sorbo, me vuelvo hacia la pelea. Con apenas un vistazo, puedo comprobar que ambos contrincantes están en las últimas. El joven tiene un gran verdugón rojo sobre un ojo y el mayor, cubierto de reluciente sudor, se balancea como si estuviera borracho.

Aparto la mirada, fingiendo desinterés a pesar de que deseo con todo mi cuerpo analizar cada golpe y movimiento.

—Debo decir que no parece usted la típica mujer que viene a un lugar como este —dice el hombre, inclinándose hacia mí—. Me atrevo a decir incluso que los demás clientes temen acercarse a usted.

—¿Y qué le diferencia a usted de ellos? —pregunto, apartándome educadamente.

—Si quería evitar conversar con un caballero como yo, podría haberse quedado en el lugar del que ha venido —dice, arrastrando las palabras y sonriendo para sí—. Diría que una mujer como usted no vendría aquí sin cierta... intención.

Un golpe seco provoca un ensordecedor griterío. El hombre se alza del asiento y, asomando la cabeza entre el gentío, ve a uno de

los luchadores todavía de pie. Es el joven de pelo corto. La herida que tiene sobre el ojo ahora sangra profusamente.

Él grita junto a la mitad de la muchedumbre. Cientos de manos dan palmadas en la espalda del joven luchador mientras este ayuda a levantarse a su oponente para darle un duro y deportivo abrazo.

Mi acompañante ya se ha apartado y ha hundido la mano en el bolsillo de su chaqueta.

—¡Ya se lo he dicho, querida mía! —comienza a decir mientras rebusca excitadamente en el bolsillo—. ¡El hambre conduce al oro! ¡Toda avaricia es glotonería cuando se la despoja de...!

De repente, se queda inmóvil como un ciervo al oír una ramita rompiéndose. Perplejo, revisa de nuevo el bolsillo y luego saca todo lo que lleva en él y lo deja sobre el mostrador.

—¿Sucede algo? —pregunto con cierta satisfacción mientras él alisa viejos resguardos delante de mí.

—No —masculla—. No, no..., discúlpeme.

Me termino la bebida mientras el hombre se pone de pie y hurga en sus otros bolsillos al tiempo que examina el suelo a nuestro alrededor. A continuación, observo cómo comienza a deambular por la sala en busca del resguardo y me levanto para seguirlo.

La idea que está germinando en mi cabeza no puede describirse como un plan. Sería más acertado decir que se trata de un intento de aprovechar el caos en mi favor. De momento, todo ha salido a pedir de boca y, por más que tema verme atrapada en el inminente alboroto, ni en broma pienso quedarme de brazos cruzados.

Mientras la muchedumbre celebra y se lamenta, los actos de mi acompañante se vuelven aún más erráticos. Se acerca al corredor de apuestas, pero sus explicaciones se topan con la indiferencia de la casa. En ese momento, cojo el resguardo que llevo en el bolsillo, lo dejo caer en el suelo de madera y me hago a un lado.

—¿Este resguardo es suyo, señor? —le pregunto a un cliente al que no había visto hasta ese momento.

El desconocido baja la mirada y, sin agacharse, examina el resguardo vuelto hacia arriba. Un shock momentáneo lo sobrecoge.

—¡Sí, sí que lo es! —El desconocido se dispone a coger el resguardo justo cuando mi acompañante ve el papel en el suelo.

—¡Apártate! ¡Eso es mío!

—¡Y una mierda!

—¡No te atrevas a...! ¡Hey, dame mi...!

De inmediato se desata una discusión entre ambos hombres que atrae a los mirones con tal rapidez que tengo problemas para apartarme. Un montón de manos tratan de coger el resguardo, los dedos de unos agarran los de otros y un gran disturbio estalla en la sala.

Yo me pego a la pared mientras el guarda que permanecía ante la puerta de doble hoja abandona su puesto y pasa a mi lado en dirección al meollo del tumulto.

Conteniendo la respiración, me acerco disimuladamente a la puerta doble desprotegida y me cuelo dentro.



Ante mí se extiende un pasillo vacío. Las llamas de las lámparas de gas son tan débiles que apenas iluminan sus propios apliques. El aire es seco y frío, y está preñado de un olor a hollín.

Piso furtivamente los tablones de madera del suelo, cada uno de los cuales amenaza con revelar mi presencia.

Al adentrarme en las profundidades del pasillo, reparo en una puerta a mi derecha y en el ruido apenas perceptible de una conversación al otro lado.

Tratando de que mi respiración no me delate, me acerco a la puerta y, presa de la curiosidad, pego una oreja.

—... estaba ahí abajo cuando la mina se derrumbó. —La voz que oigo al otro lado es más suave y aguda de lo que habría esperado—. ¿Sabe lo que más odiaba de joven? No el hecho de meterme en una jaula y descender bajo tierra. No. Era que me dijeran que debía seguir a las ratas y demás alimañas. Como si fueran mis superiores.

El hombre se ríe. Yo me agacho cuidadosamente y mi vestido protesta ante la postura que adopto para poder mirar por el ojo de la cerradura. El señor Strahm se encuentra en el centro de la habitación con las manos cruzadas y la cabeza inclinada. Más allá veo un esbirro tocado con una gorra plana que lo está vigilando.

En un extremo del ojo de la cerradura, distingo los escalones de una plataforma elevada y un par de manos sobre sendos reposabrazos de un sillón de madera. Aunque no puedo ver a su ocupante, el trato deferencial de aquellos que lo rodean no deja lugar a dudas. Se encuentran ante el barón de la Casa de los Cínicos.

—Las ratas poseen una sofisticada forma de cobardía. Se retiran antes de que los hombres siquiera sean conscientes de que existe un peligro. Me dijeron que, si las veía huir en masa, me apresurara a seguirlas. Yo detestaba la idea. —El hombre del sillón suelta otra risa ahogada—. Esa noche, antes de oír siquiera las paredes de la cueva derrumbándose o de ver agua inundando las galerías, miles y miles

de criaturas nos rodearon. Subían por nuestra ropa y se metían en nuestras botas. Hice lo que me habían dicho y las seguí. Corrí por los túneles que había bajo tierra de vuelta a la seguridad de la jaula. Cuando salí a la superficie con otros pocos afortunados, me juré a mí mismo que nunca volvería a cavar entre las ratas.

El hombre exhala un suspiro.

—¡Qué ingenuo era de joven! —concluye—. Aprendí con rapidez que en todas las profesiones hay alimañas y que, por desagradable que resulte contemplarlas, lo peor que puede hacer uno es ignorarlas.

—Herr Bertrand, me siento tremendamente avergonzado por todo este asunto —oigo que el *alter ego* dice con un tartamudeo—. Debe comprender... ¡Ese hombre se presentó a sí mismo como agente suyo!

—Ya me ha dado suficientes explicaciones —lo tranquiliza Bertrand.

Su voz posee una cualidad suave y casi melancólica. Es extraña y perturbadora, y hace que su estado de ánimo resulte inescrutable.

—¡Por no mencionar que mi jefe no estará nada contento conmigo! —exclama con preocupación el señor Strahm—. ¿No hay algún modo mediante el que usted y yo podamos salvar este acuerdo? Tal vez...

—No lo ha entendido bien, herr Gottel. —Bertrand suspira—. Yo no ordené este robo. No sabía nada de ello. Usted ha sacado a la luz una traición, y por eso cuenta con mi gratitud, pero no poseo el *ahnensäbel*, de modo que no puedo negociar con él.

El señor Strahm asimila la información y deja escapar un largo suspiro.

—Comprendo —dice al fin—. Bueno, ha sido usted más que justo. No me queda otra que llamar a mi jefe y aceptar mi castigo.

Metido todavía en el papel, un abatido señor Strahm se despide de su anfitrión y luego se marcha arrastrando los pies hacia la puerta. Antes de que llegue a apartarme del ojo de la cerradura, sin embargo, se da la vuelta.

—¿Podría... preguntarle dónde está localizado el teléfono en esta población? El hombre con el que he hablado... no llegó a decirme

desde dónde llamaba.

—La oficina de correos —le confirma el esbirro.

El señor Strahm asiente y sigue de camino a la puerta. Yo me enderezo y busco un lugar en el que esconderme.

—Un momento —le ordena Bertrand, y mis pasos se detienen al mismo tiempo que los de Strahm—. ¿Hablaron por teléfono?

Vuelvo a mirar por el ojo de la cerradura y veo que el señor Strahm regresa junto a su anfitrión.

—Así es, herr Bertrand —confirma con aparente perplejidad.

Bertrand se inclina hacia delante en el sillón y consigo al fin atisbar su perfil. Su rostro no encaja con su voz. Posee una figura imponente. Se trata de un hombre corpulento con un mentón cuadrado, el pelo blanco y corto y unas prominentes cejas que proyectan una sombra sobre los ojos.

Pero la sonrisa de ese hombre, que ya podía percibirse en su voz, es exactamente como me la imaginaba: al mismo tiempo escalofriante y juguetona. Es como la sonrisa que cabría imaginar en una criatura feérica: alegre, pero sin calidez.

—¿Ha dicho que su jefe está dispuesto a pagar una cantidad generosa por el *ahnensäbel*?

Veo cómo el señor Strahm asiente y la sonrisa de Bertrand se ensancha.

—¡Entonces quizá aún podamos llegar a un acuerdo! —comenta Bertrand con entusiasmo, desapareciendo de mi vista al reclinarse de nuevo en su sillón—. Usted desea un comprador y yo sanear mis filas. Le traeré al culpable. ¿Podría identificar al tipo únicamente por su voz?

Strahm asiente, mirando a Bertrand como si apenas consiguiera entender lo que está diciéndole.

—En tal caso —concluye este—, si el *ahnensäbel* sigue en su posesión y lo recupero, honraré el acuerdo con su jefe.

Strahm se queda un momento callado como si estuviera asimilando las implicaciones de lo que acaba de oír.

—¡Y, con ello, convertiremos nuestros infortunios en beneficio! —exclama.

—¡Becker! ¡A mí! —Bertrand llama a su esbirro, que asciende los escalones hasta su señor. Este le susurra algo que no llego a oír y el esbirro se dispone a marcharse.

—Comenzaremos nuestras pesquisas con él —exclama Bertrand—. Trae aquí al muchacho y métele miedo.

—No, no. Becker, trátelo con cuidado y no revele nada —le indica el señor Strahm al esbirro—. No debería saber que sospechamos de él antes de que haya caído en nuestras garras.

Becker asiente, se vuelve hacia la puerta y comienza a caminar rápidamente hacia mí.

El pánico y la vergüenza me atenazan de golpe.

Me he colado sigilosamente en este pasillo a causa de la paranoia, temiendo que estuvieran ocultándome algo. Ahora he sido testigo de cómo el señor Strahm manipulaba a la perfección al principal criminal de Kaltental, y es precisamente mi presencia al otro lado de la puerta lo que amenaza con echar por tierra su excelente trabajo.

Me pego contra la pared de modo que mi cuerpo quede oculto por la puerta cuando esta se abra. Aun así, cuando Becker se dispone a cruzarla, piso un tablón suelto que emite un crujido casi imperceptible.

—¡Un momento! —exclama Bertrand al tiempo que yo contengo el aliento—. ¿Qué ha sido eso?

—¿Cómo dice? —responde el señor Strahm.

El esbirro se ha detenido con la mano todavía en la manilla de la puerta. Oigo el crujido del sillón de Bertrand cuando este se pone de pie, y luego tres pasos lentos, cada uno de ellos con su propia gravedad, cuando desciende de la plataforma.

—Herr Gottel —comienza a decir Bertrand—, ¿acaba usted de darle una orden a uno de mis hombres?

Por primera vez, oigo tartamudear al señor Strahm.

—No... No, señor, yo...

—Sí que lo ha hecho —lo interrumpe Bertrand con un repentino tono de oscura fascinación en la voz.

Con un gesto que no puedo ver, le indica a Becker que vuelva a entrar en la habitación y la puerta se cierra de nuevo.

—Puedo perdonar que se presente usted en mi territorio y haga negocios a mis espaldas —sigue diciendo Bertrand—, pero ¿darles órdenes a mis hombres y luego mentirme al respecto...?

Vuelvo a bajar la mirada al ojo de la cerradura y veo a Bertrand de pie justo delante del señor Strahm. La imponente figura deja caer pesadamente una mano sobre el hombro de este al tiempo que una amplia sonrisa se extiende en su rostro.

—¿Quién se cree usted que es?



—Y-yo... le pido disculpas si le he ofendido —comienza a decir el señor Strahm. Una perceptible desesperación impregna su tono de voz.

Bertrand se lo queda mirando con una expresión extraña. No es de ofensa. Es más bien como si dos emociones separadas hubieran sido unidas. Una es la agradable sorpresa, como cuando se resuelve un rompecabezas y se descubre la verdad que escondía. La otra es el absoluto júbilo que se siente cuando el destino despeja el camino y te da licencia para actuar como siempre habías querido.

—¿Sabe? No me había dado cuenta hasta este momento, pero usted y yo ya nos habíamos visto antes, herr Gottel —dice con desdén Bertrand. Su tono es perturbadoramente juguetón—. O, al menos, he conocido a cientos de personas exactamente iguales que usted, hombres que, a pesar de dedicarse a lo mismo que nosotros, se creen superiores. Usted se dedica a enviar cartas desde algún salón de Berlín creyéndose por encima del populacho, como si este no tuviera nada que ver con usted. Ahora, sin embargo, no se atreverá a negar que forma parte de él, ¿verdad?

—Herr Bertrand, yo...

—Le ha dado órdenes a uno de mis hombres.

—No, herr Bertrand...

—¿No lo ha hecho? —Bertrand lo interrumpe con facilidad, como un gato jugando con su comida—. ¿Entonces estoy mintiendo?

Strahm hace una breve pausa para serenarse y luego habla con firmeza, tratando de enderezar la situación.

—Herr Bertrand, me sentía sobreexcitado porque hubiera rescatado usted nuestra transacción. Le pido disculpas, pero tenemos un lucrativo acuerdo entre manos. Sería una estupidez echarlo por...

Con más rapidez de lo que tardo en parpadear, todo el cuerpo de Bertrand se vuelve a la izquierda, propinándole un fuerte puñetazo al señor Strahm en plena mandíbula. El cráneo de este bambolea a

causa del impacto, sus piernas ceden y todo él se desploma en el suelo.

—¿Estupidez? —Bertrand niega con la cabeza y suelta una risa ahogada—. Veo que no puede usted evitarlo. Estoy seguro de poder encontrar el *ahnensäbel* por mí mismo, y también venderlo sin su intervención. Qué diantre, si le envío a usted de vuelta a su jefe sin dientes y con las piernas rotas, seguro que él seguiría proponiéndome una oferta.

Observo cómo el señor Strahm, de perfil, trata de articular unas palabras en su defensa.

A lo lejos, más allá de las paredes de la Casa de los Cínicos, la estridente y penetrante nota de un silbido resuena en el aire.

El señor Strahm emite una serie de resuellos cortos y rápidos con los dientes apretados. Se oyen cada vez más altos hasta que me doy cuenta de que se trata de las primeras notas de una risa dolorida. Cuando levanta la mirada hacia Bertrand, veo que un hilo de saliva teñida de rojo cae de su boca sonriente.

—¿Qué es eso? —pregunta Bertrand, divertido—. ¿Significa algo?

Vuelve a oírse el silbido. Esta vez son dos en rápida sucesión.

—Mi plan de contingencia —dice el señor Strahm con una risa amenazadora—. Una vía de escape en caso de que me encontrara con su hostilidad. El momento no podía ser más oportuno... Y pensar que estaba a punto de cancelarlo.

La sonrisa de Bertrand se desvanece gradualmente.

—¿Qué plan de contingencia?

El hombre golpeado parece irradiar ahora un aire oscuro y poderoso, como si de algún modo se hubiera hecho con el control de la habitación sin que nadie lo hubiera advertido.

—Clara Mendel —responde el señor Strahm.

Al oír esas palabras, el corazón me da un pequeño vuelco. El rostro del hombre que tengo delante ya no es el de Hans Gottel, pero tampoco parece pertenecer a Hugo Strahm. En estos momentos, es otra persona completamente distinta. Un cáliz que rebosa un desprecio absoluto y primario.

—Lo mejor que he podido conseguir en este poblacho dejado de la mano de Dios. —El tono de voz del señor Strahm rezuma vitriolo

—. La policía está a punto de llegar, Bertrand. Me rescatará y me sacará de este nido de ratas que usted llama imperio.

—¿De veras cree que la policía pondrá un pie aquí? —dice Bertrand con una risa ahogada—. Los agentes de la ley no interfieren en mis negocios. Cuento con su lealtad.

—Mucho más leales son a lord Alber —señala el señor Strahm—. Los intereses del barón están por encima de los suyos, Bertrand. Antes le he dado unas monedas a un niño de la calle para que le hiciera llegar a lord Alber el mensaje de que una hija de la Casa Alber está aquí en contra de su voluntad. Si todo hubiera ido bien, me habría encargado yo mismo de que la señorita Mendel saliera sana y salva del local. En la calle se habría encontrado con los gendarmes y el asunto no habría ido a más..., pero ahora vienen a por ella.

Mi mandíbula se tensa y mi respiración se estremece ante la traición del señor Strahm. Me ha engañado. No me ha traído aquí como socia, sino como peón. No me quería por mi compañía o mi intelecto, sino por mi posición social.

—No se irán sin ella, Bertrand —le asegura el señor Strahm a su captor—. Y ella no se irá sin mí. Así pues, si no quiere que arrasen este lugar, me soltará. Me concederá la libertad y observará cómo me largo siguiendo una trayectoria que no puede siquiera imaginar, memo provinciano y feculento.

Una oleada de rabia contenida parece cruzar el rostro de Bertrand, haciendo que se le tensen los músculos. Efectivamente, las autoridades pondrán patas arriba el lugar si creen que estoy metida en algún problema, y si yo invoco el nombre de la Casa Alber para que Bertrand libere al señor Strahm, sería muy insensato por su parte que se negara a hacerlo.

Aun así, otro pensamiento parece formarse bajo el ceño del señor del crimen, aliviando los músculos de su cara. A continuación, una sonrisa se forma en sus labios y su garganta emite una sincera risotada.

—¡Oh, herr Gottel! —dice Bertrand con un renovado buen humor —. No tiene ni idea de la lamentable situación en la que se

encuentra, ¿verdad? ¡Me temo que los planetas se han alineado en su contra!

Con diligencia, Bertrand vuelve sus destellantes ojos hacia el esbirro.

—Becker —dice—. Ve a por Clara Mendel. Rápido.



Becker se gira y yo rápidamente me aparto del ojo de la cerradura y salgo corriendo hacia la puerta que hay al fondo del pasillo. Justo en ese momento, un tumulto estalla al otro lado.

—¡Apártense! ¡Vamos! ¡Estamos aquí por un asunto relativo a lord Alber!

Las órdenes a gritos apenas se oyen entre las protestas de los clientes del antro. La policía ya ha irrumpido en la Casa de los Cínicos. Oigo a mi espalda que Becker sale al pasillo justo cuando estoy recorriendo los últimos metros y cojo la manilla de la puerta.

La giro y, al salir, me encuentro en medio de una violenta riña entre la ley y la ilegalidad.

Lleno mis pulmones de aire y chillo tan alto como puedo:

—¡Estoy aquí! ¡Por favor, yo...!

Una mano me cubre de repente la boca, clavándome los dedos en la mandíbula y ahogando mis gritos. Un instante después, otro brazo me rodea la cintura y, levantándome con facilidad del suelo, me lleva de vuelta al oscuro pasillo. Yo pataleo y agito los brazos con todas mis fuerzas, pero Becker se ríe ante mis esfuerzos y sigue llevándome a rastras hasta el despacho privado.

Strahm levanta la mirada hacia mí, furioso ante el contraataque de Becker. Luego se vuelve hacia Bertrand.

—Detenga esto —le dice con rabia.

—Le pido disculpas, señorita Mendel —me dice Bertrand, ignorando por completo al señor Strahm—, pero me parece que su acompañante la ha engañado. Me temo que se trata de un hombre de mala reputación que ha usado su nombre para tratar de asegurar su huida.

Todavía inmovilizada y con la boca tapada, fulmino con la mirada al señor Strahm.

—He acertado al llamarle estúpido —masculla este.

El señor Strahm debería comprender que, ahora que su plan de contingencia ha fallado, esos insultos solo le acarrearán más

problemas. Aun así, no se detiene ahí y sigue liberando toda la rabia que tiene dentro.

Recuerdo entonces los insultos que dedicó a su contrincante de ajedrez ausente y me invade la sospecha de que esa rabia la lleva siempre consigo, solo que la disimula bajo la superficie.

Strahm prosigue.

—Vendrán a por ella. Si descubren que le ha puesto una mano encima, le...

Bertrand le propina una fuerte patada en el estómago al señor Strahm, dejándolo sin respiración. Luego alza un dedo y exige silencio. A través de las paredes, oímos que continúa la refriega entre los agentes de la ley y los enojados clientes habituales de la Casa de los Cínicos.

—¡¿Dónde está?! ¡Apartaos! ¡Vayamos a mirar al despacho trasero!

La puerta del fondo del pasillo se abre y siento una punzada de esperanza que me acelera el corazón.

—¡La tenemos!

A continuación, la puerta vuelve a cerrarse otra vez y un nuevo tumulto estalla en la sala principal. Es el ruido de los agentes abriéndose paso por la fuerza, entremezclados con el de pies arrastrándose por el suelo y los gritos enojados de una voz femenina que me resulta familiar.

—¡Os exijo que me soltéis de inmediato! ¡No podéis detenerme! —grita esa mujer ante los intentos de la policía de llevársela.

Es Dorothea Alber.

—¡Estoy exactamente donde deseo estar! ¡No permitiré que me traten así! —protesta Dorothea en la sala principal.

Una expresión de absoluta estupefacción se dibuja en el rostro del señor Strahm. «Una hija de la Casa Alber», ese era el mensaje que el niño de la calle ha comunicado a la policía. Comprendo por qué ha optado por esas palabras concretas: yo no soy descendiente de lord Alber y, si bien las autoridades se habrían visto obligadas a venir a buscarme igualmente, tal vez no se habrían dado la misma prisa conmigo que con Margarethe o Dorothea.

Esa ambigüedad, sin embargo, ha resultado ser su perdición.

—Debemos llevarla de vuelta al *schloss*, señorita. —Una severa voz se alza por encima de los gritos de la joven—. Este no es lugar para alguien como usted.

—No. Por favor —suplica Dorothea—. No pueden contárselo a mi padre. Él..., por favor.

Se la oye forcejear de nuevo y también a toda la clientela de la Casa saliendo en su defensa mientras los agentes se la llevan por la fuerza del edificio.

En cuanto se ha marchado, Becker me quita la mano de la boca.

Bertrand vuelve a dirigirse a mí.

—La joven lady Alber lleva casi un año visitando nuestro local. Al principio supuso una sorpresa, desde luego, pero su dinero es tan válido como el de cualquiera. Becker, ve a buscar al jovenzuelo presuntuoso ese, por favor.

El esbirro se marcha y nos quedamos a solas con Bertrand. A pesar de ser dos contra uno, está claro que no nos encontramos en posición de escapar. Él me mira serenamente y me doy cuenta de que no tengo ni idea de qué está pensando.

—Buen señor —comienzo a decir con voz temblorosa. No sé qué temo más, la idea de que mi destino ya esté decidido, o que dependa únicamente de mí—. No deseo interferir en sus negocios. De hecho, creo que soy bastante...

—¿Sabe? —comenta Bertrand despreocupadamente—. Aparte de usted, fui yo quien más lamentó la muerte de su madre.

Ese inesperado comentario personal me coge por sorpresa. Me trago mi confusión, incapaz de formar una respuesta.

—Cuando era profesora en la escuela de Kaltental me dio clases —sigue diciendo Bertrand—, justo antes de que los Alber se hicieran con sus servicios. —Niega con la cabeza, presa de la nostalgia—. Fui testigo del último suspiro de mi padre, y no sentí prácticamente nada. Mi opinión sobre él era tan pobre como la suya sobre mí. Cuando me enteré de que la señorita Mendel se había caído por el acantilado del Schloss Alber, en cambio..., no puede ni imaginarse la tristeza que sentí.

—Era una buena persona —me las arreglo para decir.

—La mejor que he conocido. —Bertrand sonríe con afecto, aunque su melancolía contrasta intensamente con la inclinada figura del señor Strahm, que sigue sangrando arrodillado a sus pies—. Al principio creímos que simplemente era un alma cándida con quien podríamos hacer lo que nos diera la gana, pues prescindía de la vara cuando otros profesores nos habrían atizado con ganas. Al finalizar el curso, sin embargo, todos la adorábamos. Era pura y dulce y, al igual que nosotros, había nacido en una familia trabajadora. A base de esfuerzo, había conseguido labrarse una vida mejor. Usted la vio caer, ¿no es así?

Permanezco callada, sosteniéndole la mirada incluso cuando las lágrimas comienzan a escocerme en los ojos.

Los recuerdos acuden a mi mente. Me veo a mí misma corriendo y a lord Alber quedándose atrás cuando yo acelero en dirección a la plataforma de observación. Las suelas de las botas de mi madre están en lo alto de la balaustrada. El viento agita con fuerza su vestido y los mechones marrones de su pelo danzan en el aire.

—Yo nunca ordenaría que robaran en la tumba de Alexander Alber —dice en voz baja—. El hombre que ella amaba, el hombre al que siguió desesperadamente hasta la muerte... Ella no habría querido que lo perturbaran. Y su hija...

La puerta vuelve a abrirse de golpe y la atención de Bertrand se distrae momentáneamente cuando su secuaz regresa con el joven luchador. Mis ojos se encuentran con los de él, que está amoratado y vendado a causa de las heridas sufridas en la pelea.

—Es usted libre de marcharse —me dice entonces Bertrand—. Solo la he retenido aquí para desviar la atención de las autoridades y que se olvidaran de nuestro amigo herr Gottel. El mejor modo de esconder algo es convencer a la gente de que deje de buscarlo, y puedo asegurarles que ahora mismo nadie le está buscando.



Una cosa está clara. El señor Strahm no se toma demasiado bien las derrotas.

Una mueca deforma su rostro de tal modo que sus rasgos permanecen en tensión y las venas se le marcan tanto que me parece ver bajo su misma piel. Todos sus planes, todas sus contingencias, se han derrumbado a su alrededor, dejando únicamente la indignación más absoluta y una expresión de desprecio tan pura que dudo que llegue a verla otra vez.

—¿Y qué le sucederá a él? —pregunto yo.

Bertrand se vuelve hacia mí, sorprendido.

—¿Le preocupa este hombre aunque la haya usado y puesto en peligro para cometer sus fechorías?

—¿Piensa matarlo? —digo, volviéndome hacia Bertrand con la mirada baja.

Estoy dispuesta a telegrafiar mi respeto si es necesario, puesto que la consecuencia de ocultarlo ahora yace en el suelo a mi lado.

—Es buen amigo de mi abuelo. A Su Señoría podría molestarle que lo asesine.

Bertrand se me queda mirando y parece adivinar al menos cierta verdad en las arrugas de mi rostro.

—No está emparentado con el barón. —Bertrand se encoge de hombros—. Herr Gottel me ha insultado y por su culpa la policía ha hecho una redada en mi casa. He tirado gente al río por menos. Aprecio la misericordia del sexo débil, pero le sugiero que se tome un momento para reconocer la mía. Márchese, siga con sus cosas y no vuelva a hablar de lo que ha visto. En cuanto a ti, muchacho...

Bertrand se acerca al joven luchador y le dice algo en voz baja.

Tras recibir sus instrucciones, el joven se acerca al señor Strahm y, al llegar delante, le da un fuerte puñetazo en la mandíbula.

Me encojo al ver como la sangre de la boca del señor Strahm rocía los tablones de madera del suelo, seguida de un gemido de dolor.

—¡Oh, no tan fuerte, muchacho! Queremos que aguante un poco más... —dice Bertrand con una carcajada—. Es su última oportunidad, señorita Mendel. Es mejor que no sea testigo de lo que va a suceder.

El señor Strahm levanta la mirada hacia mí con una expresión de absoluta perplejidad, como si no pudiera comprender que sea aquí donde su vida vaya a terminar.

Me planteo la posibilidad de quedarme a su lado, y también mil argumentos y posibles tratos, pero otro puñetazo impacta en el hombre arrodillado, tirándolo de nuevo al suelo salpicado de sangre, y me percato de que no cuento con nada a mi disposición que me permita cambiar el curso de los acontecimientos.

En vez de eso, pues, como si mi cuerpo se moviera por sí solo, retrocedo, abro la puerta y salgo al pasillo.

En cuanto la puerta se cierra, los gritos ahogados de dolor se oyen más bajos.

Imagino que, cuando haya regresado a la sala principal, ya apenas podré oírlos.

Mientras continúo mi marcha fúnebre en dirección al mundo exterior, divorciándome lentamente del horripilante episodio que está teniendo lugar a mis espaldas, comienzo a preguntarme por qué diantre se me ha ocurrido siquiera que debía tratar de ayudar al señor Strahm.

Me ha mentido, me ha usado, ha entrado sin permiso en casa de mi madre y, con cada uno de sus actos, ha dejado bien claras su maldad y su villanía. Nadie puede convencerme de que le debo algo. Tratar de ayudarlo sería contraproducente, fútil y absolutamente inmerecido por su parte.

Llego a la sala principal. Cuando el bullicio y la diversión me rodean, me dispongo a abrirme paso entre la gente y a salir al fresco aire nocturno del Distrito Este de Kaltental. Dejarme llevar por la firme inercia de mis extremidades y permitir que se me lleven de aquí me resulta tan natural como respirar.

Hasta que las palabras de una conversación pasada atraviesan el bullicio circundante y vuelven a mi mente. Mi discusión con Osman Gauer, el manitas de Kaltental, un hombre que podría prosperar en

cualquier lado pero que cree en la obligación de los seres racionales de ayudar a quienes lo necesitan.

Eso no cambia el hecho de que podría marcharme de aquí sin más, pero sí plantea la cuestión de qué tipo de persona sería yo si lo hiciera.

Miro la puerta que conduce al exterior, al otro lado de las mesas de billar.

Casi a regañadientes, se me ocurre una idea mediante la que tal vez habría una posibilidad minúscula de salvar al señor Strahm.

Como suele suceder con los planes, puede venirse abajo en cualquier instante. Tal vez resulte fútil incluso si consigo llevarlo a cabo con éxito, y no hay garantía alguna de que el señor Strahm sepa qué hacer cuando llegue el momento.

De hecho, solo una cosa es segura más allá de toda duda. A él le dolerá tremendamente.

La carta del luchador

Hermano:

Te escribo desde un pozo de pesares y presa de un remordimiento más allá de toda medida.

Esta es la carta que has estado esperando. Contiene mi admisión de que tenías razón y que fui un idiota por no hacerte caso. Y también el desesperado deseo de que haya algún puesto vacante en la terminal de carga ferroviaria, pues estoy dispuesto a aceptar el trabajo que me ofreciste tiempo atrás.

Estas páginas también contienen una verdad que soy incapaz de cargar yo solo por fuerte que sea. Y únicamente tú, cuya fuerza siempre ha residido en tu carácter, puedes ayudarme a soportar el peso de la culpa que siento.

Alguien ha sido asesinado en la Casa de los Cínicos, tal y como tú decías que pasaría tarde o temprano.

Acababa de ganar mi pelea y me sentía invencible después de la victoria. Una redada de los gendarmes y más jaleo del que suele haber en la Casa en una noche habitual se han resuelto luego con rapidez. Yo no tenía ningún plan salvo contar mis ganancias y despilfarrarlas en la barra.

En vez de eso, herr Becker me ha llevado a un despacho trasero, lo cual significaba que iba a conocer al mismo Bertrand. Ingenuamente, he pensado que tal vez quería ofrecerme una recompensa extra por mi actuación en el ring.

Lo que me he encontrado, sin embargo, ha sido una escena de lo más extraña. Un hombre de rodillas en el suelo y, al lado de este, una mujer de porte noble, atemorizada ante Bertrand. Justo en ese momento estaban despidiendo a la dama, liberándola de

una pesadilla en la que yo, en cambio, estaba a punto de internarme.

—... no vuelva a hablar de lo que ha visto. En cuanto a ti, muchacho... —me ha dicho Bertrand, acercándoseme desde el otro lado de la habitación.

Sus siguientes palabras han llegado a mis oídos en forma de susurros empalagosamente dulces.

—Hay que tirar a este hombre al río. Ahogarse es una forma terrible de morir —me ha dicho melodiosamente—, así que, en vez de eso, tal vez podría aprovecharse de tu misericordia.

—Señor... —he comenzado a decir.

—Quieres un lugar en nuestra organización, ¿no? —De golpe su tono se ha vuelto severo—. Esto es lo que has estado esperando.

Siento una sorda presión detrás de los ojos y una pesadez en la mandíbula.

Bertrand decía la verdad. Hacía tiempo que soñaba con la oportunidad que estaba ofreciéndome en ese momento. Abandoné a mi familia a cambio de la lucrativa vida que él me ofrecía.

Siempre me imaginé a mí mismo como guardaespaldas suyo, protegiéndolo de las amenazas. Un guerrero que expulsaba a los rivales de su territorio. Ahora bien, mis víctimas, cuando las imaginaba, eran siempre de mi tamaño, siempre estaban de pie, siempre lanzaban el primer puñetazo. Eran arrogantes y crueles y se merecían que les diera una paliza.

—L-la joven dama —he tartamudeado como un niño—. Sería mejor que no presenciara algo semejante.

Bertrand ha sonreído. Su amplia sonrisa parecía burlarse de mi falsa preocupación.

—No temas —ha respondido, tranquilizándome—. Se marchará en breve.

Me he vuelto hacia el hombre, indefenso y frágil. He sido consciente de cada uno de los pasos que, sintiéndome como entumecido, he dado hasta llegar a su lado.

Era un ruido que anunciaba la ruina para ambos.

La sangre manaba con facilidad de ese indefenso individuo. Al recibir el primer golpe, se ha tambaleado de rodillas, pero Becker

lo ha sostenido. He vuelto a alzar el puño.

Bertrand ha despachado entonces a la mujer. He oído cómo se abría la puerta y luego los pasos de la dama alejándose por el pasillo.

Eso al menos ha sido un acto piadoso, he pensado.

Un ojo desesperado se ha levantado hacia mí. Mi puño ha impactado con fuerza en la carne y el hueso. El suelo de madera ha crujido y más sangre ha salpicado los tablones. El ojo ha vuelto a mirarme, más débil, inyectado en sangre, y he comenzado a desear que se cerrara para siempre.

Luego la puerta ha vuelto a abrirse, aunque no he levantado la mirada para ver quién había entrado.

—Herr Bertrand. —Una voz de mujer ha resonado en la habitación.

—Señorita Mendel —le ha advertido herr Bertrand—. No volveré a decírselo.

Un fuego se ha encendido en mi pecho. Tal vez la mujer había vuelto para interceder por ese hombre. Tal vez Bertrand, que parecía tenerle especial consideración, haría caso a sus palabras. Tal vez este hombre sería eximido de su sentencia, y yo de ejecutarla.

—Herr Bertrand —ha comenzado a decir la dama—. Con su permiso, me gustaría observar.

Al oír sus palabras, me he vuelto por reflejo hacia ella. Pertenecía sin duda alguna al escalón más alto de la sociedad. Su postura era perfecta e iba ataviada con un caro vestido. En su cutis no había la menor mancha.

Y, sin embargo, en sus ojos de color azul pálido resplandecía algo más, algo que no puedo definir.

Bertrand no me ha reprendido por mirar. Él se sentía igual de desconcertado por la mujer. Aunque, si yo solo experimentaba pavor, él la miraba con fascinación.

—Le he advertido que no se convirtiera en testigo —ha dicho él.

—No soy mi madre, herr Bertrand —ha respondido ella, haciendo callar a mi superior de golpe—. Tenía usted razón, sí que era un alma cándida. Y, si bien yo la quería por ello, también vi

como eso terminó haciéndola saltar por el acantilado del Schloss Alber. Este hombre me ha deshonrado a mí y a los míos. Por una vez, quiero ser testigo de cómo se administra justicia.

Le he echado un fugaz vistazo a herr Bertrand y he visto cómo una amplia sonrisa se extendía en su rostro.

—¿Cree que podrá soportarlo? —ha preguntado él.

La mujer ha mirado al hombre arrodillado y ha reparado en su ojo hinchado y en la sangre que le caía lentamente de la boca. Con desconcertante elegancia, se ha arrodillado delante de él y, durante un breve momento, ha levantado un objeto que sostenía en la palma de la mano y se lo ha quedado mirando. Era una reluciente bola de billar.

Luego le ha golpeado en la cara con ella.

El hombre ha caído de nuevo al suelo. A mi espalda, he oído un grito ahogado de sorpresa. Era herr Bertrand. Yo me he quedado observando a la mujer, pero ella no me ha mirado en ningún momento.

—Eso ha sido por lady Dorothea —ha dicho ella con rabia, y a continuación, se ha inclinado y, cogiéndolo por las axilas, lo ha colocado otra vez de rodillas. Él se tambaleaba.

Ella se lo ha quedado mirando un momento a los ojos y luego le ha propinado otro golpe que le ha girado bruscamente la cara y le ha hecho escupir un chorro de sangre.

—Y esto por mí —ha declarado antes de ponerse otra vez de pie.

Herr Bertrand ha dado un paso adelante y le ha ofrecido un brazo.

—Le agradezco que me haya concedido la satisfacción —ha dicho ella, levantando la mirada hacia él.

—No, señorita Mendel, gracias a usted —ha respondido Bertrand, impresionado.

Ella se ha retirado a un lado de la habitación y ha seguido observando la escena con despreocupado interés. Yo no me he dado cuenta de que me había quedado mirándola fijamente hasta que Bertrand se ha dirigido a mí.

—¿A qué estás esperando?

A partir de entonces no se ha oído nada más que el ruido de mis nudillos contra la piel del hombre ya moribundo, así como los alaridos de dolor de este. Conteniendo las lágrimas, me enjugaba la sangre de las manos antes de cada puñetazo.

Poco a poco, el hombre ha ido debilitándose cada vez más hasta que ya ha sido incapaz de emitir ningún ruido y, en un momento dado, un brutal puñetazo ha hecho que la mandíbula le crujiera. Finalmente, ha caído al suelo y ya ha sido imposible levantarlo de nuevo.

Me he puesto de pie deseando poder marcharme, pero Bertrand me ha ordenado que le pateara el estómago.

Desprovisto ya de toda esperanza, el desdichado ha mirado a su alrededor una última vez. Sus ojos han examinado nuestras caras sin encontrar ningún aliado antes de posarse en un rincón oscuro de la habitación.

Entonces, afortunadamente, los ha cerrado.

—Mi buen hombre, tenga algo de aguante, por el amor de Dios —ha protestado Bertrand—. He visto a hombres volver a ponerse en pie después de mucho más que esto.

—Ha muerto —ha dicho la mujer.

—Tonterías —ha respondido Bertrand, incrédulo—. No está hecho de cristal.

Ella ha cruzado la habitación hacia el hombre inmóvil y le ha colocado dos dedos en la muñeca derecha.

—Ha muerto —ha confirmado, mostrándole la mano inerte a Bertrand.

Este se ha acercado y se ha agachado. Le ha tomado una muñeca y la ha examinado, y luego ha colocado una mano sobre la boca y la nariz del hombre para comprobar si todavía respiraba.

—Vaya por Dios —ha mascullado, dejando caer la muñeca—. Qué poco aguante.

Bertrand se ha puesto de pie.

—Bueno, señorita Mendel, su honor ha sido reparado.

Ella le ha dado las gracias y él le ha concedido permiso para marcharse, claramente fascinado por su nueva compañera de conspiración.

Y comprendo la razón.

Es poco frecuente una mujer semejante, capaz de contemplar una escena de tan abyecta maldad, y ya no digamos de participar en ella. Podía percibirse en el rostro de Bertrand el respeto que le causaba. Yo, en cambio, solo sentía miedo y repugnancia.

Por lo que a mí respecta, pueden quedarse el uno con el otro.

El trayecto hasta el río Eno para tirar el cuerpo inerte del fallecido a sus aguas ha sido breve.

Y, sin embargo, en el camino de vuelta he tenido la sensación de que había envejecido una década.

Pensaba que podría soportarlo. Pensaba que todos los actos violentos eran iguales. Aspiraba ser como herr Bertrand y sus despiadados esbirros de la Casa de los Cínicos. Ahora me doy cuenta de que tú has sido un aliado mucho más importante que cualquier otra persona de este pueblo.

Recogeré mis pertenencias y me marcharé de este lugar. Que me recibas o no ya es decisión únicamente tuya.

Pero no puedo quedarme aquí. Me niego a hacer de nuevo lo que he hecho esta noche, y si Bertrand advierte esa negativa, si sospecha que puedo volverme en su contra, sé lo que sucederá a continuación.

Me matará, tal y como yo he matado esta noche.

Y, al igual que esa tal Clara Mendel, mis aliados no harán nada salvo mirar.



Si tengo una máxima en mi vida es la siguiente: todo hombre que arroje cuerpos al río debería verse obligado a sacar uno, aunque solo fuera una vez.

Poco después de salir de la Casa de los Cínicos, localizo a un joven agente afable y desconcertado llamado Leo Krier. Este se apresura a ofrecerme su ayuda y, tras coger su linterna, se entrega conmigo a la causa.

Estoy segura de que, para cuando haya terminado la noche, deseará no volverme a ver nunca.

Nos pasamos las siguientes dos horas recorriendo nerviosamente la orilla del río bajo la luz de la luna, incluida la sección industrializada, con sus barcazas dormidas y sus muelles de piedra.

Las aguas mecen con suavidad los juncos vacíos y no resulta difícil imaginar el cuerpo del señor Strahm bajo su superficie.

—¡Señorita Mendel! —exclama el joven cadete en un momento dado—. ¡Dios mío! ¡Aquí!

Sigo el sonido de su voz por la ribera hasta que mis ojos divisan una figura medio sumergida en el agua.

Levantándome los bajos del vestido, corro por el barro y las piedras sueltas al tiempo que el hombre moribundo se da la vuelta. Tendido en el suelo, y sin que apenas pueda apreciarse movimiento de su pecho, Hugo Strahm mira las estrellas que hay sobre Kaltental. Bajo la luz de la luna veo que tiene el rostro embadurnado de rojo.

Me arrodillo a su lado y él extiende la mano derecha hacia mí. Haciendo un esfuerzo increíble, acerca sus dedos hasta mi mano abierta y deposita en ella una bola de billar.

He sido yo quien se la ha colocado debajo de la axila derecha cuando estaba levantándolo del suelo después de haberlo golpeado.

Esperaba que, con ello, comprendiera mis intenciones, pero no debería haberme preocupado. De un modo que rara vez he experimentado en mi vida, hemos compartido tácitamente cuál era el plan.

Él ha apretado con rapidez el brazo contra la bola, constriñendo el flujo sanguíneo de la arteria braquial. Al cabo de un par de minutos, resultaría imposible que nadie detectase el pulso en su muñeca derecha. Si además contenía el aliento y actuaba un poco, tal vez conseguiría convencer a Bertrand de que había muerto.

Han sido los dos minutos más largos de mi vida y no tengo la menor duda de que Strahm estaría de acuerdo. Aun así, este ha alargado aún más su actuación para que el fallecimiento resultara convincente.

A pesar del tremendo dolor que ha soportado y de los graves traumatismos sufridos en cabeza y abdomen, se las ha arreglado para fingir que estaba muerto durante todo el camino al río y luego incluso ha conseguido salir parcialmente hasta la orilla él solo.

Por debilitado que esté, la fuerza con la que se aferra a la vida es decididamente hercúlea.

Aunque dudo que consiga vivir mucho más sin mi inmediata intervención.

Veinte minutos después, una piedra atraviesa una ventana de la consulta del médico de Kaltental.

Hemos cargado con el señor Strahm por la ribera del río, primero cogiéndolo de los brazos y las piernas, luego usando una gruesa plancha de madera de una de las fábricas. Hemos avanzado con gran dificultad por barro, pizarra y adoquines rotos solo para descubrir que esa noche el médico de Kaltental había sido requerido en Múnich.

Para entonces, Strahm ya estaba inconsciente y, como Leo Krier se había quedado paralizado a causa de las menguantes opciones con las que contábamos, yo me he visto obligada a cometer un acto de vandalismo para poder entrar en la consulta.

Dejamos a Strahm sobre una cama con las sábanas apolilladas y le tiendo a Krier unas tijeras. Siguiendo mis breves y precisas instrucciones, comienza a cortar las elegantes ropas de mi paciente y finalmente tengo la oportunidad de examinarlo bajo la luz de una lámpara.

Es una visión desalentadora.

Mandíbula dislocada, traumatismo craneal, traumatismo ocular severo y múltiples laceraciones y contusiones que forman un mosaico rojo oscuro sobre su rostro.

Coloco los dedos en la arteria carótida. Bradicardia severa. Su pulso disminuye casi más rápido de lo que puedo medir. Cincuenta y dos. Cincuenta. La velocidad del descenso me hace entrar brevemente en pánico y comienzo a palparle la cabeza, el cuello y el tronco superior en busca de la causa.

Momentos después, Krier termina de cortar la camisa y todas las preguntas cesan de inmediato.

El agente suelta un grito ahogado. Una cicatriz reciente, anterior a las heridas de esta noche, se ha abierto a causa del aluvión de golpes recibidos en el abdomen en la Casa de los Cínicos. El señor Strahm sufre una hemorragia en el costado que está comenzando a empapar de sangre el colchón.

—¡Presión, ahora! —ordeno. Un aterrorizado Krier corre a mi lado y presiona la herida.

Procedo a inspeccionar de arriba abajo la consulta del médico ausente y comienzo a abrir cajones y armarios, rebuscando entre las oscuras botellas que hay en su interior y dejando huellas de sangre por todas partes. Por fin, mis ojos se posan sobre varios frascos de gasa médica herméticamente sellada y los cojo todos.

El hedor a eucalipto me escuece en la nariz mientras le vendo la herida. La blanca gasa se tiñe de rojo y el pulso del señor Strahm cae a cuarenta mientras hago todo lo posible para detener la hemorragia.

Presiono con fuerza la herida y, cuando el destino del hombre ya depende básicamente de la presión y del paso del tiempo, logro un mínimo de calma y comienzo a examinar las demás heridas.

Lo que veo me deja estupefacta.

El cuerpo de Hugo Strahm es un tapiz de antiguos traumatismos. Veo violentas marcas en la carne apenas cubiertas por tejido cicatricial, el modo en el que la quinta costilla se le marca en la piel formando un ángulo extraño y también largas incisiones quirúrgicas con restos claros de puntos disueltos.

Sin dejar de ejercer una presión firme en la herida con una mano, cojo un trozo de gasa y aplico antiséptico a lo largo del borde de la peluca. La pega comienza a disolverse y meto los dedos por debajo.

En el cráneo no tiene ninguna herida reciente, pero prosigo con el brutal ejercicio de arqueología. Noto marcas de viejos puntos, tejido cicatricial y una leve depresión en el cráneo.

El señor Strahm ha sufrido calvarios peores que la paliza de esta noche, y no hace tanto. Me pregunto hasta qué punto eso ha embrutecido su cuerpo y su mente.

—¿Qué diantre está pasando aquí?

Me vuelvo hacia el joven gendarme, que permanece con la vista puesta en la peluca de pelo de caballo.

—Es una buena pregunta —respondo, demasiado cansada para darle explicaciones—. ¿Puede hacer el favor de mantener la presión aquí? Voy a recolocarle la mandíbula.



El descanso llega en momentos aislados, ninguno de los cuales puede llamarse sueño.

Conseguimos detener con rapidez la hemorragia de la herida del señor Strahm, lo cual me permitió que se la suturara durante la noche. Estaba vendándole el costado con vendas limpias y la luz matutina ya comenzaba a filtrarse por las ventanas cuando el médico del pueblo irrumpió en la consulta.

Había llegado a casa en el primer tren de Múnich y había visto la ventana rota y la consulta hecha un desastre. Krier, leal hasta el final a pesar de no haber dormido nada, se llevó la peor parte del disgusto del médico hasta que el joven gendarme finalmente le mostró la figura inconsciente de Strahm.

Hay que reconocer, sin embargo, que el médico se tranquilizó con rapidez e incluso accedió a acompañarnos al Schloss Alber.

En circunstancias normales, yo no habría considerado siquiera la posibilidad de trasladar a un paciente en ese estado, pero las heridas de Strahm no eran mi única preocupación. Bertrand creía que Hans Gottel estaba muerto y que su venganza se había completado. Se trataba de una ilusión que yo no quería deshacer, y que, si permanecíamos más tiempo en el valle, terminaría resintiéndose.

Doy varias cabezadas de camino a la casa. En respuesta a las preguntas del médico, mantengo dos firmes posiciones: las heridas del señor Strahm se deben a sus malas compañías, y no lo conozco lo bastante bien para ofrecerle más explicaciones.

Por vagas que sean ambas afirmaciones, ninguna es realmente una mentira.

Me despierto brevemente cuando el carruaje se detiene en la base del acantilado. Mirando algo adormilada por la ventanilla, reparo en que no hay ningún cesto sobre la plataforma, ni tampoco ninguna cuerda para que descienda alguno.

Levanto entonces la vista y compruebo que la trampilla está cerrada. Mi mente agotada apenas registra ese detalle antes de que

el carruaje arranque de nuevo y vuelva a dormirme, mecida por su balanceo durante el serpenteante ascenso.

Cuando me despierto otra vez, nos hemos detenido ante la gran puerta de hierro de la verja.

A estas horas la puerta suele estar abierta y, por un momento, me pregunto por qué no hemos cruzado todavía. Desciendo del carruaje y, cuando mis botas cubiertas de barro se posan sobre la gravilla de piedra caliza, mis ojos confirman lo que podría haber supuesto desde el valle.

La casa está cerrada a cal y canto.

Compruebo que han cerrado con llave el principal mecanismo de la puerta (el pestillo de la cerradura del lado izquierdo está extendido y dentro de la cámara de la derecha) y que, además, al otro lado han colocado una barra negra de hierro transversal sujeta con un gran candado.

Veo entonces que Inga y Detler vienen corriendo por el camino de entrada. El segundo está fulminándome con la mirada y advierto que las bolsas que hay debajo de sus ojos son tan grandes como las mías. Las esperanzas que tenía de regresar a un tranquilo refugio en el que descansar se desvanecen rápidamente. Está claro que la noche pasada también fue ardua en el Schloss Alber y que, al volver, solo he cambiado un teatro del caos por otro.

Cogiendo una pesada llave que cuelga de su cuello, Detler retira el candado, levanta la barra de hierro y, tras coger una segunda llave, la mete en la cerradura de la puerta.

En cuanto está abierta, ambos se acercan a mí corriendo.

—¡Oh, Clara! ¿Dónde cielos ha estado? —me pregunta Inga con preocupación—. ¡Anneliese ha estado buscándola toda la mañana! ¡Ha sido una locura! Lady Dorothea...

—¡Calla, mujer! —la interrumpe Detler antes de volverse hacia mí con expresión severa—. ¿Dónde está herr Strahm?

Demasiado cansada para contestar, me hago a un lado y lo dejo mirar dentro del carruaje.

—¡Dios mío! —exclama al asomar la cabeza—. Doctor, ¿acaso está...? ¡No puede ser!

El médico y Detler intercambian algunas palabras en voz baja. Inga, por su parte, se escandaliza al ver mi vestido y sus ojos se llenan de lágrimas al reparar en la falda rasgada, las mangas ensangrentadas y mi pelo desaliñado.

Con todo ese jaleo a mi alrededor, apenas oigo el repiqueteo de unos cascos acercándose. Como si estuviera en un sueño, levanto la mirada y veo un caballo de color arena galopando por los jardines hacia mí. Está todo algo borroso y, para cuando mis ojos consiguen enfocar al jinete, ya tenemos a la bestia encima.

Inga suelta un chillido y Detler se vuelve desde el carruaje cuando Dorothea pasa a toda velocidad a nuestro lado. Sin siquiera echarnos un vistazo, la joven clava los talones en los flancos del caballo y se aleja por la amplia pradera de la hacienda.

Maldiciendo por lo bajo, Detler cierra de un portazo la puerta del carruaje y nos obliga a cruzar la verja antes de cerrarla con llave otra vez.

—Lady Dorothea, ella... —comienza a decir Inga—. Bueno, estoy segura de que Su Señoría se lo contará él mismo.

Sus palabras son premonitorias. En cuanto llegamos al patio delantero y el carruaje se detiene ante la escalera de mármol de la casa, Su Señoría sale corriendo por la puerta y lanza una mirada de furia al horizonte vacío.

—¡Condenada muchacha! —dice con un gruñido—. ¿Es que no ha causado ya suficiente daño?

El barón titubea cuando ve que sacan del carruaje el cuerpo inconsciente del señor Strahm. Una expresión de shock se forma en su rostro mientras desciende los escalones para recibirnos.

—¡Por el amor de Dios! ¿Se puede saber qué ha pasado?

—Se vio envuelto en un altercado en el Distrito Este mientras buscaba el *ahnensäbel* —explico, sorprendida por que los acontecimientos de la noche anterior puedan resumirse en tan pocas palabras.

Lord Alber se acerca a Strahm y ve las ronchas y los cardenales que hay en su rostro. Muy afectado, comienza a negar con la cabeza.

—Este desconocido ha sangrado por nuestra casa —dice en voz baja— mientras mis propios hijos pretenden socavar sus cimientos. ¿Adónde iremos a parar?

Lord Alber se recompone y se vuelve hacia el médico que se encuentra en la cabecera de la camilla.

—Gracias por su trabajo, doctor. Lleve a este hombre a su cama y asegúrese de proporcionarle todo lo que necesite. Yo iré a verle inmediatamente.

Ignoro la falta de reconocimiento, pues nada deseo más que irme a dormir. Sin embargo, cuando me dirijo hacia la escalera, Su Señoría me detiene con una mano alzada. Inga me mira con expresión preocupada mientras sube los escalones, Detler y el médico van detrás de ella, cargando con la camilla de Strahm.

—Qué deshonra de hija. Me atrevo a decir que estaba esperando a que abriéramos la puerta de la verja —dice con un gruñido lord Alber, mirando hacia el lugar en el que se ha visto desaparecer a Dorothea—. Cabría pensar que permanecería en casa guardando penitencia, teniendo en cuenta la humillación que ya ha causado escapándose furtivamente de casa por la noche para ir por ahí y participar en actividades degeneradas con rufianes y granujas.

Se calla, pues el ardor de su propia diatriba resulta excesivo.

—Se ha dirigido al campo de tiro —dice entonces—. A ti te escucha, Clara. Si no puedes conseguir que entre en razón, adviértela al menos de las consecuencias de sus actos disolutos. Temo que nadie más puede hacerlo.

Yo levanto la mirada hacia el lejano bosque. Promete ser una larga caminata que concluirá en una desagradable conversación. Pero, al realizar un registro mental de los residentes en el *schloss*, me doy cuenta de algo todavía más desagradable.

Si no hablo yo con Dorothea, no hay nadie más que pueda hacerlo.

—Veré en qué puedo ayudar —musito mientras lord Alber comienza a ascender los escalones—. Un momento, Su Señoría —digo a su espalda, al comprender del todo sus palabras—. ¿Ha dicho que Dorothea esperaba nuestro regreso para poder salir por la puerta cerrada?

Lord Alber exhala un suspiro de impaciencia ante mis palabras.

—¿Y?

—La puerta se cierra cada día al anochecer —razono—. Si no ha podido salir esta mañana..., ¿cómo se las arregló para hacerlo anoche?

Lord Alber se me queda mirando con el ceño fruncido, pero antes de marcharse me ofrece una respuesta.

He de decir que no me gusta lo que oigo.



Unos pocos minutos después de que lord Alber se haya ido, Detler regresa para abrirme de nuevo la puerta de la verja.

En cuanto la cruzo, oigo que vuelve a cerrarla con llave a mi espalda. Está claro que tiene órdenes de hacerlo cada vez que la abre.

Eso, más que conseguir que el *schloss* parezca estar protegido, lo que transmite es una sensación de desconfianza y vulnerabilidad, la de una casa recelosa por igual tanto de los forasteros como de sus propios ocupantes.

Cruzo la pradera dejando atrás la pequeña capilla y sigo adelante con determinación hasta que llego a un espeso muro de árboles. El bosque de la meseta se extiende a lo largo de kilómetros, y constituye un campo de tiro tan amplio que me será imposible localizar a Dorothea si no quiere que la encuentre.

Afortunadamente, tengo una idea bastante aproximada de adónde ha ido.

Bajo fragantes abetos blancos y hayas de hojas púrpura, me abro paso a trompicones a través de raíces y tierra seca hasta que llego a un vasto claro iluminado por el sol.

La última vez que estuve aquí, en este lugar se elevaba una espléndida cabaña de caza. Tenía dos pisos y sus paredes de piedra tallada estaban soportadas por enormes troncos de madera. El hogar se hallaba siempre encendido y de la chimenea no dejaba de salir humo mientras en el interior de la cabaña resonaba el alegre griterío posterior a una cacería.

Ahora, como si del esqueleto de una gran bestia se tratara, solo quedan sus restos medio derruidos. Las vigas son como costillas agrietadas, chamuscadas y astilladas. El tejado, hundido, no es más que una pila de escombros y tejas rotas. Y, ahí donde ha podido, la naturaleza ha reclamado su espacio: la vieja biblioteca está repleta de hongos y las plantas se asoman por los huecos de los tablones de madera expuestos.

Era el dominio de Alexander, y cuando era niña, Dorothea solía venir aquí para pasar el rato con su hermano mayor.

Parece que todavía lo hace.

—Lamento haberte asustado en la puerta de la verja. Necesitaba un respiro de mi padre. —Dorothea está sentada junto a un viejo estanque y no hace el menor intento de evitarme. Su caballo pasta a su lado—. Este es el único sitio al que sé que él nunca me seguirá.

—¿Estás bien? —le pregunto, y ella asiente.

—Cuando te he visto aparecer entre los árboles —sigue diciendo ella—, me he preguntado si te ibas a comportar como una hermana o como una madre. Se me olvida que soy tu tía.

Dorothea se me queda mirando con una sonrisa bienhumorada a pesar de la rojez de sus ojos. Las particularidades de nuestro árbol genealógico siempre la han divertido.

Lamentablemente para ella, no estoy de humor para bromas.

—¡¿La polea, Dorothea?! —comienzo a decir yo—. ¿Cómo has podido hacer algo tan estúpido?

—Es suficientemente segura para transportar nuestras provisiones. —Ella se encoge de hombros.

—Pero ¡tú no eres un saco de repollos! —contesto, enojada. Lamento mi elección de palabras en cuanto veo la sonrisa de Dorothea.

—Descendí noventa metros en un cesto de mimbre y luego visité un antro de apuestas —dice ella—, pero tú eres la primera persona que parece más preocupada por lo primero.

—No he hecho más que empezar —replico—. El Distrito Este encierra peligros igual de serios. Nunca deberías haber estado ahí.

Hago caso omiso a la descarada hipocresía de mi reproche. Al fin y al cabo, yo también estaba en la Casa de los Cínicos la misma noche que ella, y en circunstancias definitivamente más peligrosas.

—La gente nunca se atrevería a tocar a la hija del barón —dice Dorothea jovialmente—. Les vale con aceptar mi dinero. Es ridículo, es interesante, es distinto.

—Eso lo comprendo —suspiro—, pero, incluso si tu seguridad personal no corre peligro, debo aconsejarte de todos modos que no vuelvas a ir. Las suposiciones que puede hacer la gente, los

rumores... Hay lugares a los que es mejor que una mujer joven no acuda.

—Tú fuiste a Copenhague —responde Dorothea acaloradamente.

—Pero yo no soy hija de la familia Alber —replico tan cuidadosamente como puedo—. Tú debes tener en cuenta tu reputación. Si se corre la voz, tus perspectivas de matrimonio podrían...

—¡Oh, por favor! ¿Qué perspectivas? —dice Dorothea en tono de mofa—. Anoche Klaus me contó una cosa que acabó con todas mis esperanzas.

—¿Qué quieres decir? —pregunto, frunciendo ligeramente el ceño —. ¿Qué hizo Klaus?

Dorothea exhala un suspiro. Cuando vuelve a hablar, lo hace en un tono derrotado.

—Él... encontró en la habitación del señor Strahm una carta de amor entre este y una mujer —murmura Dorothea—. Al parecer, el señor Strahm es todo un poeta.

No puedo evitar sentirme absolutamente perpleja por el hecho de que Hugo Strahm surja también en esta conversación.

Una parte de mí quiere asegurarle a Dorothea que sus conclusiones son erróneas y explicarle que la carta que Klaus descubrió no era más que un ardid sin relación alguna con el señor Strahm, pero, después de haber visto el lado más oscuro de este hombre, no tengo el menor deseo de apoyarlo.

Además, me siento estupefacta por la confesión de Dorothea. Siempre ha sido una chica veleidosa y propensa a los arrebatos de interés por las cosas más rocambolescas. Incluso así, prendarse de un hombre como Strahm, y en un lapso de tiempo tan breve, no parece propio de ella.

—Dorothea —digo—, ese hombre te dobla la edad, no posee ningún título y, por el amor de Dios, lo conoces desde hace muy poco tiempo. ¿De veras sentías deseos de casarte con alguien como él?

—¿Deseos? —Dorothea suelta una risa amargada—. ¿Qué deseos se me permite albergar todavía, Clara? ¿Acaso crees que Hugo Strahm era mi primera opción? ¡Era la última! ¡Y ha sido una

experiencia detestable! ¡Las adulaciones, el flirteo...! ¡Qué bochorno! ¡Y todo al servicio de un resultado que yo ni siquiera quería!

Dorothea alza las manos al cielo. Las lágrimas que caen por sus mejillas no son de tristeza, sino de injusticia.

—¡Lo que yo deseaba es ver mundo, Clara! Viajar a París, Londres, las Américas... Quería visitar lugares remotos, vadear grandes ríos selváticos y cruzar desiertos. En vez de eso, debo contentarme con permanecer en Mohnfeld y ver cómo mis manos van arrugándose. Antes solía emocionarme al oír que el mundo estaba cambiando porque pensaba que podría disfrutarlo y ahora... sé que esos cambios me pasarán de largo. Nuevos bailes, nuevos paisajes, nuevos descubrimientos aderezarán el mundo mientras yo sigo anclada en el pasado.

Dorothea se me queda mirando con frialdad, como si ni siquiera fuera consciente de las lágrimas que le caen por las mejillas.

—Mis deseos murieron aquí —concluye en tono taciturno, señalando el cadáver chamuscado de la vieja cabaña de caza—. Alexander era la última persona a la que mi padre habría hecho caso. Ahora solo se escucha a sí mismo.

Dorothea me sostiene la mirada un momento y luego la aparta para enjugarse las lágrimas del rostro.

Absorbo sus palabras. Sé que hay algo importante que se me ha escapado, como si hubiera estado leyendo un periódico con grandes lagunas a lo largo del texto.

Dorothea no está molesta por lo de Strahm. Este no era más que un salvavidas —desesperado, además— para eludir algo peor.

—Mohnfeld —pronuncio la palabra de forma casi inconsciente.

Klaus mencionó ese lugar cuando estábamos registrando la habitación del señor Strahm. En ese momento apenas le hice caso. Lo único que me preocupaba era la carta del baúl, y luego evitar que nos descubrieran.

Ahora Mohnfeld tiene toda mi atención.

Se trata de un pueblo austrohúngaro rodeado de amplios campos de amapolas. Un verano pasamos por él, de camino a visitar al primo Friedrich. Recuerdo la colina de suave pendiente, los edificios que brotaban cual hongos venenosos alrededor de su base y una

estructura de piedra que se elevaba por encima de todas las demás: la abadía de Mohnfeld.

—Mi padre me lo dijo hace un año. Lo anunció como si se tratara de unas vacaciones. —Dorothea se ríe sombríamente—. Dentro de cinco meses debo tomar los votos y entrar en la abadía. Renunciaré a mi título, a mis posesiones y a mi derecho a casarme. Se ha decidido que pase ahí el resto de mis días.

No le encuentro sentido. Por más que respete la vida conventual, cualquiera puede darse cuenta de que Dorothea nunca la elegiría por sí misma. Una chica que se ha pasado la infancia persiguiendo el sol por el horizonte y regresando a casa con los codos embarrados e incontables historias.

Una chica que nunca se ha perdido, pues cada etapa de su viaje es un destino fascinante por sí mismo.

—¿Por qué no me lo contaste? —pregunto, ignorando el frío viento que ha comenzado a soplar y que parece calarme hasta los huesos.

—No me gusta hablar sobre ello. —La voz se le quiebra ligeramente—. Y esperaba que no llegara a suceder.

Suelta una risa sardónica y perpleja que se parece más bien a un grito al universo.

—¡Estamos en 1891! ¡Padre vive en el pasado! —Niega con la cabeza—. Toda la vida he cumplido con las obligaciones que conlleva mi linaje. He protegido mi honor, me he comportado con gran corrección y he sido obediente. Hay mujeres en la abadía involucradas en escándalos que soy incapaz siquiera de imaginar y, sin embargo, compartiremos la misma mesa y conviviremos en las mismas estancias. ¿De qué ha servido todo, pues? ¿Por qué me he portado tan bien?

—¿No puedes negarte?

—Esta es mi familia, Clara —se lamenta Dorothea—. Me repudiarían.

—¿Que te repudiarían? —mascullo con incredulidad—. Hablaré con él.

—No te escuchará.

—Pero ¡¿por qué?! —exclamo—. ¡Es una locura! ¡Me sorprende que lord Alber pudiera sugerir algo así, y ya no digamos que sea

capaz de imponértelo! ¿Qué razón tiene para...?

Dorothea cierra los ojos en silenciosa resignación. Su caballo suelta un resoplido y ella posa una mano en su lomo para tranquilizarlo. Cuando se vuelve hacia mí, soy incapaz de decir cuál de las dos está más agotada.

—Eres la más lista de todos nosotros, Clara —dice ella con un suspiro—. Seguro que puedes imaginar cuál es la razón.



El camino de vuelta de la cabaña de caza me lleva menos de la mitad del tiempo que he tardado en llegar a ella. Apenas me fijo en nada del trayecto salvo la capilla de la familia Alber.

Cuenta con siglos de antigüedad y su renovación y mantenimiento fueron la gran pasión de lady Sophie.

Durante los largos sermones de Pascua, esta se sentaba junto a su hija pequeña y, compartiendo ambas una biblia, procuraba dulcemente que la niña se estuviera quieta.

Aunque Dorothea nunca llegó a compartir la devoción de su madre, sé que atesora cálidos recuerdos relacionados con esa capilla y que, tras su fallecimiento, siguió siendo para ella una visión reconfortante.

Ahora, más que una fuente de nostalgia, esa vieja capilla debe parecerle una acechante amenaza, el recordatorio de un destino que no ha elegido.

No dejo de moverme con impaciencia mientras uno de los encargados del jardín va a buscar a Detler. Cuando este abre la verja, no me detengo hasta que llego al despacho de lord Alber, cuya puerta abro bruscamente sin preocuparme por el fuerte golpe que le doy a la librería contigua.

La luz nunca alcanza adecuadamente esta habitación. Las espesas cortinas cuelgan medio cerradas, y todo rayo de sol que consigue entrar se lo traga el papel pintado de color verde oscuro. El gran escritorio de roble está lejos de la ventana, sumergiendo a su ocupante en un estado de penumbra perpetua.

Bajo la mirada hacia lord Alber, empequeñecido por las montañas de documentos que lo rodean. Incontables páginas le esperan además en la gran caja fuerte que hay a su espalda.

—Clara —anuncia plácidamente—. ¿Va a volver Dorothea?

—Quiere enviarla a la abadía solo por el bien de Margarethe —lo acuso con un perceptible dejo de ira en la voz.

Con el suspiro de un hombre que tiene cosas mucho más importantes que atender, lord Alber deposita una pila de papeles en la caja fuerte y se vuelve hacia mí.

—Tiempo atrás la Casa Alber era respetada. Y próspera —explica—. Hasta que todo el mundo comenzó a olvidarse de sus obligaciones. Yo adoraba a Alexander, pero optó por casarse con tu madre, alguien que no era de su misma condición social. Ignorar las tradiciones de la nobleza solo nos ha traído problemas, y son las tradiciones de la nobleza las que nos salvarán. A Margarethe le ha pedido la mano alguien de un linaje con el que esta familia necesita desesperadamente emparentarse.

—¿Y qué dote piden? —pregunto, a sabiendas de cuál es la respuesta.

—Más de lo que podemos ofrecer —me confirma lord Alber—. Me he visto obligado a tomar una decisión. Dos dotes insuficientes para dos hijas o una suficientemente cuantiosa como para asegurarnos el mejor partido posible para la familia.

—¡Entonces simplemente retírele la dote a Dorothea! ¡Dudo que a ella le importe siquiera! —argumento—. ¿Por qué debe elegir entre vivir enclaustrada o ser repudiada? Podría ganarse la vida como institutriz, o podría...

Mis argumentos caen en saco roto.

El hombre ha puesto los ojos en blanco. Mi sugerencia de que su hija pueda trabajar como tutora no ha provocado más que una mueca de desdén, una tan leve que ni siquiera creo que haya sido consciente de ella.

En ese momento, al mirar al señor del Schloss Alber, no veo más que un niño testarudo jugando detrás del escritorio de su padre.

—No se lo permitirá —razono—. Casarse con alguien de un rango social inferior, buscar un empleo, permanecer soltera... Todas estas opciones son perfectamente aceptables para ella, y también lo serían para cualquiera, pero no para usted.

—¿Cuál es mi alternativa? —dice el barón con severidad—. ¿Confirmar los rumores que corren por ahí? ¿Dejar que el mundo piense que somos demasiado pobres para que se case con un noble?

—Pero ¡esa es la verdad, Su Señoría!

Lord Alber se pone de pie, recordándome de golpe su intimidante estatura. Me mira con severidad, tal y como hizo una vez cuando era pequeña y sin querer tiré al suelo un jarrón en el ala este. A pesar de la distancia que he puesto entre mi vida y esta casa, no puedo evitar sentir una reminiscencia de ese pánico juvenil.

—¡Estoy intentando asegurar el futuro de esta familia! ¡Su reputación, sus finanzas, sus paredes y los cristales de sus ventanas! —exclama lord Alber—. ¡Lo he dado todo por nuestro linaje! ¡Hago lo que es necesario! ¡Y si años de infortunios, las burlas a mis espaldas de mis semejantes y el robo de nuestras tumbas no me han influido, tampoco lo harán las nimias objeciones de una niña consentida!

—Me lo ha ocultado —digo acusadoramente—. Me ha enviado a que la reprendiera, sabiendo exactamente por qué se había rebelado.

Advierto que los rasgos del rostro de lord Alber se suavizan, pero lo que transmiten no es simpatía, sino aburrimiento. Claramente, ha llegado a la conclusión de que esta conversación puede terminar cuando lo desee. Vuelve a sentarse en la silla, coge su pluma y, sin siquiera mirarme, me contesta:

—No había ninguna razón para explicarte nada. —El barón me habla con displicencia, como si, por su parte, el asunto ya hubiera concluido—. La forma de actuar de Dorothea no tenía ninguna justificación, y solo ha servido para demostrar que he tomado la decisión correcta.

Al oír el roce de su pluma en el papel, tengo la sensación de que está grabando bajo mi piel las palabras que escribe.

Recuerdo entonces una suerte de reto o desafío que me plantearon en mi primera juventud: conseguir que un aro de madera se aguantara sobre el borde durante diez segundos. Se trataba de un aro grande, y su borde redondeado dejaba claro que todo intento de que se mantuviera sobre él fracasaría de inmediato.

Pero después de declarar que era imposible, la persona que me había retado cogió el aro y lo hizo rodar por el suelo. Permaneció sobre el borde más de diez segundos mientras seguía en movimiento.

En este momento, de pie ante lord Alber, descubro que eso me describe a la perfección. Siempre me había jactado de que las pullas y los agravios de los demás no tenían ningún efecto sobre mí. Creía que estaba por encima de todo eso: el desdén, el menosprecio, la condescendencia... En realidad, sin embargo, soy como ese aro de madera. Simplemente dejo atrás cada insulto, confundiendo mi movimiento hacia delante con estabilidad.

Al toparme con el muro de obstinación que es lord Alber, con su cabeza dura y su lógica enrevesada, siento un ardor detrás de los ojos, se me forma un nudo en la garganta a causa de lo injustas que son sus decisiones, y una oleada de ira pura y sin adulterar me recorre el cuerpo. Nada quiero más que compartirla con el mundo.

Pero sé que sería fútil. Si diera rienda suelta a la totalidad de mi rabia, como mucho el barón se sentiría incomodado y convencido de que me he avergonzado a mí misma ante mis superiores.

Salgo del despacho hecha una furia y dando un portazo detrás de mí.

Luego subo por la escalera central al pasillo del segundo piso y, consumida por la ira, irrumpo en la alcoba del señor Strahm. Mi entrada repentina sobresalta a las jóvenes sirvientes que están ocupadas con el cuidado del hombre inconsciente.

Obviando todo decoro, les indico que se marchen y me quedo a solas con mi paciente.

El hombre, todavía comatoso, yace bajo unas sábanas limpias. Los moratones de su rostro están adoptando una tonalidad púrpura y negruzca.

En todos mis años estudiando Medicina, nunca había contemplado con semejante resentimiento a un paciente. A pesar de ser intelectualmente superior a lord Alber, el señor Strahm comparte con él algunas de sus peores cualidades, como por ejemplo la arrogancia, la cortedad de miras o la creencia de que los demás no son más que peldaños para sus propios fines.

He de admitir que ha sido emocionante mantener un duelo intelectual con alguien de semejante ingenio, intentar anticipar su forma de pensar, ganarle la partida. Es como un baile que se da al

tratar de resolver un misterio antes de que el misterio te resuelva a ti.

Pero la nuestra nunca ha sido una colaboración entre iguales. Para él, no he sido más que un interés pasajero y, al rememorar nuestra breve asociación, me siento idiota por haber creído que se trataba de algo más.

Ahora estoy totalmente decidida a romper toda relación con él. Haré lo que pueda para que su cuerpo se recupere, pues ese es mi deber como médica, pero mi interés será únicamente epidérmico y no irá más allá de su herida más profunda.

Cuando esté segura de que puede valerse por sí mismo, ya no volveré a hablar con él.

Metiendo una mano en mi bolso, echo un vistazo al baúl del hombre.

Saco mi pañuelo, dentro del cual todavía se encuentra el cilindro de cera, y cruzo la habitación para volver a guardarlo en su sitio. Es un acto que me parece definitivo. Con él, tengo la sensación de poner fin a mi azarosa investigación acerca de ese hombre que ya no merece mi interés.

El baúl se abre con un clic y, al desenvolver el cilindro, me fijo en las marcas de la *Barcarola* que están grabadas en su superficie de cera. Mis grandes expectativas respecto a esas marcas se vieron frustradas.

Y, sin embargo, al contemplar el cilindro, no puedo evitar seguir sintiendo un pálpito.

En mi mente resuenan unas palabras de perversa sabiduría procedentes de la más improbable de las fuentes. Palabras pronunciadas con sádico placer por un hombre sin conciencia justo cuando estaba a punto de darle una paliza de muerte a su víctima.

Después de que se hubieran llevado a Dorothea y nos hubiéramos quedado sin plan de rescate, Bertrand dijo: «El mejor modo de esconder algo es convencer a la gente de que deje de buscarlo». Klaus y yo registramos esta habitación en busca de pruebas de las motivaciones del señor Strahm. Este se protegió a sí mismo adecuadamente espolvoreando el baúl para que cualquier intruso

que quisiera abrirlo se delatara y me engañó para que yo misma confesara mi incursión.

Al hacerlo, sin embargo, desveló su estrategia. Evidenció que, en realidad, sí estaba ocultando algo de valor.

Después de probar el cilindro de cera y descubrir que la grabación no consistía en nada fuera de lo ordinario, me olvidé por completo del objeto.

Y posiblemente es eso lo que lo convierte en el mejor escondite de todos.

No sé si tengo razón. Afortunadamente para mí, todavía estoy demasiado enfadada como para que me importe lo que hago a continuación: alzo la mano sobre la cabeza y luego la dejo caer y golpeo el cilindro contra el tocador de madera.

La cera se rompe en varios trozos grandes. Sus melodías rotas se desmigajan en mis manos y caen al suelo. Al partirse la cera, queda a la vista el interior de cartón.

Me lo quedo mirando con aliento trémulo y siento cómo una oleada de vindicación me recorre el cuerpo.

Al verse libre de la espesa capa de cera, un sobre marrón comienza a despegarse del tubo de cartón. Strahm debió de envolver el tubo con él y luego lo tapó con la capa de cera en la que grabó esa inocua melodía.

Un medio dentro de un medio. El verdadero mensaje estaba oculto por otro sin nada especial.

Apenas puedo creer lo que he descubierto y noto una serie de oleadas de excitación recorriéndome el cuerpo. De forma instintiva, me vuelvo hacia el señor Strahm, que sigue inconsciente.

Tras limpiar algunos trozos de cera rota, busco la abertura del sobre. Ya había sido abierto previamente y puedo extraer varias hojas de su interior sin tener que romperlo.

Con los dedos trémulos por los nervios, examino la primera página de una carta escrita con una letra pequeña y cuidada.

Tras reclinar la espalda contra la sección de la pared que hay debajo de la ventana, comienzo a leer.

LA CARTA DEL DETECTIVE

3 de mayo de 1891

Página uno

A mi enemigo mortal:

Antes de que comencemos, deseo aclarar el carácter de esta carta. Mis palabras no pretenden ser un insulto, ni tampoco deben ser consideradas hostiles. Si bien soy consciente de que su contenido puede ofenderle enormemente, debe comprender que solo le deseo lo mejor.

O quizá, para ser más preciso, solo deseo que llegue usted a ser su mejor versión.

Comenzaré realizando tres conjeturas.

Conjetura 1: desestimará todo argumento que apele a la conciencia, un atributo del que no está adecuadamente dotado.

Conjetura 2: su devoción por las matemáticas le lleva a aceptar toda conclusión derivada de sus principios.

Conjetura 3: está profundamente versado en las leyes de la termodinámica.

Le escribo esta carta en un compartimento privado de un tren que se dirige a Suiza mientras mi fiel compañero se toma un muy necesario descanso a mi lado.

En mi soledad, reflexiono acerca de los muchos intentos que ha llevado usted a cabo recientemente para quitarme la vida. En particular, el esbirro que envió a por mí a Londres, ese tipo con una porra que me acechaba en las sombras con órdenes de «espachurrarme el cerebro», en palabras de mi compañero.

Lo considero un punto de inflexión en nuestra relación.

Verá, antes de ese enfrentamiento, me había permitido a mí mismo admirarlo. Consideraba que estaba usted a mi altura en lo intelectual, que era un auténtico rival con una mente al nivel de la mía.

Y, sin embargo, después de deshacerme de su esbirro, me sobrevino una extraña sensación. Me di cuenta de que estaba comenzando a detestarlo, si bien no tenía ni tiempo de sobra ni neuronas ociosas para articular la razón de ese sentimiento.

No ha sido hasta que he subido a este tren, mi primer momento de verdadera paz en días, cuando he tenido la suerte de comprenderlo todo gracias a un extraordinario catalizador.

La segunda ley de la termodinámica.

Soy un matemático relativamente mediocre. Gran parte del campo es demasiado abstracto para su aplicación práctica. Pero mis conocimientos supremos de química exigen la comprensión de ciertas leyes universales.

Usted también conoce estas leyes, y debe respetarlas, aunque no respete otras. Esto me proporciona una oportunidad única.

Pretendo probar, con certidumbre matemática, que está usted desperdiciando su existencia.

Página dos

Una lectura básica de la ley nos indica lo siguiente: la naturaleza de las cosas consiste en el movimiento del orden al desorden. Nuestro universo tiende al caos. Siempre será más fácil echar abajo un castillo de naipes que construirlo, y los naipes, una vez derribados, no pueden volver a formar un castillo por sí solos.

Ese es el destino de nuestro mundo, una inexorable pendiente hacia la degradación, la destrucción y la descomposición.

Pero no es eso lo que me interesa.

Lo que llama mi atención es la segunda mitad de la ley. En esa parte se afirma que esa decadencia puede, en realidad, revertirse. Puede obtenerse orden a partir del desorden.

Lo crucial, sin embargo, es que semejante transformación requiere introducir energía en el sistema. Revertir la entropía de la vida —reconstruir, resolver, reformar— exige espíritu, intelecto y esfuerzo en una magnitud que sobrepase las fuerzas opuestas del caos.

Y entonces descubrí el aspecto crucial de mi desdén. Y es que, aunque esté usted a mi altura intelectualmente, su obra vital ofrece escasas pruebas al respecto.

Está usted en el lado del caos, profesor. Se aprovecha de sus efectos. Sus obras empujan al universo por un sendero descendente que este ya estaba recorriendo por sí solo.

No es usted el cirujano que diagnostica, opera y ayuda a que el cuerpo sane. Es el bisturí que corta sin pensar.

No es usted el líder que inspira a otros para que consigan su propia salvación. Usted solo alimenta avaricia y miedo.

No hay nada más fácil.

No es usted el inquisidor que anda en busca de los hilos dispares de un misterio y cose su disonancia en una solución única y prístina. Es usted un creador de problemas, un criminal cuyas disrupciones siempre requerirán menos esfuerzo e inteligencia que resolverlas.

Ha malgastado usted su inteligencia y, distraído por una avaricia de la peor índole, no ha emprendido empresas más importantes. A pesar de todas sus pretensiones de poseer un intelecto superior, al final todo se reduce a un energúmeno con una porra.

Puede que sea usted tan inteligente como yo, o incluso más, pero hasta el momento no ha conseguido nada que pueda situarlo a mi nivel.

Si hubiese de reconocer a un verdadero rival, tendría que ser otro detective.

Página tres

Sospecho que nos dirigimos a nuestro enfrentamiento final que, si no me equivoco, tendrá lugar en las cataratas de Reichenbach,

en Meiringen.

Si está leyendo usted esta carta es que ha sobrevivido a nuestro combate y ahora está recuperándose en un escondite cercano.

Sé que considerará esto un fracaso. Su supervivencia ha sido dictada por la suerte, algo que ningún hombre de gran intelecto desea admitir, y mi muerte, aunque bienvenida, se ve minimizada frente al derrumbe de su vasta organización.

Ahora bien, aunque en este momento usted pueda pensar lo contrario, estoy convencido de que sus nuevas circunstancias son un regalo.

No tiene nada, es usted un desconocido y no está atado a la administración de su imperio.

Le sugiero que aproveche esta oportunidad para desafiarse a sí mismo. Deje a un lado el beneficio económico y otras distracciones, y explote su verdadero potencial.

Como sabrá, estoy suscrito a muchos periódicos internacionales para seguirles la pista tanto a los crímenes ya cometidos como a los indicios de otros que estén a punto de tener lugar. Entre muchos ejemplos fascinantes (el asunto Maldrano, la Sociedad Arcana, el Carnicero Noble), no hay tormenta más perfecta que la que está gestándose en el Schloss Alber, en Baviera.

El ahnensäbel*, una reliquia familiar de incalculable valor, está a punto de ser exhumado. Todos los hilos de una conspiración criminal convergerán en esta casa; hilos que he detectado, pero que, lamentablemente, ya no podré desenmarañar.*

De modo que, por inesperado que pueda parecer, le desafío a que lo haga usted.

Si alguna vez ha tenido la capacidad de superarme, hágalo en los términos adecuados. Viaje al Schloss Alber y resuelva el crimen que se ha cometido en él. De esa forma resolverá también la ecuación de injusticia que tantos años de su vida ha dedicado a desequilibrar.

Estoy convencido de que le requerirá más esfuerzo del que ha empleado en años.

Estamos acercándonos a Meiringen. Mi acompañante comienza a removerse, la tinta se está acabando y soy plenamente

consciente de que mi tiempo es cada vez más breve.

Permítame concluir como he comenzado. No he escrito esta carta con la intención de insultarlo. No hay hostilidad en ella. De hecho, al escribirla siento el primer pálpito de una esperanza auténtica y perdurable.

Tengo la esperanza de que mi muerte sirva para algo más que el desmantelamiento de una banal operación criminal.

Tengo la esperanza de que las fuerzas del caos pierdan a su agente más sobrecualificado y se encuentren con su mayor adversario.

Y más que nada, profesor, tengo la esperanza de que el mundo pueda ver finalmente su mejor versión.

Saludos,

Sherlock Holmes



Sostengo la última página de la misiva entre los dedos de las manos.

Cual víctima de la mirada de Medusa, me quedo mirando entumecida las últimas palabras mientras considero las implicaciones de esa carta.

La leo dos veces más con el corazón en la garganta, concentrándome cada vez en algún nuevo aspecto de la prosa.

La carta fue escrita en inglés por un detective radicado en Londres. El destinatario es un criminal. No. Más que eso. Se trata del arquitecto de un imperio inicuo. Distintas palabras y frases de esas delicadas páginas me llaman especialmente la atención. «Enfrentamiento final». «Muerte». «Esbirro». «Las cataratas de Reichenbach».

Parece increíble, pero con esos escasos detalles una docena de conexiones sueltas convergen finalmente.

El detective considera al tal «profesor» un gran matemático, pasión que el señor Strahm comparte. Las viejas heridas de este, todas esas cicatrices y fracturas, son consistentes con una caída desde gran altura.

Y, además, he tenido la sensación de estar leyendo la otra mitad de aquella conversación unilateral del señor Strahm. Mientras jugaba aquella partida de ajedrez, estaba enfrascado en una discusión sobre el orden y el caos con un colega cuya larga ausencia yo no cuestioné excesivamente.

Me pongo de pie y me vuelvo hacia el señor Strahm, que apenas respira bajo las sábanas.

—Lady Clara.

No puedo evitar sobresaltarme cuando veo a Inga asomándose por la puerta.

Animada por un reflejo desconocido, escondo la carta en la espalda y me coloco delante de los trozos rotos de cera. Mi lengua no reacciona con la misma celeridad y apenas me las arreglo para sonreír como una imbécil hasta que Inga prosigue.

—Lamento molestarla. Va a servirse el almuerzo y querían saber si iba usted a bajar.

—¡Oh! —digo yo, volviéndome hacia la figura tendida en la cama. Ahora mismo, creo que cierta distancia me sentaría bien—. Sí, me parece que puedo dejar un rato solo al señor Strahm.

Luego dejo que Inga me adule un poco mientras me viste. Está tan ocupada explicándome lo preocupada que estuvo la noche anterior que ni siquiera me pregunta ningún detalle pertinente de lo que sucedió.

Es agradable que se ocupen de una, sobre todo en contraste con lo que viene a continuación: el almuerzo más incómodo al que he asistido nunca.

Sirven un desacertado plato de sopa de Mecklenburg que tomamos en un silencio sepulcral únicamente roto por nuestros sorbos y el repiqueteo de las cucharas en la cerámica.

Nuestras miradas, mientras tanto, no dejan de cruzarse. Yo miro a Dorothea, que a su vez mira con reproche a su padre, quien trata de mirar a cualquier otro lugar. Los ojos de Margarethe descansan directamente sobre mí y la justificada indignación con la que me observa me recuerda la tregua que he roto.

Klaus es la única alma inocente de la mesa, aunque su expresión consternada parece indicar que siente la tensión de la estancia más que nadie. No deja de mirarnos a todos, tratando de discernir cómo podemos hacer las paces.

—¿Se pondrá bien el señor Strahm?

Sus palabras son el primer sonido en diez minutos que no está producido por la cubertería.

—Recibió una buena paliza —digo yo—, pero todas sus heridas parecen superficiales. Será una recuperación dolorosa, pero estoy segura de que se pondrá bien.

—Bueno, al menos alguien hizo algo, a diferencia de esos condenados gendarmes —dice con un gruñido lord Alber—. Aunque, para ser justos, estaban innecesariamente distraídos.

En ese momento, los ojos del barón se posan intencionadamente sobre Dorothea. De un modo sin duda admirable, sin embargo, ella se niega a encogerse ante la mirada de su padre.

—¿Cómo terminó en semejante estado, Clara? —me pregunta Margarethe, volviéndose hacia mí—. Sabemos que tuvo un encontronazo con un criminal del Distrito Este, pero ¿qué estaba haciendo exactamente ahí?

—El señor Strahm sospechaba que el ladrón estaba actuando por su propia cuenta —comienzo a explicar—. Y pensó que podría conseguir que un señor del crimen local nos entregara al culpable. Evidentemente, la situación se le fue de las manos.

Lord Alber niega con la cabeza. La expresión que se ha dibujado en su rostro evidencia el desdén que siente por el Distrito Este.

—¿Y por qué estabas tú en un lugar como ese? —sigue preguntando Margarethe—. Obviamente, estamos agradecidos de que lo encontraras, pero no entiendo qué papel jugaste tú en todo ello.

—Margarethe... —la advierte Klaus, aunque ella opta por no hacerle caso.

—Los gendarmes me lo trajeron y yo traté de estabilizarle —explico—. Supongo que el señor Strahm quería tener un médico a mano.

He de decir que me sorprende lo dispuesta que estoy a mentir en nombre del señor Strahm.

No hay nada que me impida revelarles a los Alber el contenido de la carta del detective, ni tampoco informar a la policía de que un supuesto genio criminal reside actualmente dentro de estas paredes.

Es digno de tener en cuenta, pues, que no divulgue nada.

No sé por qué decido protegerlo, y ha pasado demasiado poco tiempo desde el descubrimiento como para que pueda comprender bien mis propias reacciones.

—Afortunadamente, siempre estás en el lugar adecuado en el momento adecuado —dice Margarethe, sonriendo de un modo quizá algo exagerado.

Vuelve a hacerse el silencio en nuestro almuerzo y, con la cabeza inclinada, seguimos sorbiendo las cucharas.

—¿Alguno de los sirvientes va a bajar a Kaltental? —pregunto—. No esperaba tener que usar demasiado mi maletín médico. Necesito suministros nuevos...

—Yo puedo ir —interviene Dorothea con un levísimo dejo de rebeldía en el tono de voz.

—¡Ni hablar! —espeta lord Alber, mordiendo el anzuelo—. ¿Acaso debo encerrar tus caballos en el establo?

—Estoy seguro de que podemos enviar a alguien —propone Klaus, pero lo ignoran ambos lados de la mesa.

—Entonces supongo que bajaré andando —decide Dorothea—. Ya lo he hecho con anterioridad.

Me encojo con una mueca cuando la cuchara de lord Alber golpea contra la mesa.

—¿Es que pretendes sacarme de quicio? —le dice con un gruñido a su hija.

—Mi destino es el mismo tanto si le saco de quicio como si no —responde ella—. ¿Qué más da?

—Todavía puedes hacerle daño a esta familia —ruge lord Alber—. Tal y como ya has hecho. Margarethe ha cumplido con su parte para continuar con las nobles tradiciones, pero tú...

—¡Y Margarethe podrá disfrutar de su casa! ¡De sus banquetes! ¡De sus excursiones veraniegas! —dice Dorothea, alzando la voz—. ¿De veras cree que ella va a renunciar a más cosas que yo?

Lord Alber se pone en pie de golpe, empujando su pesada silla hacia atrás. Al oír el comentario de Dorothea, la máscara de estoicismo de Margarethe se desvanece. Baja la mirada y frunce los labios. Por un breve momento, distingo en su rostro auténtica preocupación y pienso que tal vez se siente culpable por el papel que ha jugado en el destino de su hermana pequeña.

Lamentablemente, repara en que la estoy mirando y se vuelve hacia mí con reproche, endureciendo de nuevo su expresión.

—¡Margarethe ha aceptado desempeñar sin quejarse el papel que se espera de ella! —exclama lord Alber—. ¡Tú, mientras tanto, acudes a antros de vicio para relacionarte con gente de baja estofa! ¡Diría que Mohnfeld es el lugar perfecto para alguien como tú!

Hace apenas unos minutos, el silencio que reinaba era de temeroso nerviosismo, de deseo compartido de evitar una discusión. El que se hace ahora es nocivo y una profunda incomodidad se extiende por la mesa, estropeando la comida.

La silla de Dorothea sale despedida hacia atrás cuando ella se pone en pie de un salto para marcharse del comedor.

Yo permanezco en mi lugar más tiempo de lo que estoy dispuesta a admitir hasta que finalmente me disculpo y voy detrás de la chica.

Encuentro a la más joven de los Alber en su habitación, junto a un baúl abierto y yendo y viniendo entre este y varias cómodas y armarios.

—Lamento que te haya hablado así —digo desde la puerta para advertirle de mi presencia.

Ella coge un juego de vestidos de paseo y, colgándoselos del brazo, los lleva a su baúl. Tras arrojarlos dentro, se queda mirando el desordenado interior del arcón y luego lo empuja a un lado, frustrada.

—Cuando madre cayó enferma, no me separé de ella ni un solo día —dice con voz susurrante mientras se deja llevar por sus recuerdos—. Más allá de la preocupación que ella sentía por su propio destino, estaba muy asustada por padre. Yo pensaba que ese miedo se debía a lo solo que se quedaría él tras su muerte y a que temía que se le rompiera el corazón. Con el tiempo, sin embargo, me he dado cuenta de que se trataba de otra cosa completamente distinta. Madre sabía que él no estaba capacitado para llevar las riendas del Schloss Alber. Sabía que esta casa se hundiría a su alrededor y que nos arrastraría a todos nosotros con ella.

Dorothea se sienta en el borde de la cama completamente abatida.

—Me voy —declara con voz temblorosa—. No puedes detenerme. No pienso quedarme aquí.

Parece decidida, aunque no sé adónde piensa ir. Al observar su baúl abierto, se me ocurre una idea, una oportunidad de concederle a la joven un alivio momentáneo alejándola de la amarga atmósfera que se respira en la casa.

Aunque no es algo completamente desinteresado.

—¿Existe en Kaltental un archivo oficial que posea un catálogo de periódicos internacionales?

Dorothea se vuelve hacia mí con perplejidad, pero, al parecer, confía lo bastante en mí como para saber que no se lo preguntaría

sin una buena razón.

—¿Periódicos internacionales? No lo creo. —Dorothea niega con la cabeza—. Hay uno en Múnich que tiene algo así.

—Interesante. —Ladeo la cabeza mientras cavilo en silencio—. Si necesitara una selección de periódicos que fueron publicados en Suiza alrededor de una determinada fecha, ¿estarías dispuesta a viajar a Múnich para ir a buscarlos?

La confusión en su rostro rápidamente se transforma en gratitud.

—Podría ayudarnos a localizar el *ahnensäbel* —miento con la intención de evitar más preguntas al respecto—. Y para ti supondría un muy necesario descanso de este lugar. Podría convencer al barón de que se trata de... una especie de penitencia.

Dorothea mira su equipaje.

—Bueno... —comienza a decir con una levísima sonrisa—. Teniendo en cuenta que iba a marcharme de esta casa sin ningún destino en mente, tu plan supone una bienvenida mejora al mío.

Correspondo a la sonrisa de Dorothea con una propia, aunque sigo pensando en el hombre herido en la habitación de invitados de la segunda planta y, de repente, me recuerdo a mí misma sentada en un taburete de la Casa de los Cínicos sin tener la menor idea de ser un mero peón en sus manos.

Debo averiguar más cosas sobre él de las que él sabe sobre mí.

—Mañana por la mañana hablaré con tu padre —concluyo, suspirando—. Ya era hora de que hiciéramos algo por nosotras mismas, ¿no?

ESTACIÓN TELEGRÁFICA
Oficina de correos de Kaltental

Enviado desde Linz, Austria-Hungría
OFERTA TRANSMITIDA A LORD FRIEDRICH **STOP** HONORARIOS ACEPTABLES **STOP** EL PAGO SE REALIZARÁ A LA RECEPCIÓN DE INFORMACIÓN RELEVANTE **FIN**

Enviado desde Kaltental
OTRA CONDICIÓN REQUERIDA **STOP** TRES PUESTOS DE TRABAJO **STOP** DOS SIRVIENTES UN JARDINERO **FIN**

Enviado desde Linz, Austria-Hungría
INACEPTABLE **STOP** NINGÚN PUESTO **STOP** LORD FRIEDRICH SOLO PAGARÁ HONORARIOS **FIN**

Enviado desde Kaltental
CUALQUIER PUESTO ACEPTABLE **STOP** HONORARIOS NEGOCIABLES **STOP** INFORMACIÓN CRÍTICA Y ACUCIANTE **FIN**

Enviado desde Linz, Austria-Hungría
SU DESCONTENTO CON SCHLOSS ALBER NO ES COSA DE LORD FRIEDRICH **STOP** NO TRATAREMOS CON PERSONAL QUE VENDA SECRETOS DE EMPLEADOR **STOP** INNEGOCIABLE **FIN**

Enviado desde Kaltental
HONORARIOS NO NECESARIOS **STOP** SOLO REQUERIMOS PUESTOS **STOP** TRABAJADORES LEALES BUSCAN EMPLEOS JUSTOS **FIN**

Enviado desde Linz, Austria-Hungría

INACEPTABLE **STOP** NEGOCIACIONES FINALIZADAS **STOP** NO VUELVA A CONTACTAR CON LORD FRIEDRICH **FIN**

Enviado desde Kaltental

AHNENSÄBEL ROBADO **STOP** INFORMACIÓN OCULTADA POR SCHLOSS ALBER **FIN**

Enviado desde Linz, Austria-Hungría

PUESTOS EN CASA DE VIENA NEGOCIABLES **STOP** SUGIERO HABLAR POR TELÉFONO **FIN**



Ayer me pasé toda la tarde junto a la cama del señor Strahm, poniendo al día este diario para incluir los acontecimientos de la Casa de los Cínicos, así como transcribiendo la carta del detective.

Apliqué yodo en las heridas del paciente, le cambié las vendas y monitoricé su pulso para asegurarme de que se mantenía estable. Cuando hube terminado, me senté en una silla y, con la mano todavía dolorida de tanto escribir, me lo quedé observando con silenciosa fascinación.

Estaba inmerso en un profundo sueño reparador, pues sus heridas requerían toda la energía de sus venas. En ese frágil estado, se le veía indeciblemente vulnerable, como un bebé recién nacido.

Viéndolo así resultaba difícil pensar que pudiera ser capaz de nada.

En un momento dado, me quedé mirando las vendas y comencé a sentir dudas. Una dura voz interior comenzó a reprenderme, haciendo que me preguntara por qué cuidaba de este hombre con semejante diligencia y cómo me trataría él si nuestros papeles se invirtieran y fuera yo quien dependiera de su misericordia.

Como tantos otros adultos maduros que se topan ante una idea desagradable, decidí simplemente no pensar en ello.

La noche pasó sin incidentes y me rendí dichosamente a mi colchón después de varios días de escaso sueño.

Al despertarme, he redactado una lista con algunas instrucciones para la investigación de Dorothea.

> Noticias publicadas en Suiza durante dos semanas.
> Comenzando el 4 de mayo de 1891 y hasta el 17, inclusive.
> Lo más deseable son publicaciones locales de Meiringen. Si bien improbables, pídelas de todos modos. Si no hay, cualquier noticia de Berna y las regiones circundantes será perfectamente válida.
> Además, me interesa cualquier periódico, en particular de origen inglés, que cubra las andanzas recientes de un detective llamado Sherlock Holmes, al menos desde principios de este año.

Después del desayuno, le entrego la nota a Dorothea y me dirijo al despacho de lord Alber.

—¿Crees que dejaré que ponga un pie fuera de aquí? —comenta lord Alber en tono burlón desde detrás de su escritorio repleto de papeles—. Pensaba que eras una de las personas más astutas de esta casa.

—Yo debo cuidar del señor Strahm, Klaus se ocupa de los asuntos de la casa y Margarethe... —Busco las palabras—. A Margarethe no puedo obligarla a hacer nada. Dorothea, en cambio, está arrepentida y quiere ayudar.

Lord Alber, enfurecido, me mira con incredulidad.

—Clara, ¿ves algo extraño por la ventana?

Con la desagradable sensación de que voy a recibir una lección, cruzo al otro extremo de la habitación para asomarme. Aparto la cortina y miro los exuberantes jardines de la Casa Alber. Los arbustos y el majestuoso camino de entrada dan paso a la alta verja de pinchos.

—La puerta de la verja está cerrada, ya lo sé.

—Y así seguirá —declara el barón con altanería—. La noticia del robo del *ahnensäbel* ha llegado a Kaltental, y estoy moviendo cielo y tierra para asegurarme de que el primo Friedrich no se entere antes de que el asunto haya sido resuelto. Aun así, en el momento más delicado de la historia de la Casa Alber, el comportamiento de mis estúpidos hijos oscila entre una incompetencia desmedida y la más obstinada depravación.

Lord Alber está visiblemente alterado.

—Salvo a través de mi palabra y de las llaves de Detler, nuestra casa es tan inexpugnable como lo fue en tiempos de guerra. No solo para mantener a esos despreciables ladrones fuera, sino para evitar que los míos mancillen aún más nuestro apellido. ¿Crees que ordenaría que cierren la puerta de la verja, desmantelen la polea y bloqueen la entrada para luego enviar fuera a mi descarriada hija?

Llevo toda la noche preparándome para esta discusión y cientos de argumentos y engaños acuden a mi mente. Al mirar al hombre que tengo enfrente, sin embargo, compruebo que ya está decidido a desestimar todo razonamiento que le presente.

—Es usted un hombre práctico —me limito a decir—, e, indudablemente, es consciente de que esta crisis solo concluirá cuando se recupere el *ahnensäbel*. Dorothea está arrepentida, y mis pesquisas podrían acelerar el regreso de la reliquia.

—¿Y de qué modo puede un archivo de Múnich ayudarnos a encontrar el sable? —pregunta lord Alber en tono burlón.

—No lo sé. —Me encojo de hombros con discreción—. Simplemente, el señor Strahm lo mencionó antes de perder la conciencia.

Me doy cuenta de que el barón titubea.

Al final de mi larga noche de conjeturas, llegué a la conclusión de que, si ningún argumento mío podía lograr que lord Alber cediera, tal vez el señor Strahm sí tendría la autoridad necesaria para hacerlo. La idea de que el barón priorice la opinión de un desconocido inconsciente por encima de la de una mujer a la que conoce de toda la vida me resulta tan ofensiva que me lleva a un estado mental algo peculiar.

Si la invocación del nombre de Strahm no consigue convencerlo, me sentiré increíblemente decepcionada. Si tiene éxito, me enfadaré.

—¿Ah, sí? —Lord Alber cae en un largo y contemplativo silencio, y luego me mira con dureza—. Deberá seguir unas órdenes estrictas, ¿de acuerdo? Y regresará en el primer tren.

Enfadada, pues.

Me trago la indignación que siento y me marcho de la estancia tan rápido como puedo.

Al cabo de una hora, Dorothea y yo nos encontramos en el patio delantero, enorme y circular. Dos jóvenes mozos de cuadra la ayudan a conducir un caballo frisón de color gris oscuro por la fina gravilla de piedra caliza. Enganchan el gran animal a un carruaje de dos plazas y veo que el baúl de Dorothea descansa sobre el banco. Ella me toma una mano y sube al carruaje.

—No te encargues tú de buscar los periódicos. Pídeselo a un archivista de fiar y coge lo que te dé —le indico, pues no deseo que Dorothea curiosee demasiado al respecto—. Y luego sube al primer tren de vuelta a casa, nada de perder el tiempo.

—Gracias por esto, Clara. —La joven sonríe con una mirada de gratitud—. Te traeré todo lo que pueda.

Al ver la alegría con la que se entrega al cumplimiento de un encargo cuya naturaleza desconoce por completo, comienzo a preguntarme si estoy actuando éticamente. Antes de que pueda considerar con más detenimiento la idea, sin embargo, llega Detler. A pesar de no estar demasiado de acuerdo, el guardián de la casa se ve obligado a dejar salir a Dorothea.

Recorremos el largo camino de entrada junto al carruaje de Dorothea. Cuando llegamos a la puerta de la verja, Detler coge las llaves de hierro que cuelgan de su cuello y, tras alzar la barra que atranca la puerta, abre la cerradura.

Con una última mirada de agradecimiento, Dorothea coge las riendas y arranca.

Veo cómo toma lentamente el camino del acantilado al tiempo que las barras de hierro de la puerta se cierran ante mí. De repente, me siento como una prisionera que observa la fuga de alguien.

Tras cerrar el cerrojo y colocar de nuevo la barra y el candado, Detler da media vuelta e inicia el camino de regreso sin decir una palabra.

No es hasta que comienzo a ir detrás de él con la mirada puesta en la vieja mansión cuando me planteo realmente qué es lo que me espera allí dentro.

El señor Strahm recuperará pronto la conciencia. Puede que permanezca un par de días más en cama, pero es solo una cuestión de tiempo que se reponga.

El cilindro de cera está roto y, aunque pudiera encontrar un reemplazo antes de que sea demasiado tarde, no me cabe la menor duda de que Strahm está plenamente familiarizado con las marcas de su grabación de la *Barcarola*. Pronto tendré que tomar una decisión, pues: llamar a las autoridades para que lo detengan o no decirle a nadie lo que he descubierto.

No debería costarme tomar esa decisión: se trata de un criminal. Aunque solo la mitad de la carta del detective fuera cierta, merecería pasar el resto de su vida en la cárcel.

Solo hay una cuestión que me frena, y es saber que, una vez dictada, esa sentencia ya no puede ser revocada.

Como si llamara mi atención en ese momento de crisis, la gastada piedra de la casa de mi madre asoma entre los arbustos con sus postigos azules y la errante hiedra.

En este breve interludio en el que mi investigación está en suspenso y mi paciente sigue débil, me desvío casi sin quererlo hacia el lugar donde pasé mi infancia.

La puerta no está cerrada con llave. No es de extrañar que Strahm pudiera entrar tan fácilmente al lugar.

Además de sentir una ráfaga de aire viciado, percibo un olor que siempre reconoceré.

Un estrecho pasillo se extiende ante mí. Al fondo, se encuentra la escalera que conduce a los dormitorios. A mi derecha hay dos puertas. La primera lleva a una pequeña cocina, la segunda al salón que, a su vez, está conectado con la vieja aula que hay al fondo de la casita.

Anteriormente había sido la morada de un sirviente, y a lady Sophie le encantaba que se hubiera convertido en la escuela de sus hijos. Cada mañana los despedía en el camino de entrada mientras mi madre los esperaba pacientemente en la puerta.

Todos mis recuerdos más felices residen aquí. Madre y yo comiendo en la desvencijada cocina, ambas jugando a juegos de mesa y haciendo puzles, Inga visitándonos para tomar café e intercambiar historias de la casa...

Respiro hondo varias veces para calmarme y enfilo el pasillo, donde puedo ver fragmentos de la historia de mi familia en las pocas fotografías que cuelgan de la pared de la izquierda.

A pesar de que mi madre retiró el retrato de mi padre biológico por respeto a su nuevo marido, dejó sus condecoraciones militares. Todavía siguen ahí: tres medallas protegidas por un cristal descansan sobre una tela. La última se la otorgaron en Blumenau, el último día de una guerra de siete semanas, y llegó a casa en su lugar.

Más adelante, se encuentra el retrato de mi madre con la edad que tengo yo ahora, cuando ya era maestra en Kaltental. Y luego

hay una fotografía de ambas ante esta misma casita en la que poso con la mirada perdida y se puede apreciar mi hinchado rostro juvenil.

Un viejo marco de latón decora la última fotografía, más grande que las demás, y en la que hay tres figuras. La ropa oscura que vestimos parece fundirse, dejando nuestros rostros como únicos rasgos distintivos, cada uno a una altura distinta.

Yo estoy justo debajo de la barbilla de mi madre y en ella soy una chica delgada y seria de quince años.

Los rasgos amables y vibrantes de mi madre resplandecen en el centro, enmarcados por el pecho del tercer ocupante del retrato.

Alexander Alber le saca una cabeza entera a mi madre. Lleva el bigote y la barba cuidadosamente recortados y destacan su fornida complexión y sus anchos hombros. Salta a la vista por qué era el favorito de lord Alber: está claro que es el epítome de la nobleza.

Cuando poco después de que este retrato matrimonial fuera tomado, Alexander anunció que pretendía trasladarse a la casita en lugar de incorporarnos a nosotras al *schloss*, juro que Detler por poco sufre un ataque cardiaco.

Al contemplar al hombre de la fotografía, no puedo evitar que mi mente recuerde con cierto resquemor el esqueleto reseco que vi en el mausoleo. Ya solo quedaban los restos. Debería dar las gracias a todas las estrellas del cielo por no haber llegado a ver nunca a mi madre después de que fuera enterrada.

Era una buena persona en todos los sentidos de la palabra, doblegada por la pena y las crueldades colectivas del mundo. Nunca habló desde la ira, ni tampoco actuó nunca de manera egoísta. En todo el tiempo que pasé con ella, siempre supo, en cada circunstancia concebible, cuál era la forma moralmente adecuada de actuar.

Yo no debo de poseer el mismo instinto virtuoso, pues solo puedo conjeturar cómo lidiaría ella con un hombre como el señor Strahm.

Contemplo sus rasgos y me pregunto a mí misma qué sería más probable. ¿Prevalecería su sentido natural de la justicia y llamaría a las autoridades? ¿O su capacidad de misericordia y comprensión

tendría prioridad y se esforzaría por ver las cosas desde la perspectiva del señor Strahm y trataría de reformarlo?

Finalmente llego a una conclusión. Si bien está claro que siento una mórbida fascinación por ese tipo, la decisión de ocultar lo que he descubierto podría causar daño a otros. Mi madre se sentiría moralmente obligada a advertir a los inocentes de la Casa Alber de la serpiente que hay en su seno.

Y, sin duda, una obligación que para ella fuera moralmente ineludible para mí también debería serlo.

De repente, en otro lugar de la casita oigo el crujido de una puerta abriéndose.

Olvidándome de mis reflexiones, me doy la vuelta hacia la puerta del salón. Al otro lado, unos pasos están cruzándolo de lado a lado.

Rápidamente, y teniendo una idea clara de quién es la persona que voy a encontrarme, dejo a mi madre atrás e irrumpo en esa estancia.

—¡Margarethe! —exclamo con severidad—. ¡¿Qué estás haciendo aquí?!



Margarethe se vuelve casi perezosamente y posa su mirada sobre mí.

—Te he visto en la puerta de la verja —dice, evitando contestarme —. ¿Adónde habéis enviado a Dorothea?

—No me gusta que merodees por la casa de mi madre —le advierto.

—Me permito recordarte que esta es la casa de la institutriz —me contesta Margarethe en tono burlón—. Se trata de la vivienda de una sirvienta, fue nuestra aula y, además, se encuentra en nuestra hacienda. Tengo todo el derecho del mundo a estar aquí. Vuelvo a preguntarte: ¿adónde habéis enviado a Dorothea?

Es fascinante. Lo normal es que si pillas a alguien in fraganti se ponga a la defensiva, pero ella se comporta con absoluta indiferencia. De hecho, en el frío resplandor de su desmesurada seguridad en sí misma, tengo la sensación de que soy yo quien debe hacer frente a un interrogatorio.

—Le he dado la oportunidad de escapar de la ira del barón —respondo inexpresivamente—. Para que así disfrute de algo de paz.

—Bueno. —Margarethe alza las manos—. Mi propósito aquí es igualmente benigno. Dejémoslo así.

Se muestra indiferente, pero hay algo excesivamente rígido en su postura. Habiendo pasado mis años juveniles a su lado, puedo percibir cierta vacilación en su acerada resolución.

Ha estado en la vieja aula. Veo restos de tiza blanca en sus mangas, como si hubiera estado rebuscando en los cajones. Detrás de esa puerta hay algo. Algo que no quiere que vea.

Me dirijo hacia allí.

—¡Clara! —exclama Margarethe, delatándose a sí misma cuando paso a su lado y entro en la pequeña aula.

El polvo de tiza colma el aire, viciado y que huele a libros viejos y a madera lacada. Los cajones están abiertos y hay diversos instrumentos desparramados sobre el escritorio.

Mientras Margarethe llega a mi lado, yo me quedo atónita por dos detalles extraordinarios.

La pizarra ha sido utilizada. Está repleta de diagramas y trayectorias que se entrecruzan. Hay un montón de números y símbolos escritos sobre sus desvaídos predecesores, como si solo fueran los últimos de una serie de clases que alguien ha estado impartiendo.

En cuanto al beneficiario de estas, mis ojos se posan en un pupitre de madera detrás del cual se encuentra la estupefacta figura de Anneliese Hauser.

Margarethe no pierde el tiempo. Coge el borrador y comienza a limpiar la lección de la pizarra.

—Margarethe —murmuro reflexivamente.

Ella no levanta la mirada, y temo haberme inmiscuido en algo verdaderamente secreto; un atisbo prohibido que me ha permitido ver detrás de su fachada, habitualmente indiferente.

Dudo que llegue a perdonármelo.

—Vuelve a casa, Anneliese —dice con severidad Margarethe.

La mirada de la niña va de Margarethe a mí y otra vez a la mayor de las hermanas Alber, como si fuéramos frentes tormentosos opuestos. Con un chirrido de las patas de la silla y la velocidad de alguien huyendo de un incendio que se ha declarado en su casa, Anneliese se pone de pie y desaparece por la puerta.

Evitando mi mirada, Margarethe se mantiene ocupada recogiendo varios libros que hay sobre los escritorios y ordenando todo lo que ha usado.

—Has estado dándole clases. —Apenas puedo creer las palabras que pronuncio.

—Solo algunas lecciones —murmura Margarethe—. Tiene predilección por la astronomía. Estrellas, planetas, asteroides, ese tipo de cosas. Yo lo encuentro aburridísimo, la verdad, pero cuento con los conocimientos suficientes como para que podamos alcanzar juntas un entendimiento del tema.

—¿Desde cuándo...?

Contesta antes de que yo haya terminado de formular la pregunta.

—Desde hace muy poco, y no durará mucho más. Solo me he prestado a ello porque en breve me marcharé de casa. Anneliese tiene pocas perspectivas si no pone su empeño en algo.

No estoy segura de qué decir. Margarethe parece irritada, como si mi presencia fuera una espina clavada en su piel. Resulta extraño. Respeto lo que está haciendo por Anneliese, la hermana de su amigo Ruben, pero casi me parece desleal decírselo.

—Bueno, es admirable que...

Margarethe deja caer ruidosamente los libros sobre el escritorio de mi madre.

—¿Por qué siempre tienes que inmiscuirte, Clara? —protesta—. Te comportas como si estuvieras por encima de todo el mundo, como si lo único que quisieras es regresar en paz a Copenhague cuando, al mismo tiempo, impones tu presencia a la menor oportunidad.

Me mira directamente a los ojos y su tono se endurece.

—Te dije que no te entrometieras en este asunto y no has tardado ni un día en hacerlo.

Tiene razón, claro. Ella me expuso sus condiciones y yo accedí. Aun así, cuando el señor Strahm me ofreció la oportunidad de tomar parte en sus pesquisas, acepté de inmediato. No a pesar de Margarethe, sino sin pensar siquiera en ella.

Una parte de mí siente que debería disculparme.

—Tal vez una confianza construida a base de limitaciones no lo es en absoluto —respondo.

No hay el menor dejo de humor en la risa de Margarethe.

—Traté de enterrar mis sospechas. —Niega con la cabeza—. Durante seis años me dije que a tu madre y a ti simplemente os favorecieron las circunstancias. Mi estúpido y enamorado hermano perdió la cabeza por una institutriz y se liberó a sí mismo de la carga de un matrimonio noble sin pensar en el hecho de que sus obligaciones recaerían en los demás. Ahora Dorothea está condenada a tomar votos, Klaus tiene que esforzarse tanto como Atlas tratando de mantener a flote esta casa y yo debo casarme con un tipo tedioso del otro lado del continente. Y, por supuesto, cuando Alexander se mató, dejó el dinero de su familia en un fideicomiso para ti...

Un temblor sacude la voz de Margarethe.

—Estaba enfadada. A mi amigo lo llamaron ladrón y se vio obligado a huir mientras tú partías hacia Copenhague con el dinero de Alexander. Traté mal a tu madre. Dejando de lado cualquier idea de conspiración, simplemente me molestó que tú te beneficiaras de todos y cada uno de los infortunios que sufría esta familia. Después de su muerte, reflexioné sobre el modo en que me había dirigido a ella... Hice todo lo posible para...

Margarethe se detiene un instante para recomponerse.

—Y entonces, después de años arreglándonoslas sin ti, vas y regresas. —Su tono de voz se endurece—. ¡La misma noche que envenenan a mi padre! ¡La misma noche que alguien roba la tumba de mi hermano! Al día siguiente, te pido que te mantengas al margen y ¿qué sucede? Desafías nuestro acuerdo, mi hermana vuelve mancillada a casa y tu acompañante recibe una paliza que casi le cuesta la muerte. La tragedia te persigue, Clara, y en todos los casos tú te las arreglas para emerger sin rasguño alguno.

Margarethe no solía reírse de los chistes cuando éramos jóvenes. Era una chica seria con preocupaciones serias, pero también era perspicaz y leal, y se sentía más en paz con la naturaleza de su existencia que nadie en la Casa Alber.

Era raro que consiguiéramos convencerla para que jugara con nosotros. Siempre trataba de ganar, pero nunca se enfadaba si perdía. Se mostraba invariablemente justa.

No siempre nos llevamos bien, pero eso no era algo que tener en cuenta. Durante un tiempo, fuimos hermanas y cualquier tipo de relación más allá de eso era superflua.

—¿Adónde habéis enviado a Dorothea? —repite.

No sé si explicarle en qué consiste realmente la misión de Dorothea y contarle lo de la carta del detective y lo de las cataratas de Reichenbach... Una parte de mí teme que estar enterada de todo eso pueda ponerla en peligro. Otra es consciente de que no he tomado todavía una decisión sobre el señor Strahm y que contarle la verdad a Margarethe sin duda lo condenaría definitivamente.

Aun así, después de haber soportado su diatriba, su paranoia y sus sospechas, me incomoda profundamente que mi respuesta sea

deshonesta.

—Ya te lo he dicho —respondo—, aunque ya veo que no me crees.

Ella no dice nada y supongo que no hace falta.

En vez de eso, pasa a mi lado fulminándome con la mirada y se marcha de la casa de mi madre.

Yo me quedo mirando las paredes, perfectamente consciente de una cosa: en este lugar no hay rastro alguno del consuelo que buscaba cuando he entrado.

Las investigaciones de Anneliese Hauser
Noche 11

No querría que Ma me viera esta noche. Ni tampoco tú, si estuvieras aquí.

Es raro. El riesgo de caer en desgracia no es mayor de lo habitual. Cualquier otra noche, que me pillaran significaría lo mismo. Otra Hauser que se dedica a robar.

Pero esta noche es distinta. En todas esas otras excursiones, estaba segura de mi propósito. Iba detrás de un ladrón.

Yo nunca había robado nada.

Enfilo el pasillo a oscuras y encuentro la puerta que estoy buscando. Tal y como me han indicado que hiciera, la abro con cuidado apenas lo suficiente para que la persona que está dentro pueda oír con facilidad cualquier ruido de fuera.

Regreso al pasillo y me escondo en mi lugar habitual, detrás del viejo aparador. Ese con los platos viejos que nunca usan.

Espero la señal, el ruido que, según me han dicho, lo iniciará todo.

Permanezco a la espera más tiempo del que me gustaría.

No debería estar aquí. Han desmantelado y clausurado la polea. Han cerrado a cal y canto la puerta de la verja. El misterio del chirrido nocturno de las poleas resultó ser solo lady Dorothea saliendo furtivamente de la casa.

Esta noche yo ya me iba a la cama con la intención de volver a dejar abiertos los postigos como solía hacer antes, pero me han pedido que regresara a la zona principal de la casa.

He dicho que sí. Tengo razones más que suficientes. Ella es la única persona que valora tu nombre tanto como yo. Dice que su

plan será de ayuda y que podría desenmascarar al verdadero ladrón del Schloss Alber.

Ella no mentiría, pero aun así he sentido cierta incomodidad en su petición.

Me pregunto si realmente habría podido negarme a hacerlo.

¡Crash!

Supongo que nunca lo sabré.

El ruido de algo haciéndose añicos resuena por las paredes del pasillo. Una parte de mí espera que esto no funcione. Puede que no sea suficiente para hacer salir a la ocupante de la habitación.

No obstante, pese al frenesí perceptible en los ojos de lady Margarethe cuando me contó su plan, los acontecimientos se desarrollan tal y como ella ha predicho.

—No hará falta más que un ruido —me ha dicho—. No podrá evitar curiosear.

Ella desaparece pasillo abajo y yo me meto en su habitación.

La descripción de mi señora ha sido clara. Un diario del tamaño de un libro pequeño y con las cubiertas de cuero azul oscuro.

Busco en cada rincón y cada escondite, traicionando la confianza de alguien que siempre ha sido amable conmigo y deseando que este asunto acabe lo antes posible.

Los segundos se agotan y, desesperada, echo un último vistazo alrededor de la habitación. Mis ojos se posan entonces en la cama y me doy cuenta de que la almohada más cercana está extrañamente elevada. Al fijarme, veo que algo asoma por debajo.

Haciendo tal vez más ruido del que debería, cruzo corriendo la habitación y lo cojo.

La cubierta es azul y del tamaño adecuado. Le doy la vuelta en las manos para ver la portada.

Una exploración de la simbología heráldica.

Justo cuando me doy cuenta de que lo que tengo en las manos es un señuelo siento que se me eriza el vello de la nuca.

—Supongo que ha sido Margarethe quien te ha incitado a hacer esto.

Lady Clara está mirándome desde la puerta. Su tono no parece enojado ni tampoco exactamente reprensivo.

Solo triste.

—Estaba bajando la escalera cuando he advertido que no había dejado la puerta de mi dormitorio entreabierta —dice—. Supongo que la has abierto tú para que oyera el ruido.

Asiento. Siempre me ha impresionado la agudeza de lady Clara, una agudeza que parece doble cuando se vuelve en mi contra.

Ella exhala un suspiro y extiende una mano para que le devuelva el libro. Cuando se lo tiendo, baja la mirada al señuelo en vez de mirarme a mí.

—Te sugiero que regreses a tu habitación —dice suavemente—. No deberías haberte implicado en algo así.

Me tomo eso como un permiso para marcharme. Cuando llego a la puerta, me doy la vuelta.

—¿He estado cerca de encontrarlo?

Lady Clara se ríe. Solo tú y ella me encontráis graciosa.

—Eso es algo que solo yo sabré.

Vuelvo al pasillo, resignada a regresar a hurtadillas a los cuartos de los sirvientes y meterme en la cama. Cuando Margarethe me pregunte por qué no le he llevado nada, simplemente le contaré que no había nada que encontrar.

Siento que las lágrimas asoman a mis ojos. Me disgusta lo que me he visto obligada a hacer. Le debo mucho a lady Margarethe por todo el tiempo que me ha dedicado. Y por todo lo que significaba para ti. Pero tener que pagar esa deuda con algo así de feo y, encima, en contra de lady Clara...

Ella siempre ha sido amable conmigo. No merece tantas sospechas.

Aunque me sorprende lo que oigo a continuación.

Estoy descendiendo la escalera, contenta de ocuparme únicamente de mis asuntos, cuando una puerta se abre en el pasillo que acabo de dejar atrás.

Entonces, oigo los pasos de lady Clara caminando apresuradamente y otra puerta que se abre.

Supongo que ha ido a ver cómo se encuentra herr Strahm. Ella es así de buena.



Antes de quedarme dormida, he repasado las cuestiones prácticas del día siguiente.

En caso de que Dorothea regresara con más información acerca de las fechorías del señor Strahm, yo dispondría de suficientes pruebas para acudir a la gendarmería. Iría a Kaltental de inmediato, alertaría a las autoridades y se lo explicaría todo a lord Alber con la fuerza de la ley de mi lado.

Después, en caso de que me dieran permiso para marcharme, ya no habría nada que impidiera mi regreso a Copenhague, donde podría dejar todo este asunto atrás.

Las cosas volverían a ser como deben. Un criminal tendría que responder ante la justicia y yo podría olvidarme al fin de conspiraciones e intrigas y concentrarme en los meses que me quedan para graduarme.

Todo esto me parecía muy claro hasta que Anneliese ha cogido ese libro de debajo de la almohada.

Me he vestido rápidamente y me he dirigido a la habitación del señor Strahm.

Bajo la luz de mi lámpara portátil de lectura, examino la figura que está sentada en la cama. Se le ve muy animado para tratarse de un hombre que debería estar comatoso. En sus manos, tiene mi diario. La carta del detective, que guardé entre sus páginas, descansa a su lado sobre las sábanas.

Cuando se vuelve hacia mí, la luz de la lámpara reluce en sus ojos.

—Así que lo sabe —comienza a decir inexpresivamente.

—S-señor Strahm... —tartamudeo, sintiendo cómo el suelo se abre bajo mis pies—. Está consciente.

El hombre me contempla con una expresión absolutamente inescrutable. A pesar de la siniestra naturaleza de su apariencia, no percibo en sus ojos ni amenaza ni ira, tampoco desaprobación. En vez de eso, parece un hombre que todavía no ha terminado de tomar una decisión.

—Llevo consciente desde esta mañana —explica despreocupadamente—. Hay cierta ventaja en fingirse inconsciente. El resto del mundo rápidamente se olvida de ti. Cuando estaba solo, he descubierto que el cilindro de cera había desaparecido de mi baúl. He estado inconsciente treinta y seis horas, de modo que quienquiera que lo haya cogido ha tenido tiempo suficiente para volver a dejarlo en su lugar, pero no lo ha hecho. Entiendo que eso significa que ha sido destruido.

Strahm vuelve una página de mi diario. Está en lo cierto, claro. Teniendo en cuenta su estado, no lo consideraba una amenaza, sino algo con lo que tendría que lidiar más adelante. Debe de haber estado esperando su oportunidad durante horas y, cuando ha actuado, me ha cogido completamente desprevenida.

—«Me quedo mirando entumecida las últimas palabras mientras considero las implicaciones de esa carta» —lee el señor Strahm.

A juzgar por su tono, diría que está leyendo esas palabras por primera vez. Siento entonces una punzada de ansiedad al darme cuenta de que está a unas pocas páginas de descubrir el papel de Dorothea en mis planes.

Cuando la he implicado, no tenía ni idea de que él recobraría la consciencia tan rápido. Ahora he cometido la imprudencia de colocarla en el punto de mira de este hombre.

—«Distintas palabras y frases de esas delicadas páginas me llaman especialmente la atención —sigue leyendo el señor Strahm, que parece estar divirtiéndose—. "Enfrentamiento final". "Muerte". "Esbirro". "Las cataratas de Reichenbach"».

Cruzo la habitación y le quito el libro de las manos.

—Es indecoroso leer el diario de una mujer. —Cierro de golpe sus páginas, encerrando con ello toda prueba de la implicación de Dorothea.

—Solo he cogido su diario para averiguar dónde se encuentran las posesiones que me han robado —señala Strahm—. Hay cierto equilibrio en ello, ¿no cree?

—¿Ha entrado furtivamente en el dormitorio de una mujer? —digo con voz titubeante—. ¿Es usted tan inmoral como para...?

El señor Strahm les resta importancia a mis protestas. Resulta extraño que un hombre en una condición tan débil y presa aún de un evidente dolor residual pueda, sin embargo, hacerse con todo el poder de la habitación. Tengo la sensación de que ya no estoy hablando con Hugo Strahm, sino con un nuevo conocido: el hombre que dos meses atrás cayó en las cataratas de Reichenbach.

—No tengo ninguna intención de hacerle daño —me explica. Su tono parece sincero—. Dios sabe que ya tengo suficientes problemas tratando de mantenerme erguido. Solo deseo hablar.

—No tenemos nada que decirnos.

—Al contrario. Mi libertad está en sus manos —responde él—. Cuénteme, ¿qué piensa hacer con la información que posee?

No puede haber ninguna duda en mi respuesta.

Antes de que él recobrara la conciencia, mis actos estaban guiados por la moralidad. Ahora que mi conocimiento prohibido ha sido descubierto, es una cuestión de pragmatismo y supervivencia. Si él hubiera averiguado lo que sé desde la seguridad de una celda, la situación sería distinta. Ahora, mi mera existencia es una amenaza constante para la suya.

Esta reflexión la hago en menos de un segundo, pero está claro que es demasiado tiempo. El señor Strahm adopta una expresión de absoluta comprensión.

—Entiendo —responde, como si yo hubiera expresado mis pensamientos en voz alta.

—¿Puede darme una razón para no hacerlo? —pregunto—. Es usted un criminal. Ese detective dice que usted...

—¿Y confía en ese detective?

Me quedo mirando atentamente al señor Strahm y me pregunto si no estará agarrándose a un clavo ardiendo.

—¿Acaso quiere que piense que es un mentiroso?

—Eso es lo de menos. O confía en él o no lo hace —razona Strahm—. Si no lo hace, condenarme basándose en su testimonio no es ético. Si lo hace, debe entonces confiar en todo lo que dice.

Vacilo ligeramente sin tener claro a qué se refiere exactamente.

—Esa carta es algo más que un catálogo de mis fechorías —prosigue Strahm—. Constituye mi juicio. Un juicio convocado por un

hombre de un intelecto mayor que el suyo o el mío. Un hombre cuya comprensión de la justicia excede la de cualquier juez. Su sabiduría eclipsa la de cualquier jurado, y su atención a los detalles de mis crímenes es superior a la de cualquier testigo. Yo no he sido consciente del sinsentido de mis actos hasta su fallecimiento. Al morir, ha fijado las condiciones de mi redención y yo no estaría aquí, en esta casa, ante su presencia, si no hubiera aceptado dichas condiciones.

—¿Esa es la única razón por la que está aquí? —pregunto con un dejo de escepticismo—. ¿Porque de algún modo ese detective sabía que iban a robar el *ahnensäbel* y consideraba que al recuperarlo usted quedaría absuelto de sus deudas con la sociedad?

—Nada puede absolverme, y no veo que haya algo que yo pueda decir para convencerle a usted de mi reforma. —Su tono se ha vuelto repentinamente más hosco—. Salvo esto: tanto si rechaza la sentencia dictada por el detective como si la mantiene, saldrá indemne de esta casa.

Las palabras del señor Strahm poseen cierto carácter definitivo. Es consciente de que, a pesar de sus intentos, no puede estar seguro de que haya conseguido convencerme para que confíe en él.

Me digo a mí misma que no me lo crea. Que no debo hacerlo. Y, sin embargo, no puedo evitar que su planteamiento me resulte intrigante. Ese detective, que parece ser la némesis del señor Strahm, le ha ofrecido el caso del Schloss Alber como una oportunidad de redimirse, y él la ha aceptado.

Si su mayor enemigo aboga por él, ¿cuáles deberían ser mis consideraciones antes de enviarlo al patíbulo?

—Bueno —comienza a decir Strahm, un hombre en un momento crucial de su existencia—. ¿Qué va a pasar ahora?

Lo pienso por un instante.

—Supongo que voy a cerrar con llave la puerta de su dormitorio, para que ambos podamos tener algo de...

Un escalofriante grito resuena en mitad de la noche, interrumpiendo mis palabras y haciendo que se me erice el vello de la nuca.

Strahm se vuelve hacia la puerta de la habitación y luego otra vez a mí.

—¿Ha sido fuera? —pregunta.

—En los jardines traseros —confirmo, y ambos salimos rápidamente por la puerta.

Enfilo corriendo el pasillo mientras el señor Strahm avanza renqueando y con una mano apoyada en la pared. A ver la diferencia de velocidad entre ambos, me indica que siga adelante con un movimiento de mano y yo bajo a toda prisa los dos tramos de escaleras y llego al vestíbulo de entrada.

No tengo ni idea de qué es lo que me espera fuera. Oigo que una puerta se abre en algún lugar de la casa y luego unos pasos que convergen en un destino común. Me dirijo a la parte trasera y entro en la sala de música, con sus paredes de madera lacada y su majestuoso piano barnizado. Al otro extremo, hay una serie de ventanas altas y una puerta de doble hoja con paneles de cristal que conduce a los jardines traseros del *schloss*. La puerta está perfectamente alineada con el sendero central del jardín. Al avanzar por él, el acantilado va estrechándose poco a poco hasta llegar al saliente en el que se encuentra la plataforma de observación.

Hace muchos años que no pongo un pie en ese sendero.

Mientras permanezco inmóvil, una figura aparece en la sala de música por una puerta secundaria.

Los ojos de Margarethe me divisan al instante y su expresión de alarma se transforma inmediatamente en algo más comedido.

Juntas, aunque a cierta distancia, nos dirigimos hacia la puerta que conduce al exterior y salimos al jardín.



Es una noche cálida sin viento y no se ve a nadie. Las dos echamos un vistazo alrededor mientras avanzamos hasta el extremo del jardín pisando con suavidad las baldosas del sendero.

Las estatuas de mármol a ambos lados y las sombras entre los setos tienen un aire siniestro.

Llegamos a la plataforma de observación, donde suceden dos cosas.

En primer lugar, reparo en el cáliz de una copa de cristal hecha añicos en el suelo. Sus esquirlas grandes y alargadas relucen bajo la luz de la luna. El tallo y la base, sin embargo, no se ven por ningún lado. Alrededor de las esquirlas hay manchas de vino tinto y en los huecos de las baldosas se han formado algunos hilos.

Después, ambas oímos la puerta del *schloss* abriéndose de nuevo.

Lord Alber y Klaus salen a toda velocidad de la casa uno detrás de otro. Al vernos, enfilan de inmediato el sendero del jardín. A estas alturas el señor Strahm ya debería haber llegado a la puerta, pero por alguna extraña razón no hay ninguna señal de él.

Me vuelvo hacia Margarethe, que corre hasta el extremo del saliente. Se me hace un nudo en el pecho cuando se asoma por la balaustrada.

—Dios mío —susurra Margarethe, y se vuelve hacia mí con un terror infantil en la mirada.

Klaus y lord Alber pasan a mi lado y, cruzando la plataforma de observación, se unen a Margarethe en el borde del balcón.

Aunque desearía saber qué han visto, estoy completamente paralizada. La cabeza parece darme vueltas ante la idea de seguir adelante, y las manos me tiemblan con tal severidad que me veo obligada a entrelazarlas.

Klaus se asoma por el borde y, al hacerlo, pierde de inmediato la compostura. Palidece de golpe y, apartando la mirada, se lleva una mano a la boca.

Yo me obligo a mí misma a dar un tímido paso adelante. Luego otro. Y otro. Cruzo lentamente la plataforma y, agarrándome a la balaustrada, miro abajo.

Ante mí se encuentra la pendiente del acantilado. Noventa metros que se extienden infinitamente hacia abajo mientras yo procuro no perder el equilibrio. En un tranquilo claro que hay junto a la irregular pared cubierta de musgo yace un hombre que puedo identificar.

A pesar incluso de la distancia, puede apreciarse que tiene el cráneo horripilantemente partido sobre el suelo rocoso. La luz de la luna reluce en el halo de sangre que ha vertido.

La puerta de la casa se abre una vez más y pronto Detler llega a mi lado. Al unirse a nosotros, una de sus botas aplasta una esquirla de cristal roto.

Ahora que hay cuatro pares de ojos observando la siniestra escena, me aparto del grupo y retrocedo unos pocos benditos pasos de vuelta al jardín.

De nuevo, me sorprendo a mí misma buscando a Strahm. Me pregunto si estará observando toda esta desgracia desde alguna ventana oscura, considerando si implicarse o no.

Debo decir que eso tampoco le granjea mi simpatía.

—No podemos permitirnos algo así —susurra frenéticamente para sí lord Alber—. No ahora.

Yo me vuelvo hacia el borde del acantilado. Klaus parece respirar con dificultad y Margarethe no deja de mirar a su alrededor.

—¡¿Quién es, por el amor de Dios?! —exclama—. ¿Lo conocemos?

—¿Uno de los sirvientes, quizá? —Klaus está al borde de las lágrimas—. ¿Acaso ha venido aquí uno de ellos para...?

Klaus levanta la mirada hacia mí y no termina la frase.

—No lleva uniforme —argumenta Detler, como si el hecho de que hubiera un sirviente muerto fuese a dejarlo mal a él—. Está oscuro, pero puedo distinguirlo...

—¿Entonces es alguien de fuera? —Klaus alza ambas manos—. ¿Y qué hacía aquí? ¡Para llegar a la plataforma ha tenido que sortear la verja y luego cruzar la casa! Detler, ¿le has dejado la llave a...?

—¡Por supuesto que no! —exclama Detler, perdiendo momentáneamente los estribos.

—¿Alguien ha visto algo? —Lord Alber contempla desquiciado el cadáver y luego nos mira a Margarethe y a mí—. ¿Cuál de las dos ha llegado primero? ¿Habéis visto quién ha hecho esto?

—Margarethe y yo hemos llegado juntas —respondo—. No hemos visto a nadie en los jardines.

—¡Pues si ha venido de fuera, alguien ha tenido que dejarlo entrar! —exclama el barón, dejándose llevar por el pánico—. ¿Qué creéis que ha pasado? ¿De veras pensáis que este hombre ha sorteado nuestra verja, ha cruzado la casa, se ha servido una copa de vino y luego se ha tirado por la plataforma? ¡Eso es absurdo! ¡Es una...!

Lord Alber se calla y todas sus preguntas cesan de golpe.

—Esto es por el *ahnensäbel* —concluye—. Lo sé. ¡Lo sé! Ese hombre está implicado y alguien de esta casa sabe algo acerca...

—No hemos llegado juntas —lo interrumpe Margarethe mirándome fijamente—. Hemos entrado a la vez a la sala de música por distintas puertas.

Al asimilar las palabras de Margarethe, los Alber restantes, y Detler con ellos, se vuelven hacia mí. No percibo intención acusatoria en los rostros de los hombres, pero sus expresiones de pánico parecen contener asimismo varias emociones desagradables que fácilmente podrían fusionarse y formar una acusación.

—Dormimos en distintas alas de la casa —contesto—. Claro que hemos llegado por distintas puertas.

—Solo digo que podrías haber vuelto sobre tus pasos, dejando atrás los jardines y, al oírme a mí, haber entrado en la sala de música al mismo tiempo que lo hacía yo.

—¿Estás acusándome de asesinato? —pregunto, subrayándole a Margarethe el peso de lo que parece sugerir.

Ella no se amilana ante mis palabras y agradezco que, justo en ese momento, lord Alber vuelva a hablar para sí otra vez.

—Debemos encargarnos de esto con discreción —dice, dejándose llevar de nuevo por el pánico—. Después de todo lo que ha pasado, no nos recuperaríamos nunca de un escándalo como este...

—La polea —pregunta Margarethe con cierta imperiosidad—. ¿Cuánto se tarda en descender por ella?

—Cuatro minutos. Tal vez cinco —responde Klaus.

Casi antes de que este termine de contestar, Margarethe comienza a caminar en dirección a la casa.

Voy detrás de ella, pues tengo claro cuál es su destino.

Aparte de la puerta de la verja, la polea de los suministros es el único modo de entrar y salir del *schloss*, aunque la última vez que la vi había sido clausurada. Teniendo en cuenta el tiempo que hemos estado en los jardines y el que se tarda en llegar al valle, si alguien quisiera usarla para escapar, todavía estaría descendiendo.

Cuando llego al cuarto de la polea, situado en el rincón más occidental de la casa, Margarethe está echando un vistazo en su interior.

Incluso en la oscuridad, no hay ninguna duda. El cuarto está vacío. No hay nada salvo cestos vacíos, los engranajes inmóviles y la pesada trampilla de hierro cerrada con un candado.

En el caso de que, milagrosamente, alguien hubiera podido entrar por aquí, está claro que no se ha marchado por el mismo sitio.

—Detler. —Margarethe se vuelve bruscamente hacia el mayordomo—. ¿Las llaves de la puerta de la verja?

Desesperado por demostrar que no se ha distraído en sus deberes, Detler hunde una mano en el pecho y saca el fino cordel que cuelga de su cuello. En su extremo, igual que cuando le ha abierto la puerta de la verja a Dorothea, hay un juego de llaves de hierro.

—No he dejado salir ni tampoco entrar a nadie —insiste.

Veo cómo Margarethe analiza todas las opciones, topándose con una imposibilidad tras otra. Su frustración va cada vez a más e, inevitablemente, al final se vuelve hacia mí.

—Ella tiene algo que ver con todo esto.

—Margarethe, por favor —trata de interceder Klaus—. Clara no haría algo como...

—¿Entonces quién lo ha hecho, Klaus? —le inquiere Margarethe—. ¿Padre? ¿Detler? ¿Yo?

—¡Puede que haya sido un accidente! —responde Klaus, tratando desesperadamente de encontrar una explicación—. ¡A lo mejor el

tipo ese estaba intentando escalar el acantilado para entrar furtivamente en casa y simplemente se ha caído!

—Esa persona estaba tomando una copa de vino con alguien —argumenta Margarethe—. ¡Ese alguien es responsable de esto, y lo más natural es considerar sospechosa a la persona que ha sumergido a esta casa en el caos desde el momento de su llegada!

Se vuelve hacia mí.

—¿Por qué estás vestida, Clara?

Espero que alguno de los presentes diga algo en mi defensa. En vez de eso, todo el mundo se vuelve hacia mí a la espera de mi respuesta.

Me siento como si estuviera al borde del acantilado.

Al menos el odio de Margarethe es sincero. Ella realmente piensa que soy responsable de esto. Ahora bien, incluso si los otros no comparten esa creencia, tienen claro que alguien de esta casa tiene que haber sido el responsable.

Más que nunca, soy consciente de la gran distancia que me separa de la familia Alber.

Anneliese me ha visto diez minutos antes de que se oyera el grito. Sin embargo, incluso si Margarethe la creyera, la niña no puede testificar en mi favor sin incriminarse a sí misma, lo cual sin duda empeoraría aún más la opinión de Detler sobre la familia de Anneliese. A alguien se le han de cargar las culpas, y yo estoy sola en lo alto de una lista nada envidiable.

—Estaba atendiendo al señor Strahm.

—¿Esa es tu coartada? —dice Margarethe en tono burlón—. ¡Strahm está inconsciente, Clara!

—En realidad ya no —contraargumento.

Nada más decir las palabras, lamento haberlo hecho. En mis prisas por defenderme, he puesto mi vida en manos del señor Strahm.

Si este corrobora mi historia, quedaré libre de toda sospecha. Si decide no hacerlo, me quedaré sin coartada y seré considerada una mentirosa.

Cuando hemos hablado hace apenas unos minutos, parecía decidido a reformarse. Ahora bien, si ha de testificar en mi favor, no

desaprovechará su ventaja. Soy perfectamente consciente de que su ausencia en este grupo apesta a maquinación.

—¿El señor Strahm está consciente? Bueno..., eso al menos son buenas noticias —dice Klaus tímidamente.

Margarethe parece tener ganas de pegarme. Veo cómo le tiembla la boca mientras trata de pensar una réplica que esté a la altura de la ira que siente.

Antes de que pueda detenerla, pasa a mi lado a toda velocidad en dirección al vestíbulo de entrada.

Yo voy detrás. A mi espalda, un contrariado lord Alber les indica a gritos a Detler y Klaus que nos acompañen.

Sin saber bien qué puedo hacer para intervenir, sigo de cerca a Margarethe hacia la escalera central y subo tras ella hasta el pasillo de la segunda planta.

—No deje que entre, padre —le susurra bruscamente Margarethe a lord Alber antes de entrar con decisión en el dormitorio del señor Strahm.

Con creciente ansiedad, llego hasta la puerta de la habitación, pero entonces noto que una mano me agarra de la muñeca. Al volverme, veo al barón. Su expresión es tranquila pero firme, igual que el agarre de su mano.

Espero junto a la puerta con la espalda pegada a la pared. Klaus, Detler y lord Alber delante de mí. Klaus me mira como disculpándose y luego aparta la vista, incapaz de hacerse cargo de sus propios actos ni siquiera cuando los está llevando a cabo.

Quiero hablar, protestar, pero soy consciente de que todo ruido que haga, cualquier intento de liberar la muñeca y abrir la puerta, será considerado un intento de influir en un testigo independiente.

Oigo al otro lado de la puerta cómo los pasos de Margarethe se acercan a la cama del paciente.

—Señor Strahm —comienza a decir ella—. Señor Strahm.

Margarethe se queda en silencio otros diez segundos.

—Lo que pensaba.

Regresa a la puerta del dormitorio. Desde el pasillo, veo cómo la manilla comienza a girar.

—¿Lady Margarethe? —se oye decir de repente con voz trémula al señor Strahm—. Está usted en mi dormitorio. ¿Sucede algo?

La manilla se detiene y Margarethe se da la vuelta.

—Discúlpeme, señor Strahm. Clara me ha pedido que viniera a ver cómo se encuentra —dice Margarethe en un tono suave—. Nos contó lo que le sucedió cuando trataba de recuperar el *ahnensäbel*.

—Bueno —responde Strahm—. Desearía haberlo hecho mejor. ¿Dónde está la señorita Mendel?

—Dormida, supongo —dice Margarethe con inocencia.

—Ah —dice Strahm—. Entiendo.

Con silenciosa desesperación, mis ojos se encuentran con los de los tres hombres que tengo ante mí y me los quedo mirando con una expresión desconsolada que evidencia lo traicionada que me siento. Lord Alber vacila, Klaus baja la mirada, pero Detler me observa con el mismo recelo que Margarethe.

—Estoy segura de que querrá agua y comida. Ha permanecido inconsciente mucho tiempo —declara ella, siguiendo adelante con su indagación—. De hecho, ¡oh, Dios mío! ¿Soy yo la primera en darle la bienvenida de vuelta al país de los vivos?

El corazón me late con fuerza y la garganta se me seca mientras espero la respuesta a la pregunta de Margarethe.

—Me halaga usted —responde el señor Strahm—, pero la señorita Mendel ha sido la primera. ¿Está todo el mundo bien? Hemos oído un grito o algo así.

Una oleada de alivio me recorre el cuerpo. Lord Alber me suelta la muñeca. Detler parece decepcionado.

—Ah —contesta débilmente Margarethe, apenas pronunciando la sílaba—. Usted también lo ha oído.

—Sí —murmura el señor Strahm—. Ha sido aterrador.

Ella se queda un momento en silencio. Su desesperación reverbera a través de la puerta.

—Señor Strahm —susurra—. Ha demostrado ser usted un hombre honorable. Han cometido un delito en esta casa. Si alguien lo está presionando para que no hable, o si se ha visto usted arrastrado a algo en lo que preferiría no estar envuelto, le aseguro que puede contármelo.

El señor Strahm tarda mucho en contestar. Solo puedo imaginar las maquinaciones que debe de estar urdiendo en su cabeza.

—En ese caso, ¿puedo confiarle algo, lady Margarethe?

—Claro que sí —le asegura ella con cierta palpitación en la voz—. Desde luego que puede.

—¿Y me promete que no sufriré ninguna represalia si lo hago?

—Por supuesto que no —le asegura Margarethe, causando que el señor Strahm exhale un largo suspiro.

—Creo que... —comienza a decir—. Creo...

Como si tratara de tranquilizarse a sí mismo, el señor Strahm aspira nerviosamente una bocanada de aire, se incorpora en la cama y susurra:

—Creo que lord Klaus ha estado robando cosas de la casa.



—¿Cómo dice? —oigo que pregunta Margarethe con gran desconcierto.

—Y el señor Detler también, me temo —prosigue el señor Strahm en un tono cada vez más vigoroso—. He detectado varias señales que así lo indican. Durante la cena de bienvenida a la señorita Mendel, todos bebimos de antiguas copas de plata. La plata es un potente conductor del calor y el hielo se derrite con rapidez cuando entra en contacto con ella. Aun así, el hielo de mi copa se derritió lentamente, haciendo que sospechara que las copas habían sido cambiadas por otras de un metal menos valioso. Quienquiera que hubiera robado las originales había estado dispuesto a encargar falsificaciones para evitar las sospechas de la familia, indicando con ello que se trataba de alguien que vive en la casa. El señor Detler, que se encarga de cuidar la vajilla, debería haber advertido cualquier cambio. Su silencio me parece muy revelador.

—Señor Strahm —lo interrumpe Margarethe con un dejo de desesperación en la voz.

—Esa misma noche —persevera el señor Strahm—, estaba jugando al ajedrez en la biblioteca cuando a alguien se le cayeron unos objetos metálicos en la escalera. Eran pequeños y pesados, rodaron por el suelo y repiquetearon por los escalones hasta que se detuvieron. Monedas, podría conjeturarse. Y valiosas, o no las habrían estado transportando al amparo de la noche ni la persona a la que se le habían caído hubiera entrado en pánico. Quienquiera que las recogiera luego salió corriendo al primer piso, salvando los dieciséis escalones de ese tramo en apenas cuatro zancadas. En esta casa, solo hay una persona suficientemente alta como para ascender los escalones de cuatro en cuatro. Un ladrón normal habría huido con las monedas. En lugar de eso, alguien con acceso a la caja fuerte de lord Alber volvió a dejarlas ahí con la intención de que nadie advirtiera el robo...

—¡Señor Strahm, por favor! —exclama Margarethe, tratando de detener las acusaciones.

Cual válvula de presión que estallara, lord Alber irrumpe en el dormitorio y se dirige hacia la cama del señor Strahm mientras los demás lo seguimos más lentamente.

—¡¿Cómo se atreve a acusar a mi hijo de semejantes cosas?! —le recrimina a gritos al señor Strahm.

—L-lord Alber —tartamudea Strahm, aparentemente desconcertado por nuestra presencia—. No sabía que usted...

—¿No cree que ya tengo suficientes cosas con las que lidiar como para tenerme que preocupar además por chismorreos sin sentido? —Lord Alber lo interrumpe con impaciencia—. ¡La insolencia de Dorothea, un cadáver en mi hacienda...! ¡¿Y ahora se atreve usted a llamar ladrón a mi hijo e implicar a mi sirviente más leal?!

—Disculpe... ¿U-un cadáver? Yo... —balbucea el señor Strahm—. Le pido disculpas, Su Señoría. No eran más que sospechas descarriadas. Ni siquiera sé si guarda usted monedas en la casa.

—Tiene usted razón acerca de las monedas —admite lord Alber—. En casa guardamos un tesoro de antiguos ducados de oro desde hace generaciones. Llevo meses viéndolas cada mañana, y hay tantas como siempre.

—¿Y su peso no ha disminuido?

Lord Alber vacila.

—El envilecimiento de monedas era una práctica habitual tiempo atrás —explica el señor Strahm—. Los ladrones usaban una herramienta afilada para recortar los bordes de las monedas de oro, permitiéndoles robar así poco a poco, pues su trabajo podía confundirse fácilmente con el mero desgaste de la moneda. Esta práctica declinó con el inicio de la acuñación a máquina, pero imagino que sus monedas son anteriores a la implementación de ese método.

Lord Alber mira furiosamente a Strahm durante un largo momento.

A pesar de las circunstancias, no puedo evitar maravillarme por la argumentación del señor Strahm. Ambos oímos los mismos ruidos

procedentes del vestíbulo esa noche. En total, aquel estruendo no duró ni diez segundos.

Yo no pensé más en ello, pero, si él está en lo cierto, usando únicamente el oído y realizando algunas inferencias lógicas acaba de resolver un crimen que había estado cometiéndose durante mucho tiempo en la casa sin que nadie se hubiera dado cuenta hasta ese momento.

—Al principio me resultó confuso el hecho de que volvieran a llevar las monedas al despacho desde otro lugar de la casa —prosigue el señor Strahm—. ¿Por qué coger esos objetos de valor para devolverlos luego? Parece que debieron de hacer algo con ellos antes de dejarlos otra vez en la caja fuerte. Durante una breve visita a la caseta del encargado de mantenimiento vi unas tijeras de poda extremadamente afiladas. El característico patrón de abrasión presente en sus hojas me confirmó que habían sido usadas para envilecer monedas. Estas tendrían el mismo aspecto que antes y la única prueba clara de que han sido envilecidas sería...

—Una reducción en su peso —termina la frase lord Alber—. Si pesar las monedas es lo necesario para descartar este despropósito, hagámoslo.

El barón está a punto de salir de la habitación cuando repara en la expresión de su hijo.

Klaus Alber parece a punto de echarse a llorar. Tiene el rostro rojo y le tiemblan las manos.

—Padre... —busca las palabras, pero no encuentra ninguna.

Una horrible certeza comienza a tomar forma en la mente de lord Alber.

—¿Klaus? —dice con tono sombrío.

Klaus agacha la cabeza, avergonzado. Finalmente, rompe a llorar y las lágrimas comienzan a resbalar por sus mejillas como si años de estrés y culpa acumulados hubieran sido liberados.

La presencia de lord Alber parece llenar entonces la habitación. Permanece con los puños a ambos costados, tan fuertemente apretados que los nudillos se le han vuelto blancos, y las llamas de sus ojos emiten un calor que Klaus apenas parece soportar.

—¡Maldito desgraciado! —exclama el barón, agarrando a su hijo por los hombros y zarandeándolo—. ¿Sabes lo que has hecho?

—¡Padre! —dice Klaus en tono suplicante—. Debe comprenderlo. ¡Solo cogimos cosas que no pudiera echar en falta, objetos de habitaciones cerradas, fragmentos de oro de monedas que no gasta! ¡Y no era para nosotros! Esta casa... Sus deudas, sus gastos... ¡Se niega usted a separarse de ninguno de nuestros bienes!

—¡¿Entonces es culpa mía?! —exclama lord Alber, hecho una furia y empujando hacia atrás a su hijo con tanta fuerza que este se tambalea y pierde el equilibrio.

Klaus se cae al suelo y se golpea con fuerza contra una cómoda. Detler se queda boquiabierto, presa del shock, mientras que Margarethe corre junto a su hermano. Yo soy la única persona que se fija en el señor Strahm. Este se limita a observar el caos con una inquietante indiferencia.

—Y tú. —El barón se vuelve hacia Detler—. ¿Primero ese mozo de cuadras ladronzuelo, Ruben Hauser, y ahora tú? ¡Algo me dice que trabajabais juntos! ¡No sois más que un par de vampiros chupándole la sangre a mi casa!

—¡Deje en paz a Detler! —dice Klaus en un tono extrañamente vigoroso al tiempo que se pone de pie y se yergue en toda su altura.

—¿Has sido tú? ¿El *ahnensäbel*? —pregunta el barón echando chispas por los ojos.

—No. —Klaus se derrumba visiblemente—. ¿Cómo puede...?

—¿Y el hombre ese del valle?

—No. Padre, yo...

—¡Un aliado, tal vez! —insiste el barón—. ¡Debéis de haberlo invitado aquí y luego lo habéis despachado para quedaros con su tercio de vuestros beneficios ilícitos!

—¿Beneficios? —Entre lágrimas, Klaus deja escapar una risa rota —. ¡Yo no he sacado ningún beneficio! ¡Cada día me hundo en nuestras cuentas, sacrificando mi sentido del honor para poder arreglárnoslas otro año, otro mes, otro día! ¡Nuestra sangre noble, nuestros ancestros, tienen menos sentido con cada día que pasa y, sin embargo, a usted es lo único que le importa!

—Si tu hermano pudiera verte ahora, se sentiría asqueado —le espeta lord Alber.

—Yo podría decir lo mismo —responde Klaus con tristeza y dando un paso hacia su padre—. Quería usted tanto a Alexander porque se parecía al abuelo. Era un conquistador, un ejemplo de nobleza. En cambio a mí me odia, padre. Me detesta porque me parezco a usted.

Respirando a través de sus dientes apretados, el barón alza una mano por encima de la cabeza para pegar a su hijo. Margarethe grita y Klaus se encoge.

Al cabo de un largo momento, vuelve a dejar caer la mano al costado.

Se diría que Klaus casi habría preferido que le pegara. Se marcha de la habitación, seguido rápidamente por Margarethe.

—¡Cobarde! —grita el barón—. ¡Vuelve aquí ahora mismo!

—Lord Alber —dice el señor Strahm antes de que el barón también se marche de la habitación.

Este se vuelve y, conteniendo su ira, se dirige al hombre convaleciente.

—Le estoy agradecido, señor Strahm. Y lamento haber creído que era usted un mentiroso. Ahora debo encargarme de mi familia.

—Como todos los padres —responde Strahm—, pero este hombre muerto que ha mencionado antes... Deberían hacer alguna pesquisa al respecto. En tanto que la señorita Mendel y yo podemos responder el uno por el otro, me gustaría ser yo quien se hiciera cargo.

El barón se queda inmóvil. Está saboreando las palabras del señor Strahm, aceptando el consuelo que le ofrecen, la embriagadora perspectiva de que alguien más sostenga sobre sus hombros aquello que lo atosiga.

Veo con más nitidez que nunca la verdad que contienen las palabras de Klaus. Ostentar un título no supone ningún esfuerzo; encargarse de una hacienda familiar, en cambio, es algo muy exigente. Lord Alber se regodea en el poder que le ofrece su posición y, sin embargo, rara vez cede sus responsabilidades, incapaz de comprender que ambas cosas están intrínsecamente vinculadas.

Por el contrario, el señor Strahm comprende esas cosas perfectamente. Cada responsabilidad que se ofrece a asumir fortalece la influencia que ejerce sobre Su Señoría. Me fijo en la tranquila expresión de su rostro. Cualquier esperanza de redención está evaporándose rápidamente.

—El encargado de mantenimiento le preparará el faetón y, puesto que el señor Detler ya no está a mi servicio, yo mismo le abriré la puerta de la verja —dice lord Alber, asintiendo.

El barón se marcha y Detler, horrorizado y con los ojos abiertos como platos, lo sigue por el pasillo.

Oigo sus pasos alejándose. Luego hay unos cuantos gritos resonantes y portazos. No es hasta ese momento cuando las manos comienzan a temblarme y libero la tensión que había estado conteniendo.

Nunca he sido una bailarina agraciada. Y, sin embargo, desde que he llegado al Schloss Alber, bailar es lo único que he hecho, tratando de esquivar una situación delicada solo para meterme en otro apuro.

Acabo de evitar que me acusen de asesinato, pero me siento más atrapada que antes. Comprendo la verdad mejor que nadie en esta casa, pero no sé si ese conocimiento que poseo me proporciona alguna ventaja o, por el contrario, me pone en peligro. Es una sensación al mismo tiempo estimulante y horrible, si bien decididamente se decanta hacia esto último.

Mientras los ecos de una familia fracturándose resuenan de fondo, el señor Strahm se incorpora en la cama y me observa con una expresión casi aburrida.

—Bueno —declara—, creo que he conseguido desviar debidamente la atención de los Alber. ¿Damos un paseo? Nos ofrecerá la posibilidad de renegociar nuestras posiciones.



—¿Qué quiere decir con renegociar? —pregunto, desconcertada por su franqueza.

—Muy sencillo —dice Strahm despreocupadamente—. La última vez que hablamos, mi único recurso consistía en apelar a la moral. Solo contaba con mi retórica y la esperanza de que usted no me delatara. Ahora ha muerto un hombre y yo le he proporcionado una coartada. Las cosas han cambiado un poco, ¿no le parece?

Es extraño. Lo que he presenciado en los últimos diez minutos debería impedir que ahora me sorprenda la verdadera naturaleza del señor Strahm: su calculada decisión de evitar los jardines traseros, la facilidad con la que ha traicionado los secretos de Klaus... Aun así, sin embargo, este giro drástico me coge desprevenida.

—¿Qué ha pasado con las ambiciones que tenía de reformarse y con los planes del detective para usted? —pregunto—. ¿Ha mentido sobre todo eso?

—Por supuesto. El hombre del que habla era un idiota —dice Strahm como si nada antes de cambiar de tema—. Necesitaré vestirme si queremos salir con tiempo. Si desea conversar, le sugiero que se vuelva hacia la puerta.

Parece casi ridículo invocar respetabilidad en un momento como este. Debería marcharme de la habitación. Soy una mujer soltera y estoy en el dormitorio de un hombre soltero. En vez de eso, sin embargo, hago lo que me indica, impaciente por saber cuáles son las condiciones que me propone.

Oigo que aparta la sábana, luego posa los pies desnudos sobre el suelo enmoquetado y coge hábilmente un bastón situado al lado de la cama.

Me arrepiento de mi decisión.

Soy una estudiante de Medicina que ha estado varios días cuidándole las heridas y cosiéndole la piel a este hombre. Lo he visto desnudo. También he visto cómo manipula los puntos flacos de aquellos que le rodean.

Sí, a pesar de todo lo que he averiguado sobre el señor Strahm, la educación hace que le dé la espalda.

Renqueante, se dirige al armario y rebusca entre las prendas que cuelgan.

—Los argumentos expuestos en esa carta son superficiales y, su intención, tristemente optimista. —Mientras dice eso me lo imagino poniéndose una camisa sobre su delgado cuerpo—. ¡Sugerir que viniera aquí en una especie de peregrinaje moral...! ¡Menuda ridiculez!

—¿Entonces por qué ha venido? —pregunto mientras oigo cómo se abrocha los botones.

—Usted y yo somos parecidos en un aspecto —comienza a decir el señor Strahm mientras desdobla unos pantalones y se los pone con mucho cuidado—. Ninguno de los dos desea estar aquí ni un segundo más de lo necesario. Yo tenía dos aspiraciones al visitar esta casa: obtener algún beneficio de lord Alber y hacerme con el *ahnensäbel*. Cualquiera de las dos cosas habría servido para ayudarme a regresar a mi anterior estatus. Lamentablemente, en este lugar no hay dinero y el *ahnensäbel* fue robado antes de que pudiera poner en marcha mis propios planes. Lo cual nos lleva a nuestra negociación.

No puedo librarme de la sensación de estar expuesta. Hasta donde yo sé, Strahm podría dar unos pocos pasos silenciosos, rodear mi cuello con una mano y, sosteniendo un cuchillo con la otra, cortarme la arteria carótida. Una voz interior me prepara para ello. Detener la hemorragia. Aprovechar sus heridas recientes. Salir corriendo.

Al ponerse una americana sobre los hombros oigo el roce de las mangas de la camisa con la seda del forro. A continuación, unos pocos movimientos rápidos y el ruido de una tela anudándose me indican que está poniéndose una corbata.

En cuanto creo que ya es apropiado, me doy la vuelta. Strahm va ataviado con una camisa de un blanco impoluto, un traje rojizo-amarronado, chaleco a juego y una corbata burdeos. Se lo ve extrañamente renovado, como si las ronchas y los moratones de su rostro no fueran más que otro disfraz.

Ahora ya no hay duda de que Hugo Strahm ha dejado de existir. El hombre con el que estoy hablando es otra persona completamente distinta. Presumiblemente, el mismo villano que cayó en las cataratas de Reichenbach hace dos meses.

Hay algo extrañamente empoderante en esta imagen del señor Strahm. He desvelado su verdadero rostro mediante mi perspicacia y mis consideraciones mientras que los demás no han sido capaces de ver más allá de esa identidad falsa.

Y, sin embargo, esta sensación rápidamente da paso a una oleada de ansiedad. Me ha llevado cinco días y un considerable esfuerzo mental dar con el hombre que tengo delante, concluir que no lo comprendo y saber que no debo fiarme de él.

Cuanto más pienso en ello, menos me parece un logro.

—Mis condiciones son las siguientes —prosigue—. El hecho de que este desconocido haya sido asesinado en las cercanías del Schloss Alber indica que, casi sin duda, está relacionado con el *ahnensäbel*. Si, mediante nuestra investigación, conseguimos hacernos con el sable, mi intención es que nos separaremos amigablemente, pero siendo yo quien se lleve la reliquia consigo.

—¿Y yo qué obtengo? —pregunto.

—El culpable tras las rejas, la resolución de un crimen y la ausencia de impedimentos para poder regresar a Copenhague.

Contemplo al hombre que tengo delante y me doy cuenta de la facilidad con la que le plantea sus exigencias al universo. Su sonrisa carece de calidez y tampoco hace el menor esfuerzo para disimularlo. Ahora puedo ver más claramente que antes al villano descrito en la carta oculta.

Casi puedo visualizarlo rodeado por los fantasmas de aquellos con los que ha tenido algún tipo de relación. Y a estos me los imagino advirtiéndome a gritos que no llegue a ningún acuerdo con este hombre, que no cometa su mismo error, que no me crea tan lista como para triunfar allí donde ellos fracasaron.

—Está bien —declaro, sosteniéndole la mirada—. Estoy de acuerdo.

El amanecer todavía está a unos pocos horizontes cuando el encargado de mantenimiento Fischer conduce el faetón a la puerta

de la verja. Lord Alber nos acompaña. Se ha quedado las llaves que antes llevaba Detler, pues ya no confía en su antiguo mayordomo.

Ninguno de nosotros dice nada. Strahm avanza renqueando con la ayuda de su bastón. Lord Alber está completamente distraído.

La puerta se cierra a nuestra espalda y veo cómo Su Señoría da la vuelta para regresar a la casa. Al observar su sombrío estado de ánimo, me siento repentinamente contenta de estar al otro lado de la verja.

Me vuelvo hacia Strahm para ayudarlo a subir al banco acolchado del faetón, pero descubro que ya se las ha arreglado sin mí.

—¿Está seguro de que se encuentra suficientemente bien para esto?

Strahm permanece en silencio, como si esa pregunta fuera innecesaria. Aun así, cuando cojo las riendas y el pequeño carruaje arranca con una sacudida, detecto un ligero gruñido de disimulado malestar.

—Repasemos los hechos —comienza a decir él mientras avanzamos—. Hay un hombre al pie del acantilado que, presumiblemente, ha muerto a causa del impacto de la caída.

—¿Presumiblemente? —replico—. A mí me ha parecido bastante seguro.

—No podemos saberlo hasta que no lo veamos de cerca. Podría haber sido asesinado en otro lugar y luego transportado al borde del acantilado —explica—. El grito podría haberlo dado cualquier otra persona.

—Salvo por lo de la copa de vino —señalo.

Strahm ladea la cabeza interrogativamente.

Se lo aclaro.

—Parecía como si hubiera habido un altercado en la plataforma. En el suelo había una copa de vino tinto rota con el contenido esparcido.

—¿Cuánto habían bebido?

—No tengo la menor idea —respondo, incrédula—. ¿Debería ser capaz de determinarlo solo con mirar la copa rota?

—En cualquier caso, se trata de un detalle intrigante —reflexiona Strahm—, y que está directamente conectado con un curioso

aspecto de este caso.

—¿Cuál?

—Si la víctima no residía en la casa, la plataforma de observación es un lugar algo extraño para un encuentro —contesta Strahm—. Citarse con un desconocido en los jardines traseros del Schloss Alber, teniendo en cuenta que para llegar a ellos hay que atravesar la casa entera... La única explicación sería la insensatez o una gran familiaridad entre el asesino y su víctima.

—Piensa usted que el fallecido conocía a alguien de la casa. Que se sintió bienvenido —parafraseo, para tratar así de saber qué quiere decir—. Tiene sentido, puesto que compartieron una copa de vino.

—Un hombre relajado es más fácil de reducir —se muestra de acuerdo Strahm.

Esta perla de sabiduría me provoca una repentina incomodidad, pues ahora soy más consciente de cuál es su posible origen. Con todo lo que he averiguado, no se me escapa que la facilidad con la que Strahm manipula a los criminales de los bajos fondos de Kaltental y sus conocimientos en cuestiones relativas a asesinatos y negocios deshonestos se deben seguramente a experiencias de primera mano.

—¿Sospecha de alguien? —pregunto con la esperanza de distraerme de ese pensamiento.

—Mi suposición, infundada, es que el asesino es el señor Detler. La verja es demasiado alta para trepar por ella de noche. Alguien tuvo que abrirle la puerta a la víctima. Y Detler llevaba las llaves colgadas del cuello —razona Strahm—, con lo que habría sido muy arriesgado para cualquier otro tratar de hacerse con ellas.

—Detler duerme muy profundamente —contribuyo—. Lo sabemos desde que éramos niños.

—Una observación razonable —reconoce Strahm—. En realidad, cualquier miembro de la familia continúa siendo sospechoso, y casi todos tienen motivos para el robo del *ahnensäbel*. Klaus y Detler han estado buscando fondos para evitar la bancarrota de la familia, y lord Alber desea mantener la reliquia alejada de las manos de su primo.

—¿Y qué hay de Margarethe?

Strahm exhala un suspiro.

—Ella la odia y quizá quiere tenderle una encerrona —aventura, no muy convencido—. Pero tendría que tratarse de un odio muy singular para que la condujera a hacer esto. Puede que haya más cosas que todavía no hemos descubierto.

—¿Está usted seguro de que la muerte de este desafortunado hombre está relacionada con el *ahnensäbel*?

—No podemos saberlo con seguridad. Es posible que lo tengamos más claro después de nuestro examen.

—¿Nuestro examen? —repito.

—Por supuesto —responde él.

Hablamos un poco más mientras descendemos hasta la base del acantilado. Cuando la pendiente se nivela, bajamos del faetón y nos internamos en el bosque.

Avanzando a trompicones sobre rocas dentadas y raíces anudadas, Strahm finalmente acepta que no puede recorrer él solo el terreno irregular. Me permite cogerlo del brazo y seguimos caminando juntos a lo largo de la escarpada pared del acantilado.

El sol está a punto de salir para cuando nos acercamos al claro. La luz previa al amanecer ha vuelto el cielo de un color gris pálido y puedo ver con facilidad el suelo del bosque y la hierba, el barro y las rocas dentadas y cubiertas de musgo.

Cuando finalmente veo el cuerpo que yace en medio del claro soy presa de la misma sensación de vértigo que sentí en lo alto del acantilado. Antes de que pueda darme cuenta, la respiración se me acelera incontrolablemente.

No vi el cadáver de mi madre después de que saltara de la plataforma de observación del Schloss Alber. Una parte de mí se arrepiente de ello. Otra, en cambio, no es capaz de concebir que yo hubiera podido tomar una elección distinta. No se me escapa, sin embargo, que este inocente claro del bosque, justo debajo de la balaustrada, debió de ser el lugar en el que ella exhaló su último aliento.

Este cadáver debe de yacer en el mismo lugar, y el mero hecho de verlo me resulta insoportable.

No me doy cuenta de que he dejado de caminar hasta que la renqueante figura del señor Strahm me adelanta y se aleja por el claro. Cuando llega junto al cadáver, baja la cabeza para mirarlo y luego se vuelve hacia mí.

No sé si se ha percatado de mis sentimientos o si, simplemente, es absolutamente ajeno a ellos.

Dicho esto, tengo la extraña impresión de que me comprende cuando me sostiene la mirada y me señala con el bastón el cadáver sombreado.

—Su paciente, doctora.



Las palabras mismas no me consuelan, pero el intento de consolarme sí que fortalece mi determinación. Resulta extrañamente alentador pensar que alguien pueda haber reconocido mi miedo, y me recuerda que, dentro de la colmena aterrada de mi mente, sigue habiendo una persona que puede levantarse cada día y hacer su trabajo.

Aunque muchos podrían objetar la compañía elegida, me siento momentáneamente contenta de la presencia del señor Strahm y, a pesar de que las manos no dejan de temblarme del todo, sí se calman lo suficiente como para que pueda iniciar el examen.

Me adentro en el claro, me arrodillo junto al cadáver y observo al hombre bajo la luz del amanecer, cada vez más intensa.

Es dolorosamente joven, apenas entrado en la veintena. Sus grandes ojos abiertos son de un verde profundo y tiene el pelo pajizo apelmazado por la sangre.

La camisa, la americana y los zapatos se ven nuevos, como si los hubiera comprado hace unas pocas semanas. Resulta extraño imaginárselo eligiendo las prendas y haciendo planes para el día que se las pusiera.

Ahora esa ropa está manchada de sangre y tierra, y sus futuros planes han quedado igualmente desbaratados.

—Bueno, puede olvidarse de que lo hayan movido *post mortem* —observo—. Sin duda, murió en estas rocas.

Eso ya había podido determinarlo el propio Strahm. La cantidad de sangre que había alrededor del cadáver lo dejaba bien claro.

Al chocar con las rocas, el cráneo del hombre se había fracturado de un modo horripilante, y la mandíbula se le había quedado abierta como si profiriera un grito silente. En conjunto era una imagen nauseabunda, incluso para una estudiante de Medicina.

—¿Podría haberse tratado de un accidente? —me pregunto al tiempo que levanto la vista hacia la escarpada pared del acantilado

—. No puede ser que estuviese intentando escalar el acantilado para llegar hasta la casa, ¿no?

—Imposible. —Strahm niega con la cabeza—. A juzgar por el impacto de la caída y la duración del grito, este hombre cayó desde lo alto. No lleva zapatos adecuados para escalar y, de haberlos usado para ello, tendrían algún arañazo. Además, parecen ser de la talla cuarenta y cuatro, la misma que la del hombre que robó el *ahnensäbel*. Y están nuevos, al igual que el resto de la ropa. Este tipo estaba gastando dinero como si acabara de recibir una buena cantidad.

Desabrocho la camisa del hombre para llevar a cabo un examen exhaustivo de sus heridas.

El impacto ha destrozado su cuerpo hasta el punto de que cualquier detalle secundario apenas es discernible. Me lleva varios minutos inspeccionar todas sus heridas, y unos minutos más descubrir algo que tal vez no es atribuible al impacto traumático causado por la caída.

—Hay una cosa —digo, un poco confundida, después de colocar con mucho cuidado el cuerpo de costado—. La columna está severamente fracturada justo encima del coxis.

—¿Y eso por qué es destacable? —pregunta el señor Strahm—. Sospecho que su columna se ha fracturado en varios puntos.

—Sí, pero las demás fracturas vertebrales significativas tienen una causa clara —explico—. Su columna cayó sobre las rocas en tres lugares y se rompió en tres puntos concretos. La sección lumbar de la espalda, en cambio, aterrizó en la tierra. Puede que esta fuera firme, pero no tan dura como la roca... y, sin embargo, la cuarta fractura es tan pronunciada como las otras.

Señalo un cardenal de un denso color rojo que atraviesa la zona lumbar del hombre como si le hubieran golpeado con una vara pesada.

—Si este individuo estaba de pie en la plataforma, su zona lumbar habría estado a la altura de la balaustrada —señala Strahm—. Puede que se golpeara con el balcón cuando lo empujaron.

—Es posible, aunque tendrían que haberlo empujado contra el mármol con mucha fuerza. Y para eso sería necesario un hombre

muy fuerte —razono—. A Margarethe, por ejemplo, le habría costado.

Una ocurrencia pasajera me empuja a echarles un vistazo a las manos del cadáver. Debajo del radio del brazo izquierdo, que asoma formando un ángulo cerrado, la mano está completamente rota. La derecha está más intacta, y la alzo para examinarla.

—Los nudillos están perfectos. Y no tiene nada debajo de las uñas —explico. Cada observación profesional que hago me ayuda a calmar la ansiedad que siento—. La cantidad de heridas me impide estar segura, pero no parece haber señales de ninguna refriega. Este hombre fue reducido rápidamente o por sorpresa. De lo contrario...

Strahm me interrumpe al apoyar el bastón en la destrozada mano izquierda del hombre, dejando parcialmente a la vista algo, un pequeño objeto delgado que reluce entre sus dedos.

Con un insensible movimiento de la punta del bastón y el feo crujido de un hueso que ya estaba roto, Strahm le abre la mano al hombre. Estoy a punto de protestar cuando mis ojos se posan en el objeto reluciente que se escondía en los dedos cerrados.

Es el tallo de una copa de cristal.

—De modo que era su vaso —digo—. El vino tinto puede enmascarar ciertos venenos. Si bebió inadvertidamente algún sedante, incluso una persona más débil habría podido empujarlo por el borde. —Me siento bastante impresionada por mi observación, aunque tiene el efecto desafortunado de ampliar nuestra lista de sospechosos. Y, de hecho, me conduce a otra posibilidad más alarmante.

—Si alguien ha envenenado a este hombre, puede que haya usado la misma planta que envenenó a lord Alber —caigo en la cuenta, recordando mi cena de bienvenida. Se diría que esta tuvo lugar hace ya meses—. Poseía el mismo efecto debilitante.

—Lo dudo mucho —responde Strahm.

—¿Cómo puede estar tan seguro? —Levanto la cabeza hacia él. Su expresión es neutral, pero me sostiene la mirada.

—Porque esa planta no existe.

Tardo unos segundos en comprender lo que está diciéndome.

—¡Dios mío! —exclamo—. ¡Fue usted! ¡Usted envenenó a lord Alber!

—Claro —admite inexpresivamente Strahm.

—P-pero usted... —tartamudeo, poniéndome de pie—. Usted... no es posible que deseara... No lo comprendo. ¿Por qué diantre querría matar a lord Alber?

—¡Venga ya! Ambos sabemos que no iba a morir. —Strahm desecha mi preocupación con un movimiento de la mano—. Pregunté por usted antes de su llegada. Es crucial para tomarles la medida a aquellos con los que uno tiene que lidiar. Lamentablemente, no recibí ninguna explicación clara acerca de sus actividades en Copenhague. Dorothea y Klaus estaban convencidos de que efectivamente estaba usted estudiando Medicina. Margarethe y Detler creían que era una especie de frívola timadora. Y lord Alber no tenía ninguna opinión. Para cuando llegó seguía sin tener claro qué hacía usted, lo cual resultaba francamente fastidioso.

—¿U-usted... envenenó a lord Alber solo para comprobar si yo había estudiado Medicina? —farfullo con incredulidad—. ¿Y... lo de advertir a Dorothea que no cogiera las bayas equivocadas?

—Las bayas que cogió eran del todo benignas —dice Strahm como si mi comentario hubiera sido absolutamente banal—. Solo lo hice para que ella creyera que había sido cosa suya y asumiera las culpas.

Me quedo mirando a Strahm con estupefacción.

—¿Ha terminado el examen del cadáver o...?

Golpeo a Strahm debajo del hombro con el pulpejo de la mano, cogiéndolo desprevenido y obligándolo a sorberse los dientes a causa del dolor.

—¡Hizo que esa chica pensara que había envenenado a su padre! —le digo a gritos—. ¡Klaus y Margarethe estaban convencidos de que iba a morir ahí mismo! Y todo por un beneficio mínimo. ¡Es inhumano! ¿Qué...?

Consigo darle tres golpes más antes de que me agarre de la muñeca con una mueca de dolor.

Le refulgen los ojos. A través del frío aire del amanecer, percibo el calor de su ira por los golpes que ha recibido. Yo le sostengo la

mirada, preparándome para recibir un golpe de su parte.

En vez de eso, sus ojos se desplazan hacia los oscuros bordes del claro. Su ira desaparece y lo que queda en su lugar es mero desapego.

—Debería analizar la cuestión desde un punto de vista más adecuado —dice en voz baja, mirando todavía por encima de mi hombro al borde del claro, como si hubiera visto algo entre los árboles—. La reputación de la que disfruté antaño la construí a base de ejemplos. Algunos eran gratificantes, otros dolorosos. Pero los impartía de forma consistente. Por más que apreciara la compañía de alguien, si esa persona se pasaba de la raya, su destino se convertía en una cuestión de causa y efecto.

Strahm vuelve a mirarme a mí como si sus palabras fueran un edicto del mismo universo.

—No pretenda ser una mera piedra en esa pared.

Me suelta de la muñeca. Todavía rebosante de indignación, pero sintiéndome ya menos atrevida, me limito a fulminarlo con la mirada. Su tranquila apariencia, como si simplemente acabara de darme un sincero consejo, me desconcierta aún más que si hubiera perdido los estribos.

Tras una última mirada iracunda, vuelvo a centrar mi atención en el hombre muerto.

No averiguo mucho más en mi examen. Al poco, tal vez como un gesto de colaboración, Strahm hinca una rodilla en el suelo y se une a mí, prestando especial atención al contenido de los bolsillos del cadáver. Tan solo encuentra dos objetos: un trozo de papel manchado de sangre y una gastada llave de hierro.

Examina someramente ambos objetos antes de tendérmelos.

El papel es un resguardo de una apuesta que me resulta familiar. No solo es de la Casa de los Cínicos, sino que parece coincidir con la pelea que presencié: es de la misma fecha y aparecen los mismos luchadores.

Se trata de un resguardo ganador, además.

—Parece que tenía usted razón cuando estuvimos en Kaltental —aventuro—. Es uno de los hombres de Bertrand, que debió de decidir ir por libre. Y esta debe de ser una llave de la casa. Está muy

gastada y tiene arañazos en la punta. Lo que no está tan claro es qué cerradura abre.

—Eso depende —dice Strahm, distraído—. ¿Tiene alguna idea de dónde vive Karl Oberlander?

Me vuelvo hacia Strahm.

—¿Quién es Karl Oberlander?

—Imagino que es el joven que tenemos delante. —Strahm se encoge de hombros—. De acuerdo con algunos estándares, no soy muy buen lector de labios, pero incluso unos conocimientos básicos me han resultado útiles en el pasado. Cuando todavía contaba con el favor de Bertrand, este le dijo a su guardia que fuera a buscar a alguien, presumiblemente el hombre que él sospechaba que había robado el *ahnensäbel*. En ese momento, agucé el oído y presté especial atención al movimiento de los labios cuando dijo el nombre. Es increíble que me acuerde, teniendo en cuenta que luego me pasé un buen rato recibiendo una paliza.

—¿Por qué...? —comienzo a decir, asombrada—. ¿Hay alguna razón por la que no haya mencionado esto antes?

—Dejando de lado un significativo periodo de inconsciencia —contesta Strahm—, había planeado guardármelo para mí.

El sol acaba de asomar por el horizonte y, tras ponerme de pie, me guardo la llave en un bolsillo.

Para recuperarme del rato que he estado de rodillas, estiro la espalda y alzo la cabeza al cielo. Al hacerlo, mis ojos se posan sobre la pared de roca gris.

Algo me llama la atención.

Una figura está asomada por el balcón, mirándonos directamente. Se encuentra demasiado lejos para distinguir quién es.

No tengo ni idea de cuánto tiempo lleva observándonos esa persona. En cuanto se da cuenta de que la he visto, su forma imprecisa desaparece de vuelta a los jardines.

Mantengo la mirada puesta en el saliente, preguntándome qué habrá pensado el mirón al ver a dos personas manoseando un cadáver y haciéndose con sus posesiones. Imagino que debemos de haberle parecido unos buitres que, aprovechando la ausencia de las autoridades, han descendido para desplumarlo.

Nuestra única salvación es nuestra intención, la claridad de nuestro propósito moral. Al volverme hacia la distraída figura del señor Strahm, sin embargo, no tengo tan claro que podamos afirmar ni siquiera eso.

—No hay nada más que hacer aquí —decido—. Sigamos adelante.



El sol ya está en lo alto y, para cuando llegamos de vuelta al faetón, sentimos su calor en nuestras espaldas.

Dejar atrás el escabroso asunto del claro a medida que la oscuridad de la noche iba retrocediendo ha resultado casi purificador. Cuanta más distancia poníamos entre nosotros y ese maltrecho cadáver, más brillante parecía ser el bosque, con los rayos de sol asomando entre las ramas y el verde profundo de las hojas cobrando vida.

Disfruto de este breve momento de alivio, un intermedio antes de que nos volvamos a ver inevitablemente inmersos en este malsano asunto. En marcado contraste, el señor Strahm no parece requerir ni desear semejante respiro. Después de examinar a Karl Oberlander, ya no me coge del brazo y camina por sí solo en un estado de reflexión tan activo que casi puedo oír los engranajes moviéndose en el interior de su cráneo.

Su expresión oscila rápidamente entre la concentración, la molestia y la consideración. Líneas enteras de investigación nacen y mueren sin que las verbalice.

Cuando el carruaje arranca y enfila la carretera hacia Kaltental, rememoro brevemente la figura que nos observaba desde el balcón. Creo saber cuál es su identidad y considero la posibilidad de decírselo a Strahm.

Justo cuando estoy a punto de mencionarlo, él se me avanza con un suspiro de irritación.

Está mirando fijamente el tallo de la copa de cristal, al que no deja de darle vueltas entre los dedos de su mano libre.

—¿Cree que el señor Oberlander estaba intentando decirnos algo? —pregunta.

—¿En qué sentido?

—Me resulta fastidioso que cayera de esa altura y siguiera aferrado con fuerza al tallo de la copa de cristal que tenía en la

mano, que quedó intacto mientras él se descalabraba. Requiere una presencia de ánimo fuera de lo común.

Llegamos a Kaltental poco después, sin haber conseguido todavía elaborar ninguna teoría viable.

A esas horas de la mañana el pueblo está tranquilo y silencioso. Solo los madrugadores están ya en pie y son, por definición, gente de talante sosegado. Pasamos por delante de una hilera de comerciantes, un tendero colocando diligentemente manzanas rojas en su parada y camareros transportando sillas a las mesas de la terraza.

—Necesitaremos la dirección del hombre —dice Strahm—. Vaya a preguntar a la oficina de correos. Yo debo atender un asunto, nos reencontraremos aquí.

—¿Qué asunto? —pregunto sorprendida.

Mi pregunta parece molestar a Strahm.

—Le aseguro que no le incumbe en ningún sentido.

—De acuerdo. Iré a averiguar la dirección —respondo—. Y también pasaré por la gendarmería para informarles de que deberían ir a recoger a Karl Oberlander. No podemos dejarlo en el bosque.

—Ya me encargaré yo de eso —dice Strahm.

Mientras él examina toda la actividad que hay a nuestro alrededor en la calle mayor, yo lo escudriño a él.

Su comentario final no habría tenido nada de especial de no ser por el tono. Lo ha dicho con el mismo aire desdeñoso que percibí en la Casa de los Cínicos, cuando me dijo que mi papel consistía en hacer de vigilante.

Ahora que sé detectarlo, me queda claro que Strahm no tiene la menor intención de informar de nada a la gendarmería.

Soy incapaz de decir si trabajamos bien juntos o no. Hay ocasiones, como mi estratagema para salvarlo en la Casa de los Cínicos, en las que la coordinación de nuestros actos fue perfecta y sobrentendida. Otras veces, en cambio, nuestros métodos y valores parecen completamente incompatibles y no puedo detectar la menor complicidad entre ambos.

—Gracias —respondo—. Se lo agradezco.

Consigo la dirección de Oberlander antes incluso de llegar a la oficina de correos.

Al pasar por delante, veo a un corpulento cartero que está arrastrando el saco del correo matutino que ha llegado en el primer tren para separarlo en otros sacos más pequeños según su destino.

Invocando el nombre de la Casa Alber, le pregunto si un tal señor Oberlander reside en algún lugar de su ruta. El cartero me confirma que Oberlander vive en el Distrito Este y me informa del nombre de la calle e incluso del color de su puerta.

Estoy a punto de darme la vuelta cuando un sobre curioso me llama la atención. Tanto la tonalidad como la calidad del papel son distintas a las del resto de cartas, y esta además está lacrada con un elaborado sello de cera.

La llamativa carta rápidamente desaparece de la vista y me apresuro a ir en busca de Strahm.

Debo decir que, teniendo en cuenta nuestro historial, su afirmación de que el asunto que ha ido a tratar no me concierne no tiene demasiada credibilidad. Conociéndolo como hago ahora, y con mi coartada estrechamente ligada con su reputación, sus movimientos me atañen enormemente.

Un minuto después, lo encuentro muy cerca de ahí. Rehaciendo sus pasos, lo diviso a través del polvoriento cristal de una ventana del hotel Edelweiss.

El corazón me da un vuelco al ver a mi presa. Me coloco subrepticiamente en una esquina de la ventana y me fijo en la transacción que está teniendo lugar en el mostrador de recepción. El recepcionista, un hombre ya mayor con un fino bigote blanco, está escuchando al señor Strahm y asiente ocasionalmente.

Acercando la cara al cristal, observo la curiosa escena mientras me pregunto qué asunto habrá traído de vuelta a Strahm al hotel Edelweiss.

Con movimientos nerviosos e indecisos, Strahm saca un sobre de su americana y se lo tiende al recepcionista por encima del mostrador. Este parece comprender de inmediato de qué se trata cuando lo abre y saca de su interior una llave de forma irregular.

—¡Clara!

La voz resuena con fuerza en la relativa calma de la calle, y una punzada de alarma hace que me aparte de la ventana del hotel.

Es Dorothea, que se acerca a mí a toda velocidad por la calle mayor en un carruaje tirado por un caballo de color gris oscuro.

Estoy encantada con su regreso, pero, en mi papel de espía, también me preocupa que grite mi nombre.

—¡Clara! —vuelve a exclamar, tirando de las riendas del caballo y cruzando la calle en diagonal para llegar a mi lado—. ¿Estás bien? —me pregunta al ver mi aspecto desaliñado.

—Muy bien, gracias —respondo, echando un rápido vistazo por la ventana del hotel.

Strahm ya no está ante el mostrador de recepción. De hecho, no se lo ve en ningún sitio.

—En el archivo de Múnich había de todo —comienza a decir Dorothea—. Incluso publicaciones de Meiringen. Pero hay más... Dame un momento.

Dorothea abre la cartera que lleva a un lado y rebusca entre la colección de papeles que hay dentro.

Como si hubiera sido convocado por nuestra conversación clandestina, en ese momento aparece Strahm por la esquina.

—¡Lady Dorothea! —exclama—. Me alegro de verla.

Mientras se acerca, contengo el pánico que siento y levanto la vista hacia Dorothea, que se ha distraído con la llegada del hombre y no ha sacado la mano de la cartera de cuero. Afortunadamente, el contenido de esta no está a la vista.

—¡Señor Strahm! —exclama Dorothea—. Justo acabo de llegar ahora mismo en el primer tren. Mira, Clara...

Dorothea comienza a sacar un periódico enrollado de la cartera.

—¡Gracias, Dorothea! —digo bruscamente, cogiéndola desprevenida—. Lo comprendo. Ya lo discutiremos cuando estemos de vuelta en el *schloss*.

Dorothea se me queda mirando, confundida y con la mano inmóvil todavía dentro de la cartera.

—Pero yo...

—¡Dorothea! —la interrumpo, incapaz de disimular la brusquedad de mi tono de voz—. Ahora he de encargarme de un asunto urgente,

ya seguiremos hablando en casa.

Se hace un incómodo silencio a nuestro alrededor.

Nunca antes le había hablado así a Dorothea. Desde luego, ella misma es perfectamente consciente de ello, y estoy segura de que Strahm se ha dado cuenta. Sorprendida por mi comportamiento, la pequeña de los Alber permanece un momento inmóvil, pero al cabo de un instante de reflexión decide seguir mi directiva a pesar de mi extraño comportamiento.

—Está bien —dice al fin, desconcertada y un poco dolida—. Supongo que nos veremos ahí.

Desearía confortarla, sonreírle brevemente para disminuir el impacto de mi arrebato, pero no puedo arriesgarme a suavizar el mensaje, de modo que me limito a asentir secamente y ella da la vuelta con el carruaje y se aleja por la ancha calle.

—¿Se encuentra usted bien? —me pregunta Strahm en un tono casi inocente.

—Discúlpeme si no tengo tiempo para cotilleos, aunque al parecer usted sí lo tiene para visitar un hotel durante nuestra investigación —digo en un tono cortante—. ¿Debemos dejar el cadáver de ese hombre para los animales mientras comprueba usted los mensajes recibidos?

A continuación, hago como que me muerdo la lengua. Espero que Strahm lo malinterprete y lo considere mera histeria. Efectivamente, aunque al principio me observa con atención, al final su voluntad cede ante la mía.

—Le pido disculpas, señorita Mendel —dice, en un tono que no suena muy sincero—. He hablado con los gendarmes y están de camino. Le sugiero que nos demos prisa, antes de que las botas de policía desdibujen nuestro rastro.

Trato de discernir si realmente lo he distraído de mi extraño comportamiento. Él estudia la calle tranquilamente, sin la menor señal de preocupación en el rostro, y luego se vuelve hacia mí.

—Imagino que ha conseguido la dirección del señor Oberlander, ¿no?

Yo asiento. Al alejarnos de la calle mayor, echo un último vistazo a la figura de Dorothea, ya en la distancia, y pienso en el caos al que

se dirige y en lo que pronto la seguirá.

En los escasos segundos que el sobre lacrado ha estado en las manos del cartero, he podido leer lo que estaba escrito en su dorso. Eran unas palabras que anuncian un incómodo ajuste de cuentas con todas las almas que residen en esa fortificada mansión: «Del escritorio de lord Friedrich Alber».



Las calles del Distrito Este están vacías y a lo lejos se oyen los ecos de la actividad de las fábricas y barcazas todavía en activo. No tardamos nada en localizar la calle de Karl Oberlander. Es un estrecho callejón, vacío a excepción de un anciano, sentado en el escalón de entrada a su casa, que se abrillanta pacientemente los zapatos.

Strahm me sorprende apartándose de nuestro destino para conversar con él.

—Mi buen hombre —comienza a decir, señalando la puerta de entrada de la casa—, ¿reside usted aquí?

El anciano levanta la mirada con una afectuosa sonrisa en los labios que deja a la vista sus rosadas encías y solo tres dientes.

—¡Así es, señor! —dice alegremente, dejando sus zapatos a un lado y examinando al elegante hombre que tiene delante—. ¿Quiere hacerme una oferta?

—Supongo que depende —responde Strahm, riéndose entre dientes—. ¿Respondería por sus vecinos?

—Una ecléctica compañía de pecadores y zánganos —dice el anciano, riéndose también—. No causan molestias, siempre y cuando tenga uno tan poco que hacer como ellos.

—¿Y qué hay de la casa del fondo, la de la puerta roja? —inquiere Strahm, mostrando sus cartas con seguridad—. ¿Se meten en muchos problemas?

El anciano vuelve a sonreír con una expresión de entendimiento en la mirada.

—¿No será usted un representante de las autoridades?

Strahm no parece reaccionar, aunque me pregunto si no se habrá molestado un poco. Procede entonces a describir su lealtad a lord Alber y me identifica como hija de la casa para dar mayor legitimidad a sus palabras.

El anciano se me queda mirando.

—Usted es la hija de Elise. Una buena mujer, le dio clases a mi nieta.

Luego vuelve su atención a Strahm.

—La señora Oberlander vive aquí con sus tres hijos —dice—. Es la mujer más amable que he conocido nunca, pero el hijo mayor es una comadreja. Le gusta mucho lo ajeno y siempre anda acarreándole problemas a su madre.

—¿Más de los habituales últimamente?

—Bueno, no es usted el primero en venir por aquí —le confirma el anciano—. Hace poco unos rufianes de la zona aparecieron buscándolo, pero él ya había volado del nido. Si anda usted tras él, le sugiero que mire en otra parte y le ahorre el disgusto a su madre.

Strahm le da las gracias al hombre, que recoge sus cosas y se marcha como si quisiera distanciarse sabiamente de los dramas que tienen lugar a su alrededor. Me pregunto cuántos ancianos llegan a esa edad simplemente por el mero hecho de saber cuándo retirarse a tiempo.

Strahm permanece un momento inmóvil evaluando la situación y luego se vuelve hacia mí.

—Necesito una página de su diario y su pluma —me pide.

—¿Por qué? —pregunto desafiante, pues no me hace demasiada gracia darle ninguna de las dos cosas. Encontrar una buena pluma con un depósito recargable ha sido uno de los mayores logros de mi vida hasta el momento.

Strahm no contesta, pero me reprende con la mirada. A regañadientes, arranco cuidadosamente una de las páginas finales del mismo diario en el que estoy escribiendo esto y dejo mi pluma a su cuidado.

Cuando nos acercamos a nuestro destino, Strahm coge la llave que ha encontrado en el bolsillo de Oberlander y la acerca a la única cerradura de la puerta roja. No hace falta ser un lumbreras para darse cuenta de que la llave es demasiado grande y no cabe.

Apoyando la hoja que le he dado contra la puerta, Strahm comienza a escribir un mensaje breve. Me inclino para leerlo, pero él lo termina antes de que pueda llegar a hacerlo.

Strahm agita la hoja en el aire un momento y luego coge la llave de Oberlander, la envuelve con la hoja y la deja al pie de la puerta.

—Prepárese para marcharnos —me dice al tiempo que llama con los nudillos a la puerta. Me señala el final de la calle con un movimiento de cabeza y, acto seguido, se aleja caminando en esa dirección.

Por pura curiosidad, lo sigo.

—¿Qué estamos haciendo? —le pregunto de camino a la esquina.

—Descubrir qué abre esa llave —me explica Strahm, acelerando ligeramente el paso.

—Yo... —comienzo a decir mientras mi mente repasa la situación —. ¿Cómo?

—Oberlander tenía un escondite en el que sin duda debió de esconder el *ahnensäbel*. Si su madre sabe dónde se encuentra, acudirá en cuanto lea la nota. Solo tenemos que seguirla y encontraremos la reliquia.

Me detengo de golpe, dejando que Strahm siga adelante. Cuando se da cuenta de que he dejado de caminar, su expresión se endurece.

—¿Qué cree que está haciendo, señorita Mendel?

—Esa nota. Era una amenaza. No, una provocación —digo rápidamente, imaginando a la mujer dejando lo que estuviera haciendo para atender la llamada a la puerta de la entrada—. Ese es su plan. Dejarle una nota con unas pocas palabras amenazantes y la llave que sostuvo por última vez su hijo, insinuando con ello que este ha sido encontrado y tal vez asesinado. Pretende conseguir así que la mujer, temiendo lo peor, vaya rápidamente a buscarlo. La pobre esperará que no le haya pasado nada, pero encontrará el lugar vacío... y solo entonces descubrirá que está muerto en otro sitio.

En la mirada de Strahm no hay nada que desmienta mis palabras.

Comprendo su forma de pensar. Sin embargo, tal y como me está resultando cada vez más obvio a causa de nuestro trato, la suya es la lógica fría y reptiliana de un hombre sin sentimientos ni corazón.

De repente, me doy cuenta de que llevo quieta ya un buen rato, y de que sigo a mitad de camino de la puerta y la esquina desde la

que podremos observar a la mujer.

Sin decirle una palabra a Strahm, me giro y me dirijo a toda prisa de vuelta a la puerta.

Maldiciendo, Strahm viene detrás de mí.

—¡Señorita Mendel! ¡Clara! —susurra con brusquedad—. ¡Su comportamiento está fuera de lugar! ¡Nuestros destinos están unidos!

—Usted es mi coartada, señor Strahm, pero no olvide que estoy al tanto de su verdadera identidad —replico—. No soy yo quien está ligada a usted. Ambos lo estamos el uno al otro.

—¿Y qué piensa hacer? —dice Strahm, furioso—. ¿Decirle a esa mujer que su hijo está muerto? ¿Y si se desmaya o huye? ¿Y si, presa del dolor, nos echa? Los gendarmes nos llevan ventaja. Conocen el rostro de Oberlander y saben cuál es la dirección de su madre. Conseguirá usted que se nos adelanten solo porque no puede...

Estoy suficientemente cerca de la casa para oír los pasos que resuenan al otro lado y, justo cuando llego a la puerta, un pesado pasador se abre. No tengo otra alternativa que darle una patada al objeto que descansa al pie de la puerta. La llave se desliza hacia la cuneta con un repiqueteo metálico y la nota sale volando detrás.

La puerta se abre ligerísimamente y luego ya del todo. Una mujer mayor, pálida y grácil, aparece al otro lado. Tiene el pelo entrecano y sus ojos, de un desvaído color verde, se abren de par en par, reconociéndome.

—Lamento haber tardado en abrir —dice entre dientes—. ¿Puedo ayudarla en algo?



Mientras escribo estas palabras horas después todavía puedo sentir la brisa veraniega deteniéndose, como si permaneciera a la expectativa de mi respuesta.

La mujer nos contempla o, mejor dicho, me contempla. Percibo respeto en su mirada, reverencia por la nobleza.

Sabe quién soy. Dudo que hubiera abierto la puerta en caso contrario.

Tanto sus ojos, vidriosos y enrojecidos, como las oscuras ojeras que hay debajo de ellos sugieren una larga noche sin dormir. Tiene un aspecto desaliñado, con el pelo sin lavar ni peinar, y los pies descalzos sobre los irregulares tablones de madera del suelo.

Resulta extraño, pero hay algo familiar en las arrugas de su rostro. A pesar incluso de su expresión apesadumbrada, distingo el cauto optimismo y la amabilidad que irradia.

Su porte me recuerda al de mi madre.

—Señora Oberlander —comienzo a decir—, ¿podríamos entrar?

Su vacilación solo dura un momento, luego se aparta casi como si fuera un objeto ingrávido y nos adentramos en su casa. Aunque me limpio las suelas de los zapatos en la entrada, soy dolorosamente consciente de los restos de barro del bosque que las suelas de mis botas van dejando.

—Usted es Clara Alber —dice. El apellido que ha usado se debe a un malentendido común acerca de las condiciones del matrimonio de mi madre, y no tengo prisa para corregirla—. Le pido disculpas por el lamentable estado del lugar.

—Para nada, tiene usted un hogar encantador —respondo—. Soy yo quien le pide disculpas por habernos presentado sin previo aviso.

La señora Oberlander asiente y, haciéndonos pasar a su salón, nos señala unos sillones de color verde oscuro.

Con las noticias que traemos, parece de mal gusto aceptar su hospitalidad. Mi decisión de permanecer de pie, sin embargo, tiene

el involuntario efecto de provocar una expresión de pálida preocupación en su rostro.

—Discúlpeme la impertinencia, lady Alber, pero ¿puedo preguntarles a qué viene todo esto? —pregunta la mujer en voz baja.

Me vuelvo casi instintivamente hacia Strahm. Su opinión en este asunto está bien clara. Se trata de mi plan y soy yo quien debe ejecutarlo.

—Hemos venido por Karl —comienzo a decir—. ¿Es su hijo mayor?

La mujer asiente, desinflándose visiblemente mientras espera que prosiga.

—Bueno —sigo diciendo—, lamento tener que informarle de esto, señora Oberlander, pero el cadáver de Karl ha sido hallado esta mañana. Parece que le han asesinado.

Tras mi revelación la mujer permanece completamente inmóvil y tengo la sensación de que le he anunciado algo que ya temía.

Además de un relativo alivio, imagino que la noticia le proporciona un horror más allá de toda medida.

—Entiendo —dice en voz baja, apenas pronunciando la palabra—. ¿Dónde está?

—En el bosque que hay más allá de Kaltental —respondo—. Los gendarmes están con él en estos momentos. En breve lo traerán.

—Ah —dice ella—. Eso está bien.

—Señora Oberlander. Lamento imponer... —comienzo a decir con delicadeza—. Estamos llevando a cabo una pequeña investigación relacionada con el fallecimiento de su hijo. En su posesión ha sido hallada una llave que no fue hecha para este apartamento. ¿Podría usted...?

—¡Por el amor de Dios! —dice de pronto, interrumpiéndome como si no hubiera estado escuchándome—. Pero ¡si tengo en mi salón a una dama del Schloss Alber! Debería haberle ofrecido té. No sé en qué estaba pensando.

Abro la boca para protestar, pero no tengo tiempo de articular palabra. Ella desaparece en la habitación contigua y la puerta se cierra a su espalda.

—Deberíamos seguirla —afirma Strahm—. Si huye, nuestras pesquisas caerán en saco roto.

—No huirá.

—Aun así —replica Strahm—. Ahora ya podríamos estar siguiéndola en dirección al lugar que abre la llave. En cuanto usted ha hecho la pregunta, ella se ha marchado de inmediato y...

Un estrépito de cristal rompiéndose resuena de repente al otro lado de la puerta. Strahm me lanza una dura mirada antes de cruzar renqueando el salón y abrir la puerta. Yo voy detrás de él.

Un tarro grande repleto de hojas negras de té se ha hecho añicos y su contenido se ha desparramado por los tablones de madera. La señora Oberlander no ha desaparecido, sino que se ha desplomado y permanece inmóvil en el suelo de la cocina.

Tiene la boca abierta como si estuviera profiriendo un desgarrador grito silencioso y las lágrimas le caen por las mejillas.

La expresión de Strahm es inescrutable. Lo hago a un lado para abrirme paso y me arrodillo junto a la mujer, colocándole una mano en cada hombro y permitiéndole que se apoye sin fuerzas contra mi cuerpo.

Permanece en ese estado durante diez minutos, completamente a mi cuidado.

Atiendo a esa mujer deshecha por el dolor mientras la agitación de Strahm bulle silenciosamente a mi lado.

Atrapado en esta pequeña habitación, debe de sentirse como un tigre que ha caído en una trampa, furiosamente constreñido por unos recelos que él considera absurdos.

—Se preocupaba por mí. Sé que lo hacía —se lamenta la señora Oberlander después de que la haya colocado en un sillón—. Tenía ambiciones más allá de su posición social, y eso siempre le traía problemas. Pero no había en él ni crueldad ni avaricia. Solo deseaba algo mejor. Para él, y también para mí.

—Estoy segura de que es así —digo con dulzura mientras la mujer solloza a mi lado.

—No era un villano —añade, hablando en parte para sí misma—. Casi desearía que lo hubiera sido. En los círculos en los que se movía, un instinto más cruel le habría ido bien.

Se enjuga unas lágrimas que son instantáneamente reemplazadas por otras.

—Pero entonces no habría sido él —decide, encontrando cierto consuelo en esa afirmación—. No habría sido mi niño.

—Lo siento mucho —susurro, notando cómo una lágrima me cae por la mejilla.

—Hay una vieja cabaña en las colinas cercanas al pueblo —dice lentamente la señora Oberlander—. A Karl le gustaba ir ahí a beber con sus amigos. No era un escondite perfecto, unas pocas personas lo conocían, pero se había metido en algún problema y esperaba que le sirviera para una noche o así. Yo tenía que llevarle comida y algunos suministros esta tarde. Pensaba marcharse de Kaltental por un tiempo.

La mujer exhala un suspiro, lamentando los planes que había hecho para su hijo. Esa visita ya no se produciría. Tendría que cocinar y comerse ella sola los alimentos que había preparado.

—Hay un pequeño riachuelo detrás de la casa. Síganlo hasta el bosque. Al cabo de media hora llegarán a un roble caído. Diríjanse hacia el oeste. Encontrarán una cabaña. La llave encajará en su cerradura.



Solo nos quedamos unos minutos más. La mujer se opone educadamente a mi oferta de barrer el suelo de la cocina y nuestra continuada presencia parece inútil e intrusiva.

El señor Strahm y yo nos marchamos respetuosamente y enfilamos de vuelta el estrecho callejón unidos por un mismo propósito, pero poco más.

Nuestra relación oscila entre la cooperación y la antipatía mutua, y mis actos en la puerta de la señora Oberlander han conseguido que ahora mismo prevalezca con firmeza la segunda opción.

El carruaje tan solo nos puede llevar hasta la linde del bosque y nos vemos obligados a avanzar penosamente a pie. Torcemos al ver el roble caído y, un poco más adelante, distinguimos la silueta de una cabaña entre los árboles. No es hasta ese último momento, al recorrer ese último tramo, cuando me decido a hablar.

—¿Está enfadado porque no he hecho lo que quería? —pregunto —. ¿O porque he tenido éxito?

—No estoy enfadado en absoluto. —Su tono lo contradice—. El hecho de que al final se haya impuesto usted resulta irrelevante. Habríamos conseguido nuestro fin con cualquiera de los dos planes, pero con el suyo hemos perdido tiempo. Era un plan muy poco elegante.

—¿Muy poco elegante? —Casi me río—. ¿En oposición al hecho de conseguir que una madre salga corriendo de su casa, preocupada por la seguridad de un hijo cuya muerte descubrirá poco después? Me parece que tenemos distintas definiciones de lo que es la elegancia, señor Strahm.

—Puede —responde él—. A pesar de su inteligencia, a usted le preocupa demasiado la posibilidad de ofender a alguien y actúa procurando causarle buena impresión a gente que no ha visto nunca antes y que no volverá a ver. La verdadera medida de un plan, sin embargo, reside en su eficiencia. Yo actúo de acuerdo con esa ley, y usted también debería hacerlo.

Opto por no responderle, pero solo porque estamos acercándonos a la cabaña. Dejamos atrás los árboles y subimos al porche de madera. A través de las ventanas no detectamos movimiento alguno, ni tampoco se oye nada en su interior.

Tras echar otra ojeada, Strahm confirma que la cabaña está vacía. Cruza el porche cojeando y golpeteando con la punta de su bastón en el suelo de madera y, al llegar ante la puerta, tira de la manilla.

—Creo que ya sé qué es lo que le molestaba a su amigo detective —observo.

Strahm está a punto de entrar en la cabaña, pero se vuelve hacia mí. Percibo una mórbida curiosidad en su mirada. Al parecer, la alusión a su rival fallecido ha despertado un leve interés.

Desarrollo mi afirmación.

—Es como si los demás estuviéramos corriendo por un laberinto de setos. El juego consiste en alcanzar los objetivos de uno mientras navega por los límites acordados: la ley, los sentimientos de los demás, la propia integridad de uno. Usted, en cambio, coge unas tijeras podadoras y se abre paso por el mismo centro.

—¿Está intentando halagarme, señorita Mendel?

—Desde luego que no —respondo con irritación—. Su proceder es destructivo. Ignora las reglas del juego, inutilizándolo para cualquier otro. Lo suyo es un ejercicio basado en crear atajos y caminos fáciles. Puede que, en realidad, en eso consista la criminalidad.

—Se pone usted en ridículo —argumenta Strahm—. El rasgo característico de un buen matemático, de un hombre inteligente, consiste en encontrar la ruta más eficiente entre dos puntos fijos. Si los demás no consiguen darse cuenta de cuál es, yo no puedo...

—¡Oh, por el amor de Dios! —No puedo evitar poner los ojos en blanco—. ¿Cree que la gente solo es decente porque no tiene otra opción? No es ninguna gran revelación que uno puede recurrir a la crueldad y el engaño. Tal vez sea usted más inteligente que los rufianes comunes, pero la esencia de lo que hace es el resultado de la insensibilidad, la avaricia y la impaciencia, no de la superioridad intelectual...

—¿Entonces debería considerarme inferior? —replica Strahm. Ahora ya no hay ninguna duda de que está enojado—. ¿Inferior a

todos esos ratones idiotas que malgastan sus vidas correteando en círculos y cuyas ideas de justicia, integridad y honor los aprisionan en un laberinto fabricado por ellos mismos? Me siento orgulloso de considerarme distinto a ellos.

—Imagino, señor Strahm, que ya conoce el popular dicho sobre el orgullo... —afirmo.

Él permanece inmóvil. Yo prosigo.

—Uno de esos ratones desmanteló todo su imperio. Dice usted que la decisión de venir al Schloss Alber no ha tenido nada que ver con el desafío de su colega, pero yo no creo que sea cierto. En caso contrario, no habría guardado su carta. Ni estaría discutiendo con él en una biblioteca vacía en mitad de la noche. Creo que teme que él esté en lo cierto. Con independencia de todos sus beneficios y ganancias, en su anterior vida usted no dejaba de ser un gran intelecto con unos objetivos inferiores.

Strahm me observa atentamente y solo en ese momento, cuando el acaloramiento de nuestra discusión ya está disipándose, comienzo a arrepentirme. Por más que la querella esté justificada, podría haberme esperado a no estar rodeada de una densa arboleda junto a un conocido criminal, sin nadie a la vista en un buen kilómetro y medio a la redonda.

Y, sin embargo, Strahm desafía toda expectativa. Algo parecido a una sonrisa aparece en su rostro y una chispa que casi podría considerarse afecto reluce en el fondo de sus ojos.

—Señorita Mendel —dice con sinceridad—, si usted no hubiera venido al Schloss Alber, me habría aburrido mucho.

—Se queda usted corto —contesto yo con una sonrisa—. Estaría usted en el río.

Strahm me sostiene la mirada un momento como si yo hubiera aportado nuevas pruebas al constante examen al que somete nuestra colaboración.

Abre la puerta y la mantiene así, ofreciéndome silenciosamente que pase antes que él. Conmovida por el gesto, pero todavía algo paranoica con que podría apuñalarme en la espalda, acepto su invitación y entro en la cabaña.



La cabaña consiste en una única estancia en la que hay el desorden de al menos tres.

Botellas de cristal, cigarrillos aplastados y unos pocos naipes sueltos están tirados por el suelo. Huele a humedad, y las espesas telas de araña de los rincones superiores están repletas de los cadáveres desatendidos de varias moscas.

Los únicos muebles de la cabaña son una sencilla mesa de madera repleta de basura, una silla y una cama de matrimonio cuyas sábanas están relativamente en buen estado, aunque ni mucho menos limpias.

Nos pasamos unos pocos minutos revisando cuidadosamente el lugar. Se oye un esporádico repiqueteo de cristal cuando mi vestido roza las botellas que hay en el suelo.

Aprovechando que Strahm me salva de la indignidad de tener que examinar la cama del hombre, le echo un vistazo al tablero de la mesa. En una taza descascarillada hay café negro con una capa de moho en su superficie. Un plato de madera contiene una pequeña pila de huesos de pollo, comida que sin duda fue cocinada e ingerida a lo largo del día de ayer. Este lugar, adecuadamente oculto de la civilización, es un refugio para aquellos que desean apostar, beber y disfrutar ajenos a las convenciones de la sociedad biempensante.

El inventario completo del contenido de la cabaña es el que sigue: veinte botellas de vino vacías, dos platos, dos tazas, un paquete de naipes y varias jeringas usadas y con lechosos restos de opiáceos en su interior.

Tardamos unos pocos minutos en determinar que no hay nada más. La cabaña plantea la paradoja de estar al mismo tiempo repleta de cosas y fundamentalmente vacía.

Un leve crujido a mi derecha hace que me vuelva. Veo a Strahm de rodillas, levantando con sospechosa facilidad un tablón que parece suelto. Echa un vistazo en el hueco que hay debajo de la cabaña y examina con aire pensativo su contenido.

Me apresuro a ir a su lado para mirar el agujero oscuro.

—Nada —dice él sin ocultar su decepción—. Unos pocos marcos, opiáceos, documentación para viajar.

—¿Ni rastro del *ahnensäbel*?

—No, pero ha estado aquí.

Señala entonces una marca que hay en la tierra en un extremo del hueco y luego recorre su extensión con el dedo. En la tierra solo hay otra marca, situada más o menos a un metro de su pareja, lugar en el que el dedo de Strahm finaliza su recorrido.

—En este hueco guardaron un objeto alargado —ha deducido— que dejó dos marcas separadas por una distancia de ciento cuatro centímetros. El largo del *ahnensäbel*.

—¿Cree que alguien se nos ha adelantado? —pregunto.

—Podrían haberlo robado antes de la muerte de Oberlander —sugiere Strahm—. O quizá este se llevó consigo el sable a la mansión como parte de una entrega planeada.

—O a lo mejor la visita al *schloss* fue idea del propio Oberlander —propongo yo—. Sabía que Bertrand andaba buscándolo. Quizá lo que pretendía era devolver el *ahnensäbel* esperando... clemencia.

—Pues si ese era su plan mereció su destino —responde Strahm —. Todo este asunto resulta irritante. Cada descubrimiento plantea más cuestiones. Más incertezas.

Me permito a mí misma una sonrisa de suficiencia, aunque se la oculto al señor Strahm. Este niega categóricamente haber aceptado el desafío que le planteó el detective en su carta y también se mofa de la idea de que el trabajo de su némesis era de mayor complejidad que el suyo. Por eso me proporciona una perversa alegría no solo verlo implicado en una auténtica investigación, sino también comprobar lo desquiciado que se siente por no poder resolverla.

—Bueno, no pierda la esperanza —digo despreocupadamente—. Mantenga la cabeza alta y todo eso.

Me pongo de pie y, tras volver a mi lado de la estancia, retomo mi búsqueda y comienzo a apartar lo que hay encima de la mesa.

Al levantar el plato, descubro un objeto que estaba oculto debajo. Una cuartilla de papel de alta calidad, aparentemente en blanco.

Echo un vistazo a Strahm, que parece estar ocupado levantando tablones.

Cojo el papel y le doy la vuelta lentamente.

En él hay un mensaje escrito con un trazo urgente que ha dejado un montón de salpicaduras de tinta.

APRESÚRESE A VENIR AL SCHLOSS ALBER.
LE DEJARÉ ENTRAR POR LA PUERTA DE LA VERJA.
SI SE RETRASA NO HABRÁ OTRA CONVOCATORIA.

Una nota de un residente de la mansión, convocando al hombre muerto a la puerta de la verja. Alguien estuvo esperando a Oberlander anoche, muy probablemente la misma persona que lo tiró del balcón.

—Bueno —digo—, esto supone una pregunta menos de las que teníamos antes.

Me vuelvo hacia Strahm sosteniendo la nota en alto para que la vea.

Mi sonrisa se desvanece cuando reparo en la severidad de su expresión. Lentamente, saca algo de debajo del suelo. Se hace un silencio mortal. Un objeto de color blanco alabastro descansa en su mano.

Un cráneo humano.

—Los ladrones de tumbas y sus trofeos... —observo en un tono desaprobatorio.

—Eso parece. —Strahm se muestra de acuerdo—. También hay algunas baratijas: anillos y collares. A juzgar por todo esto, el mausoleo de Alexander Alber fue el robo de mayor valor que Oberlander llevó a cabo.

—Contó con la cooperación de alguien de la casa. —Le tiendo a Strahm la nota y lee sus funestas instrucciones.

—Hasta que dejó de contar con ella —dice él, depositando de nuevo el cráneo en el hueco antes de retomar la búsqueda—. Hay algo más aquí debajo, un poco más lejos.

Me guardo en el bolsillo la extraña nota y me uno a Strahm, que se ha tendido bocabajo en el suelo y está tratando de coger algo que hay debajo de los tablones a unos dos metros de la abertura.

Me detengo en el punto hacia el que está mirando y trato de echar un vistazo a través de una fina rendija de los tablones.

Debajo de mí, distingo los contornos de un pequeño libro encuadernado en piel negra.

—¿Qué es? —pregunto.

—Es un libro de contabilidad, para llevar las cuentas —responde Strahm—. En el borde frontal puede verse que las páginas tienen renglones, y que tanto la línea superior como la inferior son más gruesas que las otras para los detalles y los totales. La pregunta es...

De repente, se oye el chasquido de una rama seca rompiéndose a lo lejos y ambos nos volvemos de golpe hacia la puerta de la cabaña. Unos pocos momentos después, se oye otro chasquido y el susurro de unas ramas del sotobosque. Alguien está acercándose cuidadosamente a nosotros.

Strahm se vuelve hacia mí con el ceño fruncido.

—¡Ha informado a los gendarmes! —dice él.

—Usted no lo había hecho —respondo.

Él tiene toda la razón, claro está. Sospechaba que dejaría a Karl Oberlander en el bosque y, por mis propias razones, me sentía incapaz de abandonarlo en ese claro debajo del acantilado.

He avisado al primer gendarme al que he visto.

Era lo decente, pero he de admitir que no esperaba que siguieran el rastro con semejante rapidez.

—Páseme el bastón —me ordena Strahm.

Me doy prisa y dejo el bastón en la mano que ha extendido hacia mí. Él lo coge y, con una creciente urgencia en sus movimientos, inmediatamente lo apoya en los tablones de madera.

Corro hacia la puerta y desde ahí oigo las pesadas botas de los gendarmes abriéndose paso por el sotobosque. Sus conversaciones lejanas se vuelven más discernibles a cada segundo que pasa.

—Deberíamos marcharnos inmediatamente, señor Strahm —le advierto.

Él me ignora. Roza la superficie del libro con el bastón mientras trata de atraparlo por el lomo y arrastrarlo hacia sí.

Echando un rápido vistazo por la ventana de delante, veo tres figuras uniformadas acercándose por los árboles. Desde donde están ya pueden ver la puerta de entrada y su paso decidido los hará llegar a la cabaña en menos de dos minutos.

Tratando de ganar algo de tiempo, cierro el pestillo de la puerta y corro las apolilladas cortinas.

—¡Señor Strahm! —le suplico.

Con un gruñido de frustración por verse incapaz de hacerse con el libro de contabilidad a tiempo, Strahm decide alejarlo más para que nadie pueda descubrir lo que él no ha sido capaz de coger.

Corro hasta la ventana trasera y la abro mientras Strahm vuelve a colocar en su sitio los tablones de madera que ha levantado y, renqueando, se une a mí.

Nos quedamos mirando el uno al otro.

Strahm no puede saltar por la ventana sin ayuda y, tal y como voy vestida, yo tampoco. Una comprensión tácita parece flotar en el aire: quienquiera que salga primero podría dejar al otro detrás.

Se oyen las pisadas de las botas de los gendarmes en la hierba corta del claro. La conversación que mantienen termina en cuanto llegan junto a la cabaña.

Le ofrezco una mano a Strahm y él la acepta.

Con gran esfuerzo, sostengo el peso del hombre mientras trepa por la ventana. Él no puede evitar un gruñido cuando consigue pasar al otro lado y sus zapatos se posan en la seca tierra que hay fuera.

Se vuelve hacia mí bajo la luz del sol y yo me lo quedo mirando desde la oscuridad de la cabaña. Ya puedo oír los crujidos de los tablones de madera del porche y, acto seguido, el movimiento de la manilla cuando tratan de abrir la puerta.

—¡Rápido, señorita Mendel! —me apremia Strahm, extendiendo una mano.

Apenas unos segundos después, los tres gendarmes echan la puerta abajo de una patada.

Mientras sus ojos se ajustan a la oscuridad del interior de la cabaña, Strahm y yo nos alejamos silenciosamente por el claro y,

cuando llegamos a la seguridad de la línea de árboles del bosque, miramos atrás.

Vemos cómo un agente se acerca a la ventana, todavía abierta y, tras echar una ojeada al bosque, vuelve adentro.

Me fijo en Strahm y me doy cuenta de que está pendiente de las siluetas de los gendarmes cuando pasan por delante de las ventanas y del ruido de las botellas chocando entre sí cuando las golpean con sus botas.

Se me encoge el estómago. Su afirmación de que la decencia y la empatía ralentizarían nuestra búsqueda al final ha sido cierta. Mi influencia en nuestra asociación ha producido exactamente el resultado que él temía.

—Entonces..., ¿volvemos al *schloss*? —pregunto finalmente.

No recibo ninguna respuesta.



Cruzamos el Distrito Este y luego recorremos el camino de ascenso a lo alto del acantilado sin apenas dirigirnos la palabra.

Para cuando llegamos a la puerta de la verja ya es media tarde. Lord Alber viene de la casa para abrirnos, pues ya no confía la llave en las manos de nadie salvo las suyas.

—Clara. Señor Strahm —nos saluda, aunque apenas nos mira a los ojos.

Luego camina a nuestro lado con expresión adusta mientras Strahm comparte con él los principales episodios de nuestra excursión: la identidad del hombre del valle, el registro de su cabaña. Su Señoría recibe la información con desinterés y apenas reacciona cuando se entera de que no hemos encontrado el *ahnensäbel*.

Algo preocupa al barón, lo cual tampoco resulta precisamente sorprendente.

El robo de la reliquia familiar en el mausoleo de su hijo mayor, la rebelión de su hija menor, la muerte de un desconocido y la traición de Klaus y Detler. Tan solo una de esas cosas desmoralizaría a cualquiera.

Hasta que entramos en el comedor no descubrimos que su pesadumbre se debe a algo completamente distinto.

Todo el mundo está presente: lord Alber, Klaus, Margarethe, Dorothea. Incluso Detler se encuentra en un rincón de la estancia. Le han retirado todas las funciones, pero sigue en casa en calidad de sospechoso.

Percibo la moribunda atmósfera y la palidez colectiva de todos sus rostros antes de bajar la mirada a la larga mesa.

El corazón me da un pequeño vuelco cuando veo que, en lugar de comida o bebida, hay una serie de periódicos sobre la pulida superficie de caoba. Para mi alivio, rápidamente me doy cuenta de que no son las publicaciones que solicité, sino dos ejemplares del

periódico vespertino de Múnich, el *Allgemeine Zeitung*. En sus páginas se muestran noticias de los días 21 y 22 de julio.

A su lado, un sobre que me resulta familiar descansa frente a lord Alber. Su sello de lacre, idéntico al que he visto en Kaltental, está roto.

—¿Qué ha pasado? —pregunto.

Klaus coloca los dedos encima del sobre y lo desliza por la mesa hacia nosotros. Strahm lo detiene y lo abre.

—«Primo...» —comienza a leer la carta en voz alta mientras yo me acerco a los periódicos.

Un contundente titular decora la portada del periódico con fecha de 21 de julio, el día que Dorothea llegó a Múnich.

RELIQUIA DE INCALCULABLE VALOR ROBADA
DEL SCHLOSS ALBER

Levanto la mirada hacia los presentes. Ahora lo entiendo. El robo, ese gran escándalo que lord Alber tanto se ha esforzado en contener con discreción, se ha convertido en una noticia de, al menos, escala regional.

—«... a mi atención, a pesar de los esfuerzos de Su Señoría —sigue leyendo Strahm—. Todo nuevo intento de mantener el *ahnensäbel* alejado de su legítimo propietario terminará en los tribunales».

Miro la edición del 22 de julio, en la que la noticia es todavía más desconcertante.

LORD FRIEDRICH ALBER ACUSA DE FRAUDE
AL SCHLOSS ALBER

Con posterioridad al atrevido robo acaecido en la finca ancestral de la Casa Alber, lord Friedrich Alber ha realizado una controvertida acusación, culpando a la familia de ser cómplice del delito.

La propiedad del *ahnensäbel*, un sable de oro de incalculable valor en manos de la familia Alber desde hace más de tres siglos, ha sido objeto de una disputa estos últimos dos años...

Dejo el periódico en la mesa y escucho las palabras finales de la lectura de la carta que está llevando a cabo Strahm.

—«... está claro que el asunto requiere mi más estricta supervisión. Voy a viajar con un contingente de quince investigadores del Privatdetektivbüro von Linz. Haremos escala en Salzburgo y llegaremos a Kaltental a las ocho en punto de la mañana del 24 de julio. Iniciaremos de inmediato una búsqueda en la casa, en los terrenos que la rodean y en el pueblo. Espero la máxima transparencia y cooperación de su parte. Atentamente, lord Friedrich Alber».

Strahm vuelve a dejar la carta sobre la mesa.

Ahora comprendo la razón de la sombría atmósfera y soy consciente de que yo no estoy mejor equipada para evitar contagiarme de ella.

—El primo Friedrich cree que le debemos una indemnización —dice con amargura lord Alber—. En circunstancias normales, no tendríamos responsabilidad legal alguna por el robo del sable, pero si uno de nosotros está implicado...

—Podría exigirnos el valor del *ahnensäbel* en concepto de daños y perjuicios —Klaus termina la frase que el barón ha abandonado, ganándose una dura mirada de reproche por parte de su padre.

—¡No puede exigirnos nada! —estalla lord Alber—. Está tratando de avergonzarnos, de retratarnos como unos inútiles.

—No deberíamos haber mantenido el robo en secreto —lamenta Margarethe.

—No era asunto de nadie más que nuestro —afirma lord Alber, y luego se vuelve hacia Strahm—. Mi querido señor, ¿existe alguna posibilidad de que podamos recuperar el *ahnensäbel* antes de la llegada de mi primo?

Strahm me mira a mí y luego al barón.

—Con el debido respeto, Su Señoría —comienza a decir—, tengo una pista sobre el paradero del *ahnensäbel*, pero he de advertirle de que, si la investigación implica a un miembro de esta casa, podría perder usted el beneficio de la negación plausible. Por otro lado, si usted así lo pide, podemos poner punto final a la investigación ahora

mismo. Ya no removeremos más piedras... aunque en ese caso el rastro del sable se perderá.

Lord Alber respira hondo, consciente de la gravedad de la situación.

—De modo que me ofrece una elección —dice—. Evitar el riesgo de la implicación de mi familia en el robo, pero perder la reliquia familiar en el proceso..., o continuar con la búsqueda, pero aceptar la posibilidad de que alguno de los presentes tenga algo que ver con el robo.

Strahm asiente.

La intensa mirada de lord Alber recorre a los demás. Klaus la evita, Dorothea se la devuelve inexpresivamente, Margarethe frunce el ceño, Detler agacha la cabeza, avergonzado, pues ya no es digno de aconsejar a su señor.

He de decir que lord Alber consigue sorprenderme. Desde el momento en que se anunció la desaparición del *ahnensäbel*, su única obsesión ha sido recuperarlo. Aun así, percibo en su mirada que está dedicándole la debida consideración al dilema. Parece estar reflexionando acerca de todo el dolor y la discordia que esta investigación ha traído a la familia y valorando si el esfuerzo merece la pena.

Lentamente, comienza a asentir, y sé cuál será su decisión antes incluso de que la exprese en voz alta. No se trata de una respuesta nacida del fuego que ardió en el mausoleo de Alexander, sino el último recurso de alguien que se ha hundido tan profundamente en una obsesiva búsqueda que teme el mundo que deberá afrontar cuando finalmente vuelva a la superficie.

—Haga lo que deba —dice como si se sintiera derrotado por su propia decisión—. Tráigame el sable.

«Dios mío —pienso para mí—. Con este acto de resignación impersonal, se ha puesto a sí mismo en manos de Hugo Strahm».

—De acuerdo —dice este, como si la decisión le pesara en los hombros—. Necesitaré muestras de la letra de todos, en mayúsculas. Un alfabeto completo será...

—¡Esto es indignante! —le dice Margarethe a su padre—. ¿Piensa someternos a los caprichos de este desconocido?

—Ha estado buscando el *ahnensäbel* desde el momento en que desapareció —responde secamente lord Alber—. Si un desconocido sirve a la familia mejor que tú, cuestiónate a ti misma, no a él.

Strahm se disculpa un momento y al poco regresa de la biblioteca con papel y una pluma.

Detler es el primero en coger la pluma y escribe el alfabeto en una hilera de letras mayúsculas. Strahm coge el papel y lo deja a un lado para que se seque.

Dorothea es la siguiente. Su letra es más limpia, con elaboradas astas descendentes.

Cuando ha terminado, desliza el papel en dirección a Strahm, se pone de pie y procede a marcharse de la estancia.

Mientras lo hace, echa un fugaz vistazo en mi dirección, como invitándome a seguirla. Yo le indico con la mirada que la he comprendido y espero unos segundos antes de volverme hacia Strahm.

—Discúlpeme, señor Strahm. —Sonrío débilmente antes de excusarme.

Momentos después encuentro a Dorothea en la sala de música, sosteniendo la cartera con la que ha venido a casa mientras una expresión de intriga le atraviesa el rostro.

—Lamento haberte sobresaltado en el pueblo —me susurra—. Solo quería mostrarte las noticias relativas al *ahnensäbel*.

—Soy yo quien debería disculparse —la corrijo—. Estoy en deuda contigo.

—¡Oh, por favor! —dice, rechazando la mera posibilidad de que tal cosa sea cierta—. Solo desearía que me hubieras encargado algo que me hubiera llevado más tiempo. Este lugar es siniestro.

No puedo estar en desacuerdo. Extiendo una mano para que me dé la cartera y noto el peso de una docena o así de periódicos que deja a mi cuidado.

—El tipo encargado de los periódicos me ha ayudado mucho —me explica Dorothea—, pero ¿para qué los necesitas exactamente?

Me planteo por un momento la posibilidad de contestar, pero, finalmente, llego a la conclusión de que es mejor no hacerlo. Me limito, pues, a sonreírle a modo de disculpa.

—Está bien —sonríe ella de vuelta—. Bueno, tu secreto está a salvo con...

Su sonrisa se desvanece de golpe. Sigo su mirada hasta los pies de la puerta de la sala de música. Al otro lado, visible gracias a la luz encendida del pasillo, puede distinguirse claramente la sombra de una figura.



Apostaría mi vida a que adivino de quién se trata. Repaso mentalmente la conversación que he mantenido con Dorothea.

—¿Estás bien, Dorothea? —pregunto, como si no me hubiera dado cuenta de la intrusión—. Te has quedado callada de golpe.

—Bueno, sí, yo... —Ella me mira, confundida.

Para mi alivio, sin embargo, rápidamente comprende cuál es mi intención. En la medida de lo posible, deseo continuar la charla fingiendo que no hemos reparado en la figura de la puerta.

—Es posible que esté algo indispuesta —contesta Dorothea—. Esta mañana me he levantado muy pronto, después de todo.

Mientras sigue hablando, yo me dirijo silenciosamente hacia la otra puerta de la sala de música. Con una mirada de gratitud a Dorothea, la abro y salgo por ella.

Apenas un momento después, el monólogo de Dorothea deja de tener sentido. Oigo entonces que la puerta de la sala de música que da al pasillo se abre y el ardid queda al descubierto.

—¡Dorothea! —oigo que exclama con brusquedad Margarethe—. ¿Qué está pasando? ¿Dónde está Clara?

La joven no contesta. Cuando oigo que Margarethe cruza la sala de música en dirección a la puerta por la que acabo de salir yo, cruzo el vestíbulo y me alejo tan deprisa como puedo hacia la escalera.

Subo a toda velocidad con la cartera repleta de periódicos lastrándome como si estuviera llena de plomo. Como Margarethe me pille y estos periódicos contengan información que incrimine al señor Strahm... seré considerada una mentirosa que ha manipulado a Dorothea por sus propios intereses. Y, al enterarse de que he invadido aún más su privacidad, Strahm no tendrá ningún inconveniente en retractarse y dejarme sin coartada.

Cuando llego al pasillo del segundo piso, oigo a Margarethe en el vestíbulo de entrada. Ha advertido el ruido de mis pasos alejándose y se dirige corriendo a la escalera.

Recorro los últimos metros hasta mi habitación.

En cuanto entro, cierro de inmediato con el pestillo. Apenas tengo tiempo de recobrar el aliento antes de que Margarethe trate de abrir la puerta repetidamente con la manilla.

—¡¿Clara?! —exclama airadamente—. ¡Sé que estás ahí dentro, Clara! ¿De qué estabas hablando con Dorothea? ¿Qué has hecho, Clara?

Yo me ocupo de los periódicos con rapidez y esforzándome mucho en hacer el menor ruido posible.

Cual sabueso que percibe el olor a sangre, Margarethe se vuelve cada vez más insistente. Comienza a aporrear la puerta con tal fuerza, urgencia y furia que resultaría sospechoso por mi parte ignorarla.

Optando a regañadientes por una solución apresurada, me acerco a la puerta y descorro el pestillo.

—¿A qué viene esto, Margarethe? —digo, abriendo modestamente la puerta. Ella la abre de par en par al pasar con decisión a mi lado e irrumpe en la habitación.

—Lo sabía. —Niega con la cabeza de un modo casi maniaco—. Puede que hace unos días me atreviera a pensar que estabas tratando de ayudar a Dorothea. Pero no es así. En realidad, la has involucrado en una de tus maquinaciones. ¿Sabes qué es lo peor?

Margarethe se acerca a mí.

—Ella no quiere decirme qué es lo que estás tramando. ¡Se lo oculta a su propia hermana! ¿Es que no hay lealtad que no puedas usurpar en tu beneficio?

Yo retrocedo un paso como si me chamuscara el ardor de su mirada iracunda. Adoptando un tono de debida solemnidad, alzo las manos y trato de apaciguarla.

—Dorothea me ha traído una medicina para el señor Strahm —le explico—. Sin embargo, este recuperó la conciencia antes de lo que yo esperaba y sin hemorragias internas, de modo que ya no es necesario administrársela. En cualquier caso, sí que tenía un motivo ulterior... Tal y como te dije, deseaba proporcionarle un respiro de esta casa.

Veo como las llamas de sus ojos se van apagando mientras valora mi afirmación y, finalmente, parece rendirse.

Acto seguido, sin embargo, pasa a mi lado como una exhalación. Antes siquiera de que pueda darme la vuelta, ha cruzado el dormitorio hasta la cama, ha cogido mi cartera y regresa corriendo a la puerta.

—¡Margarethe! —exclamo, persiguiéndola mientras ella se aleja por el pasillo.

Lejos de mi alcance, desciende a toda velocidad la escalera, aferrada a la cartera.

Apenas puedo mantener su ritmo. Cuando llega al comedor sosteniendo todavía la cartera contra su pecho, empuja la puerta y la abre de golpe con el hombro. Los demás miembros de la familia Alber y Detler levantan la mirada sobresaltados cuando irrumpe en la estancia.

—¡Detente, Margarethe! —le advierto.

Ella se vuelve hacia mí con la cartera todavía en sus brazos.

—¿Quieres decírselo tú? —me desafía.

—Margarethe, ¿qué significa esto? —pregunta lord Alber.

Sin decir otra palabra, Margarethe abre la cartera y mete una mano dentro.

Veo cómo su ceño se frunce mientras registra el contenido. Saca un gurruño de papel de periódico y luego lo desenvuelve lenta y delicadamente, alisando el papel y dejando a la vista el pequeño vial que hay dentro.

Levanta la mirada hacia mí con ojos inquisitivos. Yo me tenso sin tener claro qué línea adoptará su interrogatorio.

Nada más llegar al dormitorio, he vaciado el contenido de mi maletín médico en la cartera y he envuelto apresuradamente todas las tinturas con los periódicos que tenía a mano. Confiaba en que, mientras Margarethe buscaba en las profundidades de la bolsa lo que fuera que yo hubiera introducido de contrabando, se concentrara únicamente en los frasquitos medicinales y no prestara atención a los papeles de periódico.

—No puede ser. Tiene que haber... —dice con inquietud para sí mientras sigue registrando el contenido de la cartera.

—Margarethe... —dice Klaus, preocupado por su hermana—. Margarethe. Este no es el momento.

—¡Calla! —exclama ella.

Saca de la cartera otro puñado de gurruños de periódico arrugados y los desenvuelve furiosamente, dejando a la vista los inocentes frasquitos de cristal que hay en cada uno.

—Dorothea ha mencionado a un encargado de los periódicos en la sala de música, os he oído —dice mientras repasa mentalmente sus interrogantes—. ¿Por qué ella...?

—Los farmacéuticos rara vez envuelven las medicinas para transportarlas de un pueblo a otro —explico con calma—. Los viales requerían un empaquetado adicional, y Dorothea se aseguró de que lo tuvieran.

Margarethe se gira hacia su hermana pequeña y se la queda mirando furiosamente como si le exigiera una respuesta. Dorothea le devuelve la mirada fingiendo una expresión de inocente confusión.

—Eso era todo, Margarethe —dice Dorothea—. Clara solo quería ayudar.

Margarethe mira entonces a su alrededor, esperando que alguien la defienda. A una parte de mí le da pena verla en esta situación. Una persona de gran intelecto que siempre persigue con mucho ahínco sus propios objetivos y que se ahoga en cuanto tiene que depender de otros. Está rodeada de gente cuya alianza nunca se ha esforzado en cultivar.

Aprovechándome de su confusión, me acerco a ella e, indignada, trato de quitarle la cartera. Margarethe, sin embargo, no la suelta y se aferra a la correa con fuerza. Tiene lugar entonces un tira y afloja que está a punto de degenerar en una refriega.

—¡Basta, Margarethe! —exclama Klaus, poniéndose de pie. Sus palabras resuenan en el comedor.

Margarethe lo fulmina con la mirada, pero su determinación parece flaquear. Aprovecho para quitarle la cartera y vuelvo a meter dentro los papeles de periódico arrugados y los viales.

—¡Claro que vosotros dos os ponéis de su lado! —brama Margarethe—. ¡Seguro que estáis los tres confabulados!

—¿Cómo dices? —responde bruscamente Klaus.

—Bueno, juntos poseéis las habilidades necesarias, ¿no? —sigue diciendo maliciosamente—. Tú eres un ladrón, Dorothea tiene contactos íntimos en los bajos fondos, y supongo que Clara lo ha planeado todo. Debe de resultar muy satisfactorio financiar el robo de la tumba de mi hermano con el propio dinero de este.

Se hace un profundo silencio en la sala ante la acusación de Margarethe. No consigo determinar si realmente sospecha eso o únicamente pretende provocarnos. A juzgar por el dolor y la confusión que percibo en los ojos de sus hermanos, está claro que ellos se sienten igual de confundidos.

Dorothea niega con la cabeza.

—¿No lo pensarás en serio?

—Francamente, a estas alturas es la única teoría plausible —brama Margarethe—. ¡La otra alternativa es que sois completamente estúpidos!

—¿Y qué hay de ti, Margarethe? —replica Klaus—. Anoche, acusaste a Clara de haber huido de los jardines traseros y haber rehecho sus pasos, pero tú llegaste en el mismo momento que ella, de modo que la misma acusación podría aplicarse a ti.

—¡Yo soy la única persona que sigue sirviendo a esta familia tal y como se merece! —exclama Margarethe—. Nada de citas a medianoche. Nada de robos.

—Salvo que se trate de Ruben Hauser —aduce Klaus—. Detler y yo no hemos sido los primeros en robar en el *schloss*. Ese honor le corresponde a tu amigo. De hecho, sospechamos que era mucho más que un amigo... ¿Quieres hablar de contactos íntimos, Margarethe? ¿Qué secretos compartisteis vosotros dos?

—La primera en robarle a esta familia fue ella. —Margarethe señala en mi dirección—. Ella y su madre. Cuando se marchó a Copenhague, se llevó consigo la mayor suma jamás extraída de esta casa por cortesía de nuestro hermano y su estúpido enamoramiento.

—Espero que no estés hablando de Alexander. —La voz de lord Alber es como el gruñido de un gigante despertándose.

—¡Oh, el adorado Alexander! —se mofa Margarethe, ignorando el tono de su padre—. Casi podría llegar a pensar que ha planeado todo esto, padre, solo para proteger el derecho de primogenitura de

su hijo favorito. Pero, claro, a usted nunca podemos acusarle de haber planeado nada, ¿verdad? ¡Dejó que Alex siguiera adelante con sus ideas románticas y se casara por amor! ¡Dejó que esa arpía hundiera en él sus garras!

—Era mucho mejor persona que tú —digo airadamente.

—Era una seductora calculadora —me responde Margarethe—. Por supuesto, todos estos hombres eran incapaces de verlo. Solo yo sospechaba de ella...

—¿Sospechar? ¡No dejaste de calumniarla y acosarla! —exclamo, perdiendo los estribos por completo—. ¡Ella estaba de luto y tú no tuviste la menor piedad!

—Bueno, habría dividido mis esfuerzos, pero tú no estabas aquí —responde Margarethe—. Estabas viviendo del botín obtenido gracias al descarriado romanticismo de mi hermano y a las sublimes maquinaciones de tu madre. El Cuco de Schloss Alber, empujando los huevos de nuestro nido. Su caída del acantilado de los jardines traseros es uno de los pocos ejemplos de justicia poética que...

Un nítido chasquido resuena en la estancia cuando mi palma abierta impacta en plena mejilla de Margarethe.

La bofetada le gira la cara y tiñe de rojo la piel. Incontables voces se superponen una a la otra y varias sillas salen despedidas hacia atrás cuando sus ocupantes se ponen de pie de golpe.

No lo lamento. Ha sido como cualquier otro acto reflejo en el que el cuerpo se mueve por sí solo ante algo intolerable. Aun así, cuando el rostro iracundo y lleno de odio de Margarethe Alber se vuelve otra vez hacia mí, percibo en su mirada un dejo de victoria moral que comparte únicamente conmigo.

Lo haya planeado o no, está contenta con lo que ha hecho, pues me ha obligado a cruzar una línea que ninguna dama debería sobrepasar nunca, dejando que yo misma clavara el último clavo en mi ataúd.

—¡Ya basta! ¡Ya basta! —brama lord Alber—. ¡Dejadlo ya! Estoy harto de vuestras discusiones. El comportamiento de todos vosotros es igual de lamentable y...

—Entonces trátenos a todos igual —lo interrumpe Margarethe sin apartar la mirada de mí—. Mantenga la puerta de la verja cerrada. Si

de veras cree que somos criaturas tan lamentables, restrinja nuestros movimientos a los terrenos de la hacienda.

Lord Alber sopesa un momento las palabras de Margarethe. Como si fuera el juicio de Salomón, el autosacrificio de su hija se gana su favor. El argumento que ella ha presentado posee una elegante simplicidad. Así no necesita preguntarse en quién de nosotros confía y en quién duda, pues todos seremos cautivos dentro de estas paredes hasta la llegada del primo Friedrich.

—Esto es lo primero sensato que has dicho —decide el barón—. Margarethe tiene razón. No tenéis por qué caeros bien, ni tampoco por qué dirigiros la palabra, pero mantendréis la dignidad de esta casa, aunque deba encerraros en vuestros dormitorios hasta el amanecer.

Me fijo en la expresión de Margarethe. Se siente victoriosa por haber conseguido que nos aprisionen a ambas hasta la llegada de lord Friedrich. Es su última oportunidad para hacer algo antes de que el caso deje de estar en nuestras manos para siempre.

Apartándome de ella, miro a Strahm. Me pregunto cuáles deben de ser sus planes, si estos me incluyen a mí y, teniendo en cuenta el nuevo estado de las cosas, con qué facilidad puede excluirme de ellos.

Me parece especialmente revelador que él no me devuelva la mirada.



El grupo discordante se ha dispersado.

Inmediatamente después del altercado en el comedor, lord Alber se ha retirado a su despacho con la llave de la puerta de la verja. De mala gana y por necesidad, en un último intento de desarrollar una estrategia legal, se ha llevado consigo a Klaus.

Margarethe y Detler han regresado a sus habitaciones, y Dorothea se ha instalado en la biblioteca.

—¿Y bien?

Yo permanezco a la expectativa en el cavernoso vestíbulo de entrada.

—¿Cómo dice? —responde con vaguedad el señor Strahm, como si estuviera absorto en sus pensamientos.

—¿La letra de alguno de los presentes se parece a la de la nota? —pregunto en voz baja.

—No —responde Strahm.

—¿Le importa que lo inspeccione yo misma?

Casi distraídamente, me da la nota con las muestras de letra. Solo lord Alber ha quedado excluido de la prueba. Supongo que es comprensible, ya que, si bien Strahm cuenta con el incuestionable favor del barón, este podría evaporarse si sugiriera que puede ser sospechoso.

Una somera inspección no revela ninguna coincidencia entre las muestras de escritura y la nota hallada en la cabaña de Oberlander.

—¿Cree que alguien está falseando su escritura? —pregunto.

—Casi con toda seguridad —responde Strahm—. La letra de la nota es sobria y sin adornos. Alguien se esforzó mucho en ocultar cualquier rasgo que pudiera conferirle personalidad.

—Entonces no nos dice nada.

—No necesariamente —murmura Strahm como si apenas fuera consciente de mi presencia.

Sé que la imagen de un hombre como Strahm en estado de profunda contemplación es peligrosa, y nunca lo había visto tan

profundamente concentrado como en ese momento.

—¿Cuál es nuestro siguiente paso? —pregunto, aunque solo sea para determinar mi papel.

—Debo pensar —dice Strahm sin ni siquiera mirarme—. Por favor, discúlpeme, señorita Mendel.

Sin decir otra palabra, se retira a su alcoba. Su partida me deja una extraña sensación, como si un factor indefinible hubiera cambiado desde nuestra excursión a primera hora del día.

Me sorprende mi propia reacción. Siento algo cercano a la preocupación. No por mí misma en particular, ni tampoco por él. Mi inquietud se debe a otra cosa completamente distinta, pero soy incapaz de diagnosticar cuál es su origen.

Al cabo de un momento, sin embargo, reparo en el peso de la cartera a mi costado y me doy cuenta de que debo preocuparme por cosas más urgentes.

Me retiro a mi propia habitación. Una vez dentro, cierro rápidamente con pestillo y me aseguro de que estoy sola.

Tras sentarme en la cama, desenvuelvo todos los viales de cristal y vuelvo a colocarlos en mi maletín médico. Luego centro de nuevo mi atención en los periódicos que he usado de envoltorio.

Lo que sigue es un flujo constante de información, como tinta extendiéndose en el agua hasta que toda la solución queda completamente teñida de negro.

El 4 de mayo de 1891 no hay ninguna noticia relevante en ninguno de los periódicos. La portada de uno de Berna destaca escaseces agrícolas, festivales y un frío impropio para la estación.

El 5 más de lo mismo, y comienzo a preguntarme si no estaré perdiendo el tiempo.

En un periódico vespertino del día 6, sin embargo, encuentro una pequeña noticia escondida en las páginas traseras. Dos viajeros desaparecidos en Meiringen. Las autoridades han sido alertadas.

El 7 se sospecha que dos excursionistas han caído en las cataratas de Reichenbach. Se ha iniciado una búsqueda al pie de estas.

Día 8. El misterio abunda. Representantes de Scotland Yard han llegado a Meiringen para coordinar con las autoridades locales de

forma no oficial la recuperación de un ciudadano británico desaparecido.

Día 9. La búsqueda continúa. Se ha confirmado que el británico desaparecido es el eminente detective Sherlock Holmes. Este iba acompañado por el doctor John Watson, su viejo camarada y diarista. Al parecer, sin embargo, el doctor no se encuentra entre los desaparecidos. La identidad del segundo turista todavía se desconoce.

Día 10. El detective Holmes ya no se considera desaparecido. Las autoridades británicas que se encuentran en Meiringen han confirmado que Holmes falleció en el curso de una investigación oficial. A la espera de que el Ministerio de Asuntos Exteriores británico confirme la identidad del segundo turista, se sospecha que la muerte de Holmes se ha tratado de un acto delictivo.

Día 11. El Ministerio de Asuntos Exteriores revela la identidad del asesino del afamado detective Sherlock Holmes. Se confirma que el segundo hombre es el profesor James...

Sostengo el periódico en mis manos un poco más tiempo del necesario, cautivada por las tres palabras impresas en la página. Me he quedado casi sin aliento, como si acabaran de sacar a la luz ante mí un secreto ancestral.

El nombre es pertinentemente tétrico. Al visualizar al hombre que conozco como Hugo Strahm, de repente este alias parece insustancial.

Moriarty. Todo, de su apariencia a su mirada, pasando por el mismo aire que lo rodea, resuena con ese nombre.

Las noticias de los periódicos pasan de ser meras reseñas locales a reportajes dedicados a las investigaciones de Sherlock Holmes y el desmantelamiento de un imperio criminal.

Día 12. Scotland Yard confirma el vínculo del profesor Moriarty con dicho imperio.

Día 13. El fantasma de Londres. Moriarty aparece citado en más de cien imputaciones penales. Una operación coordinada por el fallecido Sherlock Holmes ha sacado a la luz una red criminal sin precedentes dirigida por el antaño inocuo profesor de matemáticas.

Día 14. Las fichas de dominó van cayendo por todo Londres. Arrestos en masa. Los cargos incluyen contrabando, chantaje, falsificación, extorsión, robo, asesinato y secuestro. Scotland Yard desmantela media década de operaciones criminales que habían prosperado bajo la sombra del profesor James Moriarty.

Día 15. El doctor John Watson habla acerca de la personalidad de Moriarty.

> En respuesta al vehemente requerimiento de la prensa, el doctor John Watson ha emitido el que ha asegurado que será su único comunicado con relación al profesor Moriarty. Con su seguridad garantizada por Scotland Yard, ha realizado el siguiente anuncio en la escalera de entrada del hotel Englisher Hof a las ocho de esta mañana.
>
> «El profesor James Moriarty ha muerto.
>
> »Tratando de arrestarlo, sin embargo, hemos perdido asimismo a un dechado de justicia y el mayor amigo que he conocido nunca. En sus últimos momentos, mi socio, Sherlock Holmes, demostró un autosacrificio, una valentía y una fuerza moral incomparables. A pesar de su gran intelecto, el profesor Moriarty no podría llegar a comprender jamás esas virtudes.
>
> »El legado de Sherlock Holmes seguirá presente en los corazones y las mentes de todos aquellos a los que conoció, así como de aquellos a los que ayudó, rescató, aconsejó, educó y vengó. El profesor James Moriarty no deja un legado semejante. Mientras pronuncio estas palabras, en las celdas de Scotland Yard incluso sus asociados más cercanos se niegan a reconocer su nombre.
>
> »En una ocasión mi amigo se refirió a James Moriarty como el Napoleón del crimen. No ignoraré tal afirmación, pues esas fueron sus palabras. Sospecho, sin embargo, que en sus últimos días Sherlock Holmes había moderado esa valoración profesional atendiendo, como siempre hizo, a una idea muy sencilla: un rey entre rufianes está por debajo del hombre común.
>
> »Esto es todo. Gracias».

En sobrio silencio, examino los periódicos restantes.

Entre las últimas páginas, hallo la pieza final del puzle: un retrato de la época en la que el profesor ejerció como tal, con su nombre estampado debajo.

No puede haber ninguna duda para nadie que conozca a Hugo Strahm de que antes este era James Moriarty.

Dejo que los periódicos se me caigan del regazo mientras absorbo toda la información. Si bien algunos de los detalles caen en el

sensacionalismo, incluso los párrafos más comedidos relatan unos sucesos de villanía sin igual.

Me siento como una niña inocente que mira dentro de la garganta de un gran lobo para ver qué hay en su interior. A lo largo de la última semana, me he entregado a ello con temeridad, arriesgando mi vida para meter la cabeza por su mandíbula abierta, pero lo único que he encontrado es oscuridad.

Al mismo tiempo, me pregunto si las cosas son realmente tan sencillas. Mientras que el rostro del retrato parece decididamente carente de emoción, el hombre que he llegado a conocer ha demostrado un atisbo de turbulencia interior.

Algo dentro de mí se pregunta qué parte de ese villano frío e implacable emergió realmente de las cataratas de Reichenbach. ¿Es posible que el impacto lo haya desviado, por poco que sea, de la trayectoria de su vida pasada y lo haya lanzado a una órbita incierta que podría conducirlo a un destino completamente distinto?

Han pasado menos de tres meses desde que entró en esta nueva etapa de su vida. Desahuciado, perdido, enojado y libre. A pesar del estado actual de nuestra colaboración, es quizá la única que ha establecido desde entonces.

De un modo extraño, yo podría decir lo mismo. He experimentado mi propio desmoronamiento vital y, a pesar de todos mis amigos y colegas de Copenhague, de todas mis perspectivas y de todos mis planes, solo he conocido a dos personas con las que he sentido verdadera afinidad.

Mi madre, la persona más bondadosa que haya conocido nunca, y este hombre, James Moriarty, que podría considerarse lo contrario.

Tal vez los ángeles y los demonios sean parecidos en ese sentido. Uno puede sacar a relucir su personalidad más auténtica cuando está con el otro.

El primero no te juzgará, el otro puede verse reflejado.

Para cuando ya he leído todos los periódicos y he transcrito los detalles pertinentes en mi diario, el sol está comenzando a ponerse.

El último papel que hay sobre mi colcha es esa extraña cuartilla que he hallado antes en la cabaña de Oberlander.

APRESÚRESE A VENIR AL SCHLOSS ALBER.
LE DEJARÉ ENTRAR POR LA PUERTA DE LA VERJA.
SI SE RETRASA NO HABRÁ OTRA CONVOCATORIA.

Strahm me ha contestado de un modo extraño cuando he sugerido que la nota no tenía valor más allá de la posibilidad de encontrar una letra que coincidiera.

«No necesariamente», ha dicho.

Me quedo mirando las palabras lo que parece una eternidad, preguntándome qué puede haber visto él en ellas. Para mí, discernir algo en esa categórica nota viene a ser como tratar de extraer sangre de una piedra.

Al final, me pongo de pie, cojo mi pequeña lámpara de queroseno y salgo al pasillo con la nota en la mano.

Ya he resuelto el misterio de la identidad de Hugo Strahm, pero todavía hay un asunto pendiente. A pesar de cómo hemos dejado las cosas después de nuestro viaje al valle, y a pesar también de la delicada naturaleza de nuestra colaboración, me gustaría que resolviéramos juntos este problema.

Cruzo la distancia que separa nuestras habitaciones, me planto delante de su puerta y llamo con los nudillos.

La puerta, que no estaba cerrada, cede.

Sorprendida, la empujo cuidadosamente con una mano para abrirla un poco más.

La alcoba está deshabitada. Han vaciado los armarios, ha desaparecido el equipaje, y la cama está hecha como si nadie hubiera dormido nunca en ella.



Reflexiono un momento y luego regreso al pasillo en busca del señor Strahm. En mi confusión, casi imagino que se ha volatilizado, en una huida tan perfecta que desafía las leyes de la naturaleza.

Bajo corriendo la escalera de una casa, que ahora parece cavernosamente vacía, sin la menor idea de dónde puede estar el hombre.

Oigo voces procedentes del despacho de lord Alber. Se trata de una conversación que parece haber llegado a su conclusión.

—Está decidido, pues. Puede tomar un carruaje de dos plazas, no hay problema —dice lord Alber—. Me atrevo a decir que es la opción más sensata.

—No puedo estar en desacuerdo con su razonamiento, señor mío, pero lo acepto a regañadientes. He disfrutado mucho de mi estancia aquí —responde Strahm—. En cualquier caso, si me necesita no estaré lejos.

—Eso, señor Strahm, es uno de mis pocos consuelos en estos días oscuros. Sea como sea, es mejor así.

Para cuando llego a la puerta del despacho y la abro de golpe, Strahm ya se ha vuelto hacia ella para salir de la estancia.

—¡Clara! —dice el barón, sorprendido—. Deberías estar en tu alcoba. Klaus y yo estamos llevando a cabo una última incursión en los libros que requiere cierto...

—¿Qué está pasando aquí? —pregunto en tono firme.

—Señorita Mendel... —comienza a explicar el señor Strahm.

—Si me permite, señor Strahm. —Lord Alber alza una mano y se dirige a mí con frialdad—. Nuestro invitado ha venido a pedirme consejo con relación a la llegada del primo Friedrich y el mejor modo de afrontarla. Es una inquietud comprensible. Nuestro primo es un hombre severo y poco razonable. La presencia del señor Strahm podría exacerbar sus acusaciones sobre nuestra responsabilidad por el robo del *ahnensäbel*.

—¿Quiere decir que a lord Friedrich podría molestarle que hubiera un desconocido viviendo en esta casa cuando desapareció una reliquia familiar de incalculable valor? —Al formular mi argumento, mis ojos se posan sobre Strahm, que no me devuelve la mirada.

—El señor Strahm se ha esforzado mucho en ayudarnos, pero mi primo no ha sido testigo de ello. Ahora que su llegada es inminente, he pensado que es mejor que el señor Strahm se instale en Kaltental, en el hotel Edelweiss, hasta el momento en el que pueda regresar.

Reparo en la mirada inexpresiva y confiada de lord Alber.

—¿Ya lo ha decidido? —pregunto—. ¿Qué hay del toque de queda que ha ordenado antes?

—Eso solo es aplicable a aquellos que han deshonrado nuestra casa —explica con rotundidad el barón.

Me vuelvo hacia Strahm, que al fin me devuelve la mirada. Esperaba quizá encontrarme con una expresión altiva y vindicativa en su rostro, una declaración de victoria por dejarme atrás. En vez de eso, solo percibo inexpresiva determinación.

Este nuevo curso de acción no le proporciona alegría ni pena. He sido su acompañante estos últimos días, pero si ahora estoy encadenada a la casa, la lógica dicta que ha de continuar sin mí.

Resulta extraño. Si hubiera malicia en su mirada o incluso un ligerísimo atisbo de presunción, yo habría obtenido un perverso consuelo en ello.

En vez de eso, me veo obligada a lidiar con otra conclusión. Soy absolutamente insignificante para el hombre que tengo delante.

—¿Klaus? —pregunto, volviéndome hacia él—. ¿Tú qué tienes que decir al respecto?

El joven Alber mira a Strahm y a su padre antes de volverse hacia mí, derrotado. La beligerancia que ha demostrado antes ha desaparecido por completo. Apenas puedo oír su respuesta.

—Lo que padre considere mejor.

La noche cae sobre el *schloss* mientras Su Señoría acompaña a Strahm fuera de la casa. Este ya está vestido para marcharse y tiene listo todo su equipaje.

Veo cómo lo cargan en uno de los carruajes de dos ruedas de la Casa Alber. El barón mismo ayuda a Strahm a subir al banco, quien, una vez ahí, toma las riendas.

Lord Alber no discute mi presencia cuando sigo a la pareja por el majestuoso camino de entrada. Se limita a ignorarla. Los dos hombres hablan de épocas más simples, los años dorados de la nobleza y los valores que se han perdido con los tiempos modernos.

Cuando llegamos a la puerta de la verja, lord Alber saca la llave de su bolsillo y deja salir a Strahm al mundo exterior.

Tras cruzar la puerta, este detiene el carruaje a menos de un metro, desciende con mucho cuidado al polvoriento suelo y se despide formalmente. Lord Alber hace lo propio y, sin apenas prestarme atención, cierra la puerta antes de regresar a casa.

Un fresco aire veraniego sopla entre los setos. Observo a Strahm a través de los barrotes de hierro forjado de la verja. Está enmarcado por una extensión de hierba oscura, un bosque lejano y el tenue contorno de un lago.

—Sabe dónde está el *ahnensäbel*, ¿verdad? —pregunto, conteniendo una creciente oleada de consternación.

—Tengo una teoría plausible —admite Strahm, de nuevo sin mostrar la menor alegría o desaliento.

—Y si resulta ser cierta —razono— desaparecerá de la faz de la tierra.

—Parece usted decepcionada —comenta Strahm.

—¿No debería estarlo?

—La decepción es un síntoma de las expectativas que uno tiene —declara Strahm, que sigue con su explicación incluso cuando pongo los ojos en blanco—. Me conoce usted mejor que nadie en esa casa y debería haber estado preparada para un desenlace semejante. Nuestra colaboración estaba basada en la conveniencia. Que llegaría a su fin en cuanto se volviera inconveniente era, pues, una certeza axiomática.

—¿Y si le cuento a lord Alber lo que sé? —amenazo.

—En ese caso yo contaría con ventaja para escapar y usted se hundiría aún más en un creciente escándalo nacional —explica Strahm—. Se ha esforzado mucho para huir de este lugar. Lo que

debe hacer está claro. Regrese a Copenhague, obtenga su título, viva una existencia confortable y muera en paz.

Resume mi vida como si fuera un insulto. En ese momento, desde luego, esa perspectiva transmite una gris simplicidad.

—Y usted regresará a una vida de aislamiento, banal avaricia y villanía —lo reprendo—. Perdido en un engaño tras otro hasta que ya no recuerde su verdadero nombre y tampoco haya nadie que pueda recordárselo.

Bajo la luz de una luna ligeramente menguante, nos quedamos mirando el uno al otro con expresión desafiante durante lo que parece una eternidad. Él, una figura solitaria en la meseta abierta y yo con una majestuosa mansión a mi espalda y, sin embargo, ambos igual de solos.

Strahm zanja el asunto.

—Bueno, a juzgar por cualquiera de las dos descripciones, parece que estamos ambos en el lado correcto de esta verja. Adiós, Clara Mendel —dice, y añade con evidente sinceridad—: Ha sido un placer ciertamente inesperado.

Strahm se aleja de la verja y, con cierto esfuerzo y dolor, se las arregla para subir solo al carruaje.

Tiene razón. Yo no soy una gran detective cuyo deber consiste en conducir esta intriga a su conclusión. Solo soy una alumna de la Facultad de Medicina en mitad de sus estudios a quien se le está ofreciendo la oportunidad perfecta para regresar a ellos.

No me costaría nada retirarme a mi habitación, meterme en la cama, adoptar un aire de callada sumisión ante la presencia del primo Friedrich, regresar luego a mi apartamento de Copenhague y proceder al fin a elegir especialidad.

Es una pena, pues, que no tenga la menor intención de hacer todo eso.

Al menos no todavía.

Metiendo las manos debajo de mi vestido, saco un par de pequeños objetos que he escondido ahí antes de salir de casa: una caja de cerillas y mi lámpara portátil de lectura A. C. Kellermann.

Strahm se sienta en el banco del carruaje y desaparece bajo su capota negra.

Al oír como toma de nuevo las riendas, sostengo el mango de latón de la lámpara entre los dedos y, comprobando que Strahm no me ve, prendo una cerilla. La lámpara se enciende, vuelvo a colocar el cristal protector y, lentamente y con mucho cuidado, extiendo un brazo entre los barrotes de la verja.

Strahm arrea el caballo. La lámpara casi se me cae y la luz parpadea.

Un momento después, el carruaje arranca. Yo retiro la mano que he metido a través de los barrotes y veo cómo la luz se aleja, volviéndose cada vez más tenue. He colgado la lámpara de un pequeño gancho que sobresale del portaequipajes trasero.

Con cierta satisfacción, me apresuro a regresar a la casa.

Yo no soy ese tal Holmes, considerado por todo el mundo como una especie de modelo de justicia. Tampoco soy Moriarty, que se entrega únicamente a aquello en lo que puede obtener un provecho. Me encuentro en ese abismo que hay en medio, con más frío de lo que me gustaría, y quizá con cierta facilidad para enojarme, pero inspirada por el ejemplo de mi madre: su valentía, su tenacidad y su corazón.

Por encima de todo, sin embargo, y para bien o para mal, nunca he puesto mi destino en manos de otros. Aquello que me afecta, he procurado yo que me afectara. Mi final, sea extraordinario o ruinoso, dependerá únicamente de las decisiones que tome.

Mañana, el final de esta extraña historia habrá quedado escrito. Quizá el encargado de hacerlo será el señor Strahm, quizá lord Friedrich, o quizá unas fuerzas todavía desconocidas.

Ahora bien, mientras siga poseyendo una mente, un corazón y unas piernas sobre las que desplazarme, no pienso renunciar a mi papel.



Cinco minutos después, entro por la puerta principal ya casi sin aliento y subo corriendo la escalera en dirección al pasillo del segundo piso para regresar rápidamente a mi habitación.

Me he dado toda la prisa que he podido, pero, al acercarme a la ventana y pegar la cara al cristal, veo que el carruaje de Strahm ya ha recorrido una distancia significativa.

El diminuto parpadeo de la llama se ha convertido en una baliza cada vez más lejana en la oscuridad.

Strahm ya va por la mitad del largo camino recto que finalmente tuerce de forma abrupta hacia la derecha para iniciar el pronunciado descenso. Si su destino se encuentra en la meseta, podré seguirlo sin problemas. Si se dirige a Kaltental, quizá podré seguirlo desde el lado de la casa que da al acantilado.

Observo atentamente, incapaz de mirar nada que no sea esa luz danzante. Los minutos pasan y el carruaje se acerca a la brusca curva del camino.

Al cabo de un momento, el carruaje efectivamente gira, pero no hacia el sendero descendente.

En vez de eso, lo hace a la izquierda y acelera.

Va modificando su trayectoria cada poco tiempo a medida que avanza en dirección al único edificio que hay en la vasta y vacía llanura. Un momento después, la luz desaparece detrás de la piedra gris oscuro de la capilla de la familia Alber. Strahm se encuentra en el camposanto que alberga el mausoleo de Alexander Alber.

Retrocedo un paso sin apartar la mirada del lejano cementerio. Que sus pesquisas terminen en ese lúgubre lugar resulta adecuado, pero no tengo ni idea de qué es lo que me encontraré yo cuando llegue.

Y, además, todavía no sé cómo me las arreglaré para llegar. Nos separa la verja, y la puerta está cerrada. El señor Strahm ya no está aquí para interceder en mi favor. Lord Alber es el único guardián y su

confianza en los miembros de la familia ha quedado irrevocablemente dañada.

Mientras permanezco ensimismada en mis pensamientos, oigo que llaman a la puerta.

Vuelvo la cabeza, pero no entra nadie.

Llaman otra vez.

Acercándome en silencio, la abro ligeramente y miro por la rendija. Fuera veo la nerviosa figura de Klaus con una pila de documentos atados con un cordel debajo del brazo.

—Se supone que debo entregarte esto. —Alza los papeles—. Padre ha insistido en que todos debemos cumplir con nuestra parte. Está algo nervioso con todo esto. No se ha tomado demasiado bien la carta de Friedrich.

Klaus parece cansado y va con los hombros caídos a causa de un peso que nunca debería haber cargado. Imagino perfectamente el irritable estado de ánimo del barón, pues todo aquello que había negado y que había tratado de evitar a lo largo de su vida ha irrumpido de golpe en su casa.

Klaus me indica que le gustaría pasar dentro y yo me hago a un lado. Tras dejar los documentos sobre la colcha de la cama, echa un vistazo por la ventana.

—¿Crees que está buscando el *ahnensäbel*? —pregunta.

Por un instante me sorprende el cambio de tema. De modo que esa es la verdadera razón de que haya venido a mi alcoba.

—Sí —respondo.

Él se vuelve hacia mí.

—¿Y crees que lo traerá de vuelta si lo encuentra?

Levanto la mirada. Su alta constitución se recorta contra la ventana y sus facciones apenas están iluminadas. Al interpretar la expresión de mi rostro, se plantea si decir algo que, una vez pronunciado, ya no podrá retirar.

—Si te doy una copia de la llave de la puerta, ¿podrías tratar de convencerlo para que lo haga?

Me quedo estupefacta. Los acontecimientos de los últimos días han hecho que todo el mundo sea sospechoso, y sería una estupidez no incluir entre ellos al caballero que tengo delante. Aun así, sean

cuales sean sus planes, estoy convencida de que la oferta que me acaba de hacer es genuina.

—¿Por qué me propones algo así?

—Pues porque he pensado que estarías buscando una oportunidad semejante —explica Klaus—. Porque me sentía más cómodo con la investigación del señor Strahm cuando tú estabas a su lado. Porque me pone nervioso el hecho de que, a estas alturas, padre le haya concedido una independencia semejante.

—¿Y qué hay de lord Alber? —digo—. A él no lo convencerás.

—Si me das una hora o así, tal vez lo consigo —dice él—. Si es que puedes esperar.

El barón siempre ha valorado en sus hijos los rasgos más marcadamente masculinos. Y esta es una métrica en la que Klaus siempre se queda corto.

No transmite seguridad en sí mismo, nunca lo ha hecho, pero comprende, tal vez mejor que nadie que yo conozca, la diferencia entre miedo y cobardía, y hace todo lo posible para no ceder ante esta última. Es una lucha que muchos perdemos, una lucha que lord Alber perdió hace mucho.

—Desde luego —sonrío—. Necesitaré tiempo para prepararme. ¿Podrías ser tan amable de decirle a Inga Hauser que venga?

UNA CARTA DE LOS JARDINES

23 de julio de 1891

Queridísima Inga:

Perdóname. Enviándote esta segunda carta antes de que hayas tenido la oportunidad de contestar la primera he roto la tradición.

He tratado de ponerme en contacto contigo directamente, pero la casa está cerrada y ya me he retrasado demasiado.

Las noticias han llegado a los jardines. El leal herr Detler ha sido despedido por robar en la casa para pagar las deudas de los Alber. Qué deprimente, ese desgraciado al fin hace algo interesante y es tan solo para servir a su señor.

Las noticias del cadáver llegaron poco después. Nadie sabía quién era la víctima. Hasta que una vaga descripción me tranquilizó, me pasé un buen rato aterrorizado por si era tu cuerpo o el de Anneliese el que yacía en el valle.

Aunque ambas os encontréis bien, ya no puedo esperar más.

Lo que en mis anteriores cartas parecía un fatalismo rampante ahora está confirmándose. La casa ha caído en el caos y ya no tiene arreglo. Llegados a este punto, lo mejor que puede hacerse es huir.

Pronto me marcharé del Schloss Alber, sin aviso previo.

Podrías decir que estoy dejándome llevar por el pesimismo. Que he renunciado a la esperanza. No estoy de acuerdo. Me parece optimista pensar que hay un lugar mejor, un lugar que saluda al nuevo siglo en vez de quedarse anclado en el anterior. Un lugar en el que podemos liberarnos de nuestros resentimientos y donde se nos aprecia por nuestro valor colectivo.

No intentaré convencerte. Solo te diré: mientras viva para extenderla, la invitación seguirá en pie.

Así están las cosas. Esta es mi última carta desde los jardines, aunque no tiene por qué ser el final de nuestra correspondencia. Te daré la dirección de un amigo íntimo. Él sabrá dónde encontrarme, y me hará llegar todo lo que desees escribir.

Si optas por quedarte, esperaré todas las cartas de la casa que decidas enviarme. Esperaré tus cartas vengan de donde vengan.

Pero, por favor, mantente alerta. Con todo lo que ha pasado, no puedo quitarme de encima la sensación de que el cadáver del tipo que cayó del acantilado no será el último.

Hace poco, mientras llevaba a cabo mi ronda final de obligaciones antes de marcharme para siempre de este lugar, regresé al cobertizo en el que se guardan los rifles. Hasta que no estuve dentro no me di cuenta. Había un cajón abierto que normalmente estaba lleno de cajas de munición.

Faltaban varias de ellas. Y no solo eso. El descubrimiento hizo que fuera a mirar los armarios de la pared que contienen las armas de fuego del fallecido Alexander.

Uno de los armarios ya no estaba cerrado con llave.

El rifle que él solía guardar dentro había desaparecido.



Me paso el tiempo de espera en un estado de actividad prácticamente constante.

Los preparativos me llevan casi media hora, y se ven interrumpidos por la llegada de Inga justo cuando ya estoy terminándolos.

Nuestra conversación dura más o menos la misma cantidad de tiempo. En más de una ocasión percibo en sus ojos la preocupación que le causa todo lo que le cuento, y conseguir que acceda a la petición que le hago requiere hasta la última pizca de nuestra confianza mutua. Cuando se marcha, noto cómo me recorre el cuerpo una oleada de incertidumbre más potente que ninguna otra que haya sentido esta tarde.

Contengo los nervios mirando alguna señal de movimiento por la ventana hasta que Klaus me llama.

No me hace ninguna pregunta, evitando así la carga que le supondría conocer qué planes tengo. Como consecuencia, caminamos hasta la puerta de la verja en relativo silencio.

Finalmente, sin embargo, no puedo evitar decir algo.

—Debo saberlo. ¿Cómo diantre has conseguido convencer a tu padre para que te dé las llaves?

—Oh, tratar de convencerlo habría sido una locura. —Klaus se encoge de hombros—. No tiene sentido luchar contra el fuego cuando yo mismo carezco de fogosidad en mi temperamento. Está claro que estoy hecho de un elemento distinto, y debo actuar en consecuencia. He enterrado a mi padre en un informe acerca de nuestras responsabilidades que incluye incontables documentos. Puedo asegurar que estará ocupado toda la noche.

Ya estamos acercándonos a la verja, pero al pensar en esa imagen no puedo evitar una sonrisa.

—Pero eso no explica por qué te ha dado las llaves.

Klaus las saca de un bolsillo y se dispone a abrir la puerta. Se concentra plenamente en la tarea, procurando no mirarme mientras

hace una última admisión.

—También he añadido unas gotas de láudano en su coñac.

Un grito ahogado se escapa de mis labios.

—¿Has drogado a lord Alber? —susurro con incredulidad—. ¡No puedo creérmelo, Klaus! ¡Debes de haber perdido la cabeza!

—Pues sí —responde él al tiempo que la cerradura se abre finalmente—. No mentiré, yo mismo he tomado unas gotas para calmar mis nervios.

Me quedo mirando la puerta abierta y, al otro lado, el sendero que ha de conducirme al final de esta extraña historia.

Es un regalo y, en cierto modo, también una maldición. Se me concede la libertad, pero mi tarea es siniestra, y su resultado incierto.

He descrito previamente a Strahm como un lago profundo y oscuro. Un lago en cuyas aguas hay un hombre ahogándose o un monstruo esperando que alguien se acerque demasiado.

Para bien o para mal, estoy a punto de sumergirme en esas profundidades.

—Debo advertirte que, tanto si recuperas el *ahnensäbel* como si no, tienes que estar de vuelta al amanecer. Para entonces me veré obligado a cerrar con llave la puerta de la verja. Si no vas a llegar a tiempo, la verdad es que yo preferiría no regresar en absoluto antes que tener que lidiar con el interrogatorio de lord Friedrich.

Percibo una humilde sinceridad en su mirada.

—Espero que lo consigas, Clara. Sospecho que eres la única que puede arreglar todo esto.

Klaus mantiene la puerta abierta para permitir que salga. Yo me vuelvo hacia ese hombre tímido y agraviado sin el cual nunca habría podido salir al mundo exterior.

—Klaus Alber —digo—, eres la persona más noble que esta casa ha conocido nunca.

Él suelta una risa ahogada. Cuando responde, un leve atisbo de una sonrisa irónica asoma en medio de la preocupación que enturbia su rostro.

—No me extraña que esté viniéndose abajo, pues.

No hay nada más que decir. Le doy la espalda al Schloss Alber y, con una creciente sensación de irrevocabilidad, enfilo el sendero en dirección al cementerio.



Como si fuera un barco fantasma aproximándome a través de las aguas, la capilla está cada vez más cerca.

Al poco, se eleva justo delante de mí. De las ventanas de la iglesia misma no emana ninguna luz ni hay señal alguna de movimiento en el cementerio. Tampoco veo por ningún lado el carruaje con el que Strahm ha llegado hasta aquí. Puede que lo haya aparcado en el extremo opuesto de la capilla.

Me pregunto dónde encontraré a Strahm. O si, quizá, me encontrará él a mí.

Sigo recorriendo el estrecho sendero en dirección al muro bajo que rodea el camposanto. La puerta negra chirría cuando levanto el pasador de hierro para poder entrar.

De camino a mi destino, paso por delante de tumbas anónimas con algunas estatuas solitarias de ángeles cubiertos de musgo.

Ante mí, el mausoleo de Alexander Alber se alza por encima de sus vecinos con la puerta ligeramente entreabierta, como invitándome a entrar.

Por un breve momento, la puerta del cementerio chirría a mi espalda y yo me vuelvo.

Una brisa más fuerte de lo normal ha provocado que se moviera, pues no veo a nadie. Siento la misma brisa en la cara cuando echo un vistazo alrededor de las tumbas para comprobar si estoy realmente sola.

Con pasos cada vez más rápidos, termino de recorrer el sendero que conduce al mausoleo y miro por la rendija de la pesada puerta metálica.

Parece estar desierto.

Abro más la puerta y accedo al interior.

Todo está prácticamente igual que la última vez: las frías paredes de mármol, el elevado sarcófago central... Han vuelto a colocar la tapa rota sobre el féretro de piedra y, al juntar de nuevo las piezas, la grieta apenas es visible.

No hay señal alguna de Strahm.

—Antiguamente eras mi favorita. No se lo digas a Dorothea.

Las palabras resuenan en las paredes de piedra. Dándole la espalda al sarcófago, me doy la vuelta hacia la puerta abierta y la voz familiar.

En cuanto la veo, me quedo sin aliento.

En la entrada, enmarcada por la luz de la luna y los rasgos ensombrecidos, distingo la silueta de Margarethe.

Me mira con desprecio.

En sus brazos sostiene uno de los rifles de mi padrastro.

Durante un tiempo, fue el favorito de Alexander. Se lo hizo por encargo un armero de Berlín, y no dejaba de elogiar la calidad de la madera de nogal pulida, los elegantes grabados, la suavidad del cerrojo y el supremo equilibrio del arma.

Supone la muerte de cualquier presa que se encuentre a cuatrocientos metros, me dijo en una ocasión.

—Margarethe —digo, pero no se me ocurre nada más.

Ella exhala un largo suspiro, como si no fuera elección suya estar aquí, como si todo este enfrentamiento fuera culpa mía.

—No tendrías que haber venido —protesta, mirando alrededor de la cámara a oscuras—. Ni siquiera tendrías que haber regresado al *schloss*. Podrías haber ignorado la convocatoria de padre y haberte quedado en Copenhague. Habría sido todo mucho más sencillo.

Cada una de sus sílabas rezuman ponzoña. A menudo he reparado en que Margarethe se comporta como si se creyera capaz de cualquier cosa, y creo que se recrea en esa sensación.

Nunca lo he sentido de un modo más intenso que en estos momentos.

—¿Qué estás haciendo aquí, Margarethe? —pregunto—. ¿Cómo has sabido que debías venir?

Margarethe se me queda mirando un momento y luego suelta una sardónica risa de incredulidad.

—¡Dios mío! Realmente no tenías ni idea de que yo estaba aquí, ¿verdad? —dice con sorna—. ¡Y yo que temía ser descubierta y he ido con tanto cuidado! ¡No tendría por qué haberme preocupado de nada! Estás tan absorta en tus propias intrigas que no puedes

concebir ninguna maquinación ni ninguna otra inteligencia que no sean las tuyas.

Mirándola, tomo constancia de lo lejos que estamos de la casa. Dudo que el ruido de un disparo suene suficientemente alto como para que pueda oírlo alguien. Estamos solas en un campo de tumbas, cualquiera de las cuales podría usarse para ocultar un cadáver.

Margarethe no tiene más que apuntar el rifle, apretar el gatillo y yo desapareceré del mundo.

—He estado siguiéndote desde que has salido de casa —explica Margarethe—. Cada cien metros, estaba segura de que me verías. Pero eres como un perro detrás de un hueso, demasiado avariciosa por tu propio bien. Dime, ¿cómo has convencido a Klaus para que abriera la puerta de la verja?

—No lo he convencido de nada —respondo yo—. Él ha pensado que...

Un repentino ruido metálico acalla mi explicación.

Margarethe ha abierto la recámara del rifle y, demostrando una gran habilidad, se dispone a cargar un cartucho. Mis músculos se tensan al verlo e intuyo que dispongo de una breve oportunidad para moverme antes de que el arma esté cargada, pero Margarethe consigue hacerlo sin que yo pueda dar el menor paso.

Estoy segura de que disfruta viendo cómo me doy cuenta de que me he dejado inmovilizar por un arma descargada.

Ahora se aferra al rifle con determinación, apoyando la culata en el hombro. El cañón apunta al suelo, listo para ser alzado en cualquier momento.

—¿Alguna vez has pensado en lo distintas que serían nuestras vidas si te limitaras a decir la verdad? —inquiere, como si estuviera fascinada por la pregunta—. No recuerdo una sola ocasión en la que yo te haya mentido, pero tú nunca me has devuelto la cortesía.

Comprendo demasiado tarde que esto es un interrogatorio. En los últimos días, me las he arreglado para maniobrar a espaldas de Margarethe, ignorándola mientras ella se sentía cada vez más furiosa y su familia se volvía en su contra.

Ahora soy consciente de que debo andar con mucho cuidado para mantener mi inocencia mientras le digo a ella lo que quiere oír. Si me hago la inocente, se enfurecerá, pero si admito todas sus acusaciones, sospecho que me liquidará al instante.

—Klaus ha pensado que el señor Strahm podía estar buscando el *ahnensäbel* para quedárselo —digo cautelosamente, pronunciando cada sílaba como si caminaran de puntillas.

—¡Y tú has dejado que se lo creyera! —me interrumpe Margarethe, reprendiéndome.

—Es la verdad.

—¿Por qué has vuelto al Schloss Alber?

Le sostengo la mirada sin parpadear y trato de hacerle comprender la verdad tan cuidadosamente como puedo.

—Porque lord Alber me convocó.

—Mentirosa —me espeta—. ¿Dónde está el *ahnensäbel*?

—No lo sé.

—¿Por qué mataste al hombre ese del bosque?

—Yo no lo hice.

Margarethe se ríe, pero sus carcajadas reverberan con una ira enconada que ha ido acumulándose con cada respuesta mía.

—Os vi a ti y a Strahm desde la plataforma de observación cuando se suponía que habíais ido a avisar a los gendarmes —dice ella—. Revoloteabais alrededor del cadáver como un par de moscas.

—Estábamos buscando pruebas.

—Robando pruebas.

—Para avanzar en nuestra investigación.

—Para frustrar la investigación de las autoridades.

—¿Qué diantre es todo esto, Margarethe? —la interrumpo con brusquedad—. ¡Me pides respuestas, pero te niegas a creer nada de lo que te digo!

—¡¿Y te sorprende?! —exclama ella con la vista desquiciada—. ¡No estoy loca! ¡Veo las cosas con más claridad que nadie en esa casa! ¡No tenías que encontrarte en secreto con Dorothea para intercambiar suministros médicos! ¡Anoche, Strahm solo corroboró tu coartada después de que yo sugiriera que lo estaba poniendo a prueba! ¡Delató a Klaus porque sabía que nos estaban oyendo y el

escándalo desviaría la atención de su querida Clara Mendel! ¡Has saqueado un cadáver ante mis propios ojos! Tu «investigación» se ha caracterizado por la sucesión de un engaño tras otro. Has desenterrado las indiscreciones de todos los habitantes de la casa (Klaus, Dorothea, Detler), pero todavía no hay rastro del *ahnensäbel*.

Después de decir todo esto, Margarethe parece calmarse, pero alza el cañón del rifle hacia mí. Ella conoce la mecánica de la fatiga tan bien como yo: no podrá sostenerlo en alto mucho rato. Si realmente tiene la intención de apretar el gatillo, lo hará pronto.

—¿De qué conoces realmente al señor Strahm? —pregunta.

—Y-yo... —tartamudeo—. ¿Qué estás...?

—¡Hugo Strahm! —grita ella, agitando amenazadoramente el cañón del rifle—. ¡Un supuesto desconocido con quien estableciste un vínculo inmediato! ¡Y quien, en uno u otro momento, ha sido tu única coartada para cada crimen que ha tenido lugar en nuestra finca! ¡Tú y él trabajáis juntos! ¡Habéis estado haciéndolo desde el principio! ¿Cuál es vuestra verdadera relación?

Abro ligeramente los labios.

Me quedo mirando el cañón del rifle de caza. El corazón me late en el pecho como un animal presa del pánico y se me ha secado la garganta.

Para muchas de las preguntas de Margarethe, la verdad es que no tengo respuesta. Poseo el lujo de una sincera ignorancia. Pero me he pasado los últimos días destapando la verdad sobre Hugo Strahm y el conocimiento reside ahora incómodamente en mi cabeza, obligándome o bien a revelar una incriminadora verdad, o bien a arriesgar mi vida engañando a la mujer que tengo ante mí.

Y, lo que es peor, Margarethe se ha dado cuenta de inmediato de que ha tocado un nervio.

—Noto cuando estás mintiendo, Clara. Te conozco desde hace muchos años —dice, tranquila como una tumba—. Intenta engañarme otra vez y te meteré una bala en la pierna. Con ello, dispondré de tiempo de sobra para cargar otro cartucho y después volveré a hacerte la misma pregunta. Miénteme entonces, y te mataré.

Baja el rifle, no por piedad, sino con intención. La llama del resentimiento arde en sus ojos.

—¿De qué conoces a Hugo Strahm, Clara?

Me siento helada e indeciblemente sola. Sin ninguna defensa, distracción u oportunidad para salir corriendo, he de esforzarme para contener el miedo que siento en el alma. Respiro hondo para prolongar el intervalo antes de ofrecerle mi fatídica respuesta.

A continuación, tras revisar todas y cada una de las palabras que pasan por mi cabeza, comienzo a hablar.

—Lo conocí al llegar aquí —respondo, clara y lentamente—. Quiere encontrar el *ahnensäbel*, pero no estoy segura de cuál es su intención última. La mía ha sido siempre traerlo de vuelta a casa, al Schloss Alber. Esa es la verdad.

Margarethe se me queda mirando con el arma todavía temblando en sus manos.

No puedo evitar recordarnos a ambas de niñas, en el césped del jardín frontal de la casa. Había momentos fugaces en los que nuestro poder combinado —el de Klaus, el de Dorothea y el mío— conseguía resquebrajar el severo exterior de Margarethe y esta llegaba a esbozar una sonrisa infantil y alegre.

Parece imposible trazar una línea clara de ahí a aquí o esbozar un diagrama que refleje las dimensiones del abismo que nos separa y que nos ha conducido a este momento.

A menudo me sorprende lo sutil que puede ser la ruina.

—No. No te creo.

Margarethe alza el rifle a la altura del hombro y dispara.



Un ensordecedor chasquido resuena en la cámara, seguido por el ruido de algo rompiéndose en pedazos. Suelto un grito de horror y, conmocionada, me preparo para una punzada de insoportable dolor.

Este no llega. Las reverberaciones del disparo se desvanecen y nada las sigue.

Lentamente, temiendo lo que pueda descubrir, abro un poco los ojos.

Margarethe yace en el suelo. Le sangra la cabeza y el rifle está tirado a su lado. Ocupando su lugar en la entrada, Hugo Strahm blande su bastón sobre el cuerpo inconsciente de la mujer.

Me vuelvo y veo un gran agujero en el mármol de la pared del fondo. Algunos escombros del impacto de la bala todavía están cayendo al suelo.

Casi me desplomo al sentir una oleada de alivio.

—Ha llegado justo a tiempo.

Strahm se inclina para comprobar el pulso de Margarethe y después le echa un vistazo al pequeño bolso que yace al lado del cuerpo.

—Desde luego, no pensaba quedarse sin munición —observa, sacando un puñado de cartuchos de su interior.

—¿Estará bien? —pregunto, preocupada.

—Se despertará, aunque se ha llevado un buen golpe.

—Bueno... —digo yo, dándome un momento para permitir que se me calme la respiración—. En cualquier caso, debo darle las gracias.

Arrastro el cuerpo de Margarethe a un lado del mausoleo y la siento con la espalda recostada en la pared. Apoyándose dolorosamente en su bastón, Strahm se inclina para examinar el rifle.

—Me ha seguido desde el *schloss* —explico mientras examino las pupilas de la mujer y compruebo que no hay razones para preocuparse—. Sin duda estaba pendiente de si trataba de escaparme de la casa.

—Ella sabía que lo intentaría —concluye Strahm—. Y contaba con que se quedara a solas.

—Eso parece —digo yo, poniéndome de pie otra vez—. Supongo que debería tomarme como un cumplido el hecho de que estuviera segura de que yo encontraría un modo de escaparme...

Me callo de golpe. Todo ruido desaparece del mundo salvo mi propia respiración al ver que Strahm carga un cartucho en la recámara y, tras correr el cerrojo, apoya la culata del rifle en el hombro. El arma resulta mucho más amenazadora en sus firmes manos que en las trémulas de Margarethe.

—No esperaba la presencia de lady Margarethe —dice él—, pero hay cierta elegancia en ello. Se despertará confusa, pero estoy seguro de que recordará haber cargado el rifle y haberla disparado a usted. Si se despierta y ve su cadáver con una bala en el pecho, se marchará pensando que ella ha sido la culpable. Mucho mejor de lo que yo había planeado.

Una oleada de desesperación me recorre el cuerpo. Todos los acontecimientos de esta noche —la luz que he colocado en su carruaje, la inesperada victoria que ha supuesto la ayuda de Klaus— me han conducido precisamente adonde Strahm me quería.

Días atrás había imaginado que los fantasmas de los antiguos conocidos de este hombre me advertían a gritos que no me relacionara con él. Ahora ya no oigo grito alguno. En vez de eso, casi puedo oír sus susurros en el aire vacío reprochándome mi decisión. «¿No lo ve, Clara Mendel? Todos y cada uno de nosotros pensó que era más listo que el anterior».

—Usted sabía que yo había encontrado un modo de seguir el rastro de su carruaje —me doy cuenta—. Y lo ha usado para atraerme hasta aquí.

—Tengo información suficiente para hallar el *ahnensäbel* y todo lo que necesito para escapar de este pueblo con él —responde—. Solo queda un hilo suelto que me compromete.

—El hecho de que yo sepa quién es usted.

Strahm no contesta, perfectamente consciente de que no hace falta.

—¿Cómo debe de ser la vida para usted cuando el mero acto de conocerlo, de comprenderlo siquiera mínimamente, supone una transgresión punible con la muerte? —digo, exhalando un suspiro y haciendo que él enarque una ceja.

El desconcierto de Strahm da paso a una mueca de desdén.

—Se pone usted en ridículo —contesta—. Espera avivar las ascuas de una conciencia oculta, diagnosticar mis deficiencias y alentar con ello cierta idea de compañerismo, de dirección moral, de propósito. Que trate de imponerme sus míseros valores es un insulto para ambos.

Pese a sus palabras, me parece percibir una leve vacilación. Ese momento, sin embargo, es fugaz. Y, con la seguridad de que ya no hay nada más que decir, Strahm alza el rifle.

—Tenga cuidado, James.

El hombre con el arma se me queda mirando. Por primera vez, no sabe qué contestar.

—Es un bonito nombre —observo—. Es una pena que sea el único que los periódicos no usan. Le llaman Moriarty, el profesor, o profesor Moriarty. ¿Se tuteaba al menos con su estimado detective Holmes?

Al asimilar mis palabras, Strahm se enfurece y comienza a respirar pesadamente a través de la nariz.

Nuestra relación siempre ha sido desigual.

A simple vista, parecía estar equilibrada. Yo poseía información que podía perjudicarlo y él tenía el poder de dejarme sin coartada.

Pero lo cierto era que, mientras únicamente yo tuviera conocimiento de sus transgresiones, Strahm podía librarse de nuestro acuerdo con una bala, una porra o un fuerte empujón.

Revelarle a otro sus secretos los dejaría sin valor alguno, pero ser su única poseedora sería algo todavía más insensato.

—He recopilado una buena cantidad de información acerca de su pasado —prosigo—. La carta de Holmes, una pequeña selección de artículos de periódico (uno de los cuales incluye un retrato suyo), y mi propio testimonio personal. Hace unas horas, lo he dejado todo en manos de alguien de confianza. Le he pagado generosamente para que lo llevara todo a Kaltental y el sobre ha partido esta misma

noche hacia Múnich. Y, desde ahí, llegará a mis abogados de Copenhague dentro de una semana como mucho.

Me pregunto si necesito dar más explicaciones. El señor Strahm no baja el rifle, pero ya no posee la calma de antes. Cuando finalmente habla, un dejo de frustración es perceptible en su tono de voz.

—¿Cuánto tiempo?

—Un mes —respondo—. Si no visito personalmente sus oficinas en ese plazo de tiempo, tienen instrucciones de hacer llegar la información a los principales periódicos y los cuerpos de policía de distintos países. Me he asegurado de incluir a sus amigos de Scotland Yard. Estos parecen poseer un especial interés en lo que a usted se refiere.

—Los he eludido con anterioridad —dice Strahm, aunque su tono no resulta demasiado convincente.

—Eso fue cuando era usted un mero criminal —replico yo—. Ahora es una leyenda. El hombre que mató a Sherlock Holmes. Si se descubre que ha sobrevivido, el interés en darle caza no será únicamente judicial, sino también periodístico y público. En lo que respecta a la gente, ahora mismo podría estar usted detrás de cualquier esquina, en cualquier hotel, en cualquier tren. A nadie le importa el aspecto de un hombre muerto. El de un genio del crimen, en cambio... No habría persona viva que no conociera su rostro.

—Las caras pueden cambiarse —asegura Strahm.

—Tal vez —admito—. Pero ambos sabemos que odia usted los disfraces.

Reparo en que el arma tiembla ligeramente en sus manos.

Yo contengo los nervios, tal y como debe hacerse ante la presencia de un depredador. Después de lo que parece una eternidad, Strahm se ve obligado a bajar el rifle sin dejar de fulminarme con la mirada.

—Supongo que debería estar impresionado.

Descarga el arma y la arroja al suelo. Yo echo un vistazo a Margarethe, cuya cabeza se mueve ligeramente adelante y atrás en pleno estupor semiinconsciente.

No tardará en despertarse, lo cual ya está bien. Debo atender otro asunto.

—¿Lo ha resuelto? —pregunto a Strahm—. ¿Sabe quién asesinó a Karl Oberlander?

Él asiente como si la respuesta no le proporcionara alegría alguna.

—¿Quién fue?

—Usted debería saberlo —contesta él—. Vio el tallo del vaso de cristal, la nota, el libro de contabilidad.

Frunzo el ceño.

—Pero usted ni siquiera llegó a ver el interior del libro de contabilidad.

—No —se muestra de acuerdo Strahm al tiempo que se aparta de la puerta del mausoleo y extiende una mano hacia mí—, pero no hacía falta.



Las estrellas relucen entre las ramas altas de los árboles mientras nos abrimos camino a través del bosque de la hacienda Alber.

Camino al mismo paso que el hombre que hace apenas un rato tenía intención de matarme. Parece absurdo, y todavía más cuando reparo en la extraña sincronía de nuestros movimientos.

No soy ingenua. Comprendo que nuestra asociación se basa en una mera ventaja oportunista, pero al avanzar en silencio a través de los árboles también creo notar otra cosa.

Es una sensación de la que quizá no puedo fiarme, pero debo al menos señalarla.

Llamarlo amistad sería tristemente impreciso, han pasado demasiadas cosas para creer que se trata de algo así. Pero después de todo lo que hemos vivido juntos, un tímido vínculo se ha formado entre ambos. Somos dos personas con la soledad en común.

Una semana con escasas horas de sueño está comenzando a pasarme factura y las pantorrillas me duelen tras días y noches yendo de un lado para otro. Que esta debería ser la última etapa de nuestro viaje no es tanto una petición como una necesidad física.

Este asunto debe llegar a su fin y luego, con suerte, podré descansar.

Más adelante, la distancia entre los árboles comienza a aumentar y, cual monstruo durmiendo en el claro, asoman los sinuosos troncos de la vieja cabaña de caza. La luna baña sus ruinas cubiertas de musgo y maleza.

Danzando a través de los restos de la cabaña puede atisbarse la luz de una única lámpara. Alguien está en plena faena con la pala en mano. Sus apresurados movimientos de aquí para allá rezuman desesperación.

Procurando no hacer ruido, nos acercamos al perímetro de la cabaña. Cuando nuestra intrusión ya está a punto de ser descubierta, opto en cambio por anunciar nuestra presencia.

—Dorothea.

Cual cervatillo sobresaltado, la joven levanta sus amplios ojos hacia la oscuridad. El costado derecho de su rostro está bañado por el resplandor de la linterna. Tiene los labios entreabiertos a causa del shock y en sus mejillas pueden advertirse relucientes restos de lágrimas.

—C-Clara... —tartamudea con un dejo de aflicción en la voz.

Bajo la mirada y a su alrededor veo tablones de madera podrida y tierra removida. Ha estado cavando agujeros poco profundos por todo el claro.

—¿Qué...? —comienza a decir, recuperando la compostura lo mejor que puede—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Alexander te enseñó a disparar y conoces bien la cabaña —respondo—. Es un lugar que lord Alber evita. De hecho, trata de no pensar en él. Sería un buen escondite para el *ahnensäbel*.

—Al menos hasta que se ha enterado de que un batallón de detectives peinará la hacienda —dice Strahm sin emoción.

—Y-yo... No. —Dorothea niega con la cabeza como si la noche estuviera derrumbándose sobre ella—. ¡Estoy buscando el sable! ¡Solo quiero ayudar a encontrarlo!

Strahm da un paso adelante.

—Quería financiarse una vida alejada del *schloss* y escapar de los planes que el barón tenía para usted. Por eso conspiró con Karl Oberlander para robar el *ahnensäbel*, y por eso lo mató.

—E-eso es... ridículo —tartamudea Dorothea antes de volverse hacia mí con una mirada suplicante—. ¡Clara! ¿No pensarás dejar que Strahm lance estas acu...?

No sé cuál es la expresión de mi rostro, pero aun así es evidente lo que Dorothea ve. Su boca se abre de par en par al darse cuenta de que no he venido a salvarla.

Desesperada por mantener una fachada que está resquebrajándose, la joven finge enojo e incredulidad.

—¡Yo... me encontraba en Múnich! —exclama, como si Strahm y yo hubiéramos dicho una locura—. ¡No solo estaba fuera de la hacienda, sino que me encontraba en otra población! No cogí el tren de vuelta hasta...

—Regresó ayer —la corrige Strahm—. Cumplió con el encargo de la señorita Mendel y regresó en tren por la tarde. Con tiempo suficiente para...

—Esto es ridículo —protesta Dorothea, ya más débilmente—. Estáis diciendo que planeé... ¡Clara, solo me marché porque tú me lo pediste!

—Ibas a hacerlo por ti sola —le recuerdo a regañadientes—. Cuando te lo propuse, tú ya estabas preparando la maleta. Yo solo te proporcioné una razón más legítima.

—Quería marcharse para hacerle frente a Karl Oberlander —me interrumpe Strahm en un suave tono de voz—, y seguir adelante con su plan.

Dorothea vuelve a mirarme como si no estuviera dispuesta a aceptar que yo me haya puesto del lado del señor Strahm. De nuevo, sin embargo, se encuentra con una mirada compasiva, pero ninguna señal de que pretenda intervenir.

—Imagino que lo conoció en la Casa de los Cínicos —teoriza Strahm—. Puede que a él le gustara y la invitara a su escondite del bosque. Sospecho que Oberlander utilizaba el lugar para sus escarceos amorosos, ya que la cama de matrimonio era el único mueble limpio de toda la cabaña. Sea como fuere, usted estaba al tanto de la existencia de ese lugar y sabía que localizaría ahí el *ahnensäbel*.

—S-si está usted insinuando... —tartamudea Dorothea—. Yo no sé nada de ningún escondite. Nunca he conocido...

—Dorothea —digo suavemente, interrumpiéndola, y ella se calla.

—Solo había un pequeño problema —continúa diciendo Strahm—. Aunque lograra que Oberlander le diera el sable, lo que sucediera a continuación podía condenarla. En caso de que él siguiera vivo, Bertrand o los gendarmes podían sacarle una confesión. Lamentablemente, tampoco podía limitarse a matarlo sin más, pues una investigación, y en particular una en la que la Casa de los Cínicos estuviera implicada, sacaría a la luz sus vínculos con ese hombre. En ese caso, sería usted una sospechosa sin coartada, y no sería difícil demostrar su culpabilidad.

Dorothea frunce el ceño ante las palabras de Strahm.

—Lo que necesitaba, pues, era conducir la investigación en una dirección completamente distinta, obteniendo de paso una coartada blindada —concluye Strahm—. Su propia familia era la opción perfecta. Si parecía que Oberlander había sido asesinado por uno de sus miembros, pero no había ninguna indicación clara de cuál, era improbable que nadie llegara a ser procesado. Los Alber cerrarían filas, la policía no investigaría a fondo y ni siquiera Bertrand se arriesgaría a insistir demasiado con el asunto. He ahí la elegancia de incriminar a una familia poderosa.

Dorothea se pone lentamente de pie sin mirarnos a ninguno de los dos.

—No tengo por qué escuchar esto. Es pura fantasía.

—Ciertamente, el lugar de encuentro parecía extraño —afirmo—. ¿La plataforma de observación de una casa situada en un acantilado, con la única puerta de acceso a la hacienda cerrada y la única llave para abrirla guardada en el edificio? Si un hombre se caía de esa plataforma, a la que únicamente puede accederse a través de la casa, todo el mundo supondría que el responsable tenía que haber sido uno de sus ocupantes. Alguien debía de haber dejado entrar a Oberlander y luego esa persona lo había empujado.

Dorothea intenta decir algo, pero no puede. A regañadientes, continúo con mi razonamiento.

—Cuando lord Alber cerró a cal y canto la casa y desmanteló la polea de los suministros, incluida la cuerda de ciento ochenta metros de la cual cuelgan los cestos, pensaba que estaba restringiendo tus movimientos, pero lo que hizo en realidad fue ofrecerte exactamente lo que necesitabas. La noche anterior a tu partida, saliste a hurtadillas de la casa. Cogiste la cuerda de la polea, cruzaste la casa y, tras pasarla por detrás de uno de los pilares de la balaustrada, arrojaste sus dos extremos de noventa metros hasta los pies del acantilado. Pocos se aventuran hoy en día hasta la plataforma de observación, de modo que era improbable que alguien viera la cuerda. Y si dejabas caer sus extremos por el lado del acantilado que no da al camino, tampoco podría verse desde el valle.

Strahm prosigue desde donde lo dejo yo.

—A la noche siguiente, fue a visitar a Karl Oberlander, lo sedó poniéndole algo en el vino (quizá su propio opio), y recuperó el *ahnensäbel*. Luego cargó el cuerpo sedado del hombre en el caballo, cruzó el bosque hasta el pie del acantilado y, tras atar un extremo de la cuerda a la cintura de Oberlander y el otro al sillín del caballo, se alejó con este para crear un contrapeso.

Dorothea abre la boca para protestar, pero Strahm prosigue antes de que pueda decir nada.

—Así, alzó a Karl Oberlander a casi noventa metros de altura hasta que quedó suspendido justo debajo de la plataforma misma —especula—. Puede que él se despertara por casualidad, o quizá usted esperó a que gritara. En cualquier caso, en ese momento desató su extremo de la cuerda y Oberlander se desplomó a las rocas. La cuerda cayó con él, y luego usted se la desató de la cintura y huyó de la escena dejando un cadáver, incuestionablemente fallecido a causa de la caída, tendido debajo del balcón del *schloss*. Toda la familia quedaría bajo sospecha y puede que sus miembros incluso se inculpasen unos a otros... menos a usted, que no podía haberlo hecho porque, supuestamente, en esos momentos se encontraba lejos del Schloss Alber y ni siquiera podía entrar en la casa.

—Había una fractura en la zona lumbar de Oberlander, como si hubiera caído sobre algo —elaboro—, pero debajo del cadáver no había ninguna roca que hubiera podido causarle una lesión semejante. Al principio, pensamos que pudo deberse al impacto con la balaustrada de mármol, pero en realidad se debió al tirón de la gruesa cuerda que llevaba atada a la cintura. Una vez retirada la cuerda, habría sido fácil pasar por alto esa fractura anómala, teniendo en cuenta el resto de las heridas. Echamos un vistazo en el cuarto de la polea después del incidente, pero no reparamos en que la cuerda no estaba en su lugar.

La compostura de Dorothea ha llegado a un punto límite. Nos mira alternativamente a mí y a Strahm mientras hace acopio de indignación para un último arrebato.

—No tenéis ninguna prueba de todo esto. No son más que meras especulaciones.

—Al contrario —responde Strahm—. Si bien el asesinato en sí mismo fue ejemplar, se quedó usted corta con otras cuestiones. La nota que fabricó en la cabaña de Oberlander exigía a este que fuera al *schloss*, pero no especificaba ninguna fecha, indicando que había sido entregada ese día. Y tampoco había ningún sello, indicando a su vez que había sido entregada en mano. Usted era el único miembro de la familia que estaba fuera de la casa en esos momentos.

—Quizá... —comienza a decir ella— se la entregó un sirviente en nombre de otra persona.

—Estaba escrita en primera persona y no había sobre —refuta Strahm la protesta—. Dudo mucho que nadie se atreva a confiar tanto en un sirviente como para dejar en sus manos un mensaje amenazador sin sellar. Y luego está el libro de contabilidad.

Dorothea frunce el ceño, desconcertada.

—¿Qué libro de contabilidad?

—El que estaba oculto debajo de los tablones de madera del suelo de la cabaña —explica Strahm—. Nos interrumpieron antes de que pudiéramos llegar a leerlo, pero ni siquiera un rufián como Karl Oberlander es tan estúpido como para nombrar a sus compañeros de conspiración. Estoy seguro de que no era más que un recuento de sus ganancias, valoraciones, etcétera.

—Entonces no entiendo por qué lo relaciona conmigo —se burla ella.

—El libro de contabilidad en sí mismo no es destacable —explica Strahm—, pero hice un inventario de los objetos que había en la cabaña. Resulta extraño que alguien tenga un libro de contabilidad, pero ninguna pluma.

Miro a Strahm, sorprendida. No estaba al tanto de este detalle, y me doy cuenta entonces de hasta dónde llega su nivel de observación y de cómo lo empleó en la cabaña.

—La nota amenazadora fue escrita después de que hubiera reducido a Oberlander —concluye Strahm—. Usó su pluma y luego se la llevó para evitar que nadie pudiera comparar su tinta con la de la nota.

—Para mí, la confirmación es la carta de lord Friedrich —digo en voz baja—. No esperabas verme delante del hotel Edelweiss. Entraste en pánico y me dijiste que habías llegado en el primer tren, un tren que todavía estaba en el andén. En este, sin embargo, era en el que había llegado a Kaltental la carta de lord Friedrich, enviada desde su alojamiento en Salzburgo. Ahora que Strahm ha explicado tus actos, he caído en que el tren procedente de Múnich no trae el correo matutino de Salzburgo.

Puede que se deba a que finalmente he lanzado una acusación en su contra, pero de repente Dorothea parece perdida. Su boca abierta farfulla algunos argumentos fantasmas.

—¡E-el... vaso de vino! —exclama desesperada—. ¡Karl Oberlander compartió un vaso de vino con su asesino! ¡El suyo estaba hecho añicos en el suelo! ¡A mí me habría resultado imposible...!

Strahm se lo refuta.

—Ese fue el truco más sencillo de todos. Cogió un vaso de vino y rompió el tallo. El cáliz estaba lleno de vino y lo colocó junto a la cuerda cuando la pasó por detrás de uno de los pilares de la balaustrada de la plataforma de observación. Cuando Oberlander cayó, la cuerda se tensó a gran velocidad, rompiendo el cáliz y vertiendo vino en el suelo. Luego no tuvo más que dejar el tallo en la mano *post mortem* de Oberlander para completar el efecto.

—Lo cual significa que, si encontráramos esa cuerda, tal vez escondida en el bosque, o tal vez devuelta de nuevo a su sitio, habría una mancha de vino tinto en ella —razono yo—. ¿Crees que, si buscamos la cuerda, podríamos encontrar algo semejante? ¿Crees que será lo que harán los detectives de lord Friedrich?

En un proceso que resulta doloroso ver, la presa que contiene el alma de Dorothea comienza a resquebrajarse. Los labios le tiemblan y, con respiración trémula, se le escapa un sollozo. Finalmente, las compuertas se abren y un mar de lágrimas comienza a surcar sus mejillas y a caerle por la barbilla.

—¡Estaba tan enojada con padre por lo de la abadía...! —exclama desesperada—. Una noche, me hallaba en un reservado de la Casa de los Cínicos con Karl. Él estaba de celebración, gastando dinero a espuertas, pero de repente desapareció. Más tarde, durante la cena,

dijiste que Strahm había hecho que Bertrand ahuyentara al ladrón y me di cuenta de que esa había sido la razón por la que Karl había huido. «¡Maldito sea! —pensé—. ¡Cómo se atreve a robar en la tumba de mi hermano y celebrarlo en mi presencia...!». Y entonces se me ocurrió... Se me ocurrió...

Dorothea cae de rodillas al suelo y suelta la pala que sostenía en la mano.

—¿Dónde está ahora el *ahnensäbel*? —pregunta Strahm.

—Lo enterré aquí —dice Dorothea entre lloros—. Pensaba que estaría a salvo. Hasta que me he enterado de la inminente llegada del contingente de detectives de lord Friedrich. Al ver que Margarethe salía a pesar de que padre había cerrado la casa, he pensado que podía seguirla y aprovechar para sacar el sable de la hacienda...

Dorothea habla muy rápido. Su mente parece estar comenzando a acusar el estrés de las últimas noches.

—Pero no puedo encontrarlo. ¡No puedo encontrarlo! —exclama—. Está demasiado oscuro. Medí con pasos el lugar en el que lo enterré. Pensaba que recordaría dónde lo había dejado, pero... no puedo pensar con claridad, no puedo...

Dorothea se viene completamente abajo. Debe de sentir que Dios mismo está castigándola, sentenciada a cavar sin fin en la fría y dura tierra.

Finalmente, en un tono desapasionado y derrotado, dice:

—Supongo que ahora vais a llamar a la gendarmería.

Strahm se acerca a ella y se inclina.

—Desde luego que no. —Coge la pala y vuelve a erguirse—. Pero está a punto de amanecer, y en breve lord Friedrich y sus hombres pondrán la hacienda patas arriba. Disponemos de muy poco tiempo para esconder el *ahnensäbel* en algún lugar seguro.

—¿Qué propone que hagamos? —pregunto.

—Lo primero es lo primero —concluye Strahm—. Sugiero que lo encontremos.



La noche sigue avanzando, apremiante y tensa.

A pesar de la fatiga mental, exploramos el amplio claro en busca de algún rastro de tierra removida. Dorothea lo hace con su pala, Strahm inspecciona el suelo con la punta del bastón. A mí me ha tocado la pajita más corta y me veo obligada a usar únicamente un trozo de teja rota.

El amanecer es todavía una amenaza lejana, pero ya puedo notar como se acerca.

—P-procuré asegurarme de que la tierra no pareciera haber sido removida —tartamudea Dorothea, disculpándose—. Yo... no esperaba regresar al amparo de la noche. No creía...

Su voz se va apagando. Como si solo lo hiciera para mantenerse ocupada, clava la pala en la tierra y la hunde con el pie. Cuando echa la tierra a un lado y comprueba que en el hoyo que acaba de hacer no hay nada, oigo cómo su respiración se estremece. Es como si cada fracaso le resultara más y más duro de soportar.

—Tiene que estar aquí —susurra Dorothea, desesperada—. Lo encontraremos, ¿verdad, Clara?

Se me queda mirando a la espera de mi confirmación. Luego, temerosa de la respuesta, se gira y sigue buscando.

Puedo imaginar lo que está pensando cuando vuelve a hundir la pala en la tierra. Ha llegado muy lejos para hacerse con el *ahnensäbel*. Si no consigue recuperar la reliquia antes del amanecer, si al final la encuentran las autoridades y la envían lejos, fuera de su alcance, habrá asesinado a Karl Oberlander para nada.

Trato de pensar unas pocas palabras de consuelo, pero ninguna de ellas me parece adecuada. En vez de decirle nada, pues, me froto la dolorida nuca mientras estudio distraídamente el claro.

Una repentina oleada de pánico me recorre el cuerpo. Strahm, que estaba inspeccionando el extremo opuesto, ha desaparecido.

—Sigue buscando —le digo a Dorothea mientras me pongo de pie.

Con silenciosa urgencia, me abro camino a través de los escombros de la vieja cabaña. Miro los bordes del claro y luego examino detenidamente las oscuras profundidades del bosque en busca de una figura humana.

En medio de los árboles distingo a Strahm de espaldas a nosotras, examinando un objeto que no consigo ver.

Sin el menor sigilo, me dirijo hacia él hasta que finalmente puedo observarle bien.

Tal y como deseaba desde el momento en que llegó al Schloss Alber, Strahm tiene al fin el *ahnensäbel* en su posesión. Sostiene el sable con gran delicadeza y la punta hacia el suelo. Con una mano sujeta la empuñadura mientras pasa la otra por el intrincado bordado de la vaina.

A continuación, empujando la guarda hacia arriba con el pulgar, deja a la vista el primer centímetro y medio de la hoja, un cuadrado de oro puro que reluce con intensidad bajo la luz de la luna. Strahm parece embelesado por lo que la reliquia acaba de revelar: el reluciente preludio de una fortuna inconmensurable.

—Es precioso —comento.

Strahm advierte mi presencia, pero no dice nada.

—Es una baratija llamativa —responde él—. Su potencial, en cambio, es una cuestión completamente distinta.

—La reconstrucción de su imperio —comento—. La restauración de la Casa de Moriarty.

Strahm no contesta.

Me lo quedo mirando. Sin duda, el *ahnensäbel* ejerce un poder hechizante sobre este hombre. Casi puedo oír los engranajes de su mente en movimiento. Está desengastando el sable, valorando sus partes, repartiendo los fondos, planeando cada inversión y sus ganancias aproximadas.

Y, sin embargo, también percibo otra cosa en su rostro. Vacilación, insatisfacción. Es como si el objeto que tiene ante sí fuera el aspecto menos destacable de las revelaciones de esta noche.

—No creo que deba llevárselo —le digo directamente.

Una ligera brisa sopla entre las ramas de los árboles y a nuestra espalda se sigue oyendo el rítmico ruido de Dorothea cavando en el

claro.

—No sabe de lo que está hablando —contesta él con los ojos todavía puestos en el sable.

—Sé lo suficiente —aventuro—. Si se marcha con el *ahnensäbel*, retomará sus viejas costumbres. Su vida será exactamente igual que antes, salvo que esta vez no habrá ningún Sherlock Holmes para detenerlo.

—Habla como si debiera agradecerle al detective que siempre estuviese entrometiéndose en mis asuntos —dice Strahm en tono burlón—. Pero no deseo otra cosa que hacerme con el *ahnensäbel*.

—«Deseo». —Tres sílabas. Las repito, divertida—. El vicio era antaño su negocio, señor Strahm. Debería saber mejor que nadie que los deseos de la gente no siempre son beneficiosos. Las personas pueden perderse a sí mismas en aquello que desean.

—Y piensa eso de mí, ¿no es cierto?

—Creo... que esta codicia por obtener poder y ventaja lo ciega —insisto con suavidad—. Le impide ver el hombre que podría llegar a ser. Y el señor Holmes también lo creía. Sospecho que seremos las últimas personas que se lo dirán.

—Vuelve a ponerse en ridículo —me reprende él en tono enojado, volviéndose finalmente hacia mí—. Me conoce desde hace apenas siete días. Y está al tanto de mi naturaleza desde hace cuatro. Y de mi verdadero nombre desde hace aún menos. ¿Y, sin embargo, cree saber qué es lo mejor para mí?

—Sé que vino usted al Schloss Alber —argumento—. Podría haber ido a cualquier lugar en busca de fortuna, pero decidió aceptar el desafío de Holmes. El último hombre que lo comprendía de veras, el último hombre que creía que usted no era únicamente malvado, sino que está incompleto. Él se dio cuenta de que podría usted convertirse en algo excepcional si se desembarazaba de sus preocupaciones mundanas. No estaría usted aquí si esa idea no le resultara atractiva, aunque solo sea...

—¡Holmes era un completo idiota! —explota de repente Strahm—. ¡Y murió como tal! Sus teorías moralistas sobre la ley y el caos eran una memez. Y también sus planes para mí. ¿Este desafío? ¡Infantil! ¡Y lo he superado! ¡He localizado el *ahnensäbel*, he desenmascarado

al culpable y de paso he obtenido una fortuna! ¡Ahora él está muerto, derrotado en su propio juego insípido! ¿Qué razón hay para no reclamar mi recompensa?

Los ojos en llamas de Strahm parecen esparcir al universo la rabia que alberga en su interior. En estos momentos, tiene el aspecto de un hombre perdido en medio del mar, zarandeado por una tormenta y sin ningún puerto a la vista.

—¿Qué razón hay, señorita Mendel? —repite, desafiándome a ofrecerle una respuesta.

Deja de oírse a Dorothea cavando. El alto tono de voz de Strahm debe de haberle llamado la atención. Oigo cómo grita mi nombre.

Yo no me vuelvo hacia ella. En vez de eso, me acerco poco a poco a Strahm hasta que estoy justo a su lado. Él se queda petrificado, aparentemente tan poco acostumbrado a que alguien se aproxime tanto a él que se siente confuso.

Me inclino hacia delante, acercando mi rostro al suyo, y le susurro unas pocas palabras al oído.

Luego vuelvo a retroceder, poniéndome de nuevo a la distancia a la que estaba justo hace un momento.

Strahm se me queda mirando sin parpadear y con los ojos abiertos de par en par mientras un torbellino de emociones contrapuestas se refleja fugazmente en su rostro. Abre la boca como si quisiera decir algo, pero luego la cierra otra vez.

Vuelve a envainar la hoja del *ahnensäbel*.

Abriéndose paso a trompicones entre los árboles, Dorothea llega a nuestro lado.

—¡Aquí estabais! Ya pensaba que... —Se queda callada al ver el *ahnensäbel*.

—Tenemos que deshacernos de él —dice Strahm con la mente en otro lugar—. Llevarlo a algún lugar donde nadie pueda hallarlo. Me temo, lady Dorothea, que mi sugerencia no va a gustarle.



El color del cielo está pasando del negro al gris y los pájaros están comenzando a cantar sobre la fresca planicie herbosa.

Una luna ya desvaída danza en las ondas del lago antes de que un remo de madera la haga añicos. Strahm me observa desde el asiento de proa del pequeño bote que nos conduce hacia la zona donde las aguas son más profundas.

Dorothea nos mira desde el muelle. Sus rasgos son cada vez más pequeños en la distancia, pero en ellos puede percibirse una expresión inconfundiblemente triste.

Era la única alternativa; no había ningún escondite suficientemente secreto, ni tampoco tiempo para dejar la hacienda o enterrar el *ahnensäbel* a una profundidad tal que los hombres del primo Friedrich no lo encontraran. Volver al *schloss* con el objeto provocaría la ira de lord Alber, por no mencionar las acusaciones de Margarethe, a quien habíamos dejado inconsciente en el mausoleo. Y dejar que Strahm se llevara consigo el sable requeriría una confianza en él que en estos momentos no poseo.

De modo que hemos tomado esta decisión. Para que el sable esté realmente fuera del alcance de los detectives, también debe estar fuera del nuestro.

Dorothea ha aceptado esta conclusión sin decir una palabra. La idea de no volver a ver nunca más el sable después de todo lo que había hecho para obtenerlo le resultaba demasiado dura como para poder planteársela. Se ha limitado a asentir levemente y nos ha seguido sin emitir sonido alguno.

Cuando Strahm ha explicado que el bote iría más rápido con solo dos pasajeros, la joven ha parecido sentirse aliviada, y no ha protestado en ningún momento mientras nos alejábamos de la orilla.

Mirando ahora a Strahm, no puedo evitar sospechar que en realidad tiene otra razón para quedarse a solas conmigo y aislarnos de los demás. Se le ve taciturno e introspectivo, como si estuviera reflexionando sobre lo que estoy segura que considera un fracaso.

—¿Se encuentra bien? —pregunto.

Los remos baten las aguas tres veces antes de que Strahm conteste.

—Una pregunta estúpida —murmura descontento—. He perdido.

—Yo diría que es un empate —lo consuelo mientras el bote se balancea suavemente y noto que estoy cada vez más cansada—. Ha resuelto el asesinato de Oberlander.

—Que no era el crimen que me habían desafiado a resolver —protesta Strahm—. La propia lady Dorothea ha dicho que no descubrió la implicación de Oberlander hasta que este huyó de la Casa de los Cínicos. Ella no estuvo involucrada en el robo original.

Strahm exhala un suspiro mirándome directamente a los ojos.

—Fue usted quien robó el *ahnensäbel*, y yo no me di cuenta —dice seriamente.

Permanezco en silencio, sin saber bien cómo contestar.

Strahm ha permanecido absorto en sus pensamientos desde que le he susurrado la verdad en el bosque. Esto ha tenido el efecto deseado, pues se ha dado cuenta de que no ha superado el desafío que le planteó su rival, y que, tal vez, la atracción que el *ahnensäbel* ejercía sobre él le ha impedido ver una verdad por lo demás deducible.

—Bueno, tenía usted muchas cosas en la cabeza —respondo, mostrándome comprensiva.

—Pero carecía usted de motivo —sigue diciendo él, irritado—. Tiene dinero y no es una persona avariciosa. Parecía genuinamente interesada en recuperar el maldito sable. Y ahora estamos a punto de deshacernos de él y no parece importarle lo más mínimo.

Oigo cómo los remos empujan el bote por las aguas y también mi propia respiración subiendo y bajando. Por la razón que sea, a pesar de la gravedad de la situación, me siento increíblemente tranquila. Puede que ya no posea energía suficiente como para que me importe. Puede que Strahm y yo estemos tan enmarañados en amenazas de destrucción mutua que haya terminado formándose entre ambos una perversa forma de confianza.

—Una deshonra mayor —dice él, exhalando un suspiro que se origina en lo más profundo de sus pulmones.

—¿Cómo dice?

—Una deshonra mayor. —Strahm repite sombríamente las palabras como si las estuviera leyendo en la tumba de un viejo amigo—. Esas palabras son la clave de todo, ¿no?

Se me queda mirando.

—Sherlock Holmes podría haber predicho el robo del *ahnensäbel*, pero no podía garantizarlo —razona—. Su carta prometía que «los hilos de una conspiración criminal» convergerían en el Schloss Alber, pero no especificaba si el crimen sería un acontecimiento futuro o si se trataba de una vieja transgresión ya cometida. El robo era un mero síntoma de un pecado pasado. Un pecado de cuya existencia él sospechaba, aunque era consciente de que no viviría lo suficiente como para investigarlo debidamente.

Strahm habla del fallecimiento del detective de un modo impersonal, como si él no hubiera sido el responsable. Me pregunto si, ahora que él se ha pasado todo este tiempo ejerciendo el papel de su enemigo, puede haber un destello de remordimiento en su voz, de arrepentimiento por lo sucedido en Reichenbach.

Levanta la mirada y, dejando atrás sus cavilaciones, me lanza una nueva acusación.

—Usted mató a Alexander Alber.

Pronuncia estas palabras sin emitir juicio alguno, movido únicamente por el deseo de comprender. No comenta el acto mismo. A su manera, Strahm es más tolerante que ninguna otra persona que haya conocido nunca, y no siento la más leve inquietud cuando asiento lentamente.

—El documento que encontré oculto en la casa de su madre era un pasaje de una carta de amor en la que Alexander Alber comentaba sus planes de fugarse para casarse. —Strahm ladea la cabeza, recordando los detalles de la misiva—. «Se espera que mantenga el legado de mi padre y que no le cause a su nombre una deshonra mayor».

La silenciosa lógica de Strahm sigue su proceso y, poco a poco, cada línea de pensamiento va cobrando sentido.

—Es una extraña elección de palabras. Todo el mundo asegura que Alexander era el hijo perfecto. La primera decepción que le

causó a la familia fue casarse con la madre de usted. Y, sin embargo, habla de una deshonra mayor. Lo cual significa que dicho matrimonio ya había tenido lugar. Cuando habla de fugarse para casarse estaba refiriéndose a hacerlo con alguien nuevo.

Los remos se detienen y el bote desacelera lentamente. Strahm posa toda su atención en mí.

—¿Le escribió esas palabras a usted? —dice con incredulidad—. ¿A su hijastra?

Noto cómo escudriña mi rostro en busca de una reacción. A pesar de toda la crueldad que ha infligido y de toda la falta reptiliana de conciencia de la que he sido testigo, Strahm parece genuinamente perturbado por su conclusión. Es quizá el primer atisbo de moralidad que veo en él.

—¿Quiere que lo ayude a remar? —pregunto.

Una leve sonrisa socava la expresión de Strahm. Veo cómo se da cuenta de que, sea cual sea la emoción que esperara percibir en mi rostro, llega seis años tarde para ello.

Coge los remos y seguimos avanzando hacia el centro del lago.

—Alexander Alber era un romántico —comienzo a decir—, con lo cual quiero decir que era un idiota ajeno a la razón y con la cabeza llena de ideas poéticas acerca del amor. Eso fue lo que le llevó a desafiar a todo el mundo por mi madre, y también lo que lo motivó a trasladarse a la casa de campo cuando yo tenía apenas quince años. No dudo que amaba a mi madre, o que creía hacerlo, con todo su corazón. Aun así, cuando yo acababa de cumplir diecisiete su entusiasmo cambió de dirección sin ninguna explicación lógica. Me comunicó sus sentimientos y me dijo que era cosa del destino, que yo era una muchacha brillante, ambiciosa, sagaz y que estaba libre de la pompa de la nobleza, algo de lo que él había terminado cansándose. Dijo que yo lo comprendía de veras.

Se me escapa una risa ahogada de incredulidad. No puedo evitarlo incluso después de todos estos años.

Compruebo que el hombre que tengo delante está comenzando a comprenderlo todo rápidamente. Después de toda una vida aprovechándose de los impulsos más bajos de la gente, no me

sorprendería que hubiera conocido a cien personas como Alexander Alber, todas ellas convencidas de ser presumiblemente únicas.

—Y tenía razón, lo comprendía —prosigo—. Era un hombre de gran entusiasmo y nula lealtad. Cuando algo contaba con su favor, era lo mejor del mundo. Una nueva arma, un nuevo caballo, un nuevo traje. Se preocupaba mucho por sus cosas favoritas y se entregaba completamente a ellas. Al descubrir algo todavía más nuevo, sin embargo, se convencía a sí mismo de los defectos de todo lo anterior y de la perfección de lo que fuera que ahora monopolizara su interés. Nunca pensé que fuera a tratar a un ser humano del mismo modo, la verdad. Pero él bien que me corrigió.

—¿Es esa la razón por la que se marchó usted a Copenhague? —pregunta Strahm.

—Me fui a Copenhague para estudiar Medicina —digo inexpresivamente—. Ya había realizado la solicitud. Aun así, no tardé en descubrir que la distancia no me salvaría.

La expresión de confusión de Strahm me obliga a explicárselo.

—Antes de marcharme, me hablaba de sus sentimientos quizá una vez a la semana. Siempre fingía sentir cierta culpabilidad, pero no dejaba de hacerlo. Finalmente, comenzó a venir a verme cada día, en ocasiones incluso más. Él se tomaba todas mis negativas y mis rechazos como contramaniobras en un juego romántico al que solo él jugaba. Yo, mientras tanto, procuraba comportarme educadamente y me consolaba pensando que pronto me iría para siempre.

Casi me río al recordar el frágil optimismo al que me aferré.

—Una tarde, tres meses antes de marcharme, me arrinconó en la biblioteca. Me explicó que su corazón era inamovible y que me elegía a mí por encima de las tierras, los títulos o la fortuna. —El recuerdo tiene un regusto amargo—. Fue entonces cuando me dijo que me seguiría donde fuera, ya que si no podía estar conmigo no quería estar con nadie.

Strahm aparta la mirada; la situación está bien clara para él. Hay algo gratificante en su comprensión, en compartir un recuerdo que llevo demasiado tiempo teniendo que soportar sola.

—Como siempre, él pensaba que estaba siendo romántico. No era consciente de la amenaza implícita, de la coerción que contenían sus palabras —prosigo yo—. Si aceptaba, sabía que al menos mi madre contaría con cierta seguridad. Si me negaba, él la abandonaría. En ese caso, ella tendría que dejar el *schloss* y caería en la pobreza con el corazón roto por el hombre que ella había creído que la amaba.

—Él pensaba que no le dejaba a usted ninguna otra opción —se muestra de acuerdo Strahm—. Le faltaba imaginación, claro está. ¿Fue entonces cuando usted comenzó a escribirle las cartas?

—Así es —respondo yo—. De ese modo al menos ya no hablaba tanto conmigo. Su ambición romántica quedó confinada a nuestra correspondencia secreta. Fue a través de esas páginas como él creyó que al fin me había conquistado y planeamos escaparnos juntos.

Strahm sigue remando sin dejar de escucharme.

Yo noto cómo la ira comienza a teñir mi voz.

—Primero, decidimos que se reuniría conmigo en Copenhague. Abandonó su lealtad a la Casa Alber en un segundo. Yo pensaba que le resultaría difícil, pero fue el aspecto más sencillo de toda la situación. Si yo sugería algo y le convencía de que había sido idea suya, él se la atribuía casi sin falta. Luego surgió la cuestión de la necesidad de contar con fondos y de ahí salió la idea de mi fideicomiso. Al cabo de tres meses, me marché a Dinamarca y él hizo planes para desaparecer y unirse a mí en la ciudad.

—¿Cuánto duró?

—Murió al cabo de dos horas de su llegada —admito, sin sentir la menor emoción ante el recuerdo—. Lo enterré en las afueras.

—Un trabajo competente —comenta Strahm—. Pocas víctimas de asesinato son tan amables de desaparecer por sí mismas. Dígame, ¿el incendio de la cabaña de caza fue idea de usted?

Me pongo rígida y mi expresión se endurece como el acero.

—No —digo, bajando el tono de voz—. Eso fue idea de Alexander. A mí me horrorizó. Me lo contó mientras bebía el vaso de vino que yo había envenenado. Prácticamente alardeó de haber...

—... asesinado por usted —dice Strahm—. Él quería escapar del Schloss Alber y huir con usted sin que fueran tras él, de modo que fingió su muerte. Provocó el incendio de la cabaña y dejó un cuerpo

para que lo hallaran y creyeran que se trataba de su cadáver. Se le ocurrió incluso dejar pruebas que incriminaran a su víctima. La gente pensaría así que este pobre desgraciado era un ladrón que había huido al amparo de la noche.

Resulta algo invasivo oírlo contarme mi historia, pero es como si me hubieran quitado un peso de los hombros.

—Ruben Hauser —observa Strahm—. Sin querer, al fingir su propia muerte, Alexander le hizo a usted un favor, pues le proporcionó una coartada todavía más perfecta. No solo su madre podría seguir en la hacienda, sino que, en vez de verse divorciada y desahuciada, debió de recibir una pequeña herencia cuando se confirmó el fallecimiento de Alexander Alber.

Mirándome directamente a los ojos, Strahm llega a su conclusión.

—Pero entonces la disputa por el *ahnensäbel* lo amenazó todo, ¿no? —Su tono se vuelve más serio—. Años de estudio la convirtieron a usted en una estudiante de Medicina ejemplar. Cuando se enteró de que se iba a producir una exhumación, sabía que se darían cuenta de que el esqueleto que había en la tumba no se parecía en nada a Alexander.

Yo asiento.

—Un robo ciertamente singular. —Strahm casi se echa a reír al pensar en ello—. A usted nunca le importó el *ahnensäbel*. No era más que el pago a Oberlander. Usted solo necesitaba cambiar los esqueletos del mausoleo para preservar la ilusión creada tiempo atrás.

Sosteniéndole la mirada, dejo que mi expresión le confirme lo que ha dicho. En cuanto se da cuenta de que está en lo cierto, manifiesta su frustración.

—¡Debería haberme dado cuenta! —se castiga a sí mismo—. El resguardo que había en el bolsillo de Oberlander era ganador, pero no lo había cobrado a pesar de haber tenido tiempo más que suficiente antes de que llegaran los gendarmes a la Casa de los Cínicos, y Bertrand tardó un buen rato en enviar a alguien a por él. Oberlander, sin embargo, huyó antes de que se produjera el tumulto en el local porque la había visto a usted. La persona que lo había contratado para un proyecto privado se había presentado

inesperadamente en el local de su jefe. Eso habría asustado a cualquiera.

No es hasta este mismo momento cuando tomo conciencia de ello. Lo cierto es que no había pensado en la cronología de esa noche, pero las palabras de Strahm me transportan de vuelta a aquel tugurio y pienso en el momento en el que la cortina de un reservado se abrió ligeramente y, desde las sombras, me observó una figura que se retiró de golpe en cuanto reparé en ella.

—Y su comportamiento... Ahora lo veo todo claro —prosigue el señor Strahm—. Cuando el *ahnensäbel* fue robado, usted parecía decidida a investigarme a mí antes que el propio robo. Necesitaba usted averiguar algo que le proporcionara alguna ventaja sobre ese desconocido que estaba husmeando en sus asuntos. Cuando Oberlander fue asesinado, sin embargo, las cosas cambiaron. A partir de entonces mostró un gran interés en el caso, pues su antiguo socio había muerto y usted no sabía qué había podido llegar a revelar antes de que fuera asesinado.

Strahm asiente, satisfecho por comprender al fin todo lo sucedido en este asunto.

—Bueno, debo decir que se ha salido usted con la suya —concluye él—. Si llega a la casa antes de que amanezca, podrá regresar a Copenhague sin consecuencias.

—¿Sin consecuencias? —repito con incredulidad.

Al percibir mi tono, Strahm se muestra confuso. Está claro que no es consciente de lo que acaba de decir.

—¿No se da cuenta de que yo soy la razón por la que Klaus se ve obligado a cargar con el peso de ser el hijo mayor? —pregunto—. Puse en marcha unos acontecimientos que convertirían a Dorothea en una asesina. Y he estado en el salón de la señora Oberlander sabiendo que yo empujé a su hijo a recorrer un sendero que, al final, terminaría matándolo.

La voz se me quiebra ligeramente al repasar la lista de vidas rotas.

—¡Es posible incluso que haya hecho enloquecer a Margarethe! ¡He vuelto a su familia en su contra, la he engañado y la he abandonado! ¡Y, sin embargo, tiene razón en todo! Efectivamente, estuve implicada en la muerte de su hermano y ahora también en el

robo del *ahnensäbel*. Su amigo de la infancia, el único verdadero que ha tenido nunca, murió asesinado por mi culpa. ¡Sus restos fueron robados y enterrados bajo los tablones del suelo de la cabaña de Oberlander! Margarethe llamaba a mi madre «la chiflada del Schloss Alber», y cree que fue el acoso al que la sometió lo que la hizo saltar por el acantilado, pero ¡fui yo! ¡Soy yo quien...!

De pronto caigo en la cuenta de que, mientras hablo de todas esas cosas que nunca había pretendido sacar a la luz, cosas que había ocultado en las profundidades más hondas de mi alma, han comenzado a caerme lágrimas por las mejillas.

—Pensaba que lo había destruido todo. Pensaba que había quemado todas nuestras cartas, pero estaba equivocada —me lamento—. Mi madre encontró una, quizá la misma que halló usted, y reconoció la letra de Alexander. Incluso entonces, creyó que debía de haber alguna explicación inocente. Pero yo, que Dios se apiade de mí, se lo conté todo, y eso la destrozó. El amor de su vida era un fraude, pero ella no lloró su pérdida. No, lo que la dejó completamente desolada fue lo que yo había hecho, así como su incapacidad de protegerme y el horror de todo lo sucedido. Fue más de lo que pudo soportar.

Miro a Strahm a los ojos.

—Siempre hay consecuencias —concluyo.

Él se me queda observando en silencio.

Desde que lo conozco, tan solo unas pocas veces mis palabras parecen haber afectado genuinamente a este hombre. Sospecho que él ya anticipaba la mayoría de mis secretos antes incluso de que yo llegara siquiera a hacerlo.

Sin embargo, aunque mi última afirmación no podría haber sido más simple, Strahm parece sopesarla durante un largo rato, como si comprendiese su verdadero significado por primera vez.

Incluso para un hombre con sus capacidades, de lo que le he contado parece que se desprenden muchas consecuencias difíciles de afrontar.

Me mira como si le hubiera hecho cobrar conciencia de un gran contratiempo y a continuación exhala un pesado suspiro.

Con un solo movimiento, coge el *ahnensäbel*, lo levanta por encima del bote y lo deja caer.

La hoja envainada es lo que primero se hunde debajo del agua sin apenas salpicar ni hacer ondas. En menos de un segundo, el sable ha desaparecido del todo.



Cuando volvemos a la orilla ya no decimos mucho más.

Dorothea ha dejado de llorar, aunque sigue siendo un cascarón de desdichado abatimiento. Strahm nos acompaña por el sendero que conduce al *schloss* hasta que, al llegar el momento oportuno, decide separarse y atravesar el bosque.

Me lo quedo mirando agradecida. Al igual que Dorothea, que también hace lo posible por esbozar una sonrisa de sincera gratitud. Él recibe el gesto de la joven con estoicismo hasta que ella aparta la mirada y la fachada del hombre se transforma entonces en una mueca de gran disgusto. Tiene el aspecto de alguien que ha hecho lo correcto contraviniendo sus instintos más profundos.

Sigo mirándolo mientras se aleja a través de los árboles hasta que ya no puedo distinguirlo.

Una leve tonalidad rosada comienza a extenderse por el cielo. Otras, de color naranja, tiñen las nubes. Es el anuncio coral de la salida del sol.

Al divisar la vieja capilla y el cementerio procuramos acelerar el paso. Cuando pasamos por delante del mausoleo abierto, compruebo que Margarethe ya no está en su interior. Debería sentirme aliviada de que se encuentre bien, o tal vez preocuparme por lo que pueda estar tramando. En vez de eso, sin embargo, estoy tan embotada por el agotamiento de una semana de escaso sueño que lo único que puedo hacer es seguir avanzando a trompicones.

Cruzamos la herbosa llanura en dirección al camino y permanezco alerta por si aparece algún carruaje. No veo ninguno, de modo que confío en que lord Friedrich no haya llegado temprano y que, cuando alcancemos la mansión, no esté esperándonos en el patio.

—¿Debería contarlo? —susurra de repente Dorothea—. Debería hacerlo, ¿no? Es lo correcto.

Puedo notar el torbellino de emociones que sacude su interior. Antes de lo sucedido en el lago, estaba obsesionada con ocultar las pruebas del crimen que había cometido. Ahora que ha eludido la

culpabilidad, sin embargo, su nueva preocupación consiste en determinar si realmente la merece.

Una desagradable sensación me sobreviene. De todos los habitantes del Schloss Alber, ella es quizá quien tiene más probabilidades de seguir el impulso moral de confesar. Lo admiro, pero no puedo permanecer indiferente y permitir que lo haga.

—Un gran escándalo sacudiría la Casa Alber —argumento.

Dorothea se vuelve hacia mí como si estuviera esperando otra respuesta.

—Pero... ¿acaso no es eso lo correcto? —aduce en voz baja—. Tuve tiempo de fijarme en él mientras yacía en el claro. ¡Vi la sangre, su cuerpo roto, sus ojos vacíos! ¡Oh, Dios mío! ¿No lo comprendes, Clara? Lo que hice es imperdonable, y si lo único que puedo ofrecer es la verdad, en ese caso yo...

—Me temo que no puedes permitirte el lujo de limpiar tu conciencia, Dorothea —la interrumpo con cierta urgencia—. Si hay algo que aprenden los médicos es que el daño debe minimizarse. Te sientes culpable, lo comprendo. Pero revelar la verdad... No solo perderías tu libertad. Klaus, lord Alber, Margarethe... Ellos también sufrirían las consecuencias de tu confesión. Podría ser el último clavo en el ataúd de esta familia. Además, el señor Strahm y yo somos ahora tus cómplices. Es...

Dorothea agacha la cabeza y yo suavizo mi tono.

—Puede que la mayor penitencia no sea la que alivie tu propia conciencia —explico—. A veces, debemos guardar silencio y contener el daño que hemos causado para que no pueda perjudicar a nadie más.

Consternada, Dorothea levanta la mirada hacia mí. Estoy pidiéndole que ignore su brújula moral, aunque sea para evitar mayores implicaciones éticas. No hablo por miedo a mi propia incriminación, pero mis motivos siguen siendo egoístas.

No puedo permitir que Dorothea sea sentenciada por este crimen; un crimen nacido de mis propias transgresiones. Ahora bien, tampoco puedo evitar la sensación de que, en vez de ponerla a salvo, estoy alejándola de sus propias convicciones.

—Sí, tal vez. —Dorothea acaba resignándose—. Puede que tengas razón.

Llegamos a la puerta de la verja cuando el sol comienza a asomar por el horizonte. No está cerrada con llave, de modo que la cruzamos y nos apresuramos a recorrer el tramo final. Cuando alcanzamos el patio, veo dos figuras esperando en lo alto de la escalera de mármol.

Son los gemelos del Schloss Alber, juntos.

Klaus y Margarethe se alzan ante nosotros, esta última sosteniendo una compresa en la nuca. Una suave brisa alborota ligeramente su pelo mientras su mirada se posa impasiblemente sobre nosotras.

Noto que me pongo tensa al preguntarme qué nueva artimaña habrá tramado después de nuestra pelea. Me la imagino apresurándose a regresar a casa y despertando a los demás con la noticia de que me he escabullido, y preparándolos para detenerme, interrogarme y sentenciarme si intentara huir de nuevo.

Y, sin embargo, falta algo en la imagen que tengo delante. El barón no está con ellos. Y Margarethe no parece estar poseída por su ira habitual. En vez de mirarme a mí, además, sus ojos descansan casi con tristeza en Dorothea.

A mi lado, la más joven de los Alber levanta la mirada hacia sus hermanos. Está demasiado agotada y deshecha como para fingir, y toda ella irradia vergüenza y sentimiento de culpa.

Comienzo a sospechar qué es lo que seguramente ha sucedido. Margarethe debe de haber llegado a la casa con la intención de despertar a todo el mundo. Habrá descubierto entonces que Klaus sabía de mi ausencia y que lord Alber estaba sumido en un profundo sueño artificial. Al ir a buscar a Dorothea, habrá hallado su habitación vacía.

Al darse cuenta de que su hermana pequeña había salido de la casa por su propia voluntad, y temiendo que pudiera estar implicada de algún modo en los recientes acontecimientos, Margarethe se habrá visto obligada entonces a tomar una decisión. Alzar la voz de alarma, condenándonos a un mismo tiempo a mí y a su hermana, o permanecer en silencio para protegerla.

La expresión en el rostro de Dorothea evidencia su culpabilidad, y a Margarethe no se le escapa. Veo cómo entreabre los labios en silenciosa sorpresa cuando ayudo a su hermana a subir los escalones de mármol.

Cuando Dorothea llega junto a los demás, me suelta, da un paso adelante y espera en silencio su juicio.

Nadie pronuncia una sola palabra.

Margarethe se acerca a su hermana y lentamente, como si le faltara práctica, la rodea con sus brazos y la atrae hacia sí. Conteniendo las lágrimas, Klaus se une al abrazo. Los gemelos sostienen a su hermana pequeña mientras ella se siente desfallecer.

Margarethe me mira con los ojos llenos de lágrimas, tendiéndome una tregua muda y arrepentida, antes de hundir el rostro en el hombro de su hermana.

Los observo a los tres con un único pensamiento en la cabeza. Yo no debería estar aquí.

Yo era una intrusa en este lugar, y lo sigo siendo. No porque no comparta su sangre, ni tampoco porque provenga de otro lugar, sino por circunstancias ajenas a mi control, así como por las decisiones que yo misma he tomado.

Estos tres siempre se tendrán los unos a los otros, mientras que yo solo me tengo a mí misma. Aunque no estoy segura de cómo me hace sentir eso, hay al menos cierta paz en aceptarlo.

Regreso a mi habitación y consigo dormir un par de horas antes de que Anneliese e Inga llamen a mi puerta.

Al principio no intercambiamos una sola palabra. Inga me confirma con la mirada que ha hecho lo que le he pedido y está claro que Anneliese espera que no le guarde ningún rencor por su incursión.

—Lord Friedrich ha llegado, lady Clara —dice finalmente Inga.

Yo asiento y, tras acercarme a la ventana, veo que el patio está lleno de carruajes. De pie en la gravilla hay unos cuantos sirvientes y un grupo de duros exmilitares. Son los agentes de la Privatdetektivbüro von Linz.

Me vuelvo hacia las Hauser, que no tienen la menor idea de lo que hice años atrás, y les doy las gracias.

Cuando salgo de mi aposento, oigo una presuntuosa voz que resuena en el vestíbulo de entrada.

—Me permitiréis acceso completo a la casa, os someteréis a mis interrogatorios y me entregaréis todo aquello que mis hombres consideren que pueda ser una prueba relevante.

—Primo, te garantizo que...

—No hay nada que puedas garantizarme, Franz.

Desciendo la escalera con la vista puesta en la escena que tiene lugar ante mí.

Lord Alber está en el centro de la sala, todavía algo grogui, pero de una pieza. Detler se encuentra a cierta distancia a su izquierda. Dorothea, Klaus y Margarethe están los tres juntos a su derecha.

De pie ante ellos, ataviado de arriba abajo con ropajes nobles, la furiosa figura de lord Friedrich mira con el ceño fruncido a cada uno de sus primos y luego, levantando ligeramente la cabeza, a mí.

Los hermanos también me miran. Todos parecen compartir una clara seguridad en sí mismos. Imagino que han coordinado sus historias, y confían en que yo haga lo mismo. Lord Alber parece mantener la compostura. Por más que lo hayan alterado las actividades de Klaus y Detler, los amoríos de Dorothea y las discusiones entre Margarethe y yo, puedo notar que no tiene intención de que se le note lo más mínimo.

Curiosamente, a juzgar por su expresión diría que eso se debe más a su deseo de protegernos que a la mera voluntad de fastidiar a su primo.

Aunque estoy segura de que eso también juega un papel.

—Mi familia y yo te ofrecemos nuestra más absoluta cooperación —promete lord Alber—. Trabajaremos con tus hombres y compartiremos todo lo que hemos averiguado.

—¡No me importa lo que hayáis averiguado! ¡Estará mancillado por vuestra propia complicidad en el robo! —Lord Friedrich yergue la espalda y nos vuelve a mirar a todos: al barón inútil, al mayordomo resentido, a los hermanos unidos en su desgracia y a mí.

—Mis hombres resolverán este asunto sin vosotros —declara—. En lo que respecta a todos los presentes, la auténtica investigación comienza ahora.

COPENHAGUE, DINAMARCA

A 1.280 kilómetros de
las cataratas de Reichenbach

DEL DIARIO DE LA SEÑORITA CLARA MENDEL

24 de agosto de 1891



TRES MUERTOS EN UN INCENDIO EN KALTENTAL, SE SOSPECHA DE UNA RIÑA ENTRE CRIMINALES

Desde el pueblo bávaro de Kaltental llegan más noticias infaustas.

Un mes después del robo del *ahnensäbel*, un objeto de incalculable valor, pocas pistas quedan sobre el paradero de la reliquia familiar, y menos todavía en relación con el asesinato de Karl Oberlander, sospechoso de dicho robo.

Ahora, sin embargo, el número de víctimas ha aumentado. Tres días atrás, un incendio en un local de mala reputación se cobró las vidas de tres hombres, uno de los cuales ha sido identificado como Bertrand Bartel, una figura con conocidos vínculos criminales en el pueblo.

El incendio, que se originó en un despacho trasero del establecimiento de Bartel, parece haber sido causado por un pequeño artilugio incendiario localizado en una caja fuerte que se encontraba en posesión del criminal.

Los recibos del fabricante de dicha caja fuerte atribuyen su adquisición a un tal Hans Gottel, que parece haber huido del pueblo tras una breve estancia en el hotel Edelweiss. La policía solicita información acerca...

Doblo el periódico y, tras dejarlo sobre mi regazo, contemplo la ancha calle que tengo ante mí.

Hoy hace un bonito día en Copenhague.

El sol de verano brilla en lo más alto de un cielo azul sin nubes y una ligera brisa levanta unas pequeñas olas en el lago Sortedam. Es un día para que los pintores monten sus caballetes, los niños se manchen de hierba en los amplios parques y la gente almuerce fuera y dedique la jornada a dar largos y románticos paseos.

Y yo he procurado no malgastarlo.

Tras salir de una oscura aula antes del mediodía, decido que para llegar a mi próximo destino tomaré un camino que me permita disfrutar de algunos enclaves de la ciudad. Cruzo el jardín botánico, me detengo un momento para admirar el singular edificio monolítico de la Torre Redonda y luego me dirijo hacia Nyhavn, a orillas del canal del mismo nombre.

Paseo entre un flujo constante de peatones despreocupados, carruajes y estridentes vendedores callejeros, hasta que un letrero me indica que estoy acercándome.

De pronto, comienzo a sentir una inquietud en el estómago. Alisando mi atuendo y fingiendo la calma que exige mi papel de mujer de negocios, tuerzo hacia la zona residencial de Nyhavn y entro en las oficinas de Anselm-Bille.

La pesada puerta del edificio se cierra a mi espalda, ahogando con ello el ruido del mundo exterior, y me encuentro a mí misma en una amplia recepción, lujosa e intimidante. No veo a ningún otro cliente y en el mostrador hay un único recepcionista ya mayor.

—¿Sí? —pregunta. La leve contracción de su bigote de color completamente blanco evidencia su frustración por el hecho de que lo importunen.

—El señor Henneberg está esperándome —digo yo—. Clara Mendel. Soy cliente desde hace tiempo.

El recepcionista se coloca unas gafas grandes y circulares sobre la nariz y le echa un vistazo a su agenda como si recelara de su contenido.

—¡Ah, sí! —señala—. ¡Usted es la que envió esa misteriosa carta! El señor Henneberg está impaciente por verla.

Sin siquiera un momento para sentarme, me conduce por una escalera al despacho del señor Henneberg. Un corpulento hombre de pelo entrecano levanta la mirada hacia mí con una jovial sonrisa en el rostro.

—¡Señorita Mendel! —dice en un tono alegre—. Siempre es un placer verla. ¿Cómo van los estudios?

—Buenas tardes, señor Henneberg —sonrío de vuelta—. Van muy bien. Dentro de poco estará usted hablando con una doctora.

—No lo dudo. —Sin dejar de sonreír, me indica que me siente.

Al ocupar mi silla ante él, me sobreviene una extraña sensación.

Ha pasado un mes desde que recopilé en un sobre sellado las pruebas que tenía acerca de la existencia del profesor Moriarty y lo puse en manos de Inga Hauser. La carta adjunta indicaba que si no me presentaba personalmente en las oficinas de Anselm-Bille al cabo de un mes, y a partir de entonces mensualmente, la información contenida en el sobre debería hacerse pública.

En lo que a planes de contingencia respecta, era muy simple. A medida que se acercaba la fecha de la primera cita, sin embargo, las implicaciones de una decisión tan aparentemente simple comenzaron a plantearme un conflicto moral.

Soy consciente de que, al retrasar la difusión de estos documentos, es posible que esté privando al mundo de una información crucial.

Que yo sepa, James Moriarty bien podría haber vuelto a las andadas. Que yo sepa, en los confines del continente una nueva familia podría estar dando la bienvenida a un deshonesto desconocido. Puede que en estos mismos momentos Moriarty esté recorriendo los pasillos de una mansión examinando con su mirada calculadora todo aquello que contiene.

Esa familia podría beneficiarse de la información que poseo, y no revelarla únicamente por una cuestión de seguridad personal me deja un sabor amargo en la boca.

Aunque, claro, lo contrario también podría ser cierto.

Ese atisbo de una conciencia moral que presencié el último día de nuestra investigación podría haberse convertido en una llama. Es posible que ahora deambule por el mundo un hombre mejor que está inmerso en un proceso de redención moral y no tiene la menor intención de hacerme nada. Divulgar estos documentos lo condenaría justo cuando está reformándose.

Y resulta extraño admitirlo, pero este no es el único dilema ético con el que he estado lidiando.

Me he pasado el último mes sumida en la incerteza. Esperaba que mi regreso a Copenhague me alejara de los acontecimientos vividos en el Schloss Alber y me permitiera retomar mi vida donde la había

dejado, pero he regresado en un estado mental completamente distinto.

Tengo la sensación de que he cambiado, pero no sé bien en qué sentido y eso me incomoda. Más que nunca, siento que no pertenezco a Kaltental, pero Copenhague ya no es el hogar que encontré tiempo atrás. He seguido adelante con mis estudios con escaso interés, asistiendo a las clases y tomando apuntes, pero básicamente por la voluntad de obtener el título de una vez.

Podría decirse que me siento incorpórea. O que carezco de ataduras: los siguientes pasos de mi vida, incluso los más inmediatos, me resultan más oscuros que nunca.

Y mi dilema actual es igual de confuso.

—Bueno... —dice finalmente el señor Henneberg, y me doy cuenta de que he permanecido demasiado tiempo absorta en mis pensamientos.

—Ah, sí —me recompongo, todavía sin saber bien qué decir—. Bueno, como sabrá, envié una carta algo dramática a sus oficinas. En cuanto regresé a la ciudad confirmé que la habían recibido, pero las instrucciones dejaban bien claro que debía presentarme personalmente al cabo de un mes para evitar la divulgación de ciertos documentos...

El señor Henneberg permanece a la expectativa de mi decisión, y seguramente yo también.

—... me gustaría pedirle que siguiera guardando la carta hasta el mes que viene —decido—. Volveré a venir el próximo 24 de septiembre. Hasta entonces, por favor, considere este encuentro una prórroga oficial.

Mi abogado parece estar asimilando mis palabras. Imagino que la carta debió de causarle cierta preocupación cuando la recibió, teniendo en cuenta que de ella se desprendía claramente que una cliente suya se encontraba en circunstancias peligrosas.

Veo que su entrecejo se arruga. Puede que esté preguntándose si inquirirme acerca de la naturaleza de los documentos que contiene el sobre, o tal vez por mi decisión.

—Señorita Mendel —comienza a decir el señor Henneberg con cierta cautela—, discúlpeme si se me ha pasado por alto algo

importante, pero en el último mes no he recibido ninguna carta suya.

Tardo un momento en comprender sus palabras. Me lo quedo mirando fijamente y me doy cuenta de que su expresión no es de preocupación, sino de confusión.

—Le envié una carta. Desde el Schloss Alber —insisto—. Debería haberles llegado a principios de este mes. Llamé por teléfono para confirmar que la habían recibido en cuanto regresé a Copenhague.

—Bueno, puedo preguntar a mis empleados por ella —me asegura el señor Henneberg—. Si no me la han entregado, le aseguro que recibirán una severa reprimenda. ¿Puedo preguntarle por su contenido?

Cuando sus palabras se apagan, una sensación familiar se apodera de mí. Me pongo de pie e inmediatamente salgo del despacho del señor Henneberg.

Tras bajar a toda velocidad la escalera, llego a la planta baja.

El mostrador de recepción está vacío. Encima de él no hay ningún documento, y la agenda de Anselm-Bille permanece cerrada a un lado.

Podría pensarse incluso que nadie ha llegado a estar ahí.

Me dirijo hasta la puerta de entrada con grandes zancadas y, tras abrirla, salgo a la calle y me uno a la muchedumbre de paseantes de Nyhavn.

Me abro camino a través de un disperso grupo de turistas y, después de estar a punto de caer al suelo cuando un carruaje pasa a mi lado rozándome el hombro, llego a la zona menos bulliciosa del canal y miro la calle en ambas direcciones.

Mis ojos se posan finalmente en una figura lejana. No parece sorprendida ni tampoco trata de ocultarse entre la multitud. El anciano recepcionista de pelo blanco me inspecciona desde la terraza de una lujosa cafetería.

Exhalo un suspiro de derrota, me aliso el vestido y me dirijo hacia él.

El hombre está sentado a una mesa de color blanco perla y tiene una silla vacía enfrente.

—Pensaba que aborrecía este tipo de teatralidades —le reprocho, sentándome y mirando sus familiares ojos.

—Se ha tratado de una necesidad —explica el hombre, abandonando su acento danés y hablando en un tono de voz que reconozco como el de James Moriarty—. Quería saber cuál era su decisión acerca de la carta, de modo que necesitaba poder circular libremente por las oficinas sin levantar sospechas. ¿Café?

Un joven camarero ya está acercándose con una bebida para el señor Strahm. Me pregunto por un momento si piensa envenenarme y si todo esto no es más que un elaborado plan para acallarme. En parte por la silenciosa confianza que me transmite la mirada de Strahm, sin embargo, dudo que ese sea su objetivo.

Y, en cualquier caso, si deseara matarme hay formas menos públicas de llevarlo a cabo.

—Tomaré lo mismo que usted.

Strahm intercambia un par de frases con el camarero. Su danés es mucho menos pulido que su alemán, pero aun así es excelente. El camarero se marcha y Strahm se lleva su taza de café a los labios.

—¿Entonces esa es la razón por la que está aquí? —comienzo a decir—. ¿Quería comprobar si pensaba delatarlo?

Strahm vuelve a dejar la taza sobre el platillo.

—Esa ha sido la razón principal de mi visita, sí —se muestra de acuerdo él—. Me satisface comprobar que parece haber abandonado la idea. ¿Ha recibido más noticias del Schloss Alber?

—Me he mantenido informada —digo, asintiendo—. El compromiso de Margarethe sigue adelante sin incidentes. Klaus está haciendo planes para incorporarse a una empresa de contabilidad de Salzburgo. Detler se ha trasladado a otra casa. Inga ha cogido a Anneliese y se ha fugado con el encargado de mantenimiento. ¿Se lo puede creer? Ni siquiera sabía que se conocían.

Strahm da otro sorbo a su café mientras asimila la información.

—¿Y qué hay de lady Dorothea?

Me pongo ligeramente rígida. Me resulta un poco más difícil reunir las palabras necesarias para contestar a esta pregunta.

—Entró en el convento antes de lo planeado. Se marchó del *schloss* apenas una semana después de que lo hiciera lord Friedrich

—respondo—. Le ofrecí la posibilidad de compartir mi fideicomiso con ella para que pudiera viajar un poco.

—¿No aceptó?

Niego con la cabeza.

—La convencí para que no confesara. Me veía incapaz de soportar la idea de que la condenaran y la avergonzaran públicamente. Esa decisión, sin embargo, entró en conflicto con su conciencia.

A pesar del inminente peligro que la llegada del señor Strahm podría suponer, siento la acometida de una oleada de pesar. Sus sencillas preguntas me recuerdan una cuestión a la que apenas puedo hacer frente.

—Cuando rechazó mi oferta me escribió una carta —prosigo—. Al parecer, Mohnfeld es su penitencia. Si bien antes detestaba la idea de entrar en un convento, ahora cree que eso es justo lo que merece. Autoencarcelamiento. Es el castigo por el crimen del que salió impune.

Strahm niega con la cabeza, incrédulo.

—Jamás me sometería a mí mismo a una estupidez semejante —dice.

—Tampoco yo —respondo—. Aunque quizá es más culpa nuestra que suya.

Llega mi café y esperamos a que el camarero lo deje sobre la mesa antes de continuar.

Cuando se vuelve a marchar, tengo la sensación de que Strahm y yo hemos cruzado un umbral. Es como si hubiéramos dejado atrás las formalidades y estuviéramos a punto de adentrarnos en la esencia de nuestro encuentro.

—Bueno —comienzo a decir—. ¿Cómo lo hizo?

Strahm se me queda mirando a la espera de que elabore un poco más mi pregunta.

—Me encargué de que la carta fuese directamente a Kaltental —explico—. Pedí que la metieran en un buzón aleatorio. Debió de llegar a Múnich a la mañana siguiente, y a lo largo de ese mismo día debió de salir ya para Copenhague. Usted no se marchó de Kaltental hasta unos días después de que la hubiera enviado. ¿Cómo es posible, pues, que pudiera interceptarla?

Una leve sonrisa se extiende lentamente por su rostro.

—¿De veras cree que no me di cuenta de lo que estaba tramando? —pregunta casi con sorna—. Como le conté, me desperté la mañana que Dorothea partió para Múnich. Vi por la ventana cómo la acompañaba a la puerta de la verja. Ella había recibido una dura reprimenda la noche anterior y, sin embargo, de algún modo había conseguido usted que lord Alber la dejara salir para realizar un encargo. Estaba claro que quería usted algo con urgencia, y no eran medicinas. Registré su maletín médico y estaba adecuadamente surtido.

Frustrada conmigo misma, mi expresión se descompone. Está claro que eso parece satisfacer a Strahm.

—Al día siguiente, cuando vimos a Dorothea en Kaltental, usted se mostró horrorizada ante la idea de que ella pudiera enseñarle un periódico delante de mí —Strahm sigue listando mis indiscreciones una a una—. Aunque estaba usted equivocada acerca de la información que ella quería compartir, con ello reveló sus cartas. Solo había una razón por la que pudiera usted temer que ella le mostrara un periódico en mi presencia. Se trató, pues, de un juego de niños.

—Después de eso estuvo usted alerta por si yo enviaba algún mensajero a Kaltental —me doy cuenta.

Él asiente.

—Amenazó a la señora Hauser —lo acuso con severidad.

—Desde luego que no —responde él.

—Inga Hauser es amiga mía, me es leal —insisto—. Y le pagué más de lo que suele ver en un año. ¿Pretende decirme que me traicionó después de una simple conversación inocente con...?

De repente Strahm deja algo en la mesa, sobresaltándome.

Al bajar la mirada se me olvida cómo hablar, cómo respirar, cómo parpadear. Strahm me permite un momento de desconcierto. Estoy segura de que está disfrutando de esta situación. Yo no puedo apartar la mirada del reluciente objeto que hay sobre la mesa.

Es una esquirla de oro puro, con los lados irregulares salvo uno, que se estrecha hasta llegar a una afilada punta. En su suave

superficie hay un texto grabado: fragmentos de una oración latina sobre las virtudes del vasallaje.

Levanto la mirada hacia Strahm con la boca entreabierta.

—El fragmento que le di a ella era menos obvio, claro está, y apenas una fracción de su tamaño. —Strahm coge la esquirla y vuelve a guardársela en el bolsillo—. Aun así, ella sabía lo que era, y también que valía diez veces más de lo que usted le había ofrecido.

Strahm se regodea abiertamente mientras los engranajes de mi cabeza no dejan de rechinar.

—Debería darle las gracias a la familia Alber. Estuvieron tratándola tanto tiempo como una ladrona que no tuvo demasiados problemas en convertirse en una. —Está disfrutando de este momento—. Extraño, ¿no? Usted la considera una amiga y sin embargo arruinó la vida de esa mujer. Yo, por el contrario, es posible que, mediante un soborno egoísta, haya asegurado el futuro de su hija.

—¿Cómo pudo...? —consigo susurrar con una voz carente de toda fuerza.

Repaso mentalmente los acontecimientos de esa noche.

Cuando todo hubo pasado, me pregunté si Strahm trataría de recuperar la reliquia del fondo del lago. Me pareció improbable. Un intento semejante corría el riesgo de ser descubierto y había pocas garantías de éxito.

Ahora bien, si de veras Strahm había persuadido a Inga con un fragmento del *ahnensäbel*, la única explicación lógica era que ya lo tenía antes de que nos encontráramos en el mausoleo, antes de que viéramos a Dorothea en el bosque.

—Usted... —comienzo a decir, comprendiéndolo todo poco a poco —. ¡Solo simuló que examinaba la hoja del *ahnensäbel*! Desenfundó un centímetro y medio para que yo lo viera y creyera que usted estaba planteándose huir con él.

Strahm se limita a observarme como si se preguntara si seré capaz por mí misma de esclarecer las últimas lagunas.

—Se trató todo de una actuación —suspiro—. Si hubiera desenfundado un poco más el sable, yo habría podido ver que en realidad no había nada. Usted ya había quitado el resto.

Rememoro el tiempo que pasamos en el claro, recontextualizándolo todo bajo esa sórdida y desagradable función de teatro emocional. Strahm fingió que pretendía marcharse con el sable, presumiblemente a la espera de que yo tratara de convencerlo para que no lo hiciera.

—Cuando comencé a sospechar de Dorothea, no me costó mucho localizar el *ahnensäbel* antes de que usted se encontrara con Margarethe en la capilla —explica él—. El oro es un material frágil. Pude partir la hoja fácilmente. Luego volví a enterrar el sable suficientemente lejos como para que a Dorothea le costara encontrarlo, pero suficientemente cerca como para que ella lo considerara un error suyo.

—Pero ¿por qué? —pregunto con incredulidad—. ¿Por qué hizo todo ese teatro? ¿Por qué se deshizo de la empuñadura en el lago? ¿Cuál era el propósito?

Strahm exhala un suspiro, como si su farsa de aquella noche le desagradara tanto como a mí. Le da un sorbo a su café mientras considera cuidadosamente sus siguientes palabras.

—Por improbable que pueda parecerle, señorita Mendel, aprendí algo de usted —comienza a decir—. Mi antiguo imperio fue disruptivo. Si no en su operativa, ciertamente sí en sus efectos. Aunque yo me desenvolvía con secretismo, no me importaban las consecuencias de mis actos. Hombres muertos, bienes robados. Soy consciente de que un caos semejante llama fácilmente la atención. De ahí surgió la intrigante idea de que tal vez podía robar el *ahnensäbel* mientras mantenía la respetabilidad que Hugo Strahm se había ganado.

Sonríe ante el buen trabajo realizado.

—Me dolió un poco tener que dejar algo —admite—. El fragmento restante de oro y la empuñadura enjoyada eran muy valiosos. Pero el valor de los beneficios obtenidos también es incalculable: la gratitud de Dorothea, el aprecio de la Casa Alber, no tener que huir en medio de la noche, no verme obligado a cambiar de alias... Y todo salió a la perfección. Conseguí incluso que usted elogiara lo mucho que había cambiado mientras robaba la hoja ante sus propios ojos.

Lo miro con tristeza y siento una opresión en el pecho.

Habría imaginado que me sentiría idiota por haberme dejado engañar y haber creído alguna vez en el potencial moral de un hombre semejante. En lugar de eso, sin embargo, sigo convencida de que la vida que ha elegido para sí no es un modo de existir.

Es un esclavo de sus impulsos. También es inteligente más allá de toda medida, sí, pero está completamente a la merced de sus deseos más básicos. La victoria de la que alardea es algo tan exánime como el trozo de metal que ha dejado sobre la mesa.

Hay algo vil en él, y siempre lo habrá, con independencia de lo alto que su imperio llegue a...

—Un momento —digo de repente, recobrando el ánimo. Mi melancolía da paso a la confusión—. Eso no tiene sentido.

—¿Duda de mí? —me pregunta Strahm—. ¿Incluso ahora?

—Para nada —respondo, mirándolo a los ojos—. Creo todas y cada una de las palabras que ha dicho.

Poco a poco, una sonrisa comienza a extenderse en mi rostro. Es una expresión involuntaria, y creo que Strahm lo nota. Se me queda mirando con un atisbo de duda mientras yo me siento cada vez mejor.

—Soy una idiota, ¿verdad? Sobre todo comparada con usted —admito—. Usted lo desentrañó todo mucho antes de que yo lo hiciera. Encontró el *ahnensäbel* y me condujo al mausoleo para poder así matar a la única persona que conocía su identidad.

Strahm espera que prosiga, sin tener todavía claro adónde quiero ir a parar.

—En ese caso —observo—, ¿por qué me dejó vivir?

Strahm permanece en silencio, pero, a medida que las primeras olas de comprensión rompen en la orilla de su conciencia, su aire victorioso parece desvanecerse.

—Su intención era matarme —digo, dándole un sorbo a mi café—. Me tuvo a tiro. El destino incluso hizo que Margarethe interviniera en un papel que la habría llevado a pensar que ella había cometido el crimen. No podría haber dispuesto usted de una mejor ocasión para dispararme.

Me dispongo a concluir mi argumento, disfrutando de repente de nuestro almuerzo.

—Pero no lo hizo. Fingió que se debía a mi revelación de que había un mensajero de camino a Múnich con información acerca de su verdadera identidad. Salvo que... eso usted ya lo sabía. Ya había sobornado a la señora Hauser. Podía haberme matado y no lo hizo.

Su expresión se oscurece. Me mira con severidad mientras trata de sortear la flagrante inconsistencia en su forma de actuar. Resulta divertido de ver. Mientras que un individuo normal se mostraría horrorizado y ofendido ante una acusación de asesinato, Strahm parece sentirse agraviado por haber sido acusado de lo contrario.

—Todavía tenía planes para usted. Era una testigo secundaria de...

—Tonterías —insisto—. Podría haber ido a buscar a Dorothea sin mí y convencerla para que se deshiciera del *ahnensäbel*. En realidad, se vio obligado a hacer un gran esfuerzo para engañarme, sin obtener con ello ningún beneficio. Eso no encaja con su definición de elegancia, ¿no?

Strahm me fulmina con la mirada.

—Una reputación se construye con ejemplos, eso es lo que usted dijo —le recuerdo, repitiendo sus propias palabras—. Algunos son gratificantes, otros no, pero deben impartirse de todos modos. Usted rompió su propia regla, profesor. Descubrí quién era en realidad, pero me perdonó la vida, y me cuesta pensar que pueda deberse a otra cosa que no sea una cuestión sentimental.

Strahm se queda sin habla por primera vez en mucho tiempo. Puedo comprender su consternación. Ha venido aquí a vanagloriarse, a asegurarse de que yo comprendía hasta qué punto había sido ingenua. En vez de eso, ha dejado ver una grieta en su fachada y, lo peor de todo, ha sido acusado de tener una conciencia.

—Esta conversación es indigna de mi persona —dice Strahm desdeñosamente, haciendo como si fuera a ponerse de pie.

—¿Todavía ve a su colega? —le pregunto.

Él se queda un momento callado.

—Me he dado cuenta de que lo busca —prosigo yo—. En rincones vacíos de una habitación, asientos vacíos de los carruajes, sillas vacías al otro lado de un tablero de ajedrez... Por más que me

engañara en el bosque, la ira que sentía por no haber superado el desafío que le había planteado el detective era auténtica. Todavía lo obsesiona de un modo que soy incapaz de comprender.

En ese momento, sucede algo verdaderamente extraordinario. Strahm frunce el ceño ante mi sugerencia, pero puedo atisbar algo más allá de su expresión. El reconocimiento, aunque inconsciente, de que otro ser humano ha podido ver qué se esconde detrás de su fachada.

Me he preguntado a mí misma qué acecha en las profundidades del alma de Hugo Strahm. Si se trata de un hombre ahogándose que necesita de ayuda o de una terrible bestia. Es posible que la respuesta, tanto para Moriarty como para el resto de la humanidad, no sea una de esas dos cosas, sino ambas. Un animal en apuros, agresivo y desesperado, innegablemente necesitado de ayuda.

Es ciertamente fascinante.

—¿Sabe? —comienzo a decir en un tono más suave—, corren rumores de una nueva disciplina procedente de Viena. El estudio de la mente humana parece estar sobrepasando las lindes de la filosofía y adentrándose en el terreno de la ciencia. Han comenzado a estudiarse los males del cerebro y sus desequilibrios con la intención de curarlos. Hay incluso algunas teorías poco ortodoxas según las cuales un tratamiento basado en meras conversaciones puede aliviar los síntomas de una mente enferma.

Me quedo mirando a Strahm, disfrutando de su incomodidad. Aun así, mis palabras son completamente sinceras. Es una idea interesante, sobre todo para alguien que todavía no ha elegido su especialidad.

—¿Qué piensa al respecto, profesor? —pregunto—. ¿Cree usted que una disciplina semejante puede curar a aquellos que sufren de agresividad, falta de empatía, alucinaciones...?

Strahm se repliega en sí mismo, deja atrás la ira y retoma su habitual indiferencia.

—Si está insinuando que requiero de una ayuda semejante es posible que sea usted quien no está bien de la cabeza —me advierte.

—Puede —respondo yo—. Pero no soy yo quien lleva un bigote falso.

Por un brevísimo momento apenas observable, creo distinguir una fugaz sonrisa en sus labios.

Strahm se termina el café y, tras dejar con firmeza la taza en el platillo, se pone de pie.

—Bueno, esto ha sido estimulante, como siempre —empuja su silla hacia atrás, apartándola de la mesa—, pero no volveremos a encontrarnos, señorita Mendel.

—¿Y mi opinión al respecto no cuenta? —pregunto cuando él ya está dándose la vuelta.

—Su tiempo es suyo. —Comienza a alejarse, aburrido ya de la conversación—. Búsqueme si lo desea. Mientras tanto, me consolaré con una idea axiomática.

—¿Y cuál es esa idea?

Strahm se encoge de hombros.

—Que si no consigue localizarme —razona— es que no merece hacerlo.

Y, sin decir otra palabra, el hombre al que conozco como Hugo Strahm y al que antaño el mundo llamaba profesor James Moriarty se aleja anónimamente por la atestada acera.

Sostengo en las manos la taza con lo que queda de mi café, sintiéndome curiosamente más tranquila de lo que me he sentido desde mi vuelta a Copenhague. Por primera vez en mucho tiempo, mi mente comienza a elaborar nuevos planes que ya no están centrados en escapar del pasado, sino en mis primeros pasos tímidos hacia el futuro.

Si bien mi extraño acompañante nunca lo habría pretendido, me siento más centrada, más segura de mí misma que antes.

—Disculpe, señorita. —Levanto la mirada y veo un joven camarero de pie ante mí—. ¿Pagará usted la cuenta?

Me vuelvo y echo un vistazo calle abajo. Strahm ha desaparecido entre la multitud de paseantes de Nyhavn.

—Sí —contesto, frunciendo ligeramente el ceño—. Eso parece.

QUERIDÍSIMA MADRE:

He decidido que esta carta sea la última entrada de este diario.

Todavía quedan páginas en blanco. Muchas, de hecho. Pero este volumen está ya tan lleno de intrigas y circunstancias extrañas que no puedo añadir nada más.

Creo que es mejor comenzar con otro diario que no me conozca tan bien.

De modo que he decidido escribirte una carta, puesto que hace ya mucho de la última. Hasta ahora no me había dado cuenta del tiempo que ha pasado.

No pude soportar el sufrimiento de nuestros últimos días juntas ni mi papel en lo que sucedió. Tanto es así que no me atreví a contar la verdad, ni siquiera a mí misma, y me esforcé de un modo indecible en mantener la mentira que había construido en su lugar.

«A menudo me sorprende lo sutil que puede ser la ruina». Una vez me dijiste estas palabras, aunque estoy segura de que luego te olvidaste de ello. De niña, no tenía ni idea de qué era lo que querías decir. Ahora, mientras me abro paso entre la muchedumbre hacia la taquilla del *ferry* para ir a Toldboden, reflexiono sobre ellas.

Es todo una cuestión de grados. La primera mentira que contamos a causa del pánico y que termina convirtiéndose en una red de engaños que nos cambia la vida. La primera indulgencia tóxica que nos envenena con una avaricia insaciable. El primer acto cruel que, si no es expiado, pone la piedra que inaugura un sendero de creciente maldad.

La mayor ventaja de la ruina es que resulta difícil de advertir. Es más, resulta desagradable hacerlo. Así, ignoramos las raíces oscuras que nacen en nuestro interior y permitimos que se extiendan a causa de nuestra negligencia.

—De ida, por favor —declaro al llegar a la taquilla. No sé cuánto tiempo voy a estar fuera. Cojo el billete para recorrer la primera etapa de mi viaje de vuelta a Kaltental.

Mi destino no es el Schloss Alber. Dudo que vuelva a ese lugar alguna vez. En vez de eso, mis pensamientos recorren los estrechos y serpenteantes callejones del Distrito Este hasta llegar a una puerta roja al otro lado de la cual espera la señora Oberlander.

Decidí estudiar Medicina para procurarme medios e independencia. Los males del cuerpo —de la sangre, los órganos, los huesos...— nunca me han apasionado. Sin embargo, he aprendido algo de la gran intriga del Schloss Alber en relación con el tremendo y fascinante alcance de la mente humana. Esta puede ser un refinado instrumento de justicia en unos casos y también un arma de caos y destrucción en otros.

Es más, parece que la mente puede remodelarse.

Encontraré mi pasión en esta disciplina, de esto estoy cada vez más segura.

Sin embargo, no podré arrogarme ninguna autoridad moral ni tratar de reformar a nadie honestamente si sigo huyendo de lo que hice.

Me dirijo al muelle a esperar el *ferry*. La gente deambula a mi alrededor mientras consulto la hora, tranquila y confiada.

No puedo contarle a la señora Oberlander toda la historia. Prefiero no incriminar a Dorothea, y Strahm no tiene por qué figurar en la medida en que lo hizo.

Ahora sé qué es lo que la ruina de mi interior desea: silencio, complacencia, crueldad, egoísmo. Ha llegado el momento de hacerle frente. Ha llegado el momento de dejar que me juzguen aquellos a quienes he lastimado y aceptar su sentencia.

Luego no sé qué haré.

Si sigo adelante con este emergente destello de curiosidad, puede que descubra si los males de la mente están realmente sujetos a cambio. ¿Es posible que, con cuidado y gran esfuerzo, podamos conquistar nuestros instintos más bajos?

Puede que Strahm sea mi primer paciente.

Puede que nunca vuelva a verlo.

O puede que no llegue a obtener la absolución de la mujer a la que le hice tanto daño. Al dejar mi futuro en sus manos, es bien posible que esté renunciando por completo a él.

Me gusta pensar que me desearías suerte.

No poseo un gran intelecto, a diferencia de los titanes del orden y el caos con los que me he topado recientemente. Y, sin embargo, poseo en mi corazón aspectos de ambos y una batalla similar a la que ellos libraron tiene lugar en la cima de mi alma.

Espero que no se destruyan mutuamente, ni que uno llegue a abatir al otro.

Espero que en mi interior haya un futuro para la bondad y la vileza. Espero que, de algún modo, lleguen a reconciliarse y se alejen del precipicio juntos.

Hasta entonces, supongo que no hay nada que hacer salvo esperar.

AGRADECIMIENTOS

A Halfdan Höner, del Museo Danés del Ferrocarril, que se tomó el tiempo para revisar su colección de horarios y mucho más, asegurándose personalmente de la precisión histórica en lo referente a los viajes en tren. Resultó increíblemente conmovedor que un desconocido hiciera tanto por mí. Me siento afortunado por haberme podido beneficiar de tu increíble pasión.

Al profesor Matthew Jefferies, de la Universidad de Mánchester, por sus conocimientos acerca de la historia alemana de la época. Gracias por permitir que te hiciera algunas preguntas realmente embarazosas.

A Matthias Ammon, del Instituto Histórico Alemán de Londres, por proporcionarme datos cruciales sobre la nobleza alemana y sus costumbres matrimoniales.

A Carlotta Dewald, por dedicar parte de su ocupada agenda para reunirse conmigo y ofrecerme una visión extraordinaria de historia cultural alemana.

Al doctor Ernst Baltensperger, por sus conocimientos sobre la conversión de divisas en Suiza y Alemania, y al personal del Münzkabinett der Staatlichen Museen zu Berlin, por sus consejos sobre la acuñación de monedas de oro.

Al Museo Cocheras del Rey por la información proporcionada acerca de los viajes en carruaje en la Europa de la época.

A la Biblioteca Weston Bank de la Universidad de Sheffield, por permitirme usar sus impresionantes recursos de investigación y ofrecerme un lugar tranquilo para escribir este libro.

Gracias a mis padres, Sharon y Steve, y a mi amigo Josh, que opinó sobre mis primeros borradores. También a mi hermana, Kirsty,

por su apoyo, y a mi profesora, la señorita Flint, por animarme a que me dedicara a la escritura.

Como siempre, gracias a mi increíblemente paciente esposa, Ye-Sung, que se ve obligada a soportar demasiadas de mis ideas inconclusas.

A Marilia Savvides, de The Plot Agency, por apoyar esta historia desde sus inicios. Este libro no existiría sin ti.

A Raven Books por apostar por mí y animarme a innovar y a mejorar esta historia. Me siento infinitamente agradecido por poder trabajar con vosotros. Un agradecimiento especial a Alison Hennessey, Emily Jones, Grace Nzita-Kiki y Fabrice Wilmann.

Gracias a Xa Shaw Stewart por su diligencia en la corrección de esta novela y por ayudar a que se convirtiera en la mejor versión posible.

A Crooked Lane por su interminable entusiasmo en este proyecto y su trabajo para llevarlo a los lectores del otro lado del charco. Un agradecimiento especial a Marcia, Thai, Dulce, Mikaela y Julia. Conoceros ha sido una de las cosas más destacadas de este proyecto.

A Alexandra Cliff y Nick Ash, de RML, por vuestro trabajo para dar a conocer este libro al mundo.

A David Mann por la preciosa cubierta. Para mí, que carezco de una mente visual, el trabajo que realizas me parece indistinguible de la magia. Gracias por compartir conmigo parte de esa magia.

A Kate Prentice y Orly Greenburg, por representar tan magistralmente este libro para su adaptación.

A sir Arthur Conan Doyle, por haber creado a James Moriarty, al doctor John Watson y al icónico Sherlock Holmes. Qué gran logro, conseguir que el mundo llore la muerte de un hombre que nunca ha existido.

El regreso de Moriarty
Jack Anderson

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *The Return of Moriarty*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño, basado en una idea original de David Mann
© de las imágenes de la portada, Shutterstock
© del mapa del interior, Nicolette Caven

© Jack Anderson, 2025
Publicado por acuerdo con Rachel Mills Literary Ltd.

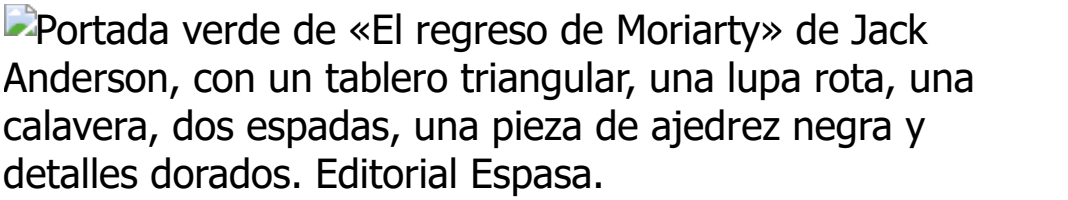
© de la traducción, Aleix Montoto, 2026

© Editorial Planeta, S.A., 2026
Espasa, un sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2026

ISBN: 978-84-670-8225-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta


Portada verde de «El regreso de Moriarty» de Jack Anderson, con un tablero triangular, una lupa rota, una calavera, dos espadas, una pieza de ajedrez negra y detalles dorados. Editorial Espasa.